

VÍCTOR JOSÉ HERRERO

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA FILOLOGÍA LATINA

VÍCTOR JOSÉ HERRERO

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA FILOLOGÍA LATINA

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA



EDITORIAL GREDOS
MADRID

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GREDOS

I. MANUALES, 1

EDITORIAL GREDOS, S. A.
Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España.

Primera edición, mayo de 1965.
Segunda edición, abril de 1976.
1.ª Reimpresión, diciembre de 1981.
2.ª Reimpresión, enero de 1988.

Depósito Legal: M. 37476-1987.

ISBN 84-249-2833-4.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1988. — 6150.

A D.ª Paula Pascual, en testimonio de gratitud y cariño.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene la pretensión de servir de alguna utilidad a cuantos se dedican al estudio de la filología latina. Sin duda que a los especialistas les dirá muy poco o nada nuevo, pero no es a ellos a quienes va dirigido este libro, sino a los que desean adentrarse por el camino de la especialización y necesitan un guía lo más ameno posible que les haga olvidar las asperezas de la ruta, poniéndoles de manifiesto las bellezas de los parajes y los hermosos panoramas que se divisan desde las cumbres.

Todo el que ha puesto mano a tareas de esta índole conoce por experiencia propia lo que es el tormento de la síntesis. Llegado el momento de ordenar y de ofrecer la explicación clara y sucinta de hechos y teorías, nos invade la desagradable impresión de perder el contacto con la realidad y de estar moldeando algo artificial y arbitrario. Y esa impresión se acrecienta cuando tratamos de resumir materias sobre las que hemos hecho investigaciones particularmente amplias, pues, en este caso, el capítulo que nos agradaría explanar ha de quedar forzosamente aprisionado y quintaesenciado en unas pocas líneas. Los matices, las ex-

cepciones, las amplias discusiones de teorías, la bibliografía exhaustiva, forman un río caudaloso que no podría pasar por la estrecha acequia de la síntesis. Pero si es cierto que del río proceden las aguas, no es menos cierto que sin las acequias es imposible el riego fertilizante.

No existe, que sepamos, en nuestra patria una obra de conjunto a la que puedan acudir los estudiantes que deseen iniciarse en la filología latina. Colmar esa laguna es lo que pretendemos con el presente manual.

Así, pues, en nuestra exposición de los puntos básicos de la filología latina adoptaremos un método histórico dentro de lo posible, y nuestra ruta irá marcada por los siguientes jalones:

Trataremos primero de puntualizar el valor de la palabra *filología* y el de la propia *filología latina,* exponiendo las concepciones más salientes del pensamiento moderno antes de emitir nuestro propio concepto.

Abordaremos después el problema de las fuentes y dividiremos éstas en tres clases:

1.ª FUENTES MATERIALES, en las que estudiaremos los textos en su aspecto material y en sus tres facetas de:

Manuscritas (códices y papiros)
Impresas (ediciones críticas)
Epigráficas (inscripciones).

2.ª FUENTES REFERENTES AL CONTENIDO, es decir, la lengua latina como elemento vivo en evolución desde sus orígenes (remontándonos al indoeuropeo) hasta su descomposición en las lenguas romances, pasando por sus diferentes manifestaciones histórico-sociales (*latín vulgar, medieval, cristiano, humanista*).

3.ª Las que podríamos llamar FUENTES INSTRUMENTALES, o sea, la bibliografía, que puede orientar e instruir sobre las dos primeras clases de fuentes. Por otra parte, la bibliografía, de por sí, establece un método, porque, dado el cúmulo de trabajos actuales, es imprescindible para cualquier estudio, y al estudiante conviene ponerle en contacto con ella lo antes posible.

Entendemos por fuentes en general los monumentos de una edad, es decir, lo que queda de ella para despertar en nosotros el recuerdo, y, en el caso particular de la filología latina, todo lo que agrupamos en los dos primeros apartados; y entendemos por bibliografía los trabajos que versan sobre aquellas fuentes, aunque ocurre a veces que la bibliografía, por estar tan cercana a las fuentes, o ser coetánea de las mismas, se convierte también ella en fuente o en historiografía. Por eso creemos que forzosamente la bibliografía ha de relacionarse con las fuentes, pues a poco que las fuentes sean enjuiciadas o estudiadas se convierten también en materiales de trabajo, y eso mismo ocurre con la bibliografía. Conviene, pues, considerar ambas partes como un todo orgánico.

Digamos, por último, que para el conocimiento del pasado de cualquier pueblo no hay fuente más efectiva y valiosa que la lengua, porque en ella se expresa el dinamismo de su presente y la tradición y evolución de su pasado.

Por último trataremos de presentar el estudio de la lengua y de la filología latina en su evolución histórica, pues opinamos que no basta saber lo que fue la lengua latina en las diferentes fases de su desarrollo, ni basta conocer las fuentes escritas en las que el latín se ha conservado y ha llegado hasta nosotros; es también necesario conocer los métodos con que se estudiaba en el pasado la lengua latina

y las tareas y cometidos de los que se dedicaban al estudio de la misma.

Puesto que el nombre de filología y el quehacer filológico aparecen desde muy antiguo, procuramos exponer en su desarrollo histórico-cronológico los métodos seguidos por esta disciplina hasta llegar a las técnicas actuales y a su conexión con las teorías y métodos de la moderna lingüística.

Pero como, a su vez, en la antigüedad el nombre verdaderamente técnico correspondiente al del actual filólogo era el de *grammaticus,* no hemos querido pasar por alto el estudio de las técnicas en la enseñanza gramatical, y las expondremos en el mismo orden en que anteriormente tratamos del desarrollo de la lengua, puesto que histórica, cultural y lingüísticamente, lengua y gramática son desarrollos paralelos.

Y seguimos este procedimiento porque estimamos que la historia de toda ciencia particular, sobre todo si es una ciencia del espíritu, debe enseñarse con la ciencia misma, aprovechando las ventajas que proporciona la familiaridad con los métodos y objetos propios de esta ciencia, pues, al fin y al cabo, nuestros actuales métodos están siempre condicionados y deben su desarrollo y perfeccionamiento a la tradición.

Sin embargo, hemos procurado no descuidar los elementos generales que exige todo tratamiento histórico, sincronismos, atmósferas culturales de cada época, interpretaciones históricas, etc.

A continuación de esta parte, que podríamos llamar histórico-metodológica, y, sirviendo de colofón a nuestro manual, dedicamos un capítulo a tratar concretamente, y ya desde un punto de vista científico y general, de las partes

de la gramática latina, exponiendo el concepto, métodos y problemas de cada una de ellas, así como sus mutuas relaciones.

Esperamos que nuestro trabajo pueda ser útil a los estudiantes a quienes va dedicado.

NOTA INTRODUCTORIA

Han pasado diez años desde la primera edición de este manual. La filología se ha enriquecido con nuevas aportaciones, por lo que, en algunos puntos, sería preciso reestructurar la exposición y el contenido, pero la presente reedición, que conserva la paginación primitiva, no permite demasiados retoques. Nos limitamos, pues, a añadir algunos apéndices para completar o aclarar ciertas cuestiones y, sobre todo, para incorporar lo que nos parece más esencial, en materia bibliográfica, de lo mucho que en estos diez años se ha producido. Sin duda, habrá quien encuentre omisiones, pero en un manual de este tipo, que no puede ser exhaustivo, no hay más remedio que elegir y la elección es siempre un riesgo que ha de correr el autor. Nuestro único deseo sigue siendo que este manual pueda ser de alguna utilidad a alguien en algún momento.

En el texto se ha señalado mediante un (*) los lugares correspondientes a los añadidos que figuran en el apéndice.

CAPÍTULO I

EL CONCEPTO DE FILOLOGÍA

SUMARIO: 1) La palabra *filología*. — 2) Alcance y valor de la ciencia filológica. — 3) Las modernas concepciones de la filología clásica. — 4) Filología latina.

1. La palabra "filología"

Permítasenos dar el problema por resuelto, como suele hacerse en muchas explicaciones matemáticas, antes de llegar a conclusión alguna, y decir que la filología ocupa un lugar privilegiado o debe ocuparlo, al menos, dentro de la totalidad de las ciencias, porque aspira al conocimiento de la espiritualidad de los pueblos, sobre todo de aquellos pueblos cuya literatura ha tenido un desarrollo complejo y amplio. Nadie, ni el más cerrado positivista, se atrevería a negar que donde más se refleja la espiritualidad de un pueblo es en sus creaciones artísticas y literarias.

La palabra "filología" aparece por vez primera en Platón, que entendía por ella el amor al *logos* en todas sus manifestaciones, tanto las más nobles como las más plebeyas.

Y es Platón quien, comparando a los atenienses con los espartanos, llama a los primeros *filólogos,* por su afición a hablar, y a los espartanos *braquílogos,* por su cortedad de palabras [1].

Los gramáticos alejandrinos adoptaron la palabra con el sentido de erudición literaria. Según Suetonio, el primero que se dio a sí mismo el nombre de filólogo fue Eratóstenes y entre los latinos lo hizo L. Ateius Praetextatus [2]. Con este sentido de "erudición" es como vemos aparecer en las obras de Cicerón las palabras *philologia* y *philologus;* la primera, una sola vez [3], y repetidas veces la segunda, tanto con valor de adjetivo como de sustantivo, y lo mismo en caracteres griegos que en trascripción latina [4].

Por tanto, puede decirse que en la Antigüedad, sobre todo a partir de los alejandrinos, el nombre de filólogo se aplicaba, casi con el mismo sentido actual, al literato, erudito y conocedor no sólo de la lengua y literatura, sino también de las cosas y objetos antiguos.

En la Edad Media, si bien es cierto que continuó el estudio del latín en las escuelas, no pasó de una necesidad práctica, pero ni el latín ni la literatura latina fueron objeto de una investigación científica, ni se intentó tampoco la crítica de textos, al menos tal cual hoy día la entendemos.

---

1 Platón, *Leyes,* 641, E.

2 En realidad, L. Ateius Praetextatus era griego, pero en el año 86 a. J. C., cuando la toma de Atenas, pasó a poder de M. Ateius, que más tarde le concedió la libertad. En Roma alcanzó gran fama como retórico y gramático y fue gran amigo de Salustio y de Asinio Polión. Sobre este personaje puede verse H. Graff, *De Ateio Philologo,* en "*Mélanges gréco-romains*", t. II, págs. 274 y sigs.

3 Cicerón, *Att.* 2, 17, 1, *ne et opera et oleum philologiae nostrae perierit.*

4 Cicerón, *Att.* 13, 52, 2; 13, 12, 3; *Q. Fr.* 2, 10, 3.

En esta época solamente se encuentra la palabra *filología* en la famosa obra que entre los años 410 y 439 escribe el africano Marciano Capella con el título *De nuptiis Philologiae et Mercurii,* producción revestida con el ropaje novelesco y en la que se nos presenta a la novia, *Philologia,* recibiendo como regalo de bodas las siete artes liberales.

No vuelve a aparecer la palabra *philologia* como denominación de una disciplina literaria hasta F. A. Wolf, que, al matricularse en la Universidad de Gottinga, el 8 de abril de 1777, lo hizo con el título de *Studiosus philologiae,* a pesar de la oposición que a ello mostraron el rector y el famoso Heyne, entonces profesor de la misma.

2. Alcance y valor de la ciencia filológica

Según precisó Wolf, la filología es el estudio de cuanto es necesario para conocer la recta interpretación de un texto literario, a saber: las costumbres de la época en que dicho texto se escribió, las ideas, la mitología, la geografía a la que alude, los sistemas filosóficos implicados, las particularidades gramaticales, la vida social y política, las condiciones personales del autor, etc. Y Boeckh, que escribió una importantísima *Encyklopädie und Methodologie der philologischen Wissenschaften*[5], definía la filología como "la ciencia de lo conocido", es decir, la identificaba con el estudio de la lengua, literatura, arte, política y costumbres sociales, precisamente porque para su aplicación a los estudios clásicos, en los que de manera directa pensaba, es imprescindible el concurso de la historia y de la arqueología.

[5] Se publicó en Leipzig en 1877 y la segunda edición en 1886.

A partir de aquella fecha, se ve aparecer el nombre de *philologia* en numerosas revistas científicas, como, por ejemplo: *American Journal of Philology; Bollettino di filologia classica; Classical Philology; Giornale italiano di filologia; Journal of Philology; Philological Quarterly; Philologische Wochenschrift; Rivista di filologia e d'instruzione classica; Revue de philologie, d'histoire et de littérature anciennes,* y otras muchas que se publican en diferentes naciones de Europa y América.

Tanto Wolf como Boeckh, siguiendo la idea lanzada primeramente por Heyne y Winckelmann, pensaban que la epigrafía, la historia antigua, la arqueología y demás ciencias análogas que se ocupaban de Grecia y Roma eran fragmentos de una ciencia "clásica" de la Antigüedad que lo comprendía todo: la "filología clásica".

Nace, pues, la filología clásica al amparo del movimiento historicista de finales del siglo XVIII y toma incremento en el siglo XIX, caracterizado como el siglo de la "Historia". Y precisamente por surgir con caracteres historicistas, la filología clásica fue un instrumento al servicio de la historia y ella misma un conocimiento histórico.

Pero es lo cierto que, desde su aparición como ciencia, se ha venido usando la palabra y el concepto de "filología" en forma un tanto imprecisa. Para unos se limita solamente a una erudición centrada en las lenguas y literaturas clásicas. Según otros, abarca el concepto de las disciplinas que en la época actual se ocupan del mundo antiguo. Todavía hay quien la confunde con la lingüística, rama que, en realidad, forma parte, como otras muchas disciplinas, del contenido filológico, aunque sea la de más reciente aparición. En consecuencia, creemos acertada la clasificación de

W. Kroll[6], según el cual las disciplinas que abarca la filología son: *Historia de las lenguas, Lingüística, Retórica, Métrica, Literatura, Historia, Religión, Mitología, Historia de la cultura, Instituciones privadas, públicas y militares, Geografía, Numismática, Epigrafía, Historia artística* y *Arqueología,* y la obra que con más acierto y aproximación responde a este plan es el *Handbuch der Klassischen Altertumswissenschaft* de Müller[7]. Entran, por tanto, en la categoría de filólogos cuantos investigadores se han preocupado de las disciplinas mencionadas.

Mas porque algunos afirman que la filología es una mera labor de eruditos, queremos salir al paso de tal aserto demostrando que el calificativo de erudición dado a la filología sólo en parte le concierne y en parte, también, es falso e injusto. Nos bastará para ello fijarnos en las fases del trabajo filológico que dividiremos en tres etapas:

1.ª RECOGER, PREPARAR Y ORDENAR materiales que pueden servir para investigar sobre una época concreta del pasado o para hacer revivir el pasado en nuestra mente. Ésta es la fase que podríamos llamar de mera erudición, pero que lleva ya en sí el germen de lo científico, que comenzará a desarrollarse en la etapa siguiente.

2.ª AFINAR los instrumentos y ACONDICIONAR los materiales, lo cual se realiza trabajando sobre documentos y códices; transcribiendo el contenido de los mismos; restaurando, integrando o reintegrando lo fragmentario; corri-

---

6 Cfr. W. Kroll, *Historia de la Filología Clásica,* Labor, Barcelona, 1928 (traducción de P. Galindo), pág. 8.

7 Es de notar que el término *Altertumswissenschaft* "Ciencia de la Antigüedad" fue empleado por vez primera por Wolf, porque consideraba que dicho término abarcaba más que el de *philologia,* aunque este último tuvo mejor fortuna.

giendo los textos corrompidos; recogiendo léxicos y preparando cuidadosas ediciones críticas, a veces más útiles que los propios manuscritos.

3.ª DESCUBRIR Y CREAR. Esta fase ahonda más en lo científico y aplica a los materiales ya dispuestos las luces de la inteligencia. Aquí tiene lugar la comparación e interpretación de los textos hasta lograr extraer de ellos esquemas, clasificaciones y reglas o "leyes". Es en esta etapa cuando puede recogerse también en conceptos generales el elemento común que subyace en una multiplicidad de hechos. Y esto nadie puede negar que es auténticamente científico. Pues, aun admitiendo que pueden impugnarse las "leyes fonéticas" de la gramática histórica formuladas por el lingüista, y que son discutibles las normas de la historia sociológica o la teoría de los géneros literarios, lo que no puede atacarse ni destruirse es el principio intelectualista merced al cual se ha llegado a tales abstracciones.

3. LAS MODERNAS CONCEPCIONES DE LA FILOLOGÍA CLÁSICA

Es, sin duda, cierto que no puede desligarse el trabajo filológico del trabajo histórico, y que la filología funciona como un instrumento al servicio de la historia; quizá por eso no han alcanzado a la filología clásica, al menos de manera efectiva, las corrientes generales del pensamiento moderno y se ha mantenido libre de la influencia de los varios *-ismos* del siglo XIX. Como ya apuntaba Tovar[8],

[8] A. Tovar, *Apuntes sobre la filología clásica desde España*, en "*Revista nacional de Educación*", I, 1941, págs. 7-16.

"apenas existe en el campo de la filología clásica eco de movimiento de tan amplia resonancia como el positivismo". Y es que, por esencia, a la filología le repugna el predominio absoluto de cosa tan histórica como el positivismo, y nunca se han podido aplicar a nuestra ciencia los métodos válidos para la ciencia natural, cuyas salpicaduras, sin embargo, sí que llegaron a alcanzar a la lingüística que utilizó en forma positiva los materiales que la filología ponía a su disposición. La única ventaja que la filología clásica sacó del positivismo fue la depuración de su instrumental en grado superior al de todas las restantes ciencias filológicas. Los vocabularios, léxicos, diccionarios, repertorios bibliográficos, catálogos y grandes colecciones de textos en magníficas ediciones críticas de que dispone la filología clásica superan, con mucho, al instrumental equivalente en las otras ramas de la filología, aunque todavía falte mucho por hacer.

Este precioso instrumental, a cuya adquisión ha contribuido en mayor grado que las demás la ciencia alemana, ha logrado ofrecernos un más profundo conocimiento y una mayor comprensión de las obras clásicas; pero tales ventajas van acarreando, por otra parte, un menor entusiasmo por aquellas obras, cuyo encanto se siente y se gusta menos cada día. En tal aspecto, estamos más rezagados que los humanistas del Renacimiento, a pesar de todos los avances que en estos dos últimos siglos ha experimentado la filología clásica. Quizá por esto la concepción de filología y de cultura clásica en el mundo occidental atraviesa un período de crisis profunda y reina una incertidumbre general, tanto en el entendimiento del problema filológico como en el método a seguir.

Así, en la filología alemana, Cauer define el mundo clásico como la "fuente de la educación práctica del espíritu"

y distingue en el estudio de la Antigüedad dos métodos: el humanístico, que penetra el mundo ideal, y el científico, que se dirige al mundo empírico. Immisch, que es más profundo, intenta superar la antinomia entre historicismo y humanismo con la fórmula de un "humanismo depurado a través del proceso histórico". Jaeguer, cuya doctrina filosófico-pedagógica es quizá la más importante de nuestro siglo, está convencido de que la salvación del mundo occidental reside en una nueva valoración del mundo clásico. Spranger afirma que los filólogos son los guardianes de los "bienes formativos" y que, por tanto, su sacerdocio no debe limitarse sólo a las palabras, sino tener a la vista toda la ramificación de la cultura, y que no solamente deben guardar el fuego sagrado, sino transmitirlo a otros; por tanto, pertenecen a la juventud, que, animada de espíritu renacentista, busca contenido nuevo para la vida nueva. Del mismo Spranger son estas palabras:

"El filólogo está antes que nadie en las fuentes que forman de un modo superior a la humanidad cuando el sentido que damos a la filología es encender en la vida juvenil la vida del pasado. Sólo por las cimas del pasado pasa el camino de un pueblo hacia un destino verdaderamente digno de tal nombre. Ambos, pasado y futuro, se enlazan entre sí; y así el alma se libera y ensancha para una comprensión más honda de sí misma, esto es, la profecía de la actualidad. Incluso la física y la técnica permanecen muertas si no se despierta el espíritu que las creó y produjo."

Y en otro pasaje dice:

"El corazón de la filología no es el mero conocimiento de idiomas y textos, la trasmisión de lo tradicional. En ocasiones así ha sido comprendido, siendo entonces el filólogo el hombre más extemporáneo de todos los tiempos. Pero examinemos la serie de los grandes filólogos desde Erasmo a Gesner, desde Wolf a Wilamowitz,

hombres sinceros que estaban en el centro de su tiempo y le enseñaban sus fines. ¿Qué quedaría por investigar, al menos en filología clásica, si todo fuera cuestión de conservar los materiales y de completar noticias?" [9].

Pero no sólo en Alemania, sino también en las demás naciones europeas cuenta con insignes representantes la conciencia filológica. No podemos citar aquí la serie de grandes filólogos que florecen hoy día en todas las naciones, pero como norma general de sus aspiraciones nos parece interesante, y hasta cierto punto acertado, este juicio del profesor turco Suat Sinanoğlu que tomamos de la traducción italiana:

"Los alemanes ven en la filología y en la cultura clásica el arma que les puede defender eficazmente del peligro de una recaída en un orden de cosas que es incompatible con la libre evolución del espíritu humano. Zielinski quiere hacer de la cultura clásica el instrumento que preserve la Rusia pre-revolucionaria de la orientalización. Los italianos parecen asumir la defensa de la romanidad por un principio de orgullo nacional. Los franceses ven en la cultura clásica la salvaguardia de su conciencia civil y política, y Fernand Rober en particular ve, por razones demasiado accidentales, un antagonismo inconciliable entre el espíritu humanístico, que tiende al culto del individuo, y la fuerza política, que tiende a hacer de la sociedad humana tantos rebaños uniformes" [10].

No queremos continuar sobre este tema, porque los múltiples y diferentes conceptos de "filología clásica" se pue-

---

[9] E. Spranger, *Cultura y educación,* en la Colección "Austral" de Espasa Calpe, t. II, págs. 125 y 126.

[10] *Klasik Filolojide Metod,* Ankara, 1954.

den leer magistralmente expuestos en la monumental obra de Antonio Bernardini y Gaetano Righi, que, a lo largo de sus 721 páginas más XLV de introducción, nos ofrece una magnífica historia de los conceptos de humanismo, filología y cultura clásica desde el Renacimiento hasta nuestros días [11], pero, al menos, expondremos el juicio personal de dichos autores:

"Il concetto di filologia ha relazione con tutto il movimento culturale, perchè non c'è cultura senza filologia, perchè qualsiasi manifestazione e moto culturale sorge sul presupposto della conservazione della parola scritta, della lettura e penetrazione dei testi onde le persone presenti comunicano con le passate, le vicine con le lontane, nutrendosi di vita mentale col fissare e meditare e far propria l'idea altrui, visibile nel documento che la racchiude durabilmente" [12].

Íntimamente relacionado con el problema que venimos tratando, creemos que está el punto referente a la situación en que se encuentran los estudios de filología clásica en el mundo. Para conocer esto, nada mejor que las contestaciones al cuestionario que dirigió la UNESCO sobre tal problema a las naciones que integran ese organismo. Algunas de aquellas respuestas han sido resumidas y publicadas por el profesor Marouzeau [13], y dejan adivinar claramente que, tanto en el orden cuantitativo como en el cualitativo, los estudios clásicos y humanísticos en la educación están en

---

[11] A. Bernardini e G. Righi, *Il concetto di filologia e di cultura classica,* Bari, 1953. La primera edición de esta obra es de 1947 e incluye en su estudio, como último autor, a Fernand Robert, profesor de la Universidad de Rennes, que en 1946 publicó *L'humanisme; essai de définition.* De este libro toma sus datos e ideas el artículo del profesor turco que citamos en la nota anterior.

[12] *Obra citada,* pág. 97.

[13] Cfr. Marouzeau, *Revue des études latines,* 1959, págs. 100-104.

evidente retroceso. El profesor Marouzeau termina su información con estas palabras:

"Mais les extraits très objectivement pratiqués par moi dans le Rapport actuellement établi ne laissent, comme on voit, guère de place à l'optimisme."

4. Filología latina

A partir del campo de la filología clásica, y por imitación de sus métodos y de sus fines, se creó una filología que pudiéramos llamar "general", pero que toma su apellido propio, en cada caso particular, según la lengua, literatura y cultura a cuya investigación se dedica. Así puede hablarse de una filología románica, española, alemana, etc. En consecuencia, la "filología latina" no existe como con-concepto más que desglosada del concepto general de "filología" y más concretamente del de "filología clásica".

Ahora bien, como ciencia histórica que es, la filología latina debe ser estudiada históricamente y su estudio debe abarcar todas las manifestaciones de la cultura latina desde su entronque y orígenes indoeuropeos hasta nuestros días y nuestras lenguas derivadas directamente del latín, pasando por cada una de las formas y evoluciones culturales y lingüísticas que el genio romano sufrió en el espacio, en el tiempo e incluso en los estamentos sociales en los que dejó su contenido y su savia. Por eso hay que dar entrada en el estudio de la filología latina tanto al latín vulgar de la Romania como al latín medieval, al renacentista o al eclesiástico.

Por nuestra parte, como ya hemos apuntado, trataremos de exponer de manera concreta las manifestaciones lingüís-

tico-literarias de la filología latina, siguiendo para ello el método histórico y un orden histórico-cronológico en la medida de lo posible.

Para terminar este capítulo sobre el concepto de la filología latina, queremos resumir en unos pocos apartados los "porqués" del interés de esta filología:

1.º Porque adiestra en los elementos esenciales del método científico: OBSERVACIÓN, COMPARACIÓN, GENERALIZACIÓN.

2.º Porque hace más inteligible nuestro propio idioma y desarrolla las facultades de expresión.

3.º Porque pone a la mente en contacto con la literatura en sus formas elementales.

4.º Porque nos hace penetrar en los fundamentos de la civilización.

5.º Porque obliga a cultivar la imaginación constructiva.

LAS FUENTES PARA EL ESTUDIO DEL LATÍN

CAPÍTULO II

LOS MANUSCRITOS. CÓMO HAN LLEGADO HASTA NOSOTROS

SUMARIO: 1) Los textos más antiguos y el material de escritura. — 2) La conservación de los códices y su transmisión; monjes y monasterios. — 3) El impulso carolingio y vicisitudes subsiguientes. 4) El Humanismo; descubrimiento de códices y bibliofilia. — 5) Las ediciones príncipes.

1. Los textos más antiguos y el material de escritura

Una de las principales formas en que han llegado hasta nosotros las fuentes para el estudio de la filología latina son los manuscritos. La historia de su transmisión ha recibido recientemente el nombre de codicología.

Los auténticos y más antiguos manuscritos de los autores clásicos latinos se hicieron sobre papiro, material fabricado con la planta egipcia de ese nombre que crecía en las márgenes del río Nilo. Se preparaba en largas bandas que se arrollaban y se le destinaba especialmente para la escritura

de obras literarias, porque las tablillas enceradas que se empleaban en las necesidades de la vida corriente y en la escritura de cartas hubieran resultado demasiado voluminosas y poco duraderas.

Cuando se había terminado de escribir el rollo de papiro se fijaba en su extremidad una varilla cuyos dos extremos *(umbilici)* se pintaban de negro o se adornaban con discos *(cornua)*. Los bordes del cilindro así formado se alisaban con piedra pómez. Se ataba al rollo un trozo de pergamino en el que se escribía el título de la obra *(titulus* o *index)*. Todo ello se impregnaba en aceite de cedro para prevenirlo de la humedad y se metía en un estuche de pergamino *(membrana)* que se coloreaba de púrpura o de amarillo oro [1].

A pesar de todo, tampoco el papiro era materia demasiado resistente para aguantar el embate del tiempo, y casi todas las obras escritas en papiro desaparecieron. De la literatura latina son poquísimos los restos que nos han conservado los papiros, como veremos más adelante al tratar de la papirología. Por tal motivo, no ha llegado a nuestros días ni un solo manuscrito clásico autógrafo o copiado durante la vida de su autor. Ya entre los propios contemporáneos de los clásicos latinos era una rareza poseer un ejemplar corregido por la mano del autor. Valerio Probo en el siglo I se mostraba orgulloso de poseer un ejemplar

---

[1] El olor y el aspecto de aquellos rollos de papiro nos los describe Marcial en uno de sus epigramas que dedica a su tercer libro:

Cedro nunc licet ambules perunctus
et frontis gemino decens honore
pictis luxurieris umbilicis,
et te purpura delicata uelet,
et cocco rubeat superbus index.

(Marcial, *Epigramas,* III, 2, 7-11)

de las *Geórgicas* corregido por el propio Virgilio[2]. Para comprender esto, basta recordar que ya en tiempos de Cicerón el comercio librero estaba perfectamente organizado, y hasta nosotros han llegado los nombres de varios editores romanos cuales son Ático, en la época de Cicerón, los Sosii en la de Horacio, Trifón en la de Quintiliano, etc.[3]. Además había autores cuyas obras, debido al gran favor que el público les dispensaba, alcanzaron hasta el número de 1.000 ejemplares, lo que induce a creer que el manuscrito del autor era dictado a un gran número de escribientes o *librarii* que eran, por lo común, esclavos, muchos de los cuales no conocían bien la lengua latina por ser extranjeros. Esta circunstancia, añadida a las naturales equivocaciones de quien escribe al dictado, originaba copias bastante defectuosas[4] *.

La escasez, carestía e inconsistencia del papiro hicieron que se extendiera por Roma entre los siglos II al IV de nuestra Era el uso del pergamino, inventado en Pérgamo en tiempos de Ptolomeo II.

---

[2] Cfr. Marouzeau, *Introduction au latin*, Paris, 1954, pág. 29.

[3] El afán de la bibliofilia surgió muy pronto entre los latinos. En el año 87 a. J. C., Sila adquirió los libros de Apelicón, último poseedor de las obras de Aristóteles, y los llevó a Roma para que después de restaurados se extendieran en el comercio librero. Paulo Emilio, después de la victoria de Pydna (168 a. J. C.), llevó a Roma los libros de Perseo, y Lúculo llevó los de Mitrídates, rey del Ponto (60 a. J. C.). Dión Crisóstomo nos dice que los libreros envejecían los libros para venderlos más caros y ponían los rollos entre el trigo para que amarillearan (cfr. A. Dain, *Les manuscrits*, Paris, 1949, págs. 100-101).

[4] Cicerón se queja amargamente a su hermano Quinto de lo defectuosas e imperfectas que se hacían en Roma las copias de libros: *De latinis uero quo me uertam nescio; ita mendose et scribuntur et ueneunt. Sed tamen quod fieri poterit, non neglegam* (Cicerón, *Ad Quintum fratrem*, III, 5, 6).

Cuenta Plinio, siguiendo a Varrón, que los reyes de la dinastía de los Ptolomeos, celosos de la importancia de la biblioteca de Pérgamo, prohibieron la exportación del papiro, lo que obligó a los escribas de aquella ciudad a adoptar una nueva materia. El pergamino se hacía con piel de cordero, cabra o vaca, que, además de ser materia más resistente que el papiro, permitía plegarlo para formar *códices*, semejantes a nuestros libros, en vez de arrollarlo en tiras. La palabra περγαμηνή, *pergamena*, no se encuentra hasta el siglo III a. J. C. El nombre primitivo de esta materia era διφθέρα, *membrana*, que significa sencillamente "piel".

La corrección de los códices corrió, pues, a cargo de los copistas y amanuenses, quienes enmendaban los manuscritos según sus conocimientos e intuiciones particulares, y, al multiplicarse las copias, se fueron alejando cada vez más del original. Un cierto Salustio del siglo IV nos asegura que ha corregido el texto de Apuleyo. Por el año 400, un tal Niceus corregía en Roma un ejemplar de Juvenal del que derivan los manuscritos medievales. En el año 402, Trifoniano anota en Barcelona un manuscrito de Persio Cierto humanista veneciano confiesa que, para hacer legible la primera década de Tito Livio, ha tenido que acudir a su *ingeniolum*. Bosio, obispo de Como, copia un texto del *Brutus* de Cicerón y hace constar que le renovó.

Son tales códices en pergamino los que nos han transmitido los textos de los escritores clásicos, pero los manuscritos que nos han llegado en esta forma son muy escasos y tardíos, y no abarcan ni todas las obras ni todos los autores de la Antigüedad.

Muy pocos son los manuscritos que remontan más allá del siglo VIII o IX. El verdadero conservador de tales tesoros es el siglo IX, que apenas si dejó perder algo de lo que le

fue legado [5]. Es la edad precedente la que carga con la responsabilidad de las desapariciones, sobre todo el siglo IV, momento en que se realizó la trascripción de bibliotecas enteras, sustituyéndose el papiro por el pergamino; pero no se tuvo cuidado de trascribir muchísimas de las obras conservadas hasta entonces en papiros. De los 780 nombres conocidos de la historia literaria latina, sólo 140 han salvado algunas de sus obras de la destrucción, hecho que puede apreciarse a juzgar por la gran cantidad de autores de que nos da noticia Macrobio en sus Saturnales, y, sobre todo, por el reciente y magnífico trabajo que el profesor Bardon ha dedicado a esa literatura desconocida [6] *.

A veces la trasmisión es única, como en el caso de Catulo, del que prácticamente sólo se conoce el manuscrito de Verona del siglo XIV, aunque Raterio, obispo de Verona en el año 962, asegura haber leído un ejemplar completo de Catulo [7]. Lo mismo ocurre con Lactancio, Minucio Félix, Arnobio y otros autores. Tibulo y Estacio solamente son conocidos por manuscritos muy tardíos del siglo XV.

La tradición manuscrita desde el siglo IV hasta la aparición de la imprenta ha sufrido grandes variantes en sus diferentes copias, mientras que los manuscritos aparecidos en fecha posterior, como, por ejemplo, el *Festín de Trimalción* de Petronio, encontrado en Trau hacia 1650, se libraron de tales deformaciones porque inmediatamente quedaron fijados en edición impresa.

---

5 Cfr. Lowe, *Codices latini antiquiores,* 1934, y Chatelain, *Paléographie des Classiques latins,* 1884.

6 H. Bardon, *La littérature latine inconnue,* Paris, 1952-1956 (2 vols.).

7 Cfr. Migne, *Patrología latina,* t. 136, pág. 752.

2. La conservación de los códices y su transmisión. Monjes y monasterios

Según un medievalista inglés, la conservación de los códices de los autores antiguos es el mejor exponente de la cultura en cada momento de la Edad Media. Ahora bien, si los clásicos griegos deben su conservación a las bibliotecas de Constantinopla y a los monasterios orientales, los clásicos latinos la deben a los monasterios de Occidente.

Es cierto que desde mediados del siglo v hasta la época de Carlomagno el mundo occidental atraviesa un período de barbarie en el que están a punto de perecer los restos de la civilización antigua. Pero en el año 529 San Benito funda en Monte-Casino, entre Roma y Nápoles, una abadía modelo, y, junto a las reglas que impone a sus monjes, a más de la oración, figura el trabajo manual y, como parte de ese trabajo, la copia de manuscritos antiguos [8]. Sin embargo, se ha exagerado el mérito de San Benito en la conservación de las obras clásicas, pues, si bien es cierto que el santo se había formado en Roma en los estudios clásicos, ya por la época en que fundó la abadía permanecía un tanto indiferente a los trabajos literarios [9]. Fue en realidad

[8] Se discute hoy día mucho sobre la originalidad de la regla de San Benito, pero es innegable que todos los legisladores monásticos de Occidente daban extraordinaria importancia a la *lectio divina* y a la transcripción de manuscritos. Así San Agustín, San Cesáreo de Arlés, Santa Radegunda, San Donato de Besançon, etc. (cfr. H. I. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*, 3.ª edición, Paris, 1955, págs. 439-440).

[9] Sobre la cultura clásica de San Benito, cfr. Dom S. Brechter, *S. Benedetto e l'antichità classica*, en "*Benedictus der Vater des Abendlandes*", München, 1947, pág. 147.

un poco después cuando San Mauro († 584) y Casiodoro, que murió a finales del siglo VI, introdujeron en los monasterios el estudio y el interés por la literatura clásica, pues, según el sentir de Casiodoro, las doctrinas profanas "son muy útiles para la comprensión de la ley divina".

Los benedictinos se esparcen por occidente: Corbie, Subiaco, Lerins, Bangor, San Galo, Yarrow, Cluny, Fulda, Fleury, etc. [10], y en sus *scriptoria* copian los monjes numerosos manuscritos, salvando así una parte de la literatura antigua. Pero debe advertirse que, en muchas ocasiones, a la vez que salvaban, destruían, pues, al dar preferencia a la copia de libros religiosos o del Antiguo Testamento, raspaban las obras de los escritores clásicos cuando el pergamino escaseaba. Éste es el origen de los famosos palimpsestos (παλιν = de nuevo y ψάω = raspar), para cuya lectura se precisa el auxilio de la química moderna, la ciencia de los paleógrafos y hasta el empleo de los rayos ultravioleta [11].

---

[10] Sobre la expansión benedictina, cfr. P. Schmitz, *Histoire de l'ordre de Saint Benoît*, t. I, Maredsous, 1942, y Dom Justo Pérez de Urbel, *Las grandes abadías benedictinas*, Madrid, 1928.

[11] Así es como se han descifrado muchos de los textos clásicos. Recordemos, por citar algunos, el manuscrito que en 1816 descubrió Niebuhr en Verona, en el que se habían escrito sobre las *Instituta* de Gayo algunos tratados de San Jerónimo. En Milán se descubrió bajo una copia del Antiguo Testamento el mejor texto que poseemos de Plauto; y sobre uno de los más valiosos manuscritos de la primera década de T. Livio se escribieron las *Moralia* de San Gregorio Magno. Para detalles sobre los *scriptoria* medievales y otros datos relacionados con la escritura de los códices, cfr. E. Lesne, *Histoire de la propriété ecclésiastique en France*, t. IV. *Les Livres. "Scriptoria" et Bibliothèques du commencement du VIII^e^ à la fin du XI^e^ siècle*, Lille, 1938; A. Bruckner, *Scriptoria medii aevi Helvetica*, t. III, Genova, 1938; A. Rosario Natale, *Il Codice e la Scrittura*, en la "*Introduzione alla Filologia Classica*" de la editorial Marzorati, Milano, 1951, págs. 263-341. Conviene también recordar que los monjes que trabajaban en un *scriptorium* podían ser simplemente calí-

Casiodoro es quien durante el siglo VI hace más por conservar la letra y el espíritu del mundo romano. A él se debe la conservación del tratado *De re rustica* de Catón [12], y en los monasterios que fundó señaló a sus monjes la conservación y copia de manuscritos antiguos, aunque dando preferencia a los Libros del Antiguo Testamento y dictando él mismo las normas que debían observar para la copia [13].

Después de Casiodoro, el papel más importante en la difusión de textos clásicos lo desempeña San Columbano († 615), legislador de los monjes irlandeses que fundó monasterios en Borgoña y en el Rin. También él prescribió la copia de libros y fomentó la acumulación de códices en Bobbio, hasta el punto que el catálogo de este monasterio, recopilado en el siglo X, recoge seiscientos sesenta y seis manuscritos, entre los que se encuentran obras de varios autores clásicos: Terencio, Virgilio, Ovidio, Lucrecio, Persio, Marcial, Juvenal, Plinio el Viejo, Cicerón y Séneca [14]. Y en Rebais, fundado por Dadon, discípulo de Casiodoro, en el

---

grafos o miniaturistas sin poseer conocimientos literarios, aunque esto no era lo corriente (cfr. A. Boutémy, *Quelques directions à imprimer aux études de latin médieval et de paléographie,* en "*Mélanges Marouzeau*", Paris, 1948, pág. 69).

[12] Cfr. E. Norden, *Die antike Kunstprosa,* Leipzig, 1918, 3.ª edición, pág. 666.

[13] Cfr. Manitius, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters,* t. I, München, págs. 39 y sigs. Interesante es también para el conocimiento de Casiodoro el trabajo de A. van de Vyver, *Cassiodore et son œuvre,* en "*Speculum*", VI, 1931, págs. 244 y sigs., y el más reciente de Bardy, *Cassiodore et la fin du monde antique,* en "*Année Théologique*", VI, 1945, pág. 410.

[14] Esta actividad, que pudiéramos llamar humanística, en Bobbio se hace patente de manera especial en la primera mitad del siglo VIII en que llegan incluso a borrarse de los manuscritos los textos bíblicos para copiar tratados gramaticales y obras profanas. Cfr. P. Riché, *Éducation et culture dans l'Occident barbare,* Paris, 1962, pág. 454.

año 634, se trascribe a Terencio, Horacio, Cicerón y Virgilio [15].

3. El impulso carolingio y vicisitudes subsiguientes

Pero quien impulsó decididamente con espíritu de progreso la conservación y copia de textos clásicos fue Carlomagno († 814), que hizo venir de York a Alcuino († 804) para reorganizar la instrucción de los monjes, e impuso a los monasterios la obligación de copiar los textos, tarea a la que en esta época prestó una gran ayuda la aparición en Tours, al sur de Francia, de la escritura llamada carolingia, que separa las palabras suprimiendo las ligaduras y hermoseando las letras.

Por aquellos años, Alcuino descubre la obra de Vitruvio, y Eghinardo († 840) la de Suetonio; Vegecio y Frontino atraen la atención de Rabano Mauro († 856); Lupus de Ferrieres († 860) busca con afán libros nuevos para hacerlos copiar o colacionar con otros de su propiedad y se desvive por encontrar el *De Oratore* de Cicerón y la obra de Quintiliano. La misma senda siguen sus discípulos Heirico y Remigio. La mayor parte de las abadías benedictinas contaban con obras de los clásicos, que a veces se prestaban unas a otras para su copia y difusión. Así, en Cluny había dos manuscritos de las obras completas de Horacio; en Leyre, las de Horacio y Juvenal; en Yarrow había códices de Estacio, Lucano, Horacio, Ovidio, Lucrecio, Catulo y Virgilio; en Ripoll poseían manuscritos de Terencio, Vir-

15 Cfr. J. de Ghellinck, *Littérature latine au moyen âge* (2 vols.), Paris, 1939.

gilio, Horacio, Lucano, Marcial y Prudencio [16]. Y en los catálogos de los monasterios españoles de los siglos IX al XI figuran la *Eneida* de Virgilio, las *Sátiras* de Horacio y Juvenal, los *Dísticos* de Catón y las *Epístolas* de Ovidio [17].

Al parecer, un cierto interés local influye en la conservación de algunos autores en determinados lugares, así Catulo en Verona, César en Francia, la *Germania* y una parte de los *Anales* de Tácito en Alemania, etc.

Es curioso comprobar que durante la Edad Media las reglas de algunos monasterios prohibían o desaconsejaban la lectura de los clásicos, mientras que otros monasterios la toleraban, pero tanto unos como otros hacían obligatoria la trascripción de los códices [18]. Solamente la reacción cisterciense eliminó parte del trabajo de copia, y a finales del siglo XIII había pocos monjes que se dedicaran a la copia de textos.

Puede decirse que el llamado renacimiento carolingio y los siglos X al XII prestaron un servicio inestimable a la filología por su labor de conservar las fuentes; no así los siglos XIII y parte del XIV, que, dominados por la escolástica, desatendieron, salvo raras excepciones, aquellas tareas.

4. El humanismo. Descubrimiento de códices y bibliofilia

Pero muy pronto surge la pasión humanista que produce grandes bibliófilos y buscadores de códices y antigüedades.

---

16 Cfr. Dom Justo Pérez de Urbel, *ob. cit.*, pág. 310.

17 Cfr. M. Gómez Moreno, *Iglesias mozárabes. Arte español de los siglos IX a XI*, Madrid, 1919 (2 vols.).

18 Cfr. D. Comparetti, *Virgilio nel Medio Evo*, obra que ha pasado a ser clásica y que ha sido reeditada por Pasquali, Florencia, 1937 y 1941.

Ricardo de Anguerville (1286-1345) es el más famoso bibliófilo inglés de la primera mitad del siglo XIV. Fue preceptor de Eduardo III y obispo de Durhan. En sus frecuentes embajadas a París, Avignon y otras capitales, buscaba infatigablemente los códices antiguos e incluso pagaba por adelantado a los libreros de Francia, Alemania e Italia. Después se los hacía copiar, colacionar y glosar a los frailes de la Orden de Predicadores o a los Minoritas.

Petrarca (1304-1374) viaja de Italia a Flandes y de Vaucluse a Colonia buscando afanosamente códices de Cicerón. Trae de Lieja los discursos del arpinata, entre ellos el *Pro Archia,* y en 1345 descubre en Verona un códice con las cartas de Cicerón a Ático y a Quinto, perdidas hacía siglos, y lo copia de propia mano.

Boccaccio (1313-1375) descubre en sus búsquedas por bibliotecas antiguas manuscritos de Marcial, Ausonio y el *Appendix Vergiliana.*

Amplonio Ratinck (hacia 1380) viajó por muchas ciudades comprando bibliotecas enteras. Tenía amanuenses a sueldo y su colección alcanzó un número de 366 códices distribuidos por materias en 13 categorías.

Coluccio Salutati (1330-1406) fue el primero que consiguió el tratado *De Agricultura* de Catón y colecciones completas de las cartas de Cicerón.

Poggio Bracciolini (1380-1459) fue secretario de Nicolás V. Durante los años 15 al 17, en que vacó la silla apostólica, emprendió la búsqueda de códices por los principales monasterios. Visitó Cluny, San Galo, Langres y Fulda y encontró varios discursos de Cicerón: *Pro Cluentio, Pro Roscio Amerino, Pro Murena, Pro Milone, Pro Caecina, Pro Lege agraria, Pro Rabirio, Pro Roscio Comoedo, In Pisonem,* así como también las obras completas de Quintiliano,

la *Argonautica* de Valerio Flaco y otros códices de Asconio, Estacio, Manilio y Silio.

Nicolás de Cusa (1401-1464) se procuró manuscritos por todos los medios posibles en sus legaciones a Germania, Bohemia, Prusia, Inglaterra y Países Bajos. Quizá su mejor descubrimiento fue el códice de las obras de Plauto que encontró cuando tenía veinticinco años, estando al servicio del cardenal Orsini.

Nombres famosos de bibliófilos del período humanista son también los del conde Giovanni von Lupfen, Giovanni Trithermius, Hermann Schedel, Roberto de Bardi, Dionisio del Santo Sepulcro, Giovanni Cavallini, Giovanni Colonna, Andreolo Arese, Ambrosio de Millis, Nicolás de Clemangis y tantos otros[19].

En España tuvieron inclinaciones bibliofílicas los reyes Jaime II y Juan I de Aragón, el maestre de Rodas Juan Fernández de Heredia y el antipapa Luna (Benedicto XIII).

5. Las ediciones príncipes

Puede decirse que en los cien años que median desde 1333, fecha del hallazgo del *Pro Archia,* hasta 1433, en que aparece el *Panegírico de Trajano* de Plinio, se encontraron casi todos los textos clásicos. Muy poco después se descubre la imprenta y en poco más de otro siglo (1465-1575) se imprimen todos los autores clásicos hasta entonces hallados. Aquellas primeras ediciones, conocidas con el nombre de *príncipes,* son de importancia extraordinaria, y algunas de ellas, por haberse hecho sobre códices hoy perdidos, tienen el valor de verdaderos manuscritos *.

[19] Cfr. R. Sabbadini, *Le scoperte dei codici latini e greci nei secoli XIV e XV,* Firenze, 1914.

CAPÍTULO III

LA EDICIÓN CRÍTICA Y SU PROBLEMÁTICA

SUMARIO: 1) El concepto de manuscrito y los tipos de letra. — 2) La edición de los textos. — 3) Crítica textual y clases de códices. — 4) La *recensio* y la *emendatio*. — 5) Disposición de una edición crítica.

1. El concepto de manuscrito y los tipos de letra

Ya hemos visto que tras el descubrimiento y recolección de los manuscritos se pasó a las ediciones príncipes, pero el proceso en torno a los textos no se completará hasta la aparición, ya en el campo de lo científico, de la crítica textual, basada en el estudio de los manuscritos.

Conviene recordar que la palabra *manuscriptum* en latín es de creación reciente y que, cuando se aplica por primera vez en el siglo III de nuestra Era, es solamente para designar el carácter "auténtico" o "autógrafo" de un documento, pero sin relación ninguna con el hecho de su escritura a mano. Por otra parte, los humanistas de los siglos XV y XVI

designaban con la palabra *libri* lo que nosotros entendemos actualmente por manuscritos [1].

Por lo que se refiere a la palabra *códice*, designamos con ese nombre un libro escrito en pergamino, generalmente en vitela (de *vitula* = ternera), por ambas caras y que con frecuencia lleva en sus márgenes notas de diferente mano y posteriores a la copia del texto.

Íntimamente relacionado con la investigación de los manuscritos está el problema de su escritura, punto del que se ocupa la ciencia especial llamada *paleografía*.

La más antigua escritura latina fue la *capital*, con sus dos modalidades de letra; la *cuadrada*, de grandes caracteres mayúsculos casi tan anchos como altos, y la *rústica*, de formas más esbeltas; en ambos tipos la escritura es continua, con frecuentes abreviaciones y enlaces que a veces dan lugar a errores. En este tipo de letra se escriben, por lo general, los manuscritos hasta el siglo VI.

Procedente de la escritura capital aparece la *uncial*, de formas más redondeadas y usada entre los siglos IV y VIII, época en que comienzan a surgir las escrituras nacionales. Tienen éstas su origen en la escritura *schotica* o irlandesa, especie de *semiuncial*, que aparece en el siglo VII y que muy pronto es importada al continente por los misioneros fundadores de monasterios [2].

Surge por entonces también la *carolingia* o *carolina*, de claras y hermosas letras; y durante los siglos XII y XIII, coincidiendo con la reforma arquitectónica del arco ojival, hace su aparición la escritura *gótica*, angulosa y de letras más altas que anchas, que se mantendrá hasta el siglo XV.

---

1 Cfr. A. Dain, *Les Manuscrits*, Paris, 1949, pág. 13.

2 Cfr. L. Bieler, *Insular palaeography: present state and problems*, en "*Scriptorium*", 1949, págs. 276-294.

2. La edición de los textos

Pero el fin inmediato del estudio de los manuscritos es la lectura de los textos con miras a su edición. En los comienzos de la imprenta se utilizaba para la edición el manuscrito más reciente que por su poco valor era despreciado y se despedazaba para mayor comodidad de los tipógrafos. Así es cómo se explica también el hecho de que el manuscrito del que procede una edición *princeps* sea contemporáneo de la edición.

No debe olvidarse que casi todos los progresos de la filología se han realizado en torno al problema de la edición de textos. Nosotros no pretendemos hacer aquí un tratado de crítica textual. Lindsay, Havet, Pasquali, Dain son autores de todos conocidos y que han escrito sobre los problemas de crítica textual con amplitud y competencia. Si traemos a nuestro libro el tema de los textos y de la crítica textual es para mostrarlos como una de las más importantes fuentes de la ciencia filológica. Por tanto, en las líneas que van a seguir no queremos ni podemos descender a detalles que fácilmente pueden encontrarse en cualquiera de los fundamentales tratados sobre la materia.

3. Crítica textual y clases de códices

Fue Robert Estienne (Roberto Stephanus) quien distinguió por primera vez con siglas los manuscritos y puso variantes en las márgenes de su edición del Nuevo Testamento (1550).

También Justo Escalígero hacía labor de crítica textual cuando suplía lagunas o introducía ciertas modificaciones

sintácticas en los textos, procedimiento que continuaron empleando después Nicolás Heinsio y Hugo Grocio entre otros. Pero la crítica textual, tal como hoy la entendemos, es una disciplina nueva que nació con los trabajos de Lachmann (1793-1851), filólogo alemán que basó la crítica de los textos y los principios de la edición en la comparación de los manuscritos, hasta llegar a determinar su filiación y relaciones.

Por lo que atañe a su antigüedad, los manuscritos, en líneas generales, van referidos a la siguiente terminología[3].

ORIGINAL: es el ejemplar manuscrito que remonta al autor. De escritores clásicos no queda ninguno, como ya dejamos apuntado en otro lugar.

ARQUETIPO: es el más antiguo testimonio de la tradición en que el texto de un autor se halla consignado en la forma en que nos ha sido transmitida. Si las formas de tradición son varias, hay varios arquetipos.

MANUSCRITO TRANSLITERADO: es el que ha sido trasladado de una escritura de tipo antiguo a otra de tipo más reciente. La transliteración es mucho menos frecuente en los manuscritos latinos que en los griegos.

PROTOTIPO: palabra tomada del lenguaje técnico de la aviación. Se llaman prototipos los códices antiguos salidos directa o indirectamente de los ejemplares transliterados. Es en éstos en los que generalmente se basan los modernos estudios, ya que de los manuscritos latinos no quedan originales ni arquetipos y muy pocos ejemplares transliterados.

---

[3] Cfr. A. Dain, *ob. cit.*

4. La "recensio" y la "emendatio"

Los principios básicos de la crítica de textos siguen siendo los ya empleados por Lachmann, es decir, la *recensio* y la *emendatio*.

La recensio es el juicio de todos los testimonios que sirven para reconstruir un texto. He aquí algunas de las principales etapas de que se compone*:

a) **Buscar los manuscritos o papiros,** pues a veces, aunque de tarde en tarde, aparecen algunos textos nuevos. Esto requiere la consulta de catálogos de bibliotecas y trabajos anteriores. Por lo que se refiere a la nomenclatura de los códices, es preciso saber que se dividen en varios grupos que se distinguen:

1.° Por el nombre de la biblioteca en que se encuentran (ej.: *ambrosianus, laurentinus).*
2.° Por el nombre latino adjetivado de la ciudad en que está o estuvo la biblioteca que los guarda o los guardaba (ej.: *marburgensis, cluniacensis).*
3.° Por el nombre de su antiguo poseedor (ej.: *bembinus, ursinianus).*
4.° Por el nombre de la región (ej.: *barbaricus).*
5.° Por la forma del códice (ej.: *oblongus, quadratus, decurtatus)* [4].

b) **Clasificarlos,** investigando cuáles son los mejores y los más antiguos. Aunque en este punto se han venido equi-

[4] Cfr. C. Giarratano, *La critica del testo,* en la *Introduzione alla Filologia Classica,* Milano, 1951, págs. 79-84, publicada por la editorial Marzorati.

parando a veces las palabras *recentiores* y *deteriores,* hay que tener muy en cuenta que un manuscrito no por ser reciente es consecuentemente un mal manuscrito, pues, siguiendo este infundado criterio, se rechazan a veces variantes que remontan a la Antigüedad. El buen manuscrito es el que conserva las faltas sin corregirlas y permite al filólogo remontarse al estado primitivo de las alteraciones. Más que la antigüedad, lo que importa para elegir las lecciones es el manuscrito perdido al que se remonta la tradición *.

c) **Colacionarlos,** o sea, registrar las variantes. Esto se suele hacer comparando la mejor edición crítica, si existe ya alguna, con cada uno de los manuscritos. Las variantes meramente ortográficas pueden y deben omitirse, aunque conviene anotar más detalles de los que después hayan de figurar en el aparato crítico, porque suelen tener utilidad en el momento de establecer la genealogía, fase en la que resultan de suma importancia las trasposiciones de palabras, pasajes o páginas; las lagunas y los errores; las figuras y dibujos explicativos.

Modernamente el uso de la fotografía y del microfilm evita a los investigadores largos desplazamientos, porque mucho de este trabajo de colación puede hacerse sobre facsímiles y diapositivas, servicios de los que disponen hoy día todas las grandes bibliotecas y archivos.

El profesor de Jena, Griesbach, en su segunda edición del Nuevo Testamento (Halle, 1796), da quince reglas fundamentales para discernir las buenas lecciones en los manuscritos. Pero escoger las mejores lecciones no es cosa fácil, pues se necesita un amplio conocimiento de varias disciplinas: paleografía, métrica, gramática, etc., que muy rara vez se reúnen en una sola persona *.

La EMENDATIO es la corrección de los errores y establecimiento de conjeturas, tarea aún más delicada y peligrosa que la elección de las mejores variantes. A veces resulta fácil la corrección de errores, cuando sólo consisten en trasposiciones de palabra o de versos, omisiones de letras o de sílabas, mala división de las palabras, errores gramaticales, errores de dictado, malas trascripciones de palabras griegas, etcétera [5]*.

En cuanto a las conjeturas, se abusó mucho de ellas en el siglo pasado, pero la moderna filología, aun a riesgo de que se le dirija el reproche de no penetrar la sustancia y el alma del texto, ha adoptado una posición hipercrítica y mantiene rigurosamente el texto. Es cierto que algunas conjeturas de Wilamowitz han sido confirmadas por recientes descubrimientos papirológicos y lo mismo ocurrió anteriormente con otras de diferentes sabios e investigadores, pero se ha demostrado que las conjeturas verdaderamente acertadas son muy raras; y el principio de que "la conjetura no es más segura que la lección transmitida" responde a una realidad. Pero también es cierto que modernos editores, por una posición demasiado hipercrítica y un excesivo apego a la *lectio difficilior* [6], mantienen lecciones completamente indefendibles. Quizá sea verdad que se necesitan para la *emendatio* aquellas cualidades que ya decía Gronovio: *mens*

---

[5] El compendioso y ameno librito de Lindsay sobre la crítica de textos escalona sus capítulos bajo los siguientes epígrafes: I. Errores de corrección; II. Errores de transposición; III. Errores de omisión; IV. Errores de inserción; V. Errores de sustitución; VI. Confusión de letras; VII. Confusión de las abreviaturas.

[6] Principio que en las reglas de Griesbach, a las que antes aludíamos, se enuncia así: *Difficilior et obscurior lectio anteponenda est ei, in qua omnia tan plana sunt et extricata, ut librarius quisque facile intelligere ea potuerit.*

*divina plurimumque doctrinae, studium et percognita scriptoris indoles ac natura**.

5. Disposición de una edición crítica

Tras el estudio de los manuscritos se procede a la edición crítica del texto, que constará de *prolegómenos, texto* y *aparato crítico.*

Los **prolegómenos** comenzarán con el título de la obra, que debe ir escrito en latín y en letras mayúsculas. También es de desear que el contenido total de los prolegómenos se redacte en latín, pero modernamente se va sustituyendo por las diferentes lenguas de las naciones en las que el texto se edita.

En los prolegómenos se debe tratar sobre la data de la obra, su autenticidad, historia, tradición, fuentes y crítica del texto. También se hará referencia a la tradición indirecta, es decir, a las citas del texto que se encuentren en otros escritores antiguos (generalmente gramáticos, retóricos, escoliastas), así como comentarios, compilaciones e imitaciones antiguas del texto que se edita*.

A continuación de los prolegómenos, y antes del texto, conviene dar una lista de las siglas empleadas para designar los manuscritos que se ponen a contribución en el aparato crítico y que sirven de base para la edición. Los manuscritos se designan con la letra mayúscula inicial de su nombre, y, si es necesario, se acude a las minúsculas. A veces puede abreviarse indicando con una sola letra griega toda una familia de códices. Es imprescindible también una lista alfabética de las abreviaciones empleadas en el aparato crítico

para remitir a publicaciones, conjeturas o aclaraciones. Los prolegómenos deben tener una paginación propia.

El **texto** debe ir escrito en caracteres redondos, conservando la división tradicional en capítulos y párrafos, o bien en páginas y subdivisiones de páginas de una famosa edición antigua. En los textos poéticos se conserva la numeración tradicional en versos. Si la edición tiene como base un manuscrito único, puede indicarse la paginación del manuscrito. Las líneas del texto deben ir numeradas.

Como signos se usan fundamentalmente: paréntesis angulares < > para las letras y palabras restablecidas por conjetura, paréntesis cuadrados [ ] para las interpolaciones, asteriscos * * * para las lagunas y cruces † para los pasajes corrompidos.

El **aparato crítico** debe ir colocado en la parte inferior de las páginas, debajo del texto, y su cualidad fundamental ha de ser la claridad y la brevedad, permitiendo que el lector forme opinión propia sobre el texto. Se excluirán del aparato crítico las variantes puramente ortográficas siempre que por su valor morfológico o lexicográfico no tengan también valor crítico. Tampoco se consignará la puntuación de los manuscritos; de este modo se evitará convertir el aparato crítico en un amontonamiento de simples errores de copia. Debe evitarse recurrir a los signos matemáticos para indicar las abreviaciones, que siempre es conveniente hacerlas en latín: *add, om, transp.* *.

Por último recordaremos que hay dos sistemas de disponer el aparato crítico: el positivo y el negativo. El positivo consiste en indicar no sólo los manuscritos que tienen variantes, sino también los demás en los que figura la lec-

ción adoptada. En el negativo se indican solamente las variantes sin consignar las siglas de los manuscritos que tienen la lección que se adopta [7].

---

[7] Para estas cuestiones es interesante el folleto de J. Bidez y A. B. Drachmann reeditado por A. Delatte y A. Severyns, *Emploi des signes critiques*, Liège, 1938.

CAPÍTULO IV

LA PAPIROLOGÍA Y EL LATÍN DE LOS PAPIROS

SUMARIO: 1) Descubrimiento de los papiros y clases de los mismos. — 2) Importancia de la papirología. — 3) Los estudios papirológicos y la papirología española. — 4) Colecciones de papiros y revistas papirológicas. — 5) Los papiros latinos.

Tratamos aquí de los papiros porque la papirología está, por sus métodos y técnicas, a medio camino entre la diplomática y la epigrafía. Los papiros ayudan a comprender los manuscritos, pero su contenido y método de estudio los acerca a las inscripciones. Aunque el núcleo más importante de papiros es el griego, queremos esbozar en este capítulo unas ligerísimas indicaciones sobre papirología para que se comprenda la importancia y el alcance de esta nueva ciencia [1].

---

[1] La papirología abarca tres ramas, determinadas por otros tantos períodos: antiguo, grecorromano y medieval. El más interesante para nuestros estudios filológicos es el grecorromano. Para una iniciación a los estudios de papirología pueden ser útiles los siguientes trabajos: K. Preisendanz, *Papyrusfunde und Papyrusforschung*, Leipzig, 1933; M. David y A. B. van Groningen, *Papyrological Primer*,

1. Descubrimiento de los papiros y clases de los mismos

Entre los años 1752-1754, y bajo los auspicios del rey Carlos III de Borbón, se realizaron en Herculano importantes excavaciones arqueológicas que, entre otras cosas, pusieron a la luz una villa romana perteneciente a Lucio Calpurnio Pisón Censorino, suegro de César. Allí aparecieron cerca de 2.000 rollos de papiros carbonizados, muchos de los cuales pudieron ser desenrollados y leídos gracias al esfuerzo del Padre Antonio Piaggio, que los sometió a la cámara húmeda. Posteriormente, De Petra ordenó los documentos relativos a los papiros herculáneos, y Martini los catalogó para facilitar su estudio y consulta. La primera colección de papiros herculanenses se publicó entre 1793 y 1855 y la componían once volúmenes. La segunda colección, que vio la luz de 1862 a 1876, tenía también once volúmenes; y, por último, la tercera serie de *Herculanensia volumina* la inició en 1914 Domenico Bassi.

Tras los papiros de Herculano, el segundo importantísimo hallazgo de papiros fue el de los papiros egipcios. De éstos, el primer documento lo constituye la famosa *Charta Borgiana,* así llamada por su poseedor, el cardenal Esteban Borgia. Se trata de un ejemplar de poco más de doce

Leyden, 1952; A. Calderini, *Papyri, Guida allo studio della papirologia antica greca e romana,* Milano, 1962; es una exposición clara, metódica y con abundante bibliografía. Una lista bastante completa de los papiros literarios griegos y latinos se halla en el trabajo de Róger A. Pack, *The Greek and Latin literary texts from Greco-Roman Egypt,* Ann Arbor, 1952. Una bibliografía papirológica y de egiptología se viene publicando bajo la dirección del profesor Calderini en la revista *Aegyptus* desde su fundación.

columnas de un papiro griego perteneciente al siglo II a. J. C. y hallado en 1778 por un mercader italiano que se lo regaló al cardenal [2].

Pero la Era de la papirología puede decirse que no se inició hasta finales del siglo XVIII, con la expedición a Egipto de Napoleón en 1798. Sabido es que Napoleón no solamente desembarcó un ejército de soldados, sino también una pléyade de sabios con los que dieron comienzo importantes descubrimientos papirológicos en Egipto. Desde entonces hasta nuestros días han ido apareciendo los papiros por millares, y la búsqueda de los mismos se ha ido incrementando gracias a expediciones arqueológicas enviadas, una veces con carácter oficial por las diferentes naciones y otras veces por iniciativa privada.

Al descubrirse en 1921 la ciudad mesopotámica de Dura-Europo, fundada por los asirios, y que había sido conquistada por los romanos en el siglo II de J. C., aparecieron también importantes núcleos de papiros.

Otro foco, más reciente aún, en el que se han encontrado abundantes papiros, es Palestina, donde en 1937 aparecieron entre las ruinas de Nessana más de 200 papiros griegos. Pero el descubrimiento palestiniano más importante fue el de los rollos de papiros y pergaminos hallados en una gruta cercana al Mar Muerto que contienen interesantísimos textos y comentarios del Antiguo Testamento, si bien la mayoría de ellos en lengua hebrea y aramea [3].

---

[2] No tiene valor literario y fue publicado en 1788 por Nicola Schow. Actualmente se encuentra en el Museo Nacional de Nápoles.

[3] Cfr. John Marco Allegro, *Los manuscritos del Mar Muerto* (traducción española de M. Fuentes Benot), Madrid, Aguilar, 1957; y P. Benoit, J. T. Milik, R. de Vaux, *Les Grottes de Murabba'at,* Oxford, 1961.

Por su contenido, los papiros se dividen en dos grupos: el primero comprende los papiros literarios, que son los que a nosotros nos interesan particularmente y contienen poemas y fragmentos de prosa y verso pertenecientes a autores célebres. A veces esos fragmentos son pequeñísimos, pero, aun así, revisten gran interés. Al segundo grupo pertenecen los papiros no literarios o papiros documentales, y entre ellos se encuentran contratos, cartas, documentos fiscales, actas matrimoniales, ejercicios escolares, etc. Una gran cantidad de estos papiros escolares nos dan preciosas noticias sobre el funcionamiento de las escuelas grecolatinas en Egipto. Se encuentran, entre ellos, fragmentos de los autores objeto de estudio, ejercicios de escritura y de dictado, antologías escolares, léxicos y versiones del latín al griego y del griego al latín, etc.

La lectura e interpretación de los papiros, entre los cuales se encuentran algunos con miniaturas e ilustraciones, se ha convertido en una nueva rama científica de la filología: la papirología.

2. Importancia de la papirología

Decía Mommsen que, así como el siglo XIX había sido el de la epigrafía, el siglo XX sería el de la papirología; y no sin razón, pues los documentos sobre papiros abren a los estudiosos nuevos campos de investigación y se extienden desde el siglo VIII a. J. C. hasta el IX de nuestra Era. La importancia de los papiros radica en que, a veces, nos ofrecen textos nuevos de autores perdidos, ejemplares más antiguos de textos ya conocidos y documentos abundantes y variados.

Por lo que se refiere a los textos literarios, los papiros nos los ofrecen sustraídos al proceso de selección crítica y arreglo de muchos siglos pasados, sobre todo de los siglos medievales. Además, los papiros, lo mismo que las inscripciones, abarcan una mayor extensión, no sólo en el tiempo, sino también en el espacio, que los códices, pues proceden de los lugares más apartados y separados entre sí, y no se hallan centrados precisamente en los focos de cultura.

Los papiros literarios han servido en muchos casos para completar y comprender mejor ciertos puntos gramaticales de las lenguas griega y latina; por ellos se conocen también determinadas alteraciones fonéticas, morfológicas y sintácticas de dichas lenguas en el Egipto grecorromano. Por los papiros se ha llegado a saber el grado y zonas de difusión de la lengua latina en las riberas del Nilo y del Éufrates.

Desde el punto de vista histórico, muchos papiros, tanto literarios como documentales, han revelado importantísimos datos sobre la administración, el derecho y las costumbres de Egipto en la época grecorromana[4]. Por lo que se refiere al derecho, son abundantísimas e interesantes las noticias que nos ofrecen los papiros sobre la aplicación del derecho romano, tanto político como privado y civil, en Egipto, Palestina y Dura-Europo. En cuanto a creencias religiosas, aparte de datos concretos, también nos informan los papiros de cómo arraigaron las ideas cristianas en las clases más humildes de aquellas poblaciones afroasiáticas.

---

[4] Cfr. W. Peremans, *Papyrologie et problèmes d'histoire ancienne*, en "*Annales Univ. Saraviensis*", 1959.

3. Los estudios papirológicos y la papirología española

El abate italiano Amadeo Peyron fue el primero que, consciente del valor de los papiros, publicó en 1826 y 1827 una colección de papiros documentales acompañados de magníficos comentarios. Poco después el cardenal Angelo Mai, en 1831, publicó los papiros del Serapeum de Menfis.

Cuando entre los años 1877 y 1878 comenzaron a aparecer en el distrito de Fayún cientos y cientos de papiros,, los cónsules de Inglaterra, Alemania y Francia los adquirieron en grandes cantidades para sus respectivas naciones; pero la mayor cantidad de ellos pasó a la corte del archiduque Rainieri de Austria. Inmediatamente numerosos sabios y estudiosos se dedicaron a descifrar, catalogar y comentar aquella mole de papiros. Sobresalió entre todos ellos Carlos Wessely, cuyas ediciones y estudios sobre papiros quedan como una obra monumental unida a los nombres de Rainieri y a los de las ciudades en que se publicaron: Viena y Leipzig.

De 1883 a 1890, el arqueólogo inglés F. Petrie realizó importantes excavaciones en varias regiones de Egipto. Salieron a la luz numerosos papiros griegos que editó J. P. Mahaffy. Por otra parte, la gran cantidad de papiros que habían pasado a engrosar los fondos del Museo Británico de Londres encontraron su editor en el gran papirólogo inglés Federico Kenyon. Los investigadores Bernardo Grenfell († 1926) y Arturo Hunt († 1934), también ingleses, y a quienes se ha llamado los dióscuros de la papirología, llevaron a cabo magníficas y afortunadas excavaciones que

dieron como resultado el descubrimiento de numerosos e importantísimos papiros en Oxirrinco y en otros puntos de Egipto. Las publicaciones y ediciones de estos dos sabios conquistaron para Inglaterra el primer puesto en la que pudiera llamarse primera etapa de la papirología.

En Alemania inició los estudios papirológicos un discípulo de Mommsen, Ulrico Wilcken, que en 1892 editó algunos de los papiros de Berlín, y años más tarde, en 1900, fundó la revista *Archiv für Papyrusforschung.*

Entrando ya en el siglo XX, los estudios y trabajos de papirología han adquirido un gran desarrollo en casi todas las naciones europeas, así como en Egipto y en Estados Unidos. Ante la imposibilidad de hacer ni una somera reseña de dichos trabajos, nos limitaremos a citar los nombres de los principales investigadores y las ciudades con fondos papirológicos, tomándolos en resumen de la obra de Calderini.

En Italia sobresalen Domenico Comparetti, Girolamo Vitelli y los profesores Bartoletti, señorita Montevecchi y Aristide Calderini, fundador de la revista *Aegyptus* y cabeza visible de los estudios papirológicos en nuestros días. Milán, Florencia y el Vaticano poseen buenos fondos de papiros.

En Alemania, además de Berlín, donde radica desde un principio el más importante foco papirológico, poseen colecciones de papiros las ciudades de Bremen, Erlangen, Giessen, Halle, Hamburgo, Heidelberg, Jena y Leipzig; y nombres de estudiosos insignes en esta rama son los de A. Gerhard, O. von Gradenwitz, F. Bilabel, E. Becker, H. Siegmann, Fr. Zucker, Fr. Schneider, J. Seyfarth, etc.

Londres y Oxford en Inglaterra son las sedes principales de las colecciones de papiros griegos y latinos, y entre los editores y publicistas ocupan lugar destacado J. E. Powell,

Fr. L. Griffith, A. S. Hunt, E. G. Turner, por citar sólo algunos.

En los Estados Unidos de América existen colecciones papirológicas en Ann Arbor, Ithaca, New Haven, New York, Princeton, Washington y Cambridge, y han publicado ediciones y trabajos sobre papiros W. L. Westermann, A. E. R. Boak, H. A. Sanders, V. Cl. Husselmann y otros.

No podemos citar los nombres de todas las naciones europeas que poseen fondos y colecciones de papiros ni los de todos los numerosos editores e investigadores de esta nueva ciencia. Quien desee tener sobre ello un conocimiento más amplio puede consultar como base previa el manual de Calderini, ya citado. Pero lo que no podemos pasar por alto es el reciente movimiento papirológico en nuestra patria, del que damos a continuación una somera noticia.

En España, los estudios de papirología son muy recientes. Sus iniciadores e impulsores más destacados son los profesores Manuel Fernández Galiano, que se ha ocupado de papiros literarios, y Álvaro d'Ors, que ha estudiado papiros documentales y jurídicos.

El Padre J. O'Callaghan, S. I., se ha preocupado de documentos privados de la época bizantina y es el director de la reciente revista *Studia Papyrologica* que edita el Seminario de Papirología de la Facultad Teológica de San Cugat del Vallés (Barcelona).

En Barcelona radica la fundación papirológica "San Lucas Evangelista", de la que es alma don Ramón Roca Puig, y que posee un interesante fondo de papiros (= P Barc.).

Dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas se ha creado un "Seminario de Estudios Papirológicos" en Madrid, que tiene como base un magnífico lega-

do de 338 papiros griegos y coptos donados por la señorita Penélope Photiades, a los que se ha acordado designar con el nombre de Papyri Matritenses (fondo Photiades). Tanto la fundación "San Lucas Evangelista" como el "Seminario de Estudios Papirológicos" han hecho ya importantes publicaciones de algunos de sus valiosos fondos[5].

4. Colecciones de papiros y revistas papirológicas

Las colecciones de papiros suelen editarse unas veces por el contenido de los mismos, como, por ejemplo, los papiros literarios ya citados de Pack o los papiros escolares

---

[5] Sin pretender recoger aquí todos los trabajos que en torno a los papiros han publicado hasta el momento los estudiosos españoles, nos limitaremos a citar algunos de los principales, como prueba alentadora y confortante de que por este flanco de la filología no se encuentra España desguarnecida:

Manuel F. Galiano, *La lírica griega a la luz de los descubrimientos papirológicos*, en "*Actas del Primer Congreso Español de Estudios Clásicos*", Madrid, 1958, págs. 58-180; *Sobre los inventarios de papiros griegos y latinos*, "*Studia Papyrologica*", 1962, páginas 9-37; Álvaro d'Ors, *Introducción al estudio de los documentos del Egipto romano*, Madrid, 1948; J. O'Callaghan, *Trato de los cristianos en su correspondencia privada. Papiros griegos del siglo V*, "*Estudios Eclesiásticos*", 1960, págs. 391-402; *Sobre la interpretación de P S I. VII 835* [V/VI_p], "*Emerita*", 1961, págs. 121-127; *I nomi propri nelle lettere cristiane*, "*Aegyptus*", 1961, págs. 17-25; *La Iglesia en el siglo V según las cartas cristianas*, "*Revista española de Teología*", 1960, págs. 391-402; *Ocupaciones de los seglares según las cartas cristianas del siglo V*, "*Studia Papyrologica*", 1962, págs. 43-55; R. Roca Puig, *Panorama de los papiros latinos*, Barcelona, 1959; P. Photiades, *Un papyrus documentaire de la collection de Madrid*, "*Emerita*", 1961, págs. 117-119.

de Zalateo[6]. Otras veces el corpus formado por una determinada colección lleva el nombre de la ciudad en que radica, el de la entidad o biblioteca a que pertenece o el del mecenas que adquirió la colección, por ejemplo, P. Aberdeen = *Catalogue of Greek and Latin Papyri and Ostraca in the possession of the University of Aberdeen;* P. Cornell = *Greek Papyri in the Library of Cornell University;* P. Michaelidae = *Catalogue of the greek and latin papyri... in the Library of G. A. Michailidis of Cairo;* P. Amh = *The Amherst Papyri... the greek Papyri in the collection of Lord Amherst.* Muy frecuentemente las colecciones llevan el nombre de la región o ciudad en que fueron hallados los papiros, por ej.: P Oxy = *The Oxyrhynchus Papyri;* P Fay = *Fayumtowns and their Papyri;* P Tebt = *The Tebtunis Papyri;* P Hib = *The Hibeh Papyri.*

Además de las colecciones de papiros y de los numerosos trabajos de papirología que ven la luz en casi todas las principales revistas de filología y de lingüística, existen revistas especiales dedicadas a la publicación de textos y estudios sobre papiros. Las principales de entre esas revistas son:

Archiv für Papyrusforschung und verwandte Gebiete. Desde 1900, Berlin
Journal of Egyptian Archaelogy. Desde 1914, London
Aegyptus. Rivista italiana di Egittologia e Papirologia. Desde 1920, Milano
Chronique d'Égypte. Desde 1925, Bruselles
Études de Papyrologie. Desde 1932, El Cairo
The Journal of Juristic Papyrology. Desde 1946, Varsovia
Recherches de Papyrologie. Desde 1961, Paris
Studia Papyrologica. Desde 1962, Barcelona

---

6 Cfr. G. Zalateo, *Papiri scolastici,* en "*Aegyptus*", 1961, páginas 160-235.

5. Los papiros latinos

La papirología ofrece, como ya hemos dicho, un más ancho campo a los estudios griegos que a los latinos[7], pues la mayoría de los papiros hallados hasta ahora provienen del Egipto grecorromano.

Entre los papiros descubiertos en Herculano y que contienen textos latinos se encuentran setenta hexámetros de un *Carmen de bello Actiaco* que debió de escribirse en los últimos años de Augusto. Los restantes papiros latinos de Herculano son indescifrables por su mal estado de conservación.

Los autores literarios latinos que se encuentran representados en los papiros egipcios son:

Cicerón: fragmentos de varios discursos, a veces con la traducción griega y con notas también en griego. Está representado por ocho papiros (uno del siglo I a. J. C. y siete del siglo V de J. C.) que contienen: *in Catilinam,* 1, 6, 16; 7, 17-18; 8, 19-20; 11, 14; 15; *Divinatio in Q. Caecilium,* 34-37; 44-46; *pro Plancio,* 27; *pro Caelio,* 26-55; *ad Verr. act. secunda,* I, 1; 2; 62; 63; *de imperio Cn. Pompei,* 60-65; 70-71.

Salustio: está representado en cinco papiros que van del siglo II al V de J. C., dos de los cuales contienen fragmentos de la *Conjuración de Catilina* y otros dos de la *Guerra de Yugurta.* En un quinto papiro se encuentran las *Historias.*

[7] Cfr. P. Collart, *Les papyrus littéraires latins,* "*Revue de Philologie*", 1941, págs. 112-128, y A. Calderini, *Papiri Latini,* Milano, 1946.

VIRGILIO: es el autor latino más ampliamente representado en los papiros egipcios desde el siglo II al V de J. C., seguramente porque se le estudiaba en las escuelas como al más eximio representante de la latinidad. Nos quedan dos versos de las *Geórgicas,* nueve papiros de la *Eneida* y una paráfrasis griega de los libros IV y V. Seis papiros contienen traducciones yuxtalineales al griego [8].

TITO LIVIO: sólo quedan unos pocos fragmentos del siglo III de J. C. y los epítomes de los libros 37-40 y 48-55. Estos últimos fueron encontrados en 1903 en Oxirrinco.

LUCANO: breves fragmentos del libro II (v. 247-48; 265-66) pertenecientes al siglo VI.

Se han encontrado también algunos papiros con fragmentos de TERENCIO, JUVENAL, ULPIANO y PAPINIANO.

---

[8] Cfr. Cataudella, *Sulla fortuna di Virgilio nel mondo greco egiziano,* "*Chronique d'Égypte*", 1932, págs. 332-334.

CAPÍTULO V

LAS INSCRIPCIONES LATINAS

SUMARIO: 1) Importancia y problemas de las inscripciones. — 2) Letra y lectura de las inscripciones. — 3) Clases de inscripciones. — 4) Breve historia bibliográfica de las inscripciones.

1. Importancia y problemas de las inscripciones

De manera general se entiende por inscripción todo lo que está escrito sobre una materia duradera: piedra, hueso, vidrio, mosaico, etc., y su estudio ha pasado a ser objeto de una ciencia filológica especial: la epigrafía, que a veces penetra en el campo de otras disciplinas, como, por ejemplo, la paleografía o la numismática. Pero tanto sus objetivos como sus métodos son diferentes.

La epigrafía se aprende con la lectura y la interpretación de las inscripciones, bien directamente sobre los objetos en que están escritas, o bien en colecciones especiales ya editadas.

Las inscripciones tienen la ventaja sobre los manuscritos de que nos ofrecen textos auténticos e intactos, contemporáneos de quienes las hicieron o las mandaron grabar.

Las inscripciones nos aclaran y precisan muchos hechos de lengua, sobre todo en el campo de la ortografía, morfología y fonética. Gracias a las inscripciones podemos saber, por ejemplo, en qué época se conservaban intactos los diptongos, cuándo se introduce la reduplicación de las consonantes, hasta qué época se mantiene la *-s-* intervocálica o la *-d* final de los ablativos, y otros múltiples fenómenos por el estilo.

El conocimiento de los nombres romanos reposa, en gran parte, en datos epigráficos, porque el nombre es lo que más aparece en las inscripciones [1]. Por ellas podemos conocer las formas más corrientes de *praenomen, nomen* y *cognomen* y otros datos relacionados con estas palabras, como, por ejemplo, el hecho curioso de que las mujeres solían llevar un *praenomen* sacado generalmente del color de sus ojos o de sus cabellos. En cuanto al *nomen* podemos comprobar que los más antiguos gentilicios terminaban en *-ius, -eius, -aius, -eus, -aeus;* que los de origen etrusco terminaban en *-as, -enas, -inas, -arna, -erna, -enna, -inna, -ina;* los umbros y los picenos en *-anus* y *-enus,* y los galos en *-acus* y *-auus.*

Por lo que se refiere al *cognomen,* las inscripciones nos enseñan que esta distinción onomástica es de un uso más reciente y que la mayoría de ellos derivan de cualidades físicas. En cuanto al *signum* o apodo, las inscripciones ponen de manifiesto que esta forma no remonta más allá del siglo II de nuestra Era, que su desinencia es en *-ius* y que se forman a partir de adjetivos, pero conservan la desinencia *-ius* aunque se apliquen a mujeres, y, por último, que alcanzaron su mayor difusión en los siglos III y IV [2].

---

1 Cfr. W. Schulze, *Zur Geschichte der lateinischen Eigennamen,* Berlin, 1904.

2 Cfr. Mlle. H. Wuilleumier, *Étude historique sur l'emploi et la*

Estos y otros muchos hechos de lengua nos aclaran las inscripciones; sin ellas estaríamos aún bastante menos seguros de lo que estamos de los textos literarios que han llegado hasta nosotros. En cierto modo puede decirse que el grabador repara el mal que hace el copista. Pero hay que tener también en cuenta, por lo que a la lengua se refiere, de una parte, las posibles faltas o errores de los lapicidas y grabadores o quadratarios ignorantes o que no entendían muy bien el texto original, posiblemente porque se les entregara escrito en letra cursiva; y, de otra parte, las malas lecturas de aficionados imaginativos que dieron de las inscripciones transcripciones peregrinas, pues, como dice muy bien Cagnat, en la epigrafía no hace falta intuición, sino ciencia.

2. Letra y lectura de las inscripciones

En términos generales puede decirse que hay en las inscripciones, como en los manuscritos, dos tipos de letra: la *monumental* o *capital,* parecida a nuestras mayúsculas de imprenta, que es la empleada comúnmente en inscripciones grabadas, y la *cursiva,* que es un tipo de letra rápida, simplificada y, por tanto, muy difícil de descifrar. Los tipos de cursiva más antiguos aparecen en los *graffiti* de las paredes de las casas pompeyanas y en algunas tablillas enceradas descubiertas en 1875 y que datan de los años 55 y 57 de nuestra Era.

Las inscripciones latinas se caracterizan, salvo raras excepciones, por su brevedad. A veces toda una palabra está

---

signification des signa, en "*Mémoires présentées à l'Académie des inscriptions et Belles Lettres*", XIII, Paris, 1932.

sustituida por una sigla, que normalmente es la letra inicial de la palabra. Si la palabra está en plural, suelen escribirse las siglas tantas veces como personas quieren indicarse; por ejemplo: DDD. NNN. = *Domini nostri tres.* Conviene conocer también para la lectura de las inscripciones las combinaciones de letras o ligaduras, procedimiento que a la vez iba encaminado a ahorrar espacio. Estas abreviaturas en la escritura cursiva son difíciles de descifrar, pero en la monumental resultan más fáciles. Lo corriente es agrupar dos o tres letras. El agrupamiento de más de tres es raro y suele aparecer solamente en fórmulas ya consagradas, por ej.: (TS LT) = *o(pto) t(erra) s(it) l(evis) t(ibi)*[3].

Entre los signos más frecuentemente empleados por los lapicidas se cuentan el *apex*, especie de acento agudo colocado sobre las vocales largas y que estuvo en uso desde la época de Sila hasta mediados del siglo III de J. C., y el *sicilicus*, que tiene la forma de un acento circunflejo o de un acento agudo y se colocaba sobre vocales o consonantes para indicar que la letra debía ir reduplicada.

Muchas veces la forma de la letra sirve para determinar la época en que se escribieron las inscripciones. Así, por pequeñas diferencias de detalle en los alfabetos empleados durante el Imperio, se han llegado a datar la mayoría de las inscripciones imperiales[4].

Si bien es cierto, como decíamos anteriormente, que las inscripciones aclaran muchos problemas de la lengua latina,

---

[3] Para estas cuestiones sigue siendo fundamental, a pesar de su antigüedad, el libro de R. Cagnat, *Cours d'épigraphie latine* (4.ª edición), 1914, y el trabajo de J. E. Sandys, *Latin epigraphy*, Cambridge, 1919.

[4] Cfr. la obra de E. Hübner, *Exempla scripturae epigraphicae latinae a Caesaris dictatoris morte ad aetatem Iustiniani*, Berlin, 1885.

también es verdad que la lectura de las inscripciones exige por su parte ciertos conocimientos en la lengua latina.

Muchas veces no se puede leer una inscripción *in situ* o no se puede permanecer en su emplazamiento todo el tiempo deseado. Entonces se acude a la fotografía, que generalmente suele hacerse con luz rasante para acentuar las sombras de los espacios grabados. No obstante, si el grabado no es muy bueno, se recurre al procedimiento mecánico del estampado que se hace mojando la piedra y colocando sobre ella un papel que se humedece con una esponja. Luego se dan unos golpecitos con un cepillo hasta que el papel quede bien adherido a la piedra. Después se deja secar. En este procedimiento suele emplearse papel fino, pero nuestro buen amigo don Francisco Suay, conservador del Museo Arqueológico de Cuenca, ha obtenido sorprendentes resultados utilizando planchas de papel secante bien humedecidas.

El que ha de trabajar sobre inscripciones conviene que visite las colecciones de lápidas de los museos, pues con frecuencia muchas de ellas, o permanecen inéditas, o fueron mal descifradas, como hemos comprobado por propia experiencia.

3. Clases de inscripciones

Las inscripciones pueden ser de muy diversa naturaleza, pero suelen dividirse para su estudio en varios grupos de los que vamos a tratar en forma muy somera.

1.° **Inscripciones funerarias o epitafios.** Son las que han llegado a nosotros en mayor número. Parece ser que al principio se redactaban en forma muy breve, pero pronto las *gentes* ilustres introdujeron la costumbre de añadir al nom-

bre del difunto un elogio del mismo en prosa o en verso (saturnios, hexámetros, senarios yámbicos, etc.). A veces la inscripción funeraria reproduce también el testamento del difunto, como el famoso "testamento del ligón", que es de extraordinaria longitud [5]. Desde finales de la República, en las inscripciones funerarias aparece también una mención a los dioses manes, y a partir de Augusto el epitafio es una especie de consagración a los dioses *(Dis manibus sacrum)*.

A veces aparecen también en las inscripciones funerarias signos extraños, como, por ejemplo, un hacha bipenne acompañada de la fórmula "*sub ascia dedicavit*. S. A. D." u otros motivos figurados de dudosa interpretación [6]. Famosas inscripciones funerarias, entre las muchísimas que podrían citarse, son las de los Escipiones y los epitafios de Claudia, Protógenes y Marco Cecilio [7] *.

2.° **Inscripciones honoríficas.** Las más antiguas inscripciones de este tipo fueron los *elogia*; que figuraban en las imágenes de los antepasados, pero ya a partir de la segunda guerra púnica se comenzaron a erigir en Roma estatuas conmemorativas de los hombres ilustres desaparecidos. La más antigua de las inscripciones que figura en monumentos de esta clase es la grabada sobre la columna rostral del cónsul Duilio, conmemorativa de sus victorias navales sobre los cartagineses y de la que sólo nos queda una copia mutilada de la época de Augusto.

---

5 Cfr. C. I. L. XIII, 5.708, y J. J. Hatt, *La tombe galloromaine*, Paris, 1951, pág. 66.

6 Cfr. F. Cumont, *Recherches sur le symbolisme funéraire des Romains*, en "*Revue d'Histoire des Religions*", 1944, págs. 40 y sigs.

7 Cfr. F. Bücheler, *Carmina latina epigraphica*, Berlin, 1895-1897, y A. Ernout, *Recueil de textes latins archaïques*, Paris, 1947, páginas 12-21 y 77-79.

Augusto tomó la costumbre de honrar con estatuas a los grandes hombres que habían contribuido por algún medio al esplendor de Roma, y las mandó colocar en torno al foro, grabando sobre su basa los *elogia* de los personajes [8]; de ellas se hicieron copias en Roma y en diferentes ciudades de Italia. En Arezzo, Pompeya y, recientemente, en Tarquinia han aparecido varias de éstas.

En la época imperial las inscripciones honoríficas tomaron una forma parecida a las dedicatorias. A la cabeza de la inscripción figuraba el nombre y los títulos del personaje en dativo, y a veces en genitivo, precedido de la fórmula *in honorem*. Varias de estas inscripciones contienen una indicación de la carrera política del personaje. También por este tipo de inscripciones puede seguirse incluso la historia de las legiones y los sobrenombres que llevaron en diferentes momentos [9].

3.° **Inscripciones religiosas.** Las más corrientes son dedicatorias a las divinidades. En principio solían ser breves, y se las encuentra grabadas o pintadas sobre vasos, altares o placas de metal. Primeramente sólo figuraba en ellas el nombre de la divinidad a quien iban dedicadas, que se ponía en genitivo o en dativo, pero pronto se hicieron más extensas. Estas inscripciones son muy importantes para el estudio de la historia religiosa, pues permiten conocer la evolución de ciertos cultos y la propagación por determinadas regiones

---

[8] A los *Elogia* está dedicada por entero la segunda parte del tomo XIII publicado por A. Degrassi en las *Inscriptiones Italiae*, 1937.

[9] Cfr. el artículo *Legio* de E. Ritterling en el Pauly-Wissowa, t. 12, cols. 1.186 y sigs.

de algunos misterios, como, por ejemplo, los concernientes al mitraísmo [10].

En este grupo de inscripciones pueden incluirse los *calendarios* con indicación de las fiestas y de los días *fastos* y *nefastos;* las *actas* de los colegios sacerdotales, como las de los hermanos Arvales; las *sortes,* pequeñas placas de madera o de bronce pertenecientes al mundo de la adivinación, y por medio de las cuales respondían los sacerdotes de ciertos santuarios a las preguntas que los fieles hacían al dios; las *tabellae defixionum,* láminas de plomo sobre las que se escribían fórmulas mágicas e imprecaciones para consagrar a los dioses infernales a algún enemigo o lograr su muerte. Estas *tabellae* revisten gran importancia desde el punto de vista religioso y de la lengua [11].

4.° **Actas públicas y privadas.** Aunque la lengua de estas inscripciones no es puramente epigráfica, constituyen una de las fuentes más importantes del material epigráfico. En este grupo se encuentran los tratados, leyes y decretos del pueblo romano *(senadoconsultos).* Tales leyes y plebiscitos se componían de tres partes fundamentales: la *praescriptio,* el *texto* de la ley y la *sanctio.* Importantes son también, dentro de este grupo, los edictos de los emperadores y de los magistrados de Roma y de las provincias. Citamos a continuación, por vía de ejemplo, algunos de los más célebres. Cerca de Heraclea, en Lucania, se encontró la *Lex Iulia municipalis* del año 45 a. J. C. por la que César

---

[10] Cfr. F. Cumont, *Textes et monuments figurés relatifs aux mystères de Mithra,* Bruxelles, 1899.

[11] Cfr. A. Audollent, *Defixionum tabellae,* Paris, 1904, y M. Jeanneret, *La langue des tablettes d'exécration latines,* Neuchâtel, 1918, así como lo que decimos más adelante en este mismo libro al hablar del llamado "latín vulgar".

regulaba la organización del mundo municipal en todo el Imperio, acto el más grande, sin duda, de la vida política de César[12]. Como documento imperial sobresale el relato que Augusto hizo de sus propias acciones y que después de muerto se colocó en su mausoleo. Ha llegado hasta nosotros por las copias grabadas en varias ciudades de Galacia, fundamentalmente por la encontrada en el templo de Roma y Augusto, de Ancira, conocida con el nombre de *Testamento o monumento ancirano,* y a la que siguió el descubrimiento de su traducción griega[13]. En 1528 se descubrió en Lyon el gran discurso de Claudio sobre el estatuto de los galos, pronunciado en el Senado el año 48 de nuestra Era, magnífico ejemplo de *lex rogata* para conceder el *ius honorum* a los jefes de la *Gallia comata*[14].

Importantes son también en este grupo de inscripciones los *Fastos consulares* (listas de los cónsules) y los *Fastos triunfales* (listas de generales que consiguieron los honores del triunfo). Se hallaron en el Foro en fragmentos, fueron publicados en el primer volumen del *Corpus Inscriptionum latinarum* y han sido recientemente estudiados por M. A. Degrassi en las *Inscriptiones Italiae*[15].

Actas privadas son pocas las que han llegado hasta nosotros. En 1875 se descubrieron unas cuantas tablillas de cera con las anotaciones del banquero *L. Caecilius Iucundus* pertenecientes a los años 55-57 de nuestra Era. En Transilvania, en la pequeña ciudad de Verespatak, se hallaron otras tabli-

---

12 C. I. L., I, 206.

13 Texto y comentario pueden verse en la edición de M. J. Gagé, *Res gestae divi Augusti,* publicada por la Facultad de Letras de Strasburgo, textos de estudio, V, 1950, 2.ª edición.

14 Cfr. Ph. Fabiá, *La table claudienne de Lyon,* Lyon, 1929.

15 En el primer volumen del tomo XIII, publicado en 1947.

llas de cera con las ventas y contratos llevados a cabo entre los años 131 y 167 de J. C. en aquel distrito minero de la Dacia. Otra tablilla de cera, descubierta al norte de Holanda, reproduce una transacción entre un ciudadano romano y un campesino de la Galia y parece pertenecer al reinado de Claudio[16]. Se han encontrado también tablillas de madera con actas escritas en tinta, pero pertenecen a finales del siglo v*.

5.° **Inscripciones en edificios y monumentos.** En su origen esta clase de inscripciones era del mismo tipo que las honoríficas y sólo figuraba en ellas el nombre del personaje que mandó construir o reparar el monumento, pero en la época imperial la redacción de tales inscripciones comenzó a complicarse. A esta clase de inscripciones pertenecen las grabadas en arcos de triunfo, frontispicios de teatros, templos, columnas, obeliscos, acueductos, cipos, piedras miliares, etc. Famosas son las inscripciones de los dos obeliscos egipcios descubiertos en el *Circus Maximus* y el del campo de Marte, dedicados por el emperador Augusto al dios Sol en los años 10 y 9 a. J. C., y el levantado por Calígula en el *Circus Vaticanus*, que fue luego colocado en la plaza de San Pedro por el papa Sixto V.

Arcos triunfales y piedras miliares con inscripciones se ven repartidos por todas las provincias del Imperio romano.

Mención especial merecen los conocidos *graffiti* hallados en los edificios de Pompeya escritos por los particulares. Han aparecido en gran número, y entre ellos se cuentan saludos a los transeúntes, palabras groseras dedicadas "al que esto lea", confesiones indecentes, injurias a enemigos,

---

16 Cfr. E. Quq, *Une tablette à la cire du musée de Leeuwarden*, en "*Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*", 1919, págs. 265 y sigs.

versos de Virgilio y de Ovidio, malas poesías, anuncios electorales, etc.[17].

6.° **Inscripciones sobre objetos diversos.** Entre tales objetos se cuentan pesas y medidas, dados de juego, armaduras, ladrillos, vasijas, etc. A este tipo de inscripciones hay que referir los cuños llamados *signacula*, para estampar sobre arcilla, muchos de ellos pertenecientes a oculistas, y los *menologia rustica* o calendarios en los que se indicaban los trabajos y faenas campestres que concierne realizar en las diferentes estaciones del año.

4. Breve historia bibliográfica de las inscripciones

Las primeras colecciones epigráficas surgen ya en el humanismo con Poggio Bracciolini (1380-1459) y Ciriaco Pizzicoli (1391-1457). En 1588 Justo Lipsio publica una colección de inscripciones ordenadas por materias. De cierto interés es ya el repertorio publicado por Rafael Fabretti (1619-1700), director de los archivos vaticanos. En él se da preferencia a las inscripciones latinas sobre las griegas, pero se aplica un más depurado método crítico, que se perfecciona más aún con los trabajos de recolección de Scipión Maffei (1675-1755) y Augusto Boeckh (1785-1867).

Pero la obra fundamental e imprescindible para cualquier estudio sobre inscripciones latinas es el monumental *Corpus Inscriptionum Latinarum* comenzado en 1863 por Teodoro Mommsen bajo los auspicios de la Academia de Ciencias de Berlín con métodos y criterios modernos. Su publicación

17 Cfr. E. Diehl, *Pompeianische Wandinschriften*, Bonn, 1910, y V. Väänänen, *Le latin vulgaire des inscriptions pompéiennes*, Helsinki, 1937 (la última edición es de 1963).

prosigue hasta el momento, y, excepto los tomos I y XVI, la recopilación de las inscripciones es geográfica, por eso muchos tomos van siendo ampliados mediante suplementos.

Otras colecciones de más limitada extensión, pero de importancia por conceptos diferentes, son:

F. Ritschl, *Priscae latinitatis monumenta epigraphica,* Berlin, Reimer, 1862
F. Bücheler, *Carmina Latina epigraphica,* 2 vols., Leipzig, Teubner, 1895-1897
E. Diehl, *Vulgarlateinische Inschriften,* Bonn, Marcus, 1910
E. Diehl, *Altlateinische Inschritfen,* 2.ª edic., Bonn, Marcus, 1911
H. Dessau, *Inscriptiones Latinae Selectae,* 3 vols., Berlin, Weidmann, 1892-1916
A. Ernout, *Recueil de textes latins archaïques,* Paris, Klincksieck, 1938 (nueva tirada en 1947)
A. Degrassi, *Inscriptiones latinae liberae reipublicae,* Firenze, 1957 (el tomo II apareció en 1963)

También existen en el campo de las inscripciones revistas y trabajos especiales. *L'Année épigraphique,* fundado por R. Cagnat en 1888 y publicado en la *Revue archéologique* desde hace más de medio siglo, analiza las publicaciones epigráficas de la antigüedad romana, reproduciendo las ya recogidas y dando a la luz otras nuevas.

La revista *Epigraphica,* aparecida en 1939 y dirigida por Calderini, publica un boletín bibliográfico de epigrafía griega y latina.

En 1943, M. A. Merlin publicó en el *Mémorial des Études Latines* (Paris, 1943) un trabajo intitulado *Vingt années d'études sur l'épigraphie latine,* en el que ofrece una visión de conjunto de las investigaciones y trabajos realizados desde 1920 hasta aquella fecha.

Desde que en 1919 la Unión Académica Internacional, radicada en Bruselas, resolvió publicar todas las inscripciones griegas y latinas en un corpus único, van apareciendo poco a poco las de los diferentes países encomendadas a relevantes especialistas de los mismos[18].

---

[18] La recopilación de inscripciones latinas de España fue iniciada por E. Hübner en sus dos trabajos *Inscriptiones Hispaniae Latinae* (recogidas en el 2.º vol. del C. I. L.), Berlin, 1869, e *Inscriptiones Hispaniae christianae,* Berlin, 1871; pero ya habían sentado las bases para un trabajo de conjunto otros investigadores españoles, de los que citaremos como más destacados el Padre Fidel Fita, que en colaboración con Eduardo Saavedra dio a la luz una *Epigrafía romana de la ciudad de León,* León, 1866; F. de Clemente, *Inscripciones romanas de Cádiz,* Cádiz, 1846, y don Aureliano Fernández Guerra, *Epigrafía romano-granadina,* Madrid, 1867. Trabajo importante, basado en nuestras inscripciones, fue el de A. Carnoy, *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions,* Bruxelles, 1906 (2.ª edición). Desde la época de Hübner y del Padre Fita se han venido publicando en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* numerosas inscripciones, pero no tenemos hasta el momento un corpus que las reúna todas de manera orgánica. Entre los años 1897-1908, el Marqués de Monsalud publicó en dicho *Boletín* 32 crónicas, en las que daba noticia de 291 inscripciones, pero su método dejaba mucho que desear desde el punto de vista histórico-científico y fueron sometidas a un examen crítico por los especialistas señores J. Mallon y T. Marin (Madrid, 1951). Ante la imposibilidad de citar todos los trabajos que sobre inscripciones han aparecido en los últimos años en diferentes revistas, nos limitaremos a los más salientes: J. Vives, *Inscripciones cristianas de la España Romana y Visigoda,* Barcelona, 1942, que supera, con mucho, a las Inscripciones cristianas de Hübner; E. Palomar Lapesa, *De epigrafía española romano-cristiana y visigoda,* "*Zephyrus*", 1951, págs. 21-23; S. Mariner Bigorra, *Inscripciones hispanas en verso,* Barcelona, 1952, y *Nuevas inscripciones latinas de España,* en "*Archivo español de Arqueología*", 21, 1955, págs. 197-243. Los señores Filgueira Valverde y Álvaro D'Ors han editado las *Inscripciones romanas de Galicia* (Sant. de Compost., 1955), a las que siguió un suplemento de A. del Castillo y el mismo señor D'Ors (1960). En "*Emerita*" (XXX, 2, 1962, págs. 295-304), M.ª Josefa Jiménez de Cisneros ha publicado 35 recientes inscripciones funerarias de Cádiz.

CAPÍTULO VI

DEL INDOEUROPEO AL LATÍN

SUMARIO: 1) El concepto de indoeuropeo común y problemas del método lingüístico. — 2) Descubrimiento e identificación de lenguas indoeuropeas en el siglo XX. — 3) Algunos caracteres generales del indoeuropeo. — 4) La pretendida reconstrucción del indoeuropeo: algunos problemas, teorías y trabajos de conjunto. — 5) Relaciones del latín con otras lenguas y grupos lingüísticos indoeuropeos. — 6) Parentesco y diferencias entre el latín y el griego. — 7) El problema del italocéltico. — 8) Los dialectos itálicos y la teoría del itálico común. — 9) Las diferentes lenguas habladas en Italia y los primitivos dialectos latinos. — 10) El latín arcaico.

1. El concepto de indoeuropeo común y problemas del método lingüístico

El latín pertenece al grupo o familia de lenguas denominadas indoeuropeas. El llamado indoeuropeo común es la lengua hipotética que se supone hablaban, cinco mil años antes de nuestra Era, los colonos que habitaban las regiones intermedias entre la Europa Central y las estepas siberianas. A partir de aquel tiempo y lugar se cree que ocu-

rrieron una serie de desgajamientos, migraciones y hechos históricos por los que una parte de aquellos pobladores se dirigirían al Oriente hasta la India y Ceilán, y otros al Occidente hasta Bretaña y España.

Como consecuencia de tales migraciones, de aquel indoeuropeo común surgieron una serie de lenguas con formas parecidas que a través del tiempo y del espacio fueron diferenciando sus caracteres y estructuras hasta el extremo de que los hablantes de los diferentes grupos descendientes del mismo tronco ni adivinaban el parentesco de sus lenguas ni podían comprenderse entre sí.

El descubrimiento de aquella unidad lingüística se realizó en el siglo XVIII, cuando, al conocerse en Europa el sánscrito, la lengua de la antigua literatura india, se observó la gran semejanza de muchas palabras sánscritas con las de las diferentes lenguas europeas. A ese grupo de lenguas, al que pertenece también el latín, los alemanes le llaman tronco *indogermánico* por tener como representantes del lado más oriental a los indios y del más occidental a los germanos. Pero Bopp, que fue quien en 1816 comenzó los estudios comparativos de algunas de esas lenguas [1], las bautizó con el nombre de *indoeuropeas*, que es el más comúnmente aceptado.

Las lenguas reconocidas hasta hoy como indoeuropeas son las indicadas en el siguiente cuadro, en el que guardamos, aunque sólo sea en parte, el mismo orden en que las describe Meillet [2]:

---

[1] F. Bopp, *Ueber das Conjugationssystem der Sanskritsprache in Vergleichung mit jenem der griechischen, lateinischen, persischen und germanischen...*, Francfort-sur-le-Main, 1816.

[2] A. Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*, Paris, 1937 (8.ª edición).

- hitita
- tocario
- indo-iranio
  - India
    - sánscrito
    - prácrito
    - védico
  - Irán
    - parsik
    - avéstico
    - palavik
    - ossette
    - yagnoli
- griego
  - micénico
  - jónico-ático
  - aqueo
  - dórico
  - eolio
- itálico
  - osco
  - umbro
  - latín
- céltico
  - galo
  - britónico
    - galés
    - córnico
    - bretón
  - gaélico
    - irlandés
- germánico
  - gótico
  - nórdico o escandinavo
    - islandés
    - noruego
    - sueco
    - danés
  - occidental
    - frisón
    - alemán
    - inglés
- báltico
  - antiguo prusiano
  - lituano
  - letón

- eslavo
  - grupo meridional
    - macedonio-búlgaro
    - servio-croata
    - esloveno
  - ruso
    - pequeño ruso, ruteno o ucraniano
    - gran ruso
    - ruso blanco
  - grupo occidental
    - checo
    - eslovaco
    - polaco
    - servio
- albanés *.
- armenio *.

De todas estas lenguas indoeuropeas, las únicas que han dejado textos seguidos anteriores a nuestra Era son el *hitita, indo-iranio, griego* e *itálico*[3].

Resumiendo los rasgos y características comunes a todas estas lenguas se ha formado la gramática comparada del indoeuropeo, que no es otra cosa que la **comparación** entre las **lenguas hermanas** (muchas de ellas hipotéticas) que salieron del también hipotético indoeuropeo común.

Pero aclaremos ciertos conceptos sobre los que se basa el método seguido en estos estudios.

El **método comparativo** no es más que una prolongación en el pasado del método histórico, y consiste en aplicar

[3] Las lenguas germánicas aparecen relativamente tarde en el escenario histórico. Descartando la breve inscripción de un yelmo encontrado en Estiria, que es posible pertenezca al año 100 antes de nuestra Era, los textos más antiguos son las inscripciones en caracteres rúnicos halladas en Noruega y Dinamarca (siglo I, o quizá III de nuestra Era) y la traducción gótica de la Biblia hecha por Ulfilas (siglo IV). Para un conocimiento del germánico es interesante la obra de V. Pisani, *Introduzione allo studio delle lingue germaniche*, 4.ª edición, Torino, 1961.

a épocas pasadas, de las que no poseemos documentos probatorios, el mismo razonamiento que se aplica a las épocas históricas. Por eso, para iluminar las relaciones entre varios de aquellos grupos lingüísticos y los recíprocos influjos de las diferentes lenguas indoeuropeas, sirven el método y los progresos conseguidos en el estudio de las lenguas vivas, sobre todo en el campo de las lenguas románicas y germánicas [4].

Pero los lingüistas que estudian el indoeuropeo trabajan sobre lenguas comunes reconstruidas mediante hipótesis y su labor queda reducida a una labor esquemática que no puede cristalizar en realidades concretas. Todo lo más a que pueden llegar es a descifrar las categorías de aquella hipotética lengua, averiguando el valor de los sufijos y las desinencias de la misma y estableciendo, por medios lingüísticos, las relaciones que existían entre las lenguas pertenecientes a aquel tronco común.

Ahora bien, para admitir que dos lenguas poseen entre ellas un **parentesco** es preciso demostrar que la una proviene de la otra o que ambas salieron de un tronco común; y, para ello, ni las coincidencias de vocabulario ni siquiera los hechos generales de estructura morfológica son por sí mismos probatorios. Se necesita como base fundamental la coincidencia de formas gramaticales particulares, pues las relaciones y semejanzas en el vocabulario no pueden poner-

---

[4] Del estudio de estas lenguas nació la auténtica lingüística, que relegó la comparación al puesto que realmente la correspondía, o sea, al de medio para reconstruir hechos. Fue Diez quien dio el primer paso con su *Gramática de las lenguas romances*, 1836-1838; y en el campo germánico, el americano Whitney, con la *Vida del lenguaje* (1875), seguido a poca distancia por la escuela alemana de los Junggrammatiker, entre los que se encontraban Brugmann, Osthoff, Baune, Sievers y otros.

se en el mismo grado de parangón que las gramaticales, toda vez que éstas representan hechos de lengua y aquéllas hechos de civilización. El primero que sentó este fundamental principio lingüístico fue el jesuita español Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809), a quien se ha llamado padre y fundador de la lingüística comparada. En su monumental *Catálogo de las lenguas* en seis tomos, publicado en Madrid (1800-1804), estudió cerca de trescientas lenguas de América, Asia y Europa.

Desde el moderno punto de vista estructural, a la comunidad de estructura entre las lenguas se la llama **afinidad.** Y en tal concepción el parentesco no excluye la afinidad: así, el francés y el italiano, por ejemplo, son lenguas parientes por haber ambas salido del latín, pero al mismo tiempo son afines. Sin embargo, el parentesco y la afinidad no van forzosamente emparejados; así, el francés y el ruso son parientes por ser ambas lenguas indoeuropeas, pero no afines, pues su tipología estructural es muy diferente. A la inversa, dos lenguas pueden ser afines sin ser parientes, como ocurre con el armenio y el georgiano, que fonéticamente presentan extraordinarias semejanzas, pero ningún parentesco, puesto que el armenio es lengua indoeuropea y el georgiano caucásica [5] *.

Gran importancia en los estudios lingüísticos del grupo indoeuropeo tuvo el establecimiento de las llamadas **leyes fonéticas** o reglas por las que se rigen y a las que responden las conservaciones e innovaciones relativas a la pronunciación. Es cierto que los efectos de estas leyes pueden ser destruidos al cabo del tiempo por cambios propios de cier-

[5] Cfr. L. Tesnière, *Éléments de syntaxe structurale,* Paris, Klincksieck, 1959, pág. 29.

tas palabras e incluso por acciones analógicas o préstamos, pero no por eso tales leyes pierden una cierta realidad[6].

No menos importante es la localización de las denominadas **líneas isoglosas** o rasgos comunes a varias lenguas. El encuentro en algunas de ellas de gran número de dichos rasgos ha inducido a los lingüistas a formar grupos con las mismas, y así se habla de *indo-iranio, balto-eslavo, italo-céltico,* etc. Estas fronteras dialectales suelen mostrar una gran independencia y una repartición muy irregular de unas lenguas a otras. El término *isoglosas,* adoptado por imitación de *isotermo,* le parece a Saussure oscuro e impropio, ya que su verdadera significación es "que tiene la misma lengua", por lo que él prefiere llamarlas *ondas de innovación*[7], acercándose así a la **teoría de las ondas** o de la continuidad que en 1877 propuso Schmid, en contraposición a **la teoría del árbol genealógico** de Schleicher, para demostrar que las diferenciaciones dialectales se pudieron producir antes de que las naciones se dispersaran en direcciones diferentes. Según esta teoría, las innovaciones salen de un centro determinado y se difunden más o menos extensamente a los territorios vecinos según sea la marcha de la onda que se amplifica en círculos siempre más débiles cuanto más alejados están

6 Para una demostración de cómo se cumplen las leyes fonéticas y la importancia de las mismas, cfr. E. Sapir, *Le Langage* (traducción francesa de S. M. Guillemin), Paris, 1953, págs. 162-181. Una exposición clara sobre las discusiones en torno al cumplimiento y validez de dichas leyes puede verse en L. Laurand, *Manuel des études grecques et latines,* t. IV, *Pour mieux comprendre l'Antiquité classique,* Paris, 1949, págs. 331 y sigs.

7 Cfr. F. de Saussure, *Curso de Lingüística General* (traducción española de Amado Alonso), Buenos Aires, 1959, pág. 323.

del epicentro. Esta teoría, que se opone a la de las migraciones, no la excluye de manera absoluta [8].

Para explicar ciertos arcaísmos que se encuentran solamente en lenguas habladas en regiones geográficamente muy distantes, la lingüística indoeuropea ha acudido a la **teoría de las lenguas periféricas.**

Se denominan *lenguas periféricas* las que ocupan las extremidades del dominio indoeuropeo y se admite que fueron llevadas por los colonos que se apartaron los primeros del grueso de la nación indoeuropea, y que, por lo mismo, han conservado arcaísmos desconocidos a los colonos centrales. Así es cómo se explica que el itálico y el céltico en el extremo occidental tengan rasgos comunes con el indoiranio y el tocario, situados en el extremo oriental, y con el hitita [9].

Se ha acudido también para la explicación de algunos hechos de lengua a la llamada acción del **sustrato lingüístico.** Según esta teoría, ciertos cambios se deberían a la influencia de las lenguas de las primitivas poblaciones sobre la de los invasores indoeuropeos. Es cierto que por la teoría del sustrato lingüístico se explican muchos cambios, pero, a veces, se ha exagerado su importancia en la evolución fonética.

No menos interesantes son los llamados **préstamos** o elementos lingüísticos, principalmente léxicos, que toma una lengua de otra con la que, a veces, ni siquiera está empa-

---

[8] Cfr. J. Schmid, *Die Verwandtschaftsverhältnisse der indogermanischen Sprachen,* Weimar, 1872. Una clara exposición de estos complicados problemas se encuentra en las obras de V. Pisani, *Studi sulla preistoria delle lingue indoeuropee,* Roma, 1933, y *Geolinguistica e indoeuropeo,* Roma, 1940.

[9] Cfr. M. Lejeune, *La position du latin sur le domaine indoeuropéen,* en el "*Mémorial des Études Latines*", Paris, 1943.

rentada y que, por tanto, no reposan en una tradición continua.

Pero lo que ha sido casi por completo rechazado es el parentesco lingüístico de los dialectos indoeuropeos basado en el lugar que ocupan geográficamente, tal como se pretendía a principios de siglo. El descubrimiento del tocario y del hitita mostró lo erróneo de tal método, al comprobarse las pocas relaciones que dichas lenguas ofrecen con el indoiranio, a pesar de estar situados en el extremo oriental indoeuropeo.

2. Descubrimiento e identificación de lenguas indoeuropeas en el siglo XX

Por su trascendencia en el campo de la lingüística tanto como en el de la historia y en el de la arqueología, conviene que demos aquí una somera noticia sobre el desciframiento del tocario, el hitita, las tablillas micénicas y el hipotético "pelásgico".

El **tocario** fue descubierto en 1908 por E. Sieg y W. Siegling al reconocer una lengua nueva en un manuscrito de la región nororiental del Turquestán chino, tras el cual aparecieron otros manuscritos budistas pertenecientes a los siglos VI y VIII a. J. C. escritos en un alfabeto indio. Se distinguen en el tocario dos dialectos: A y B, que llevan también los nombres de la región en que aparecieron los manuscritos: el *agneo* (de Agni) y el *cucheo* (de Kuča). Entre otros rasgos lingüísticos, son característicos del tocario la desinencia en *-r* asociada a la común en *-t*, la simplificación del sistema de las consonantes y el poseer una vocal reducida *ä*. Parece ser que la indoeuropeidad del tocario se apo-

ya fundamentalmente en el léxico, aunque en lo referente a la declinación presenta muchos rasgos que lo relacionan con las lenguas turcas [10].

El hitita. En el año 1915, poco después del descubrimiento del tocario, aparecían los restos de otra lengua indoeuropea: el hitita. Los hititas (o hetitas) constituían un gran imperio en el interior de Asia Menor. Su capital estaba situada en el actual emplazamiento de la aldea turca de Boghazköi. Las excavaciones llevadas a cabo en aquel lugar por el investigador alemán Hugo Winckler sacaron a la luz una gran cantidad de tablillas de arcilla con escrituras cuneiformes. Tras laboriosos esfuerzos, el asiriólogo vienés Hrozny logró descifrar e interpretar las inscripciones, demostrando que estaban escritas en una lengua indoeuropea [11].

---

[10] Sobre el tocario, los principales estudios son los de A. Meillet, *Le tokharien,* en "*Indogermanisches Jahrbuch*", 1914, págs. 1 y sigs.; la *Tocharische Grammatik* de Schulze, Sieg y Siegling, publicada en Göttingen en 1931; Pedersen, *Tocharisch vom Gesichtspunkt der indoeuropäischen Sprachvergleichung,* Copenhague, 1914; W. Krause, *Westtocharische Grammatik,* 1952; W. Porzig, *Die Gliederung des indogermanischen Sprachgebietes,* Heidelberg, 1954.

[11] La teoría del carácter indoeuropeo del hitita mantenida por Hrozny fue muy discutida durante varios años y negada incluso por famosos lingüistas, aunque hoy es comúnmente aceptada. Una detallada descripción del desciframiento puede verse en el trabajo del mismo Hrozny: *El hitita: historia y progreso del desciframiento de sus textos* (traducción de A. Magariños), que constituye la segunda parte de la obra *Las lenguas y los pueblos indoeuropeos,* n.º 1, de los "*Manuales Emerita*", Madrid, 1934. Entre los muchos estudios dedicados al hitita, que aquí no podemos ni citar, merecen destacarse el de H. Pedersen, *Hithitisch und die anderen indoeuropäischen Sprachen,* Copenhague, 1938, en el que se sostiene que el hitita es una lengua hija y no hermana del indoeuropeo, como habían pretendido varios lingüistas; y el librito de E. H. Sturtevant y G. Bechtel, *A Hittite chrestomathy,* Filadelfia, 1935, cuyo objetivo principal fue el de obviar la dificultad planteada por la lectura de los textos, pues se daba el hecho curioso de que los textos hititas, por estar escritos

Se distinguen en el hitita dos clases de inscripciones: las del hitita jeroglífico, que quizá fuera la lengua hablada por aquel pueblo, y el hitita cuneiforme, que sería la lengua escrita referida a una época más antigua. Entre los rasgos fonético-morfológicos que incorporan el hitita al indoeuropeo se citan como más salientes: el paso de *ti* a *zi*, que recuerda al griego dialectal; la falta de *r* inicial; la fusión de *o* y *u;* la atenuación de la diferencia *e, i* propia del Mediterráneo; un sufijo de derivación en *l,* como el que se da en el etrusco, lengua mediterránea. Para la conjugación hitita y los problemas que plantea es de capital importancia la original exposición de F. R. Adrados *(Evolución y estructura del verbo indoeuropeo,* Madrid, 1963, págs. 95-135). Algunas de las tablillas del hitita cuneiforme pertenecen al siglo XIV a. J. C., por lo que, hasta el momento, es la lengua indoeuropea considerada de mayor antigüedad.

Otro gran hallazgo lingüístico de nuestro siglo es el desciframiento del **micénico.** A comienzos de siglo las excavaciones de Evans y de los arqueólogos italianos sacaron a la luz muchos vestigios de la remota civilización de Minos, encontrados principalmente en los palacios de Hagia Triada y Knossos. El hallazgo más importante fue el de numerosas tablillas de arcilla con inscripciones conservadas gracias a la circunstancia de haber quedado cocidas en el incendio de los palacios y haber adquirido, por tanto, una mayor solidez y consistencia.

Desde la aparición de estas tablillas hubo gran interés en el desciframiento de las mismas y a ello se aplicaron Evans, Persson, Hrozny, Sundwall, Peruzzi, Myres, Sittig, la seño-

en caracteres cuneiformes asirios, los leían los asiriólogos que no sabían indoeuropeo, y luego los estudiaban los indoeuropeístas, que no sabían leerlos.

rita Alice Kober y, como uno de los más destacados pioneros, nuestro compatriota Benito Gaya Nuño, catedrático de griego en el Instituto de Soria y muerto prematuramente. Gaya Nuño dedicó a la epigrafía cretense su tesis doctoral *Minoiká* y llegó a intuir para la lengua de las tablillas una flexión gramatical cuando aún no se sabía que era griega [12].

El desciframiento definitivo de las tablillas es obra del arquitecto y helenista inglés M. Ventris, que, tras aplicar a las tablillas encontradas en Pilos en 1939 (pero publicadas en 1951) el método criptográfico, llegó en 1953 a la conclusión de que la lengua de aquellas tablillas era el griego [13].

---

[12] Gaya Nuño dedicó además al estudio del micénico muchos artículos y reseñas no sólo informativas, sino de sabia crítica. También es digno de mención el hecho de que la primera revista dedicada concretamente a estos estudios, *Minos,* apareció en España bajo la dirección de A. Tovar y E. Peruzzi. Posteriormente la aportación española al campo del micénico se ha visto enriquecida con importantes trabajos de nuestros destacados profesores Tovar, Fernández Galiano, Adrados y Ruipérez.

[13] Entre la gran cantidad de trabajos dedicados a estos estudios a partir de aquella fecha, citaremos sólo los siguientes:

M. Ventris y J. Chadwick, *Documents in Mycenaean Greek,* Cambridge, 1956, que es la primera exposición orgánica y sistemática del contenido de las tablillas micénicas; P. Meriggi, *Primi elementi di minoico A,* Salamanca, 1956; C. Gallavotti, *Documenti e struttura del greco dell'età micenea,* Roma, 1956; M. Lejeune, *Mémoires de Philologie Mycénienne,* Paris, 1958, en el que el autor recoge varias de sus publicaciones anteriores y añade otras nuevas; J. Chadwick, *The Decipherement of Linear B,* Cambridge, 1958, de exposición muy amena que da una idea clara de cómo se llegó al desciframiento. De este libro ha hecho una traducción castellana E. Tierno Galván supervisada por el profesor Ruipérez, de la Universidad de Salamanca, y publicada en Ediciones Taurus, Madrid, 1962, con el título *El enigma micénico.* Por último, un resumen clarísimo, ordenado y metódico sobre el desciframiento del micénico y sus alcances histórico-lingüísticos es el publicado por el profesor Adra-

Las tablillas micénicas suelen contener inventarios de armas, carros, muebles, ganado; y una buena parte de ellas son de carácter religioso. Se distinguen dos tipos de escritura: el lineal B, que es el descifrado por Ventris y que, según algunos investigadores, hace remontar el griego a los siglos XVI-XV a. J. C., y el lineal A, del siglo XVII; pero este problema de la cronología ha sido muy debatido y hoy día se tiende a rebajar dicha antigüedad, al menos en tres siglos.

Tras el desciframiento del micénico hay que rectificar las características generales del griego, pues, al parecer, las corrientes pelasga y protohelénica hicieron confluir en el mundo micénico, en el que se hallan vestigios del mundo sudoriental, todas las características griegas menos la doria. Se ha hablado de un griego común premicénico en el que resaltarían los infinitivos atemáticos en ναι, las partículas modales ἄν y κέ, la conjunción condicional εἴ. Pero, por el momento, parece demasiado aventurado identificar las nociones de griego común y micénico. Como características comunes válidas para la edad micénica se citan, entre otras, la persistencia de la labiovelar *q*, la conservación del hiato *ae*, la conjunción temporal ὅτε y algunas más.

Dentro de los estudios del indoeuropeo, es también reciente la llamada teoría del **pelásgico.** Desde el punto de vista histórico, los pelasgos no son un pueblo específica y concretamente definido, sino un conjunto de poblaciones prehistóricas en oposición a los pueblos bien conocidos de la época histórica[14].

---

dos, de la Universidad de Madrid, en la revista "*Cátedra*", 1962-1963, págs. 665-674 *.

[14] Cfr. J. L. Myres, *A history of the Pelasgian theory*, en "*Journal of hellenic studies*", 1907, págs. 170-225.

Basándose en la existencia de los pretendidos pelasgos, el profesor Georgiev lanzó en 1941 su teoría del "pelásgico" [15], según la cual, con el apoyo de unas cuantas etimologías de apelativos y de topónimos y mediante el análisis de sufijos, negaba rotundamente la existencia de una población preindoeuropea en el Egeo y afirmaba que el sustrato prehelénico era, sencillamente, una hipotética lengua indoeuropea, a la que él llamaba pelásgico.

La teoría de Georgiev fue posteriormente apoyada por Van Windekens [16], que, a las etimologías ya estudiadas por aquél, añadió muchas más, e incluso se atrevió a ubicar el "pelásgico" entre el germánico y el balto-eslavo. Pero la verdad es que el problema del "pelásgico" no está aclarado definitivamente y, de momento, sólo sirve de base inicial para futuros estudios de etimología y toponimia y como hipótesis para la explicación de ciertos hechos lingüísticos.

3. Algunos caracteres generales del indoeuropeo

Dentro de la gran familia indoeuropea se distinguen subgrupos lingüísticos hablados por millones de individuos, tales como el *germánico, románico, eslavo, indo-iranio,* mientras que otros son muy reducidos tanto en extensión geográfica como en número de hablantes, así el *celta, griego, albanés, armenio.* Por otra parte, algunas de las lenguas indoeuro-

---

15 V. Georgiev, *Vorgriechische Sprachwissenschaft, I-II,* Sofía, 1941-1945.

16 A. J. van Windekens, *Le pélasgique. Essai sur une langue indoeuropéenne préhellénique,* Louvain, 1952, y, posteriormente, *Contributions à l'étude de l'onomastique pélasgique,* Louvain, 1954, y *Études Pélasgiques,* Louvain, 1960.

peas presentan desde sus primeros monumentos formas literarias: es el caso del *sánscrito, iranio, griego* y *latín*.

A pesar de la gran evolución sufrida por muchas de las lenguas, y de las escasas relaciones que se adivinan entre algunos de los grupos lingüísticos, se pueden colegir ciertas características propias del indoeuropeo. He aquí algunas:

a) No tenía grupos complicados de consonantes ni consonantes dobles.

b) Poseía un juego de alternancias vocálicas extremadamente regular y gramatical, que era precisamente uno de los procedimientos esenciales de la morfología indoeuropea. Pero más tarde, al desmoronarse el sistema de las sonantes [17], se produjo la alteración y la reducción de las alternancias.

c) Tono, o acento de altura, que en principio podía colocarse sobre cualquier sílaba [18].

d) Ritmo cuantitativo basado en la oposición de sílabas largas y breves. Tanto el acento de altura como el ritmo cuantitativo fueron desapareciendo, y hoy día no se conservan ya en ninguna de las lenguas derivadas del indoeuropeo.

e) Extremada facilidad para la composición y derivación.

f) Flexión nominal y verbal muy rica.

---

17 "Se comprende bajo el nombre de sonantes el conjunto de formas variadas que toman, según su posición, los fonemas *y, w, r, l, m, n*. Las sonantes ocupan una situación intermedia entre las vocales y las consonantes" (Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues Indo-européennes,* pág. 105).

18 Para una visión de conjunto sobre el acento indoeuropeo, cfr. H. Krahe, *Lingüística Indoeuropea* (traducción española de J. Vicuña), Madrid, 1953, págs. 53-57.

g) En el verbo predominaba el valor aspectual sobre el temporal, pero el matiz de aspecto se fue perdiendo y en la actualidad sólo conservan un resto del mismo las lenguas eslavas.

h) Los tiempos no se caracterizaban por las formas particulares de los temas; y la oposición del pretérito con el presente estaba indicada, frecuentemente de manera poco clara, por las desinencias, aunque un grupo de lenguas indoeuropeas disponía de otro medio accesorio: el aumento, que sólo se conserva en *indo-iranio, armenio* y *griego*[19]*.

En lo que respecta al vocabulario, el número de palabras indoeuropeas que han pasado a todas las lenguas de la familia o a la mayoría de ellas es pequeño. Por otra parte, para garantizar el carácter indoeuropeo de una palabra se necesita, según Meillet[20], la coincidencia de tres lenguas no contiguas. Sin embargo, en la mayor parte de los idiomas indoeuropeos dejan ver claramente su origen común los numerales del uno al diez, los sustantivos que designan relaciones de parentesco más estrechas (padre, madre, hermana, hermano), los nombres de los principales órganos del cuerpo, los animales domésticos más comunes *(equus, ovis, sus),* los adjetivos esenciales *(novus, vetus, priscus, iuvenis, senex,* etc.), los nombres de habitación *(domus, fores,* etc.).

---

[19] Que son también los únicos del grupo indoeuropeo que presentan la partícula prohibitiva *me:* indo-iranio = *ma,* armenio = *mi,* griego = μή. Una gramática clara, sencilla y amena del armenio, dentro de lo posible en estos estudios, es la de A. Meillet, *Esquisse d'une grammaire comparée de l'arménien classique,* Vienne, 1936 (2.ª edición).

[20] *Introduction...,* pág. 380.

4. La pretendida reconstrucción del indoeuropeo: algunos problemas, teorías y trabajos de conjunto

Reina un gran escepticismo respecto a la posibilidad técnica de reconstruir la hipotética lengua indoeuropea. Sin embargo, los lingüistas no cesan en sus tentativas de explicar ciertos fenómenos y de rastrear algunos hechos, si bien esporádicos, y casi siempre fragmentarios, principalmente en el campo fonético-morfológico.

La reconstrucción perfecta es la que se puede hacer con una palabra entera cuya forma permanece idéntica en todos o en varios de los dialectos indoeuropeos; pero esto es la excepción. Por eso ha surgido la noción de raíz como núcleo mínimo de una palabra, si bien el valor de la raíz no pasa de ser simbólico. A partir de este concepto, se establece que la palabra indoeuropea consta de raíz, sufijo y desinencia.

E. Benveniste, que junto con J. Kurylowicz se ha preocupado sistemáticamente de la reconstrucción histórica del indoeuropeo[21], sostiene la ingeniosa teoría de que la raíz indoeuropea era monosílaba, trilítera, y que estaba formada por la vocal fundamental *ĕ* entre dos consonantes *(*uer, *ser, *sen)*. Establece además, a manera de leyes, que en este esquema las dos consonantes no pueden ser iguales y que si una de ellas es sorda, la otra no puede ser sonora aspirada, es decir, una raíz como **tegh* o **pedh* no puede existir en indoeuropeo. De tal esquema fundamental derivarían las raíces concretas por sucesivas amplificaciones.

---

[21] E. Benveniste, *Origine de la formation des noms en indoeuropéen,* Paris, 1935.

Para Kurylowicz la raíz es una noción puramente fonética a la que él define como "la parte de la palabra (se trata sólo de palabra simple) que lleva 1.° la consonante inicial o el grupo consonántico inicial, 2.° la vocal fundamental, 3.° la consonante final o el grupo consonántico final"[22]. Frente a la teoría de la raíz trilítera de Benveniste, Kurylowicz admite una raíz más amplia que sufre una serie de simplificaciones y, por tanto, comprende en sí, bien la raíz organizada, bien los sufijos con los que se puede reconstruir.

Por lo que respecta a formas verbales, se reconocen en indo-iranio formas que carecen de clasificación en el tiempo y en el modo y que sólo pueden ser clasificadas desde el punto de vista del aspecto y la persona: son las llamadas formas de "inyunctivo" por los lingüistas.

El problema de las consonantes sonoras aspiradas fue abordado por Bartoli, para quien dichas consonantes no eran más que sonoras simples alteradas en un cierto número de lenguas por particulares condiciones de acentuación.

Respecto a las llamadas consonantes labiovelares (*k^{u}, *g^{u}, *$g^{u}h$), se ha establecido que se comportan como consonantes simples, igual que las dentales y labiales, pero se presentan en asociaciones de consonante simple y apéndice semivocálico. Kurylowicz, en el primer capítulo de sus *Études indoeuropéennes* trata de eliminar las labiovelares del sistema fonético protoindoeuropeo manteniendo que constituyen una innovación del grupo *centum* y que el apéndice labiovelar se desarrolló por disimilación ante vocal de la serie palatal (*e*, *i*).

Entre las numerosas teorías lingüísticas aplicadas a la reconstrucción del indoeuropeo y de las que no podemos

---

22 J. Kurylowicz, *Études indoeuropéennes*, Kraków, 1935, pág. 121.

aquí ni hacer mención, ocupa en nuestros días un lugar señalado la teoría de las laringales.

Tuvo principio esta teoría en lo que Saussure llamó coeficientes consonánticos[23]. Al estudiar los presentes atemáticos con infijo nasal del tipo *yunakti/yuñjanti* al lado de los en *-noti/nuati* y los en *-nati/nanti,* llegó a la conclusión de que el singular *nā-mi* tenía una *ā* procedente de la vocal *e* más un elemento al que denominó coeficiente consonántico.

Más tarde, H. Möller identificó estos coeficientes con las laringales semíticas, y en 1927 Kurylowicz[24] confirmó entusiásticamente la teoría al encontrar en el hitita una *ḫ* que equivalía a los coeficientes consonánticos de Saussure.

El coeficiente consonántico o *ə* (sva), al que se iba a considerar como un elemento fonético laringal, representaba una vocal ultrabreve que era capaz de asumir una doble función, porque podía seguir a la vocal, actuando como una consonante o semiconsonante, es decir, equivalía a un elemento sonántico semejante a *i, u, m, r, l.*

Saussure partió de las alternancias vocálicas y puesto que la serie de las alternancias de los grados plenos puede tener uno de estos timbres: *ē, ā, ō,* estableció que había tres coeficientes sonánticos y no uno solo: $ə_1$, $ə_2$, $ə_3$, símbolos que él empleó para las laringales de timbre *e, a. o.*

Posteriormente los lingüistas de la escuela danesa (Möller, Hendriksen, Hammerich) sustituyen el símbolo *ə* del sva por *H*, que ha sido aceptado y es el que hoy se emplea corrientemente.

---

23 En su *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indoeuropéennes,* Paris, 1878.

24 Su teoría sobre *ə indoeuropeo y ḫ hitita* la expuso por vez primera en "*Symbolae Rozwadowski*", I, 1927, págs. 95-104.

En la serie vocálica se acepta comúnmente que la *e* ocupa el lugar fundamental. Pues bien, a partir del principio de que el *H* permite considerar toda vocal larga como un diptongo compuesto de vocal breve + *H*, se establece también que el sistema tripartito de las vocales consiste en la asociación de la vocal fundamental *e* con tres matices diversos de un *H* reducido que no altera la cantidad de la vocal, pero determina su timbre. Así, pues, los efectos básicos que se atribuyen a las laringales son: 1) alteración del timbre de la vocal siguiente: $H_1 e > e$; $H_2 e > a$; $H_3 e > o$; 2) alargamiento y cambio de timbre de la vocal anterior: $e H_1 > \bar{e}$; $e H_2 > \bar{a}$; $e H_3 > \bar{o}$. Pero Kurylowicz complicó la cuestión, porque atribuyó al H_2 y H_3 una diferencia no sólo de timbre, sino también de sonoridad (H_2 sordo, H_3 sonoro). Nuestro compatriota Francisco R. Adrados, que en dos magistrales y recientes libros se ha acreditado como lingüista de talla superior y destacado indoeuropeísta[25], sostiene que entre las tres laringales no hay más diferencia que la de timbre y que ningún tratamiento fonético prueba que H_1 y H_2 se distingan por otro rasgo fonético cualquiera. Sin embargo, Adrados mantiene, por su parte, que en cada timbre hay dos laringales distintas, una con apéndice labiovelar ($H^{u}_{1.2.3}$), y otra palatal ($H^{i}_{1.2.3}$). Por otro lado, Kurylowicz, al no encontrar *ḫ* en algunas raíces hititas, creó una nueva laringal H_4 de timbre *a* como el H_2. Esto dio base a E. Sturtevant para crear otros dobletes y admitir también cuatro laringales, pero sosteniendo que sólo dos de ellas actúan sobre el sistema vocálico modificando la *e* en *a*[26].

---

[25] F. R. Adrados, *Estudios sobre las laringales indoeuropeas,* Madrid, 1961; y *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo,* Madrid, 1963, cuyo capítulo III es un claro resumen de la teoría laringal.

[26] E. Sturtevant, *The Indohittite Laryngeals,* Baltimore, 1942.

También E. Sapir admite cuatro laringales, mientras que la mayoría de los lingüistas daneses sostienen la teoría de una laringal única [27].

En estos últimos años el problema de las laringales ha apasionado a muchos lingüistas y se han multiplicado las hipótesis y teorías. El valor fundamental de la teoría consiste en que permite explicar varias anomalías e irregularidades de la estructura morfológica del indoeuropeo, tales como las alternancias vocálicas, las raíces de diptongo largo, las sonantes vocálicas largas, que sólo aparecen en las raíces disilábicas como, por ejemplo, **plē* (latín *plēnus*), *ple* H_1-/*plə*, que da **pl̥*- por la contracción de **e H* en *ē*.

No queremos cerrar este apartado sin mencionar dos importantes y recientes trabajos que tratan de ofrecer una visión de conjunto del panorama indoeuropeo, pasando revista y analizando múltiples hechos y teorías.

En primer lugar, la obra de P. Bosch-Gimpera, *El problema indoeuropeo*, Méjico, 1960 (con un apéndice de M. Swadesch). Se trata de la obra de un arqueólogo que asegura que, mientras no exista un acuerdo perfecto entre arqueología, lingüística y etnología, no podrá aclararse el problema del indoeuropeo. Es un libro magníficamente documentado y que abre nuevas perspectivas a la investigación, incluso en el campo lingüístico. Un buen resumen del mismo lo ofrece Tovar en "*Emerita*", XXX, 1, 1962, págs. 181-188. Esta obra ha sido ya traducida al francés por R. Lantier con el título *Les Indo-Européens*, Paris, 1961.

El otro trabajo a que queremos referirnos es el libro del ilustre lingüista italiano G. Devoto, *Origini indoeuropee*, Firenze, 1962. Se hace en él una exposición metódica, resu-

---

[27] Entre otros Crossland, Hendriksen y Hammerich.

mida y a la vez crítica de los principales logros alcanzados hasta el momento en el estudio del indoeuropeo desde todos los campos científicos: lingüístico, etnológico, geográfico, antropológico, arqueológico e histórico. El libro está dotado de magníficos mapas e ilustraciones y de unas utilísimas tablas comparativas de léxico editadas en fascículo adjunto al libro *.

5. Relaciones del latín con otras lenguas y grupos lingüísticos indoeuropeos

La distinción más saliente entre los diferentes grupos de lenguas indoeuropeas es el tratamiento de las guturales, que, según Meillet, es la línea de separación de los hechos dialectales de fecha indoeuropea. Ciertas guturales que en itálico, germánico, céltico, griego, tocario e hitita se continúan por guturales puras están representadas por guturales palatalizadas en indo-iranio, eslavo, báltico, albanés y armenio. La palabra que se tomó como modelo para la distinción fue el numeral 100 (*centum* en latín), que responde por *kentum* en el primer grupo y por *satem* en el segundo; y esto sirvió a los lingüistas para agrupar las lenguas indoeuropeas en *lenguas Centum* y *lenguas Satem*.

Quizá después de esta agrupación, las más importantes relaciones del latín con otras lenguas indoeuropeas sean las isoglosas que han servido para establecer la teoría de las *lenguas periféricas* de las que hemos hablado anteriormente. He aquí algunos rasgos:

La forma en *-ēre* del perfecto **latino** se ve atestiguada en **tocario** por las desinencias *-ăr* y *-ăre* y en **hitita** por *-ir*. También el **indo-iranio** tiene en el perfecto y en el optativo

formas cuyo elemento esencial es *-r-*. El resto de las lenguas indoeuropeas no conservan nada parecido.

Las desinencias en *-r* de pasiva sólo se encuentran en **itálico** y **céltico** por el este, y por el oeste en **tocario, armenio** e **hitita,** en el que aparece una forma medio-pasiva con la terminación *-r: kittari* (plural *kiyantari*), como en latín *amatur, amantur.*

El tipo de perfecto **latino** en *ui* resulta de un desarrollo propio del latín, pero se ha visto que el tipo **latino** *mouit* responde al tipo védico *jajñau* y que en **hitita** el pretérito tiene una característica *-un* de primera persona de singular formada por la adición de la desinencia *-n* a la característica *-u-*. Y es precisamente por la relación con las lenguas periféricas: **hitita, tocario, védico** y **armenio** como se explica la flexión del perfecto **latino.**

La forma *ferens* del participio de presente **latino** es común para masculino y femenino, y la carencia de tal distinción sólo se da en **hitita** y **armenio,** lo que ha hecho suponer a los lingüistas que la ausencia del femenino en el tipo *ferens* y otros muchos adjetivos es una supervivencia y no una innovación.

Hechos de este tipo se ven también en el vocabulario; así, la palabra **latina** *iter* sólo encuentra correspondientes en **hitita** y **tocario** *(itar* e *ytăr* respectivamente), y el **latín** *uxor* sólo admite una cierta relación con el **armenio** *amusin.*

Algunos términos religiosos y jurídicos que han desaparecido en las demás lenguas indoeuropeas le son comunes al **latín** con el **indoiranio** y el **céltico**, por ejemplo: *credo,* emparentado con el **védico** *crad dadhati* = "él cree" y el **irlandés** *cretim.*

El ordinal **latino** *decimus* se relaciona con el **céltico** (galés *decametos)* y con el **indo-iranio** (sánscrito *daçamáḥ).*

Otras muchas relaciones ponen en contacto el latín con diferentes lenguas indoeuropeas, mostrando la procedencia de un tronco común y ciertos entrecruzamientos. Escogiendo solamente algunas de dichas relaciones, se puede ver que EL LATÍN SE RELACIONA:

Con el **armenio, céltico** y **griego**, por la conservación de las vocales *a, e, o.*

Con el **indoiranio** y el **hitita**, por el mantenimiento de las oclusivas finales: *fecit.*

Con el **céltico** y el **germánico**, por representar la geminada **tt,* salida del encuentro de dos elementos morfológicos distintos (raíz y sufijo; tema y desinencia), mediante *ss: sessum,* de *sedtos,* y por no emplear la reduplicación del perfecto más que donde el vocalismo del perfecto coincide con el de presente, así el **latín** *cecini* frente a *cano;* **irlandés** *cechan* frente a *canin.*

Con el **hitita, tocario, griego, céltico** y **germánico**, por conservar la silbante *s* después de *i, u, r, k,* que en **indoiranio, eslavo, báltico** y **armenio** tiende a hacerse palatal*.

En lo referente al vocabulario, Meillet demuestra que "hay muchas palabras, unas seguramente antiguas y otras quizá prestadas, que existen en un grupo coherente de lenguas indoeuropeas: eslavo, báltico, germánico, céltico e itálico y que no se encuentran en griego, armenio e indoiranio"[28]. Tales palabras se refieren sobre todo a instituciones sociales y políticas, a utillaje, a ocupaciones materiales y a una flora y fauna definidas; y de ellas se desprende que el

---

[28] Meillet, *Esquisse d'une Histoire de la Langue latine,* Paris, 1952 (6.ª edición), pág. 40. Los rasgos comunes entre las lenguas citadas han sido también puestos de relieve por G. Devoto en su *Storia della lingua di Roma,* Bologna, 1944, págs. 27-33.

vocabulario itálico es un vocabulario indoeuropeo del noroeste.

6. Parentesco y diferencias entre el latín y el griego

El griego, desde el primer momento en que aparece atestiguado, posee una lengua literaria original, pero es una lengua un tanto aislada en el marco de las lenguas indoeuropeas, y la rica variedad dialectal que presenta resulta de la disgregación de un grupo homogéneo que no tiene parentesco inmediato o particular con ninguno de los grupos indoeuropeos vecinos[29].

Contra lo que antes se suponía, la moderna lingüística ha venido a demostrar que no existe un parentesco especial entre el latín y el griego *.

En fonética son bastante señaladas las diferencias que los separan. Es cierto que tanto el latín como el griego han conservado el ritmo cuantitativo desde fecha antigua y que los dos se han transformado en el curso de la historia de forma análoga, pero ello no es más que el resultado de una tendencia general. Nada existe en el griego que pueda compararse al valor de las iniciales que entraña en el vocalismo latino efectos característicos, pues los cambios de timbre de las vocales, que se producen en todas las sílabas, excepto en

[29] A pesar de todo, G. Bonfante sostiene que de las lenguas indoeuropeas la más cercana al hitita es la griega y la más alejada la latina (cfr. G. Bonfante, *La position du hittite parmi les langues indo-européennes*, en "*Revue Belge de Philologie et d'Histoire*", 1939, págs. 381-392). Sobre el contacto entre griegos e hititas, puede verse también el reciente libro de W. Brandenstein *Lingüística griega* (traducción española de V. García Yebra), Madrid, Gredos, 1964, págs. 30-31.

la primera, alteraron todo el sistema fonético de la lengua latina.

El consonantismo de las dos lenguas es muy diferente; y si, por ejemplo, las antiguas oclusivas sonoras aspiradas se han transformado de manera idéntica en fonemas sordos, ello no es más que una coincidencia, ya que en fonética la identidad de resultados no supone identidad de puntos de partida [30] e incluso puede explicarse por la existencia de un sustrato común, teoría perfectamente aceptable desde que se admite que hubo en la cuenca mediterránea una civilización no indoeuropea, como se refleja de manera especial en el vocabulario griego, en el que se ha comprobado que muchas palabras de civilización no son indoeuropeas. Tal opinión va tomando fuerza a medida que se descifran las lenguas egeas [31].

También en morfología las coincidencias son casuales o explicables por una tendencia común a todas las lenguas indoeuropeas. Por lo que se refiere al sistema verbal, las dos lenguas formaron una conjugación dando preferencia a la conjugación denominativa, que se convirtió en la única normal y viva, pero tales innovaciones no son características exclusivas del latín y del griego, pues también en mayor o menor escala lo han realizado las otras lenguas indoeuropeas.

Es igualmente cierto que el latín y el griego son las únicas lenguas indoeuropeas en que cada tema verbal posee un infinitivo. El latín tiene *legere* y *legisse,* como el griego tiene un infinitivo de presente, de futuro, de aoristo y de

---

30 Cfr. J. Vendryes, *La place du latin parmi les langues indoeuropéennes,* en "*Revue des Études Latines*", 1924, págs. 90-103.

31 Cfr. R. Dussaud, *Les civilisations préhelléniques dans le bassin de la mer Égée,* Paris, 1914 (2.ª edición).

perfecto, y, al igual que el griego, posee también un infinitivo activo distinto del pasivo, pero ni la característica *-se* del activo *legere, legisse* ni la *-ī* del pasivo *legī* tienen correspondientes en griego, cuyos infinitivos difieren por completo de las formas latinas.

Las relaciones entre la flexión nominal y pronominal de los temas en *o* y en *a* tampoco son privativas de ambas lenguas, y el acuerdo que se nota en muchos puntos entre el latín y el griego no es más que una tendencia general indoeuropea a unificar las dos flexiones primitivamente distintas, tendencia que aparece también en indo-iranio, eslavo, germánico y céltico, donde las desinencias pronominales y nominales se entremezclan recíprocamente.

Por lo que se refiere al léxico, son muy raras las palabras indoeuropeas que se encuentran solamente en latín y en griego, mientras que las diferencias llaman la atención por su número e importancia. Así se ve que la palabra *dies* no tiene relación ninguna con ἦμαρ o ἡμέρα, ni *caelum* con οὐρανός, ni *vir* con ἀνήρ, ni *homo* con ἄνθρωπος. Otro tanto ocurre con algunos nombres de parentesco: *filius* no se relaciona con υἱός, ni *filia* con θυγάτηρ, ni *femina* con γυνή. Y muchas palabras latinas que se refieren a la organización social o familiar no tienen correspondientes en griego, por ejemplo: *familia, liberi, servus, plebs, populus, urbs,* etc.

Por otra parte, bastantes palabras latinas, que por su forma parecen tomadas del griego, no tienen entre sí más relación que la de haber sido ambas tomadas de un mismo vocabulario mediterráneo, lo que pone de manifiesto la importante influencia de esa civilización egea que anteriormente hemos mencionado. De esta clase son las palabras *vinum* = οἶνος, *cupressus* = κυπάρισσος, *rosa* = ῥόδον, *ficus* =

σῦκον, *asinus* = ὄνος, *lilium* = λείριον, *funda* = σφενδόνη.

Sin embargo, debido a las estrechas y prolongadas relaciones mantenidas entre ambos pueblos, el latín tomó prestados del griego numerosos giros y palabras. Y es de notar que los más antiguos vocablos griegos que penetran en el latín lo hacen no por vía de la cultura aristocrática, sino por medio de la plebe romana: esclavos, mercaderes, negociantes, etc. Así, por ejemplo: *balineum, machina, mina, talentum, drachma, poena, ancora, purpura, gubernare, mastigia, colaphus,* y muchos verbos del tipo *-issare: badissare, comissare, moechissare,* etc.*.

7. El problema del italo-céltico

Al hablar de las relaciones del latín con otras lenguas indoeuropeas recogíamos algunas de las particularidades lingüísticas que emparentaban al latín y al céltico con las lenguas indoeuropeas del dominio oriental y que se explican por la teoría de las lenguas periféricas. Aún pueden añadirse otros hechos, como la existencia de un genitivo en *-i*, atestiguado en la palabra gala *segomari,* o coincidencias de vocabulario: latín *de* = irlandés *di* [32], latín *cum* = irlandés *com-*, latín *sine* = irlandés *sain,* latín *vates* = gótico *wods,* latín *cano* = irlandés *canim.*

Apoyados en tales hechos, y tras establecer mediante el método comparativo la existencia de un céltico común, al-

[32] Cfr. A. Sommerfelt, "*De*" *en italo-celtique. Son rôle dans l'évolution du système morphologique des langues italiques et celtiques,* Christiania, 1921, y, sobre el vocabulario, el artículo de Bonfante, *Notas sobre el vocabulario céltico y latino,* "*Emerita*", 1934, páginas 263-306.

gunos lingüistas formularon la hipótesis de una unidad italocéltica por la que habría que pasar para llegar al indoeuropeo común, y para fundamentar tal afinidad lingüística Schleicher pensó en un "protoitalocéltico".

A. Walde se adhiere a la teoría de un italo-céltico, pero haciendo una agrupación particular de los dialectos y encuadrando, por un lado, el latín con las lenguas célticas gaélicas y, de otro lado, el osco-umbro con las lenguas célticas británicas [33].

También Pedersen, apoyado en las desinencias en *-r*, admite la unidad italo-céltica, pero sólo como el resultado de innovaciones comunes secundarias [34].

Meillet, que en la primera edición de su *Esquisse* mantiene con gran empeño la teoría de la unidad italo-céltica, en ediciones posteriores modera un tanto su postura y la sostiene con ciertas reservas.

Marstrander, Devoto y Debrunner, a los que sigue Bonfante, se oponen a la pretendida unidad del italo-céltico, defendiendo la teoría de que solamente existen isoglosas italo-célticas, pero no tal unidad [35].

---

33 A. Walde, *Über älteste sprachliche Beziehungen zwischen Kelten und Italikern, Insbruck,* 1917.

34 H. Pedersen, *Le groupement des dialectes indoeuropéens,* Copenhague, 1925.

35 K. Marstrander, *De l'unité italo-celtique, "Nordisk Tidsskrift for Sprogvidenskap"*, 1929, págs. 241-259; G. Devoto en *Silloge in onore di G. I. Ascoli,* 1929, págs. 200-240; A. Debrunner en "*Indogermanische Forschungen*", 1930, págs. 311 y sigs. (reseña al *Esquisse* de Meillet); Bonfante, *Dialetti Indoeuropei,* en "*Annali del R. Instituto Orientale di Napoli*", 1931, págs. 103, 174 y sigs., y en el artículo citado de "*Emerita*".

8. Los dialectos itálicos y la teoría del itálico común

En el amplio sentido de la palabra, son itálicos todos los pueblos que habitaban la península italiana en los comienzos de Roma, pero en un sentido más restringido se llama "itálicos" a aquellos pueblos con los que Roma tenía una más estrecha relación étnica y lingüística. En este aspecto puede hablarse de dos grupos indoeuropeos de un mismo tronco: el **latino-sículo** y el **osco-umbro.**

Al grupo **latino-sículo** pertenecen los *latinos* que en los comienzos de Roma habitaban una estrecha comarca al sur del Tíber, y los *sículos,* que, establecidos en Sicilia, tenían ramificaciones en los *ausonios, enotrios* y otros pueblos del mediodía.

El grupo **osco-umbro,** al que también se llama **umbro-sabélico,** está representado, por un lado, en los *umbros,* que habitaban amplias regiones al noroeste de Italia, y, por otro, en los *oscos* o *sabelios,* que se extendían desde el Lacio hasta la Campania, Lucania y Apulia, divididos en varias ramas: *sabinos, samnitas, pelignios, irpinos, ferentanos, marsios, marrucinos, volscos, vestinos, hernicos, ecuos, praetuttios.*

Consecuencia de esta fragmentación política, étnica y lingüística es que la península itálica no tenga un nombre que designe su totalidad [36].

[36] La palabra Italia es, según unos, la forma griega de una tribu itálica, los *Vitali,* y, según otros, deriva de la palabra latina *vitulus* "ternero" y significa "país de terneros" por alusión a la ganadería, que era uno de los principales recursos del país.*.

Repasemos someramente los documentos de que disponemos para el estudio lingüístico de estos grupos.

Del **latín** quedan antiguas inscripciones *(lapis niger, vaso de Duenos, fibula de Preneste, copa de Civita castellana,* etcétera), algunas de las cuales remontan a los siglos VI y V a. J. C. y están escritas en caracteres del alfabeto griego occidental. Por otra parte, el *latín* posee desde el siglo III a. J. C. una rica literatura.

El **osco** debió de ser en cierta medida una lengua de civilización. Hubo, si no una literatura, al menos un teatro osco: las famosas *atelanas*, importadas a Roma, donde por largo tiempo se las llamó *ludi osci*. Los datos sobre el osco, que son más variados que los del umbro, son también más confusos. Fuera de algunas glosas, todo proviene de inscripciones halladas en la Italia meridional, sobre todo en Campania, pero se encuentran también en la extremidad de Calabria e incluso en Mesina. Las inscripciones más largas son el *cipo de Abella,* hallado en 1745, que contiene un tratado entre las ciudades de Nola y Abella, y la *tabla de Bantia,* encontrada en 1793, con el texto de una ley municipal grabada en caracteres latinos. Quedan otras muchas inscripciones de Capua y Pompeya, pero son menos extensas. Casi todas estas inscripciones oscas están escritas en un alfabeto derivado del etrusco, y téngase en cuenta que, según se pretende modernamente, los etruscos aprendieron el uso de la escritura de los griegos[37]. Del osco se han llegado a redactar los principales paradigmas de los nombres, pero el verbo se conoce menos que el del umbro.

Del **umbro** quedan pocas inscripciones, pero, en cambio, poseemos un largo texto: el de las *tablas Iguvinas,* encon-

37 Cfr. A. Grenier, *El genio romano* (traducción española de J. Deleito y Piñuela), Barcelona, 1927, págs. 40-45.

tradas en 1444. Son siete tablas de bronce que contienen el ritual de un colegio sacerdotal: *los hermanos Atiedios*. Respecto al umbro, se dispone de hechos suficientes para determinar el paradigma de las formas normales de los nombres y, en cierta medida, aunque con deficiencias, las de los verbos. Del vocabulario sólo se conoce un número restringido de palabras. Como lengua viva continuó hasta la guerra social (91-88 a. J. C.).

Tanto los textos oscos como los umbros fueron confundidos durante algún tiempo con otros monumentos en lengua etrusca, pero un conocimiento más profundo de sus caracteres alfabéticos particulares, debido a los avances lingüísticos del siglo XIX, dio como resultado la comprobación de su individualidad lingüística respecto a los textos etruscos. El impulso inicial de tales investigaciones fue obra de K. O. Müller, que atisbó la distinción entre el etrusco y el osco-umbro, enlazando este último grupo con el latín [38].

Pero las bases para una gramática osco-umbra las echó Brugmann en la primera edición de su *Grundriss*. Poco después, en la obra de R. von Planta, *Grammatik der oskisch-umbrischen Dialekte*, I y II, Strassburg, 1893-1897, se recogían la casi totalidad de los textos epigráficos, y en el trabajo de R. S. Conway, *The Italic dialects edited with a grammar and glossary*, I y II, Cambridge, 1897, se incluyen además el falisco y el prenestino.

Buenos manuales gramaticales son los de O. Nazari, *I dialetti italici*, Milano, 1900, y sobre todo el de C. D. Buck, *A Grammar of Oscan and Umbrian* (2.ª edición), Boston, 1928, sobre la que está basado el manualito español de A. Montenegro Duque, *Osco y Umbro*, Madrid, 1949. Un

---

[38] Cfr. K. O. Müller, *Die Etrusker* (2.ª edición), Stuttgart, 1887.

estudio reciente y muy valioso sobre el umbro es el de A. Ernout, *Le dialecte ombrien. Lexique du vocabulaire des Tables Egubines et des inscriptions,* Paris, 1961.

La mejor traducción de las *tablas Iguvinas* es, sin duda, la de G. Devoto, *Tabulae Iguvinae,* Roma, 1940. Posteriormente apareció otro trabajo del mismo Devoto, *Le tabole di Gubbio,* con una traducción italiana además de la interpretación latina.

Brugmann en el *Grundriss* englobó estos dialectos de la Italia central, junto con el latín, en un grupo itálico al que caracterizó de manera general, partiendo del indoeuropeo común, por los siguientes rasgos fundamentales:

1.° Paso de *n̥* y *m̥* vocales a *en, em.*
2.° Paso de *r̥* y *l̥* vocales a *or, ol.*
3.° Paso del grupo interno *-tl-* a *-kl-*.
4.° Paso de la aspirada *dh* a continua *þ*.
5.° Paso de la *-s-* intervocálica a *z*.
6.° Formación de ablativos de la primera y tercera declinación en *ād, ēd, īd* sobre el modelo de la segunda en *ōd.*
7.° Formación de los instrumentales, más tarde ablativos, de la primera declinación en *-ais* sobre el modelo de la segunda en *-ois.*
8.° La primera persona singular del verbo sustantivo es *som,* en lugar de **esmi.*

Pero quien ha defendido con más entusiasmo la teoría de un itálico común ha sido Meillet en su *Esquisse,* donde a las analogías apuntadas en los anteriores apartados añade otras muchas, cargando las tintas, sobre todo en los hechos de vocabulario. Véanse, por ejemplo:

LATÍN	OSCO	UMBRO
prae	prai	pre
pro	pro	pro- *(como preverbio)*
enim	inim	enem
aut	aut	ute
sacer	sakoro	sakra

A pesar de todo, las diferencias que se notan entre estos dialectos itálicos son bastante pronunciadas; y se cree hoy día, con gran fundamento, que cada una de ellas está más lejos del itálico común que los diversos dialectos griegos de la lengua helénica común.

Es verdad que la fonética de las lenguas itálicas reposa sobre principios comunes y que se reconoce fácilmente la acción de tendencias semejantes, pero en el detalle la mayoría de los resultados son muy diferentes, y esas diferencias no existen solamente entre el osco y el umbro, sino también entre estas dos lenguas y el latín. Veamos algunas.

La *ā* final se cambia en *-o (-u)*, osco *viu, molto;* umbro *mutu;* latín *via, multa* (< *viā, multā)*.

Es frecuente la síncopa de vocal breve en sílaba media y final: osco *actud, factud,* umbro *fiktu,* latín *agito, facito, figito.*

La oclusiva palatal sorda latina *(c, q)* está representada por *p* en osco-umbro: latín *quis,* osco-umbro *pis;* latín *coquina,* osco-umbro *popina;* latín *quatuor,* osco-umbro *petiro.*

Los grupos consonánticos los resolvía el latín mediante asimilación regresiva y el osco-umbro lo hacía por disimilación o asimilación progresiva.

Algunos grupos consonánticos conservan en osco-umbro su naturaleza primitiva, por ejemplo *sn* en posición inicial y media: umbro *snata,* osco *fisnam,* frente al latín *nare* < **snare, fanum* < **fasnom.*

Los grupos en *i* consonante se vocalizaban en latín distinguiéndose mejor, pero se fundían en osco-umbro.

El genitivo de singular de los temas en *-a* termina en *-ās*, cosa que en latín ocurre excepcionalmente en la forma *paterfamilias* usada sólo como arcaísmo.

El nominativo de plural es en *-ās* (osco *scriftas* = *scriptae*), desinencia que aparece en latín arcaico, *matrona* < **matronas*.

El dativo de singular termina en *-ui* (osco *hurtui* = *horto*); el nominativo de plural termina en *-os* (osco *Abellanos* = *Abellani*).

El osco y el umbro no conocen ni el pasado en *-ui* ni el futuro en *-bo*, que son dos tiempos característicos de los verbos denominativos; en cambio, tienen un futuro en *-s-* desconocido en latín, cuyo origen parece ser el mismo que el de los subjuntivos latinos *faxo* y *amasso*; osco *deiuast* = *iurabit*, umbro *ferest* = *feret*.

La desinencia del infinitivo latino *-se* es *-om* en osco-umbro. Frente al latín *esse* está el osco *ezum* y el umbro *erom* < **esom*, que muy probablemente son acusativos de un nombre verbal que aparece con diferente empleo en el supino latino en *-tum*.

Los locativos osco-umbros desaparecieron en latín.

Por lo que se refiere al léxico, contra la insistencia de Meillet, afirma Ernout que en el léxico las relaciones no son excesivamente fuertes y que frente a esas semejanzas hay divergencias no menores que muestran que la comunidad itálica, "si tant qu'elle a véritablement existé et s'il ne serait pas plus juste de parler de migrations successives de

tribus apparentées", ha debido de disolverse rápidamente en grupos independientes [39].

Por otra parte, la no existencia de un itálico común se apoya en la sencilla teoría de que, si el itálico común hubiera existido, la semejanza entre las lenguas llamadas itálicas serían antiguas y las diferencias recientes, pero ocurre todo lo contrario y muchas palabras no sólo presentan gran diferencia, sino que son recíprocamente irreductibles. Véanse algunas:

LATÍN	OSCO	UMBRO
aqua		utur
ignis		pir
vir	niir	
murus	fehihuss *(acus. pl.)*	
filia	fuutir	
fames	limu *(acus. sing.)*	
porta	veru	
civitas	touto	tuta

Y los rasgos de sintaxis por los que el osco y el umbro parecen tener alguna relación con el latín se deben solamente a que su redacción epigráfica sufrió la influencia del carácter epigráfico de los textos latinos.

En consecuencia, hoy día predomina la opinión de que el latín y el osco-umbro son independientes y que solamente hubo un cambio recíproco de elementos lingüísticos como consecuencia de una convivencia de siglos sobre la península itálica. Ésta es la opinión de Devoto compartida por lingüistas de tan alta talla como F. Althein, V. Pisani, H. Krahe, G. Bonfante, W. Porzig y otros. Adrados piensa que "es evidente la existencia de determinadas coincidencias

---

39 El vocabulario primitivo de los dialectos itálicos lo publicó F. Muller en *Altitalisches Wörterbuch*, Göttingen, 1926.

(unidas a discrepancias de detalle) que difícilmente se explican como resultado de una aproximación de ambos grupos lingüísticos dentro de Italia... Lo cual no equivale tampoco a propugnar, por supuesto, la existencia de una lengua unitaria de la que deriven el latín de un lado y el osco-umbro de otro"[40].

9. Las diferentes lenguas habladas en Italia y los primitivos dialectos latinos

Durante los siglos que preceden al establecimiento del pueblo romano como imperio y del latín como lengua de civilización, se hablaban en la península itálica las más variadas lenguas, algunas de las cuales sólo se conocen de nombre y de otras únicamente nos queda un reducido número de breves inscripciones.

Al sur se hablaba el **griego** y el **mesapio.** Del griego y su relación con el latín ya hemos tratado anteriormente. Del mesapio, hablado al suroeste, no quedan documentos que nos permitan ni siquiera una ligera apreciación, pues las inscripciones son escasísimas y oscuras.

Las lenguas habladas al norte eran el **galo, ligur** y **véneto** o **venético,** como se prefiere llamarle ahora, siguiendo el parecer de G. B. Pellegrini.

El **galo** pertenece al grupo de las lenguas célticas, pero los galos, a pesar de su importancia histórica y de su espí-

---

[40] Cfr. Devoto, *Gli antichi italici,* Florencia, 1931; V. Pisani, *Storia della lingua latina,* parte prima, Rosenberg-Seller, Torino, 1962, cap. III, págs. 76-94; W. Porzig, *Die Gliederung des indogermanischen Sprachgebietes,* Heidelberg, 1954; F. R. Adrados, *Evolución y estructura del verbo Indoeuropeo,* Madrid, 1963, pág. 549.

ritu conquistador y belicoso, no escribían y no han dejado literatura. Las inscripciones galas son rarísimas; sin embargo, como lengua viva continuó hablándose en el valle del Po hasta el siglo III, y en latín se reconocen algunas palabras de origen galo, sobre todo de nombres de carruajes: *carpentum, petorritum, carrus,* y de origen céltico son también palabras como *sagum, lancea, braca, marga, alauda, betulla, camisia,* que pasaron a las lenguas romances.

Del ligur y del véneto solamente quedan algunas inscripciones de discutida interpretación. Las más recientes investigaciones sobre el véneto lo relacionan con el itálico, céltico y baltoeslavo[41].

La lengua de todas estas poblaciones mencionadas (ligures, vénetos, galos) ejerció muy poca influencia sobre el latín, porque la conquista romana de los territorios por ellos habitados fue bastante tardía.

Al mismo tiempo que dichos pueblos de filiación indoeuropea, vivía también en la Italia central un pueblo cuya ascendencia étnica y lingüística está todavía sin aclarar, pero que al parecer no era de origen indoeuropeo: el pueblo **etrusco.** Este pueblo etrusco alcanzó durante los siglos VII al V a. J. C. su mayor poderío territorial, ocupando buena parte de Italia, desde la región del Po a la Campania, lo que implica que fueron también dueños del territorio romano; y se sabe que una de sus más famosas familias, los Tarquinios, ejerció por algún tiempo su dominio en Roma, pues tres reyes tarquinios imperaron en el segundo período de la monarquía.

---

[41] Un claro e interesante resumen sobre los últimos trabajos llevados a cabo en este campo por Beeler, Krahe, Pellegrini y Lejeune es el que hace M. Palomar Lapesa en "*Emerita*", XX, 1952, páginas 509-526.

Los etruscos poseyeron una cultura más refinada que los latinos, de la que, al parecer, formaban parte elementos orientales. Ellos fueron quienes enseñaron la escritura a los romanos y les dieron su alfabeto, que era un alfabeto griego de 26 letras, en el que están escritos, como más atrás dejamos apuntado, los monumentos epigráficos de mayor antigüedad, no sólo de Etruria, sino también del Lacio y de Roma. Y, según nos cuenta Tito Livio, a finales del siglo IV a. J. C. la cultura etrusca desempeñaba en Roma el mismo papel que más tarde desempeñó la griega [42].

El vocabulario etrusco nos es casi totalmente desconocido, y, si se exceptúa el texto escrito sobre las vendas de lino de la momia de Zagreb-Agram, lo único que nos ha llegado son inscripciones sobre piedra o metal [43].

Aunque el etrusco aún no ha sido descifrado, se puede asegurar que ejerció gran influencia sobre el latín, y, según el testimonio de autores antiguos y las deducciones de la lingüística, algunas de sus palabras pasaron al latín o sirvieron para que se moldearan sobre ellas otras palabras latinas. Así se cree que son de origen etrusco los nombres de las antiguas tribus romanas: *Ramnes, Tities* y *Luceres* (Varrón, *De Lingua latina,* V, 55). Muchas de las palabras latinas referentes a juegos y representaciones escénicas son, asimismo, etruscas: *persona, histrio, subulo, lanista,* y también lo parece por su terminación en *-ennus* uno de los personajes de las atelanas: el *Dossennus.* A un período antiguo del etrusco se cree que pertenece el latín *palatum,*

42 T. Livio IX, 36, 3: *Habeo auctores vulgo tum Romanos pueros, sicut nunc Graecis ita Etruscis litteris erudiri solitos.*

43 En este punto es de sumo interés el detallado artículo de A. Ernout, *Les éléments étrusques du vocabulaire latin,* recogido en su "*Philologica*", Paris, 1946, págs. 21-51.

cuando la palabra etrusca *falado* = "cielo" no había sufrido aún el cambio de la *p* inicial en *f*. Al período más antiguo de los Tarquinios se atribuyen las voces *populus* y *spurium*. Benveniste cree que también *seruus* es palabra etrusca, y Ernout (*Philologica*, pág. 46) opina lo mismo de *satelles* y otros vocablos latinos. Según parece, muchas palabras griegas pasaron al latín a través del etrusco, así *sporta, gruma*[44]. El etrusco se habló hasta finales de la república[45].

Pero el latín encerrado en un pequeño cuadrilátero entre el mar, el Tíber y las primeras estribaciones montañosas, se ve flanqueado no sólo por el osco, el umbro y las lenguas de que venimos hablando, sino también por sus propios dialectos, que, difiriendo a la vez entre sí, no concuerdan tampoco con el latín de Roma, pero ejercen sobre él una fuerte presión lingüística. El dialecto de Preneste, por ejemplo, muy cerca de Roma, emplea palabras que el latín no conocía, como *tongitio* = *notio, conea* = *ciconia*. La más antigua inscripción prenestina, y a la vez la menos contaminada del latín de Roma, es la famosa fíbula de Preneste, que pertenece aproximadamente al siglo VI a. J. C.: *Manios med fhefhaked Numasioi*, y en la que pueden advertirse los siguientes rasgos:

---

[44] Cfr. Devoto, *L'etrusco come intermediario di parole greche in latino*, en "*Studi Etruschi*", 1928, págs. 307-442.

[45] Para una exposición del etrusco y sus problemas, con buena bibliografía, cfr. P. Kretschmer, *Introducción a la lingüística griega y latina* (traducción española de S. Fernández Ramírez y M. F. Galiano), Madrid, 1946, págs. 220-236. Pero en etruscología quedan muchos problemas por resolver, sobre todo para lo referente a la lengua, en la cual, después de los trabajos de Trombetti, *La lingua etrusca*, Firenze, 1928, y de M. Pallottino, *Elementi di lingua etrusca*, Firenze, 1936, es muy poco lo que se ha adelantado.

1.º notación de las consonantes finales;
2.º reduplicación del perfecto y terminación en *-ed* del mismo (rasgos que desaparecerán en el latín clásico);
3.º alargamiento del acusativo mediante la partícula *-d;*
4.º dativo terminado en *-oi.*

Del *falisco,* hablado en Falerias[46], se conoce la fórmula que, al parecer, acostumbraba a ponerse en los vasos: *foied uino pipafo, cra carefo = hodie uinum bibam, cras carebo,* en la que se observa el mantenimiento de la *f* intervocálica, como se ve también en la palabra *loferta = liberta,* rasgo común a todos los dialectos latinos y que aparece en otras palabras de origen dialectal: *rufus, uafer, scrofa, bufo.*

También por el norte, en las proximidades de Roma, los sabinos, pertenecientes al grupo osco, empleaban palabras desconocidas en latín: *crepero = dubius, cumba = lectica, cupencus = sacerdos, curis = hasta, herna = saxa*[47]. Y algunas de las palabras incorporadas al vocabulario latino se consideran como de origen sabino; tales son *bos, lupus, consilium, lingua, lacrima, calamitas, consul, multa,* así como los nombres de la cárcel *Mamertina* y de la roca *Tarpeya* *.

10. El latín arcaico

Los dialectos de todos aquellos pueblos limítrofes (sabinos, equos, marsos, faliscos, etc.) fueron pronto absorbidos

---

[46] A. Braun, *Studi sul dialetto falisco,* en "*Rivista di Filologia*", 1935, págs. 433-451.

[47] Cfr. A. Ernout, *Aspects du vocabulaire latin,* Paris, 1954, página 10, pero donde Ernout se ha preocupado con más detenimiento de los problemas dialectales del latín ha sido en *Les éléments dialectaux du vocabulaire latin,* Paris, 1909.

por el latín, pues el pueblo latino, desde su llegada al *Latium,* mostró una cohesión y un sentido de disciplina que le permitieron asimilarse a las restantes poblaciones indígenas [48]. Y el latín fue obra no tanto de una inmensa mayoría de vencidos como de una minoría de vencedores. La lengua latina en el decurso del tiempo se fue adaptando y perfeccionando hasta convertirse en un poderoso instrumento de civilización.

Pero Roma en sus principios no es más que una población agrícola, y en su civilización primitiva predomina el elemento rural: *laetus* se dice primeramente de la tierra bien labrada, *felix,* de la fertilidad del suelo; *sincerus,* de la miel sin cera; *egregius,* del animal separado del rebaño; *putare,* antes de llegar al significado de "pensar", fue "podar". Hasta en el culto y en la religión aparecen por doquier las nociones de la vida agrícola [49]: a Júpiter se le conoce con los nombres de *Viminus, Ruminus, Fagutalis, Lapis,* etc. De la agricultura procede también gran parte de la onomástica romana: *Fabius, Lentulus, Cicero, Porcius, Asinus, Vitelius,* etc., así como muchos términos del lenguaje militar: *manipulus, cohors, emolumentum,* etc.

Prescindiendo de las más antiguas inscripciones dialectales, como la ya citada fíbula de Preneste, vamos a seguir a grandes rasgos la evolución de aquel primitivo latín.

---

[48] Así se explica que la mayoría de los escritores sean provinciales o extranjeros: "Livio Andrónico es griego de Tarento; Cecilio, galo cisalpino; Terencio viene de África; Nevio es de Campania; Plauto y Accio de Umbría; Ennio y Pacuvio, calabreses; Catón es de Túsculum; Lucilio, de Suesa Aurunca; Pomponio vendrá de Bolonia; Publilio, de Siria... Casi ninguno de los escritores antiguos es romano de Roma" (J. Marouzeau, *Quelques aspects de la formation du latin littéraire,* Paris, 1949, pág. 9).

[49] Cfr. E. Tavenner, *Roman religion,* en "*Classical Journal*", 1944-1945, págs. 198-220.

De los siglos V al IV apenas si quedan documentos escritos que nos permitan una correcta apreciación.

Como monumentos epigráficos poseemos la famosa piedra *(lapis niger)* descubierta en el foro en 1899, escrita en forma bustrófedon y verticalmente. Pertenece a la primera mitad del siglo V y sólo se comprenden algunas palabras: *sakros esed* = *sacer erit, iouxmenta* = *iumenta, iovestod* = *iusto* y alguna otra. Por estas palabras se puede colegir que en aquella época se conservaban los diptongos; la labiovelar se escribía *qu;* se conservaba la *-d* final; la final *-kros* no había evolucionado aún en la forma clásica *-cer.*

Después de ésta, la inscripción más antigua es la del llamado vaso de Duenos, aún no interpretada satisfactoriamente y cuya frase mejor conocida es *Duenos med feced,* aparte de otras palabras sueltas *(deiuos, cosmis, sied,* etc.). Pertenece al siglo IV, y, por lo descifrado, se advierte que entonces no habían aparecido todavía las consonantes geminadas; los diptongos se mantenían intactos, como también se mantenía la *-s-* intervocálica y la *-d* final; desapareció la reduplicación del perfecto que se veía en la fíbula de Preneste *(feced* y no *fhefhaked).*

Posteriores en varios años son los epitafios de los Escipiones: Lucio Cornelio Escipión y su hijo, en los que, al lado de caracteres de gran arcaísmo, figuran grafías más modernas.

Pero las primeras inscripciones de fecha conocida son el decreto de Paulo Emilio (189 a. J. C.) y el Senadoconsulto de las Bacanales (186 a. J. C.). El decreto de Paulo Emilio está grabado sobre una tabla de bronce encontrada en Cádiz. En él se notan los diptongos, no aparece la *-d* final y, en cambio, aparecen por vez primera las consonantes geminadas.

El Senadoconsulto de las Bacanales muestra cómo la lengua política va adquiriendo ya un tinte más literario, e incluso gran parte de su redacción está hecha en estilo indirecto. Pero tanto estas inscripciones como la mayoría de las pertenecientes a época republicana no reproducen exactamente el latín del momento en que fueron escritas, porque suelen tener un matiz arcaizante intencional, y además de contener abundantes dialectismos, muestran frecuentes incorrecciones aumentadas aún por los errores de lapicidas y cuadratarios. Así es corriente encontrar en una misma inscripción formas diferentes para una misma palabra o estructura gramatical: *eeis* e *ieis, quoiei* y *quei, consul* y *cosul, aruorsario* y *aduorsarium, poplicus* y *publicus,* desinencias en *-erunt* junto a otras en *-ere,* etc.

Sin embargo, la lengua va sufriendo con el tiempo una lenta evolución, y ya en el año 81 a. J. C. el fragmento de la *Lex Cornelia de XX quaestoribus,* grabada también en una tabla de bronce, nos ofrece una lengua que es casi totalmente clásica, salvo el mantenimiento del diptongo *ei* y alguna otra esporádica grafía arcaica.

Abandonando ahora el campo de las inscripciones, podemos citar como monumentos preliterarios más importantes y remotos los cantos litúrgicos de los colegios sacerdotales, sobre todo los *Carmina Saliaria* o de los sacerdotes salios, que se cantaban acompañados de danzas armadas. Pertenecen al siglo v o vi a. J. C., y de ellos sólo nos quedan algunos fragmentos conservados por Varrón y otros eruditos de la Antigüedad. Como notas lingüísticas salientes conservan la *-d* final y la desinencia *-nti* de plural: *prae ted tremonti = prae te tremunt.*

A la misma época pertenecen los cantos de los hermanos Arvales, que iban también acompañados de danzas y en los

que se reconocen miembros rítmicos que corresponden no a saturnios completos, sino a miembros o *cola* de saturnios y en los que la aliteración y el homoioteleuton juegan un papel importante. Al igual que estos cantos, también eran de carácter acentual y rítmico las demás plegarias y fórmulas que los antiguos designaban con el nombre de *carmen,* como, por ejemplo, el *carmen* lustral dirigido al dios Marte y que nos ha conservado Catón en su tratado *De agricultura.* En el *carmen* lustral puede apreciarse cierta semejanza con las tablas Iguvinas: saltan a la vista la disposición estilística de sus miembros, así como las repeticiones dobles, y a veces triples, de vocablos e ideas afines *(precor quaesoque; prohibessis defendas averruncesque),* y un deseo insistente de precisar ciertos conceptos *(volens propitius; morbos visos invisosque)* [50].

Con estos monumentos preliterarios hay que alinear las famosas *Leyes de las XII tablas,* de las que sólo nos quedan fragmentos, pero suficientes para comprender la concisión y rigidez de la lengua jurídica y conocer sus rasgos esenciales. Según Devoto [51], la primitiva forma de las leyes debió de ser dialogada, pero luego la fusión del diálogo en un texto continuo hizo que sintácticamente se pasara de la parataxis a la hipotaxis, si bien las causas de este desarrollo son más bien histórico-culturales que lingüísticas. Rasgo característico de tales leyes era, como apunta Meillet, la omisión del sujeto, por adivinarse claramente:

si nox furtum faxit (un ladrón)
si im occisit (la persona robada)
iure casus esto

---

[50] Cfr. V. Pisani, *Storia della lingua latina,* ya citada, págs. 174-175.

[51] Devoto, *Storia della lingua di Roma,* págs. 96 y sigs.

Son también muy frecuentes en las leyes los arcaísmos morfológicos y lexicológicos: *olle* = *ille; em, im* = *eum; escit* = *erit; secuerunt* = *secuerint; solitaurilia* = *suovetaurilia.*

Y en esta misma línea de documentos, aún muy alejados de todo valor literario, hay que colocar las actas de los pontífices, los libros de los magistrados y los tratados de los primeros tiempos concluidos por Roma con sus vecinos. A este respecto creemos interesante exponer el testimonio de Polibio, que antes de transcribir uno de aquellos tratados dice: "interpretando su texto con la mayor exactitud posible lo doy a continuación. Téngase en cuenta que, dada la gran diferencia existente entre la lengua que los romanos hablan hoy día y la antigua, los hombres más inteligentes sólo pueden llegar a comprenderlo parcialmente, y eso después de dedicarle una gran atención" [52].

Al período preliterario pertenecen también los *Carmina triumphalia* y *Carmina convivalia,* que eran una especie de cantares de gesta. Por lo general, estos *carmina* no se escribían, y si se les da el nombre de *carmen* no es porque entonces se distinguiera la poesía y la prosa, sino porque se llamaba *carmen* a toda expresión un poco más culta, en cuya formación se daba entrada a ciertos procedimientos lindantes con la expresión artística, como eran el ritmo, basado en el acento, la aliteración, la rima y otros recursos semejantes. Aquellas primeras manifestaciones literarias solían componerse en *saturnios,* es decir, en el verso nacional romano, que era de naturaleza acentual y no cuantitativa y al que se llamaba también *faunio,* porque se decía que en aque-

---

[52] Polibio, *Historias,* III, 22, 3, hablando del primer tratado entre romanos y cartagineses concluido en tiempo de Lucio Junio Bruto y Marco Horacio (509-508 a. J. C.).

llos versos cantaban los faunos, con lo que se viene a indicar que esta primitiva poesía era de carácter rústico.

Entrados en el período que pudiéramos llamar literario, vemos evolucionar la lengua latina por obra de gramáticos y escritores durante los siglos III y II a. J. C.

Apio Claudio Caeco, que fue censor en el año 312 y cónsul en 307 y en 296, muestra enorme interés en la reforma de la escritura. Hace eliminar la *z* del alfabeto latino y da carta de naturaleza al rotacismo (sustitución de la *-s-* intervocálica por *-r-*): *Valesii* y *Fusii* serían *Valerii* y *Furii* [53]. Pero quien tuvo primeramente la idea de rotatizar la *-s-* intervocálica, introduciendo la *-r-* en su propio nombre, fue Papisius Crassus, dictador en 340.

El poeta Livio Andrónico, muerto después del 207, perfecto conocedor de las lenguas griega y latina, tradujo en verso saturnio, lo más literalmente posible, la *Odisea* de Homero [54]. Evitó casi siempre las palabras griegas, pero adaptó el saturnio a las leyes de la cantidad (dímetro yámbico cataléctico más dipodia trocaica). Aparecen en él arcaísmos fonéticos (*duona, dacrima*) y morfológicos (genitivos como *escas* y *Monetas*, ablativos como *dextrabus*), y, por lo que respecta a los compuestos griegos, los traduce muchas veces con adjetivos simples.

Nevio, otro poeta épico, nacido hacia el 270, aunque continúa escribiendo en el metro saturnio, hace entrar en él expresiones calcadas sobre la lengua poética griega y con

---

53 Cfr. Lejay, *Appius Claudius Caecus*, en "*Revue des Études anciennes*", 1920, págs. 92-141.

54 Cicerón dice, hablando de esta obra (Brutus, 18, 71): *Nam et Odyssia latina est sic tamquam opus aliquod Daedali.* Sin embargo, a pesar de su primitiva rudeza e imperfección, según el testimonio de Horacio (*Epist.* II, 1, 61), todavía se mantenía en las escuelas como libro de texto cuando él era muchacho.

él comienza el enriquecimiento artístico de la lengua latina [55]. A partir de entonces, las palabras que darán a la poesía épica una resonancia particular serán extrañas al habla popular.

En Nevio se encuentran pocos arcaísmos; traduce los compuestos griegos por compuestos latinos. Los préstamos de palabras que toma del griego son escasos y quedan casi siempre reducidos a vocablos técnicos. Hace abundante uso del asíndeton, y sobre todo de la aliteración, que muchas veces va fundida con la figura etimológica *(sectam sequuntur; onerariae onustae; libera lingua loquemur ludis liberalibus).*

Con Ennio, cuya mayor actividad poética cae dentro del siglo II a. J. C., la poesía latina da un paso más, pues Ennio en sus *Annales* sustituye definitivamente el saturnio por el hexámetro, tomado del verso épico griego; y, siguiendo el camino iniciado ya por Nevio, saca magníficos recursos poéticos de la composición de palabras; sin embargo, se esfuerza por mantener un vocabulario lo más latino posible. En punto a innovaciones fue, según testimonio de Festo, el primero que introdujo las consonantes geminadas en la ortografía latina. Arcaísmos morfológicos tiene pocos: algunos genitivos en *-ai,* formas como *scibam, fuam, transnare, duellum,* empleo del prefijo *indu-*, etc.; pero muchos de sus arcaísmos están empleados más bien por afectación. Sin embargo, hace gran uso de recursos estilísticos tomados en su mayoría de Homero. Sirva de ejemplo esta acumulación de monosílabos:

si luci si nox si mox si iam data sit frux,

---

55 Refiriéndose al *Bellum Punicum* de Nevio, dice Cicerón: *quasi Myronis opus delectat* (Brutus, 19, 75).

o las aliteraciones:

> *O Tite tute Tati tibi tanta tyranne tulisti*
> *Machina multa minax minitatur maxima muris*

y el homoioteleuton:

> *Maerentes flentes lacrimantes commiserantes*

Su gran mérito es haber llevado casi a la perfección la lengua de la tragedia, desarrollando las directrices marcadas ya por Nevio.

La importación en gran escala del vocabulario griego va a corresponder a los poetas cómicos:

Plauto, nacido en el 255 a. J. C., es quien de manera especial se sirve en sus comedias del lenguaje familiar en el que precisamente abundan los préstamos del griego. Palabras como *obsonare, drapeta, harpax, glaucoma, calamo, dapsilis, basilice* y muchos verbos en *-issare* aparecen a menudo en sus obras. Los arcaísmos de Plauto más que en léxico se ven en la morfología y casi todos tienen una intención cómica (genitivos en *-ai* de la primera declinación, genitivos de plural en *-um* de la segunda, perfectos sincopados: *dixti, intellexti,* futuros del tipo *capso* y *faxo,* subjuntivos en *-am: fuam, tulam, duam,* optativos en *-im: faxim, amassim.* Otras formas que se consideran como arcaísmos son en realidad vulgarismos, así las formas con el prefijo *ind-: indaudire,* y el frecuente empleo de sufijos, sobre todo para crear diminutivos.

Las palabras compuestas que en los poetas épicos y trágicos sirven para expresar efectos de solemnidad o duración, Plauto las aprovechará también para efectos cómicos, así el *Thensaurochrysonicochrysides* de los *Captivi* o el *Polymachaeroplagides* del *Pseudolus.* Puede decirse que, si Nevio

y Ennio crearon la lengua de la poesía elevada, Plauto es el creador de la lengua de la comedia.

Durante estos dos últimos siglos (III y II) del llamado período arcaico se producen grandes avances en la lengua, independientes de las transformaciones fonéticas, tales son: la difusión de los diminutivos; el empleo de construcciones fuertemente expresivas; la normalización de la conjugación, que permite determinar automáticamente las formas verbales; agrupación, por un lado, de formas ligadas al tema de presente y, por otro, al de pasado, lo que da lugar a la aparición de la *consecutio temporum,* al surgir del *estilo indirecto libre,* que toma del estilo indirecto la no correspondencia del sujeto, y del estilo directo el modo finito del verbo [56].

Y es así como nace la lengua literaria latina, sufriendo una gran atracción de los modelos griegos que contribuyen a enriquecer el léxico y la sintaxis.

Al final de la época arcaica, es decir, en el siglo I antes de nuestra Era, se puede considerar concluido el lento proceso de depuración y consolidación de la lengua latina, que, tras un rápido desenvolvimiento en el aspecto fonético, llegó a tener una estructura suficientemente sólida para servir a la vez de instrumento de compenetración y de creación literaria y política, no sólo para los viejos quirites, sino para todos los habitantes del mundo mediterráneo.

Entrados ya en el siglo I a. J. C., podemos atestiguar a través de los textos una preocupación por la lengua como objeto de estudio y de observación, que se traduce en una

---

[56] Para el estilo indirecto libre, cfr. A. Juret, *Sur le style indirect libre en latin,* en "*Mélanges Vendryes*", Paris, 1927, págs. 197-201, y J. Bayet, *Le style indirect libre en latin,* en "*Revue de Philologie*", 1931, págs. 327-342, y 1932, págs. 5-23.

preocupación por la pureza del lenguaje y en una acomodación de ese lenguaje al género literario. Así es cómo se explica la diferencia de estilo entre las cartas y los discursos de Cicerón. La oposición que en la época de Plauto se establecía entre la lengua nacional latina y los dialectos (osco, volsco, falisco, etc.), ahora se establece entre la corrección o *urbanitas* y la *rusticitas*. Y es que a los romanos del siglo I a. J. C. la lengua antigua les parecía ya ruda y áspera, *ipsis sonis durior* dice Quintiliano (XII, 10, 27). En consecuencia, aquellos arcaísmos quedan relegados ahora a fórmulas jurídicas y religiosas con un matiz solemne, y a los escritores que por afectación quieren dar a sus obras un tinte arcaico, o a aquellos otros que esporádicamente los emplean para adorno del estilo, como dice Cicerón, o por sonoridad, como afirma Plinio [57]. Pero es a los poetas a quienes más se permite el empleo de arcaísmos, y entre los poetas pone Quintiliano como ejemplo de moderación, justeza y elegancia en el empleo de los arcaísmos a Virgilio. Estamos en el momento en que la lengua latina alcanza su mayor corrección y esplendor.

En los capítulos que siguen intentaremos el estudio y descripción no del latín de los siglos anterior y siguiente a nuestra Era, que es el que se toma como modelo de la lengua latina, sino el de las formas que por su evolución, características o tendencias sociales se apartan de aquel patrón conocido con el nombre de LATÍN CLÁSICO.

---

57 Cicerón, *De Oratore,* III, 38, 52 y sigs., y Plinio, *Epistolas,* I, 16, 2.

CAPÍTULO VII

EL LATÍN VULGAR

SUMARIO: 1) Conceptos modernos y testimonios antiguos del latín vulgar. — 2) Fuentes para el estudio del latín vulgar. — 3) Algunos rasgos característicos del latín vulgar.

1. CONCEPTOS MODERNOS Y TESTIMONIOS ANTIGUOS DEL LATÍN VULGAR

El término "latín vulgar" ha arraigado de tal manera en nuestros estudios de filología latina que, a pesar de su imprecisión y de lo discutido de su alcance, no puede ser ya fácilmente extirpado*.

En realidad no existe un acuerdo sobre lo que debe entenderse por "latín vulgar" al que Hofmann ha calificado de "fantasma" y del que afirma que "ni temporal ni geográficamente constituye un concepto unitario a nuestro alcance"[1].

---

[1] Cfr. J. B. Hofmann, *El latín familiar* (traducción española de J. Corominas), Madrid, 1958, págs. XIII y 7.

Muller dice que el latín vulgar no es el latín hablado plebeyo que los escritores latinos tratan de camuflar acercándolo a los modelos clásicos, sino el latín escrito que resulta de la mezcla espontánea de tendencias vulgares y aristocráticas.

Para C. H. Grandgent el latín vulgar es la lengua de la burguesía, mientras que para Meyer-Lübke es la lengua que existía antes de toda diferenciación, pero también la lengua de los países donde no hubo formación de lenguas romances [2].

Kroll y Mlle. Richter identifican el latín vulgar con la lengua hablada.

Según C. Battisti, se entiende por latín vulgar no una fase dialectal, sino la lengua normalmente hablada en el mundo latino por la mayoría de la clase media en los dos últimos siglos de la República y en el Imperio, en su complejo de innovaciones, tanto positivas en cuanto que con él se producen nuevos medios de expresión, cuanto negativas, o sea, en el abandono de un medio expresivo frente al latín literario [3].

Ante la diversidad de opiniones sobre lo que ha de entenderse por latín vulgar, quizá fuera mejor adoptar siempre los términos "latín escrito" y "latín hablado", como opina E. Pulgram [4].

---

2 W. Meyer-Lübke, *Grammaire des langues romanes* (traducción francesa de Doutrepont), 4 vols., Paris, 1890-1906.

3 C. Battisti, *Avviamento allo studio del latino volgare*, Bari, 1949. A pesar de su títuló, este libro nos deja un poco decepcionados, pues siempre se espera con avidez ver, si no resuelto, al menos correctamente enfocado y planteado en su totalidad el tan debatido problema del "latín vulgar".

4 E. Pulgram, *Spoken and written latin*, en "*Language*", XXVI, 1950.

Como quiera que sea, no debe confundirse el latín vulgar con el bajo latín, pues el latín vulgar es vivo y se habló en la vida ordinaria, mientras que el bajo latín es el latín que escribían los doctos medievales siguiendo las reglas del latín clásico, pero dejando escapar numerosos vulgarismos. "Cronológicamente, el bajo latín coincide con el romance y es posterior al latín vulgar" [5].

Para Muller, como para Löfstedt [6], no hay ninguna diferencia esencial entre el latín vulgar de Italia, Francia y España antes del siglo IX, pues opinan que la diferenciación de la *Romania* no es un fenómeno temprano, como creen Meyer-Lübke y Bonfante, sino tardío.

Haadsma y Nuchelmans insisten recientemente en la afirmación de que el latín vulgar no debe confundirse con el latín tardío, sino que se manifiesta juntamente con la lengua literaria desde los comienzos del latín [7] *.

No puede decirse, en realidad, que en Roma hubiera dos lenguas distintas: una lengua literaria y una lengua hablada. Todo lo más de que puede hablarse es de un lenguaje literario, pues la lengua es viva, es lo que se habla, mientras que lo literario es algo más petrificado y muerto. La lengua hablada, precisamente por ser hablada, está sujeta a variaciones, tanto en el espacio como en el tiempo.

Es cierto que en toda lengua culta se da siempre una diferencia entre la lengua escrita y la hablada, pero en la lengua hablada, aun manteniéndose esencialmente única, se

---

[5] Cfr. C. H. Grandgent, *Introducción al latín vulgar* (traducción española de B. Moll), Madrid, 1928, pág. 21.

[6] Cfr. H. F. Muller, *A Chronology of vulgar latin*, en "*Zeitschrift für romanische Philologie*", 1929, y E. Löfstedt, *Philologischer Komentar zur Peregrinatio Aetheriae*, Uppsala, 1911, págs. 8 y sigs.

[7] Cfr. R. A. Haadsma y J. Nuchelmans, *Précis de latin vulgaire*, Groningen, 1963.

dan, de hecho, diferentes matices según las diferentes clases sociales, sin que pueda en manera alguna entenderse que se trata de lenguas distintas. Cicerón refleja muy bien esa diversidad lingüística del latín cuando llama al lenguaje de la urbe *sermo cotidianus* y otras veces *sermo plebeius, sermo familiaris* o *sermo urbanus,* frente al *sermo rusticus* o *vulgaris.*

Cabe afirmar que en Roma había fundamentalmente dos *sermones:* el de las letras, retórica, política y leyes, o *sermo nobilis,* y el hablado en casas y calles aun por los mismos que empleaban el primero para escribir y hablar en el senado, es decir, el *sermo vulgaris.*

La lengua culta o *sermo nobilis* era la misma en todas partes en donde había hombres ilustrados que se dedicaban a aprenderla, y tampoco sufría grandes variaciones en el tiempo porque estaba fijada por modelos de bien decir a los que se consideraba como patrones.

En cambio, la lengua vulgar o *sermo vulgaris,* como instrumento de gentes que solamente pretendían expresar lo que pensaban, sin más aspiración que la de entenderse entre ellos, cogía palabras de acá y de allá estropeando siempre las castizas. Y este *sermo* sí que variaba según los lugares y las clases sociales. Solamente en Roma había tres distintas maneras de hablar: la lengua urbana, hablada por los ciudanos y a la que Quintiliano, como Cicerón, llamaba *sermo cotidianus*[8]; la rústica o de los campesinos, *sermo rusticus,*

---

[8] El siguiente texto de Quintiliano ilustra claramente lo que venimos diciendo: *Quidam nullam esse naturalem putant eloquentiam, nisi quae sit cotidiano sermoni simillima, quo cum amicis, coniugibus, liberis, servis loquamur, contento promere animi voluntatem, nihilque et arcessiti et elaborati requirente... Mihi aliam quamdam videtur habere naturam sermo vulgaris, aliam viri eloquentis oratio* (Inst. Orat. 12, 10, 40).

a la que Plauto llamó plebeya y Virgilio pedestre; y la *vernacula* o de los esclavos, que posiblemente sería una jerigonza de todos los idiomas y dialectos conocidos. Así es como se comprende que las familias pudientes pusieran a sus hijos un profesor de latín, estudio tan difícil, según Cicerón, que requería ser comenzado en los primeros años de la vida y continuado con perseverancia.

Era lógico que con el tiempo fueran acentuándose las diferencias entre la lengua escrita, fijada por los gramáticos, y la lengua popular, que continuó su evolución libremente, modificando poco a poco la pronunciación e introduciendo numerosos neologismos; tanto, que a finales del siglo IV ciertos escritores, al explicar determinadas palabras, establecen una clara distinción entre *latine* y *vulgo*. Por ejemplo: *Latine asilus, vulgo tabanus vocatur* (Servio, *Coment. a las Geórgicas,* 3, 147); *quod vulgo dicitur ossum, latine os dicitur* (San Agustín, *Salmos,* 138, 20).

2. Fuentes para el estudio del latín vulgar [9]

Siendo el latín vulgar la lengua hablada corrientemente por el pueblo, solamente podemos reconocer como propias del habla del pueblo, según opina Marx [10], "algunas expre-

[9] De muchas de las fuentes que enumeramos en esta breve exposición del latín vulgar se encontrarán extractos en el apéndice del ya citado *Latín vulgar* de C. H. Grandgent y en la *Antología del Latín vulgar* de Manuel C. Díaz y Díaz, Madrid, Gredos, 1962 (2.ª edición). En ambos libros se da una bibliografía selecta de las ediciones y estudios principales de los textos que en ellos se recogen y comentan.

[10] F. Marx, *Die Beziehungen des Altlateins zum Spätlatein,* en "*Neue Jahrbücher für antike und deutsche Bildung*", XXIII, 1909, págs. 435 y sigs.

siones determinadas, y cuando una obra tiene una proporción importante de expresiones populares, tendemos a considerarla como una muestra del latín vulgar".

No debe olvidarse, sin embargo, que incluso los escritores que pretenden ofrecernos giros o expresiones del latín vulgar poseían una cultura muy superior a la gran masa de iletrados y analfabetos que hablaba también latín. Por eso, los escritos que podemos considerar como fuentes del latín vulgar, si se exceptúan, quizá, ciertos *graffiti* de Pompeya a los que es difícil discutir la espontaneidad, solamente tienen un valor relativo y aproximado [11].

Las fuentes de este pretendido latín vulgar pueden dividirse en tres grupos: 1.°, *literarias;* 2.°, *epigráficas;* 3.°, *gramaticales.*

1.° FUENTES LITERARIAS. Entre las fuentes literarias pueden incluirse:

a) Las comedias de Plauto, donde se aprecian frecuentes palabras y giros vulgares, sobre todo en los diálogos. Algo parecido ocurre con las comedias de Terencio, pero en menor escala, por ser un autor más culto y refinado. En las obras de estos cómicos es fácil encontrar muchos giros del lenguaje conversacional o familiar, tales como *bene vale, malum* = "peste"; *os opprime; aedes lamentariae; hariolari,* etcétera. Con frecuencia en Plauto se funde lo vulgar y lo rural; sus esclavos evocan en la conversación los trabajos del campo: *sceleris semen, stimulorum seges, ulmeam virgidemiam.* En el *Truculentus* el esclavo patán habla de "topetar la puerta" *(arietare)* [12], y las injurias están tomadas muchas veces del vocabulario campesino: *codex, stips,* etc.

---

[11] Cfr. C. H. Grandgent, *ob. cit.,* pág. 23 de los preliminares.
[12] Cfr. J. Marouzeau, *Latinitas, urbanitas, rusticitas,* en su libro

b) La *fabula togata,* representada principalmente por Afranio y las atelanas de Novio y Pomponio.

c) Quizá el texto que mejor nos deja ver el latín hablado de la época imperial sea la novela de Petronio, el *Satiricón,* especialmente en la parte conocida como *cena Trimalchionis,* donde Petronio hace hablar a los esclavos su propia e incorrecta lengua en la que emplean unos casos por otros y frecuentes repeticiones del lenguaje familiar y conversacional. Sin embargo, dos inconvenientes impiden sacar de este documento conclusiones decisivas. Uno de ellos es la gran cantidad de lagunas que presentan los manuscritos petronianos, y otro la falta de absoluta certeza de la época en que fue escrito. En el siglo XVII se afirmó categóricamente que este Petronio era el contemporáneo de Nerón y tal es la opinión que continúa imperando y que acepta Rostagni [13], Pero Paoli y Marmorale se muestran contrarios, aunque por motivos diferentes, a tal identificación [14].

d) La *Peregrinatio Egeriae,* descripción de un viaje a los Santos Lugares por una virgen religiosa del siglo IV. Tanto el nombre como la patria y personalidad de su autor han sido, y continúan siendo, objeto de muchas discusiones por los críticos, sin que en realidad se haya llegado hasta el momento a resultados definitivos. Aunque Egeria deja

---

Quelques aspects de la formation du latin littéraire, Paris, 1949, pág. 14.

13 A. Rostagni, *Storia della letteratura latina* (2 vols.), Torino, 1954-1955, vol. I, págs. 429 y sigs.

14 E. Paoli, *L'etá del Satyricon,* en "*Studi Italiani di Filologia classica*", 1937, págs. 1-46, y *Ancora sull'etá del Satyricon,* en "*Rivista di Filologia Classica*", 1938, págs. 13 y sigs., sostiene que su autor es posterior a Marcial, basándose en las imitaciones de epigramas de Marcial que se encuentran en el Satiricón. E. V. Marmorale, *La questione petroniana,* Bari, 1948, sostiene que el Satiricón se escribió entre los siglos II y III.

escapar en este relato, que está destinado a sus hermanas de religión, algunas frases, giros y palabras que pueden considerarse como del habla popular, no está totalmente ayuna de cultura, y su texto presenta en conjunto más bien un carácter literario que puramente vulgar [15].

e) La *Mulomedicina Chironis,* compilación y versión latina de los libros de veterinaria escritos en griego y atribuidos a un tal Chirón en quien algunos quieren ver el nombre del famoso centauro, que, según la mitología, fue maestro de Aquiles y médico eximio, gracias al conocimiento que poseía sobre la eficacia curativa de muchas plantas. En realidad se trata de los escritos de diferentes veterinarios de la Antigüedad reunidos en un corpus y traducidos muy imperfectamente al latín. La compilación la firma, al final del libro décimo, Claudius Hermeros.

f) Los escritores no literarios, es decir, los autores de obras técnicas. En este grupo pueden incluirse los libros de cocina de Apicius; las obras de los médicos Anthimus y Oribasius; el tratado de agricultura de Paladio y el tratado de arquitectura de Vitruvio en el que el propio autor se

---

15 La bibliografía sobre la *Peregrinatio Egeriae* (como se prefiere llamarla hoy, pues los editores y comentaristas, siguiendo las diferentes transcripciones de los manuscritos, la han denominado *Echeria, Etheria, Egeria, Aetheria, Heteria, Geria)* es muy abundante. Obra capital desde el punto de vista filológico-lingüístico es la ya citada de E. Löfstedt, *Philologischer Kommentar zur Peregrinatio Aetheriae,* Uppsala, 1911 (hay edición de 1963). Para un mayor conocimiento de la bibliografía y diferentes problemas relacionados con esta obra, remito a la introducción de mi traducción castellana de la misma, publicada en la "*Biblioteca de Iniciación al Humanismo*" de la editorial Aguilar, Madrid, 1963. Recientemente ha aparecido un trabajo de A. A. R. Bastiaensen, *Observations sur le vocabulaire liturgique dans l'Itinéraire d'Égérie,* en la serie *Latinitas Christianorum Primaeva,* 17, Nimègue, 1962.

excusa de su falta de elegancia y de sus incorrecciones de estilo diciendo que *non architectus potest esse grammaticus*[16].

g) Giros y frases que aparecen en los escritores clásicos. De estos giros y palabras hace un gran uso Cicerón en sus cartas a familiares y amigos. En cierta ocasión dice así a su amigo Peto: "¿No te parece que escribo mis cartas en la lengua del pueblo? Pues no todas las cosas han de escribirse de la misma manera..., las cartas suelo escribirlas con palabras de todos los días"[17]. En efecto, Cicerón emplea en sus cartas adverbios familiares, crea neologismos con valor expresivo: *petiturire, sullaturire,* echa mano muy frecuentemente de diminutivos: *febricula, nauseola, oratiunculas, adulescentulus*, y no se retrae de usar a menudo verbos frecuentativos. En Catulo y Horacio aparecen a veces metáforas de mal gusto e incluso expresiones y palabras populares: *ambulo, ausculto, caballus, comedo, dorsum, grandis, imus* por *infimus, nugae, siccus, vetulus,* etc. Otro tanto puede decirse de Salustio, Propercio, Fedro, Séneca; y, en general, todos los autores de la baja latinidad ofrecen esporádicamente ejemplos de esta clase de latín[18].

2.° Fuentes epigráficas. Entre las principales fuentes de este grupo se cuentan:

a) Las inscripciones sobre las paredes de las casas de Pompeya y Herculano, llamadas corrientemente *graffiti,* por

---

16 *De architectura,* 8, 8.

17 Cicerón, *Familiares,* IX, 21, 1.

18 Cfr. Lebreton, *Études sur la langue et la grammaire de Cicéron,* Paris, Hachette, 1901; G. Bonfante, *Los elementos populares en la lengua de Horacio,* en "*Emerita*", 1936, págs. 86-119, y 1937, págs. 17-88; J. Bourciez, *Le "sermo cotidianus" dans les Satires d'Horace,* Paris, 1927; E. Chatelain, *Mots du latin vulgaire attribués aux classiques,* en "*Mélanges A. Thomas*", Paris, 1927, págs. 99-103; J. Bertschinger, *Volkstümliche Elemente in der Sprache des Phaedrus,* Berna, 1921.

la materia con que fueron escritas y de las que ya hemos hablado anteriormente en el capítulo dedicado a las inscripciones [19].

b) Las *Defixionum tabellae,* en las que se distinguen dos formas: la *devotio,* o sea, lo que llamaban los griegos κατάδεσμος, para obtener la interdicción o la paralización de las personas mencionadas expresamente en la tablilla. La otra forma era la *defixio,* que consistía en textos mágicos escritos generalmente sobre plomo, bronce, mármol o terracotas, en las cuales un individuo maldice y entrega a las divinidades infernales a un rival o competidor. Esta clase de textos vulgares suelen ser pesados y reiterativos; en ellos se encuentran abundantes anacolutos y pleonasmos, así como muchas incorrecciones y faltas de grabado [20].

c) Algunas de las inscripciones recogidas en el *Corpus Inscriptionum Latinarum,* sobre todo las de los países donde la romanización fue intensa. Los tomos del *Corpus* que más nos interesan en este sentido son el II, referente a España, el VI, referente a Roma, y el XV, que contiene ins-

---

19 Sólo a título de ejemplo ofrecemos las siguientes:

Omnia formonsis cupio donare puellis
sed mihi de populo nulla puella placet

(E. Diehl, 589)

duodecim deos et Deanam et Iouem | optumum maximu habeat iratos, | quisquis hic mixerit aut cacarit

(E. Diehl, 696)

20 Quien primero publicó una edición de esta clase de textos fue A. Audollent, *Defixionum tabellae,* Paris, 1904, y un estudio sobre las mismas hizo M. Jeanneret, *La langue des tablettes d'exécration latines,* Neuchâtel, 1918. Anteriormente se publicó este trabajo en dos artículos de la *Revue de Philologie* (años 1916 y 1917)*.

cripciones tomadas de objetos e instrumentos (espejos, vasos, etcétera).

3.° FUENTES GRAMATICALES. Como fundamentales se consideran:

a) Las glosas y glosarios. Eran los glosarios unas colecciones de palabras parecidas a los diccionarios, pero en las que sólo se anotaban, por lo general, los vocablos raros y poco conocidos. En principio fueron sencillas aclaraciones o glosas colocadas al margen de los textos para su mejor comprensión, pero que luego se reunieron y coleccionaron alfabéticamente o con arreglo a otros criterios. Comienzan estos glosarios con el *De verborum significatione* de Verrio Flaco en la época de Augusto, pero solamente lo conocemos a través de Pompeyo Festo, Nonio Marcelo y Paulo Diácono. Entre los más importantes de estos glosarios para el conocimiento del latín vulgar se cuentan el llamado de Reichenau, compuesto en Francia, posiblemente en el siglo VIII[21].

b) Los datos de los gramáticos en su deseo de corregir los errores que iban infiltrándose en la lengua y de oponerse a la insensible transformación del latín que se adentraba en los dominios de la lengua escrita. Algunos de estos tratados gramaticales no se contentaban con advertir cómo se debía escribir, sino que, al mismo tiempo, indicaban cuáles eran

21 Nos agrada recordar aquí que la abadía alemana de Reichenau fue fundada por el español Pirminio: "Un día los árabes le arrojaron de su monasterio y de su patria y le aventaron a lejanas tierras... Siguiendo la corriente del Rhin llegó a Reichenau...; con él iban cuarenta hermanos, peregrinos como él, compañeros de su destierro, portadores de cincuenta libros, un tesoro espléndido que encerraba la ciencia de San Isidoro y San Martín Dumiense, de los Padres españoles y de todos los Padres latinos; pero sobre todo de los Padres españoles" (Fray Justo Pérez de Urbel, *Las grandes abadías benedictinas,* Madrid, 1928, pág. 355).

las formas que se debían evitar. A este tipo de fuentes pertenece la lista de formas incorrectas, seguidas de su grafía exacta, que se conoce con el nombre de *Appendix Probi*, por ir como apéndice a los *Instituta artium* de Probo. Este apéndice, según opinión de Baehrens, fue escrito hacia el siglo III de J. C. De parecida índole son las correcciones de Consentius, gramático del siglo V, sobre todo en su tratado *De barbarismis et metaplasmis;* y en el mismo Quintiliano se encuentran frecuentes indicaciones y correcciones de este género.

c) Las reconstrucciones filológicas de la gramática comparada llevadas a cabo sobre las lenguas romances *.

3. Algunos rasgos característicos del latín vulgar

En esta breve exposición, ni podemos ni pretendemos hacer una gramática del latín vulgar. Por otra parte, los estudios sobre el llamado latín vulgar no son ni numerosos, ni definitivos, ni concretos, debido esto último a la confusión existente entre los términos arcaico, vulgar y familiar,

Como muy acertadamente dice Marouzeau, el problema de los vulgarismos en la lengua es más complicado de lo que a simple vista parece, y muchas de las palabras que se etiquetan con el nombre de vulgarismos no son más que rusticismos y, a veces, arcaísmos [22].

Por lo que se refiere al léxico, cuando el latín poseía dos vocablos casi sinónimos, muchas veces uno de ellos preva-

---

22 J. Marouzeau, *Traité de Stylistique Latine*, Paris, 1954, páginas 181 y sigs.

lecía sobre el otro, al que hacía desaparecer; así: *cors* suplantó a *atrium, quare* a *cur, caballus* a *equus, portare* a *ferre, totus* a *omnis, desiderare* a *cupere, perdere* a *amittere, penitus* a *prorsus,* etc.*.

A veces una palabra es sustituida por otra que no se encuentra nunca en latín clásico: *anser* fue sustituida por *auca, noverca* por *matraster, privignum* por *filiaster, caput* por *testa, crus* por *gamba,* si bien estas transformaciones no fueron uniformes en todos los países.

Muchas palabras del latín clásico, sobre todo adverbios, conjunciones y preposiciones, dejaron de emplearse; por el contrario, se hizo un frecuente uso de nombres compuestos con valor expresivo.

Aparecieron diminutivos con valor simple: *oricla.* Se abusó de formas pleonásticas formadas con partículas como *itaque ergo, nec non etiam, nec non et, non minus etiam, nec non quoque, ideo propter hoc,* y muy frecuentemente se hicieron también combinaciones como *ac sic, atque ille, ecce hic, eccu iste.*

Característicó de la lengua vulgar era el empleo de verbos *factotum,* es decir, verbos que por economía o por pereza mental se empleaban para todo; así, por ejemplo, *facere, esse, mittere,* y a las mismas causas debe atribuirse el frecuente empleo de la elipsis.

Si echamos una mirada a la morfología, observaremos, entre otros fenómenos, que:

En latín vulgar se pierden los matices de sentido o de aspecto que podían expresarse mediante los preverbios, por carecer éstos de su primitivo valor; y al mismo tiempo se pierden también las oposiciones de orden fónico que exis- tían entre compuestos y simples, al generalizarse el vocalis-

mo del verbo simple por recomposición: *consacrare* al lado de *consecrare, commandare, tradare.*

Poco a poco se fue eliminando la forma plena *neque* por la sincopada *nec.*

El demostrativo *is* fue sustituido por *hic* e *ille.* Según Stolz, este fenómeno se explica por el valor deíctico de *hic* y de *ille,* pero Löfstedt cree que se debe a la tendencia de la lengua popular a eliminar las palabras demasiado cortas o desprovistas de valor propio. Por el contrario, se empleó *iste* con el valor de *hic.*

El positivo se usó con valor de comparativo y fueron muy corrientes las confusiones y cambios de género gramatical, pasando a usarse como masculinos muchos femeninos y neutros.

En sintaxis no son menores las modificaciones.

Aparece el llamado nominativo denominativo en el que se ponen muchos nombres propios y apodos que por su función en la frase deberían ir en otro caso: *quod vos dicitis latine hortus Sancti Ioannis.*

Se resucita el nominativo absoluto, construcción que con el valor de ablativo absoluto aparece ya en el latín arcaico y, esporádicamente, en escritores postclásicos como Salustio: *visa loca sancta omnia.*

El genitivo se fue sustituyendo poco a poco por otras construcciones, sobre todo por el ablativo con *de* y a veces por dativo: *expers partis... de nostris bonis; possesor de propria terra.* Según Meyer-Lübke, el genitivo dejó de ser popular, salvo en combinaciones fosilizadas, a comienzos del siglo III, pero se conservó en algunos pronombres, en muchas frases hechas, en voces del latín clerical y en ciertos nombres propios: *cuius, illuius, illorum, lunae dies, de noctis tempore, est ministerii, angelorum,* y a veces aparece como

complemento de un sustantivo elidido: *quadragesimarum* (tempore), *Sancti Iusti* (ecclesia) = Santiuste, *Sancti Quirici* (ecclesia) = Sanquirce.

El dativo, que en lengua clásica servía de complemento indirecto a verbos transitivos (y de complemento único a muchos intransitivos: *foveo, oboedio,* etc.), en latín vulgar reemplazó aquella construcción por la de acusativo con *ad,* y así por *dare alicui litteras* se decía *dare litteras ad aliquem,* construcción que se extendió a verbos intransitivos, y por *nocet fratri* se dijo *nocet ad fratrem.*

El ablativo y el acusativo fundieron muchos de sus usos por emplearse ciertas preposiciones con los dos casos. A veces se usaban *cum* y *ab* con acusativo: *cum sodales suos, a caput, a vitia,* y en otras ocasiones la forma de ablativo se empleaba por acusativo: *ante sole, ad ecclesia.* En la *Peregrinatio Egeriae* el uso de *in* con ablativo en vez de acusativo, es tres veces más frecuente que el uso correcto de *in* más acusativo.

Se desarrolla excesivamente el antiguo uso arcaico, pero muy restringido en el latín clásico, del presente por futuro. El pluscuamperfecto se usa con valor de perfecto, sobre todo en las formas *dixeram* y *fueram.*

El subjuntivo se sustituye por el indicativo o por *debeo* más infinitivo. Aparece también con frecuencia el subjuntivo con valor de futuro y el indicativo con valor de imperativo.

La mayoría de los verbos deponentes se hacen activos y muchos activos *(emendare, recreare)* se usan como reflexivos o con valor medio.

Los verbos *debeo* y *coepio* con infinitivo se usaron en lugar del perfecto con un valor pleonástico que después se amplió a otros verbos para darles matiz perifrástico:

Habeo se usó en forma impersonal para indicar existencia de algo: *habebat autem... ad montem Dei... quatuor milia.*

Se hizo también muy corriente la geminación intensiva con valor expresivo: *lente et lente, unus et unus, bene bene, bonis bonis.*

La parataxis ocupó con mucha frecuencia el lugar de las diferentes clases de subordinadas, y es fácil encontrarla en vez de consecutivas, causales, condicionales, comparativas, finales e incluso sustituyendo a oraciones de relativo.

Se confundieron las nociones de "lugar en donde" y "lugar a donde" usándose *ubi* por *quo* e *ibi* por *eo* *.

Éstas no son más que algunas de las desviaciones del latín clásico que se advierten como rasgos característicos del llamado latín vulgar, que, a pesar de los trabajos aislados y los manuales elementales sobre el mismo, todavía espera el gran arquitecto que levante con los materiales que se van acumulando el gran edificio del "latín vulgar", muy necesitado de una exposición clara, profunda y definitiva.

CAPÍTULO VIII

EL LATÍN MEDIEVAL

SUMARIO: 1) Los estudios sobre el latín medieval. — 2) Diferentes conceptos de "latín medieval". — 3) Progresiva degeneración del latín clásico. — 4) La savia carolingia y la dualidad del latín. — 5) Algunos rasgos, particularidades y géneros del latín medieval.

1. Los estudios sobre el latín medieval

Hasta hace pocos años los filólogos clásicos despreciaban el estudio del latín medieval, preocupándose poco o nada de él. Todavía en 1875 Madvig confesaba al Mayor de Cambridge que jamás había abierto una obra de la época patrística [1].

W. Meyer y L. Traube fueron los primeros en percatarse de la importancia y advertir el interés que revestía el estudio de la lengua y la literatura latina medieval. Hoy día se va

[1] Cfr. J. de Ghellinck, *La littérature latine du moyen âge. Quelques questions à propos de son histoire*, en "*Les Études Classiques*", VIII, 1938, págs. 492-513.

abriendo paso y va tomando incremento el estudio del latín medieval, que no en vano fue vehículo de toda una civilización y de una riquísima literatura.

Cada vez más se va poniendo en evidencia lo injusto y lo falso del juicio peyorativo y desdeñoso que se tenía de la Edad Media, a la que se consideraba como una época de total ignorancia, barbarie y oscurantismo.

Hoy día son ya muchos los sabios que se han entregado a estudiar diferentes aspectos y ramas de la ciencia medieval. Hay médicos que han publicado las obras de los médicos. P. Duhen ha estudiado a los precursores de Leonardo de Vinci y la física en la Edad Media; Marcelin Berthelot ha escrito una gran historia de la alquimia; E. Gilson ha estudiado la filosofía [2]. Y, al hablar de la ciencia medieval, no debe olvidarse que una gran parte, y sin duda la mejor, de la literatura científica sobre la que ha vivido la Edad Media se elaboró en Toledo y consistió en una adaptación latina de trabajos árabes.

Pero como la materia y los problemas que abarca el latín medieval son muy extensos, es preciso estudiar dicho latín en su evolución histórica, método que viene además impuesto por su enorme extensión temporal y geográfica.

No se crea, sin embargo, que es cosa fácil el estudio de la latinidad medieval ni tarea que pueda emprenderla cualquiera. Es preciso abordar tal estudio con una sólida preparación en los problemas de la filología clásica, pero sin

[2] P. Duhen, *Études sur Leonard de Vinci,* Paris, 1.ª serie, 1906; 2.ª serie, 1909; y *La Physique néoplatonicienne au Moyen Âge,* en la "*Revue des questions scientifiques*", 1910; M. Berthelot, *Les origines de l'alchimie,* Paris, 1885, e *Introduction à la chimie des anciens et du moyen âge,* Paris, 1890; E. Gilson, *La Philosophie au moyen âge,* Paris, 1922.

perder de vista al mismo tiempo que el estudio del latín medieval debe ser objeto de una filología especial con métodos propios y con medios auxiliares diferentes de los del latín clásico.

Hay que someter a un examen minucioso las obras maestras de la literatura latina medieval por épocas, por géneros e incluso por individualidades. Se hace asimismo necesario reseñar y ordenar el inmenso material virgen que aún guardan los archivos y bibliotecas; redactar catálogos, examinar y revisar los catálogos antiguos, investigar la supervivencia de autores en cada época, revisar listas cronológicas y, de manera especial, editar. Para España ha abierto el camino la magnífica obra de M. C. Díaz y Díaz, *Index Scriptorum Medii Aevi Hispanorum* (Madrid, 1959), que ha recogido en orden cronológico todas las obras de la latinidad medieval en España desde el 500 a 1350. Y empresa de gran aliento es el *Glossarium mediae latinitatis Cataloniae*, que, bajo la dirección del profesor Bassols, ha emprendido un grupo de investigadores catalanes y del que en 1962 apareció el fascículo 2.° *(aragalius-bene)*.

En cuanto a ediciones, es verdad que tenemos como instrumentos básicos la *Patrologia* de Migne, los *Monumenta Germaniae Historica*, el *Corpus scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* y alguna otra colección o antología de carácter más restringido, pero es de acuciante necesidad en los estudios del latín medieval renovar la tarea de publicar un mayor número de ediciones críticas de obras literarias, doctrinales e históricas, de las cuales muchas siguen aún sin aparecer, otras no han sido editadas todavía y algunas reclaman una nueva edición para hacerlas inteligibles[3]. En esas edi-

[3] Cfr. E. Faral, *L'orientation actuelle des études relatives au latin médiéval*, en "*Revue des Études Latines*", I, 1923, págs. 26 y sigs.

ciones podrán asentarse las bases para el *Glossarium* o *Archivum latinitatis Medii Aevi,* monumental obra con la que la Unión Académica Internacional pretende sustituir el ya anticuado, aunque hasta el momento insustituible, *Du Cange,* y para lo cual, a partir de 1924, se fundaron comités internacionales encargados de redactar la lista completa de los textos de cada país, despojarlos y componer los correspondientes léxicos. Pero conviene tener en cuenta que el *Archivum* o *Glossarium* nunca tendrá la categoría de un diccionario en la acepción de léxico general de una lengua, pues, como ya observaba Traube [4], no puede hablarse propiamente de un diccionario ni de una gramática del latín medieval, toda vez que este latín está enormemente disperso en el tiempo y en la geografía y carece de la unidad formal interna de una lengua en el sentido corriente de la palabra. Por otra parte, puede decirse, en verdad, que no existe una ciencia de conjunto de la Edad Media, porque la literatura de esta época sólo se ha estudiado hasta el momento de manera fragmentaria.

Nos es imposible descender aquí a detalles sobre los problemas del latín medieval. Un resumen de los progresos realizados durante veinte años en el estudio de la filología medieval se hallará en el trabajo de R. Bossuat, *Aperçu des études relatives au latin médiéval,* publicado en el "*Mémorial des Études Latines*" (Paris, 1934, págs. 256-270).

Base de partida para cualquier estudio lingüístico-literario del latín medieval es la famosa *Introduction à l'étude du latin médiéval* de Karl Strecker, traducida al francés y puesta al día por Paul van de Woestijne (Genève, 1948, 3.ª ed.).

[4] En su *Einleitung in die lateinische Philologie des Mittelalters,* pág. 78.

De parecida orientación es la más reciente *Guida allo studio del latino medievale* de Giovanni Cremaschi (Padoue, 1959). Muy útil para un estudio de conjunto y con atinada crítica sobre ciertos conceptos es la obra de Gabriele Pepe, *Introduzione allo studio del medioevo latino* (Napoli, 1950). Para el estudio de la literatura latina medieval es de capital importancia la monumental obra de Max Manitius, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters,* en tres volúmenes publicados en Munich. El primer volumen abarca desde Justiniano hasta la primera mitad del siglo x; el segundo, desde esta última fecha hasta la querella de las investiduras, y el tercero, desde la querella de las investiduras hasta finales del siglo xii. Estos volúmenes fueron publicados respectivamente en los años 1911, 1923 y 1931. El *Manitius,* como se le llama comúnmente, es una obra eruditísima y de gran perfección que engloba todo un siglo de investigaciones sobre la cultura medieval. De cada autor ofrece un resumen biográfico, bibliografía, obras y contenido de las mismas, manuscritos y ediciones.

Por último, como trabajo de capital importancia, del que será imposible prescindir para cualquier estudio sobre la Edad Media, tanto por la profundidad de su crítica como por su método, por el exhaustivo acopio de materiales y dominio de la bibliografía, citamos la ya famosa obra de Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina* (traducción española de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1955). Consta de dos volúmenes y posee un índice analítico, magníficamente redactado y estructurado que facilita grandemente su manejo.

Como revistas especializadas en el estudio de la lengua y de los problemas medievales citaremos: *Le Moyen Âge,*

Studi Medievali, *Medium Aevum*, *Classica et Mediaevalia* y *Speculum*, revista esta última que lleva por subtítulo *A Journal of Mediaeval Studies*.

2. Diferentes conceptos del latín medieval

Para L. Traube, el latín medieval es una lengua muerta, pero no invariable, a la que compara con un cadáver cuyas uñas y cabellos, según la tradición popular, continúan creciendo [5]. El mismo Traube recuerda a tal respecto otra imagen de Charles Thurot, que comparaba al latín medieval con un animal salvaje que no puede desarrollar dentro de una jaula todas su facultades, pero que, a veces, da muestras de su fuerza y de su belleza naturales.

Karl Vossler opina que el latín medieval es una forma intermedia entre la lengua viva y la lengua muerta.

En la *Introduction* de Strecker se lee: "Le latin du moyen âge est au contraire la continuation normale du latin classique, dans la forme évoluée qu'il affecte chez les écrivains de la basse latinité" [6].

Löfstedt asegura que cada vez está más convencido de que entre el latín tardío y el medieval hay continuidad y que la transición del uno al otro se efectúa de manera lenta y gradual, pudiéndose, por tanto, atribuir a la latinidad medieval una vida normal y orgánica [7]. Esta idea de Löfs-

5 Traube, *Vorlesungen und Abhandlungen*, II, München, 1911, pág. 44.

6 K. Strecker, *Introduction à l'étude du latin médiéval*, traducción francesa de P. van de Woestijne, Genève, 1948, pág. 14.

7 Cfr. Löfstedt, *Vermischte Studien zur Lateinischen Sprachkunde und Syntax*, Lund, 1936, pág. VII.

tedt la desarrolla su discípulo Dag Norberg, profesor de la Universidad de Estocolmo, tratando de demostrar el carácter vivo de la Alta Edad Media [8]. Respecto a la época en que deja de hablarse el latín, Löfstedt afirma que es muy difícil fijar una fecha, pero cree, con Muller, que el latín se convierte en lengua muerta hacia el siglo VIII, como veíamos en el capítulo anterior [9]. Por su parte, Lot y Roger opinan que el latín se ha convertido en lengua muerta ya en el siglo VI, pasando a ser una lengua artificial que sólo comprenden los que se dedican a su estudio [10].

Bieler afirma que es difícil clasificar el latín medieval desde el punto de vista lingüístico, porque no es la lengua de una comunidad orgánica, sino una lengua sin pueblo; por eso concluye diciendo que es la lengua de una "Ideengemeinschaft".

Richard Meister insiste en que el latín medieval ha sido hablado y que, si bien no es una lengua viva en el sentido estricto de la palabra, posee algunos rasgos de las lenguas vivas: evolución sintáctica, neologismos, préstamos, etc.

El latín medieval puede decirse que participa un tanto de lo que en lingüística se llama *Kunstsprache,* o sea, una lengua sin pueblo, sin comunidad étnica, pero apoyada en la tradición de una colectividad, como, por ejemplo, el latín litúrgico. El agente de la latinidad medieval es la comu-

---

8 Dag Norberg, *Syntaktische Forschungen auf dem Gebiete des Spätlateins und des frühen Mittellateins,* Uppsala, 1943.

9 Cfr. E. Löfstedt, *Late Latin,* Oslo, 1959, pág. 14; H. Muller, *When did latin cease to be a spoken language in France,* en "*Romanic Review*", 1921, págs. 318 y sigs.

10 Cfr. Lot, *À quelle époque a-t-on cessé de parler latin?,* en "*Archivum latinitatis Medii Aevi*" *(Bulletin du Cange),* 1931, páginas 93-159; M. Roger, *L'enseignement des lettres classiques d'Ausone à Alcuin,* Paris, 1905, pág. 100.

nidad intelectual. Y se explica perfectamente que incluso durante los siglos XII al XIV, en que algunas naciones disponían ya de lengua propia, todo hombre culto hablara y escribiera en latín, que, además de ser todavía una lengua de superior riqueza que las incipientes lenguas nacionales, abarcaba una extensión geográfica superior a cualquiera de aquéllas, que no pasaban de ser pequeños dialectos.

3. Progresiva degeneración del latín clásico

El latín literario comienza a decaer con la dislocación de la capital del Imperio y su traslado a Constantinopla, hecho que también lingüísticamente representó un golpe de gracia para la latinidad.

En el siglo V las invasiones bárbaras tuvieron desastrosas consecuencias en el orden cultural, y la antigua *Romania*[11] comenzó a descomponerse política y lingüísticamente. Por lo que se refiere a África, desde mediados del siglo V, en que es dominada por los vándalos, cesa la influencia de Roma y el latín se ve amenazado por las lenguas indígenas, púnica y bereber; y con la conquista árabe, a mediados del siglo VII, África queda separada para siempre de la cultura latino-cristiana.

En el decurso del siglo VI, el latín se pierde rápidamente en Oriente, y ya en la segunda mitad de ese siglo se ignoraba incluso en la corte imperial.

---

[11] La palabra *Romania* aparece en la época en que los pueblos bárbaros se establecen en suelo romano. Primero bajo Constantino, pero se siguió empleando hasta la época merovingia e incluso después. Sobre esta palabra, cfr. Gaston Paris, *Romania,* I, 1872, páginas 1 y sigs. *.

En la Galia, la invasión bárbara, a comienzos del siglo V, inflige un duro golpe a la latinidad, que aún logra arrastrarse maltrecha durante dos siglos. A pesar de todo, en el siglo VI la clase culta de la Galia no pasa de ser una minoría, como lo atestiguan San Cesáreo de Arlés (470-542), que se lamentaba de estar en contacto con los ricos negociantes de Provenza, que no sabían leer ni escribir, y Gregorio de Tours (538-594), que se queja del estado miserable de la enseñanza y del estudio [12]. Esta barbarie literaria se acusa hasta en los rasgos y ortografía de la escritura merovingia. El latín merovingio, en su vocabulario, morfología, ortografía y sintaxis, se aparta grandemente de la lengua tradicional de Cicerón y de Virgilio. La latinidad merovingia rompe casi totalmente con la tradición literaria, hasta el punto que para llegar a comprenderla es necesaria una verdadera iniciación [13].

Sin embargo, en ciertos países de lengua romance, sobre todo en Italia, donde la enseñanza de tipo antiguo en las escuelas no desapareció totalmente de los grandes centros culturales como Milán, Roma, Rávena, Salerno, Nápoles, etcétera, y lo mismo en España, con la monarquía visigoda,

---

[12] Sin embargo, según opinión de Riché, "los contemporáneos de Gregorio de Tours y el mismo Gregorio de Tours tienen aún bastante cultura y oído para distinguir el latín literario del latín vulgar"; y justifica su aserto con dos citas anecdóticas tomadas de Gregorio de Tours (cfr. P. Riché, *Éducation et culture dans l'occident barbare, VI-VIII siècles,* Paris, 1962, pág. 240).

[13] Cfr. J. Pirson, *Merowingische und Karolingische Formulare,* 1913; J. Vielliard, *Le latin des diplômes royaux et chartes privées de l'époque mérovingienne. Essai de synthèse de philologie et d'histoire,* New-York, 1945; M. Pei, *The language of the eight-century texts in northern France; a study of the original documents in the collection of Tardif and other sources,* New York, 1932, págs. 2 y sigs.

no se produjo una ruptura neta [14], y el latín medieval en estos países representa, en cierto grado, la continuación del latín literario tardío.

El carácter del latín visigodo es mucho más conservador y correcto que el de la Galia, corrección a la que sin duda contribuyeron grandemente la lengua y el ejemplo de los magníficos focos de cultura de la España visigoda. Basta recordar los nombres de Álvaro, Eulogio y Speraindeo como representantes de aquella maravillosa y fascinadora prosa rimada. Y es un hecho digno de notar que, frente a la ignorancia de los reyes merovingios de esta época, los reyes visigodos, sobre todo a partir de Sisebuto, no solamente se convierten en mecenas, sino que incluso sobresalen por su elevada cultura. Sisebuto escribió una vida de San Didier de Viena y en sus numerosas cartas da prueba de poseer grandes conocimientos de retórica; otro tanto puede decirse de las cartas de Chindasvinto y de Recesvinto; y del rey Chintila se sabe que incluso escribió un poemita que debía acompañar a cierto regalo enviado a Roma [15]. Tampoco hay que olvidar que en el propio renacimiento carolingio o⁻upan un lugar importantísimo y rector grandes autores de origen español como Claudio de Turín, famoso por sus trabajos de exégesis bíblica, Angobardo de Lyón, escritor de liturgia y controversias político-religiosas, y el famoso visigodo Teodulfo de Orleáns, excelente poeta de la corte de Carlomagno [16].

---

[14] Interesante para el latín medieval español es la obra de J. Bastardas, *Particularidades sintácticas del latín medieval* (cartularios españoles de los siglos VIII al XI), Barcelona 1953.

[15] Cfr. P. Riché, *ob. cit.*, págs. 304-305.

[16] Sobre el latín visigodo los trabajos más importantes, y casi únicos, son los del profesor Manuel C. Díaz y Díaz: *Notes lexicographiques wisigothiques*, en "*Archivum latinitatis Medii Aevi*",

En los Scoti irlandeses y en los anglosajones el latín es solamente una lengua extraña importada por el cristianismo. Aquellos monjes aprendieron el latín para un perfecto conocimiento de la Biblia y de la poesía hímnica, a la vez que trababan también conocimiento con los autores paganos; sin embargo, la predicación a los fieles cristianos la hacían en la lengua nacional, que era la única hablada por los fieles. Otro tanto puede decirse de los húngaros y normandos, que no conocieron la dominación romana [17].

A pesar de todo, es preciso reconocer que en ningún sitio se sentía ya un interés espiritual, moral ni material por la instrucción, pues el culto principal de los bárbaros era la fuerza, y, aunque ellos mismos pretenden escribir un latín clásico, su instrucción queda reducida a muy estrechos límites. Incluso del alto clero iba desapareciendo la instrucción y el conocimiento del latín, porque, al ser elegidos los obispos y prelados entre la aristocracia y los funcionarios públicos, las exigencias de la vida, las ocupaciones y la administración de los bienes eclesiásticos no les dejaban tiempo para la práctica del latín. Y, aunque en los sínodos y con-

---

1952; *Rasgos lingüísticos del latín hispánico,* en la "*Enciclopedia lingüística Hispánica*", t. I, Madrid, 1959; *Movimientos fonéticos en el latín visigodo,* en "*Emerita*", XXV, 2, 1957, págs. 369-386. Recientemente Carmen Codoñer Merino, alumna del profesor Díaz y Díaz, ha publicado *El "De viris illustribus" de Isidoro de Sevilla, Estudio y edición crítica,* Salamanca, 1964; y los señores José Vives y Tomás Marín han inaugurado la colección *España cristiana* con la edición de *Concilios visigóticos e hispano-romanos,* Barcelona-Madrid, 1963.

17 Tampoco los sármatas conocieron la dominación romana. Polonia conoció el latín en el siglo X gracias al catolicismo, que llevó a las tribus eslavas el latín medieval; pero de tal manera arraigó allí el latín, que los primeros monumentos de la literatura nacional polaca son latinos.

cilios se esfuerzan por comunicarse en latín, esas asambleas se hacen cada vez más raras y dejan de celebrarse hasta el siglo VIII en plena reforma carolingia.

El latín de los documentos públicos, edictos, diplomas regios, leyes y fórmulas, textos todos ellos redactados por los cancilleres y notarios [18], que solían ser a su vez clérigos, es una lengua bárbara, como lo es también la de las crónicas y fragmentos de cartas que nos han llegado. Durante algún tiempo se creyó que tales textos estaban escritos en un deliberado estilo vulgar y pedestre o, al menos, sin preocupaciones literarias, pero hoy día no cabe duda que quienes los redactaban tenían la pretensión de escribir en lengua distinta del habla corriente, y en muchos casos se nota incluso cierta tendencia a emplear giros rebuscados y expresiones arcaicas, y hasta se vislumbra un esfuerzo por mantenerse fieles a la métrica y a la retórica [19]. Lo que realmente ocurría es que el poco latín aprendido en las escuelas no tenía fuerza suficiente para contrapesar la lengua hablada; y aquella oscuridad del estilo medieval se debía, en gran parte, a un conocimiento imperfecto de las formas correctas del latín y, en no pequeña medida, al abusivo empleo que se hacía de formularios para redactar actas y documentos, pues resulta curioso comprobar que el latín medieval se escribe mejor cuanto menos uso se hace de tales formularios [20].

---

18 Cfr. De Bouard, *Les notaires de Rome au Moyen Âge,* en "*Mélanges d'archéologie et d'histoire de l'École française de Rome*", t. XXXI *.

19 Cfr. Dag Norberg, *Érudition et spéculation dans la langue latine médiévale,* en "*Archivum latinitatis Medii Aevi*", 1952, páginas 5-16.

20 Uno de los formularios más célebres es el de Marculfo, que pertenece a la época franca y contiene 92 actas. La personalidad de

4. La savia carolingia y la dualidad del latín

Quien va a marcar las grandes líneas directrices del latín medieval es el renacimiento carolingio. Carlomagno impuso, en primer lugar, la obligación de escribir con formas legibles y volver al latín gramatical correcto e inteligible. Las características de aquel latín carolingio pueden concretarse así:

1.ª Lengua de escuela, facticia y sabia, pero capaz aún de cierta evolución espontánea.
2.ª Lengua que, precisamente por ser de cuño escolar, se alimenta de imitaciones. Recuérdese, por ejemplo, el *De institutione clericorum* de Rábano Mauro, cuyo contenido, en sus dos terceras partes, está tomado de San Isidoro, San Gregorio el Grande y San Agustín.
3.ª Lengua que por sus orígenes y destino cultiva fundamentalmente el género didáctico: filosofía, teología, derecho, historia [21].

Gracias a su preponderancia didáctica y a su carácter escolar, el latín de la Edad Media se aseguró una acción histórica que favoreció la unidad internacional y sirvió de

Marculfo no está bien definida, pero todos los eruditos coinciden en considerarle como maestro de una escuela notarial. Cfr. L. Levillain, *Le Formulaire de Marculf et la critique moderne*, en "*Bibliothèque de l'École des Chartes*", 1923, págs. 21-91, y F. Beyerle, *Das Formelschulbuch Markullfs*, en "*Aus Verfassungs- und Landesgeschichte*", Festschrift Th. Mayer, t. II, págs. 365-389, Constanza, 1955.

21 Cfr. J. de Ghellinck, *ob. cit.*

vínculo a una obra civilizadora de la que se beneficiaron los pueblos europeos, impidiendo al mismo tiempo que la invasión germana hiciera desaparecer por completo la cultura romana.

Ahora bien, a partir de la reforma carolingia, en el latín medieval se van a fundir elementos de dos distintas procedencias [22]. Por una parte, el renacimiento carolingio, que estaba inspirado en razones de orden político y aspiraba a ser el heredero del Imperio romano, restaura la enseñanza de los antiguos gramáticos apoyándose en la tradición profana. De otra parte, toda la vida medieval estaba saturada de elementos cristianos y su lengua se alimentaba de la liturgia. Así es como muchas expresiones bíblicas pasan a ser patrimonio de las personas cultas, van superponiéndose a las expresiones clásicas más corrientes y se convierten en *topoi*. A veces, incluso se alteran los hechos para adaptarlos a las frases bíblicas [23]. Por influjo de la Iglesia, una palabra como *fides* pasará a significar lo que con menos frecuencia indicaba en el latín clásico: un estado de ánimo religioso.

Al parecer, la misma Edad Media tuvo conciencia de su dualidad, y así se hablaba de dos autoridades: la *auctoritas divina* de la Biblia y la *auctoritas humana* de Donato [24].

[22] Cfr. Chr. Mohrmann, *Le dualisme de la latinité médiévale*, en "*Revue des Études Latines*", 1951, págs. 330-348.

[23] Cfr. A. Marigo, *Il volgarismo alle origini della lingua latina del medio evo*, en "*Studi medievali*", 1940, págs. 108-140; y G. Pepe, *Introduzione allo studio del Medio Evo latino* (2.ª edición), Napoli, 1950.

[24] Durante toda la Edad Media los estudiantes de gramática tenían que aprender las dos *Artes* de Donato: el *Ars minor* y el *Ars maior*.

5. Algunos rasgos, particularidades y géneros del latín medieval

Pero todo el latín medieval, incluyendo el de la curia romana tanto como el de la reforma carolingia o el de cualquier cancillería, no toma como modelo el latín clásico y purista de la época de Cicerón o el del Imperio, sino el de la avanzada decadencia que, a pesar de todo, posee espontaneidad lingüística y expresiva, cosa que suele faltar en el latín medieval, demasiado coartado por la tradición, pues este latín literario se amparaba en los glosarios y se preocupaba en exceso de la gramática y de la retórica, basándose totalmente en la perfección formal y en la virtuosidad técnica. El latín se escribe mejor a medida que progresa la cultura y la vida interior se vuelve más rica; por eso es más correcto el latín de la curia lateranense; y es en el tardío medioevo, al tener que estudiar el derecho romano y pensar y hablar como hombres que razonan con plena conciencia sobre el significado preciso de conceptos y palabras, cuando comienza a escribirse un mejor latín.

A continuación resumimos, muy ligeramente, algunos de los rasgos más salientes del latín medieval[25].

En cuanto a lexicografía, el significado de muchas palabras varía frecuentemente de unos textos a otros, y a veces según los países y el género literario en que se emplea la palabra.

---

25 Para todas las cuestiones de lengua y para la bibliografía con ellas relacionada es importante, y casi imprescindible, acudir a la ya citada *Introduction* de K. Strecker *.

De la Biblia y de los Padres eclesiásticos proceden muchas palabras griegas (*anathema, baptizare, diaconus,* etc.), y es de advertir que ni en Cicerón ni en Séneca se encuentran tantos grecismos como en el latín medieval.

Se incorporan también al latín numerosas palabras de origen céltico y germánico (*bannus, commarcanus, infeodare, werra,* etc.). Los diminutivos son empleados exageradamente, pero sin valor especial, y frecuentemente se echa mano también de palabras raras y compuestas.

En morfología las palabras cambian caprichosamente de género y de número; los verbos deponentes se emplean como activos; desaparecen las desinencias pasivas; se abusa de la conjugación perifrástica y de las construcciones con *facere;* se emplea de manera insólita el adjetivo verbal en *-dus,* etc.

La sintaxis es, por lo general, muy simple y casi siempre infantil, con preponderancia de la parataxis. Se usan los modos sin sometimiento a reglas ningunas, y los tiempos, incluso en forma absurda, dando a formas pasadas el valor de presentes y viceversa. Los pronombres se mezclan y confunden en su significación y valores; aparecen junto al ablativo absoluto un nominativo y un acusativo absoluto. El empleo del genitivo es arbitrario. Por influencia del latín de la Iglesia el acusativo con infinitivo es sustituido frecuentemente por construcciones con *ut, quod, quia, quoniam,* etc.

La creación más original que aparece en el latín de la Edad Media es, sin duda, la poesía rítmica[26], en la que no

26. Cfr. Dag Norberg, *La poésie latine rythmique du Haut Moyen Age, Stockholm,* 1954, y su *Introduction à la versification latine médiévale,* Stockholm, 1958.

cuenta para nada el valor métrico de la palabra, sino el acento tónico, por lo que a veces se la llama también prosa rítmica. Por lo general se reúnen en una estrofa tres o cuatro versos, pues la mayor parte de esta clase de composiciones poéticas estaban destinadas a ir acompañadas de música. Como representativas de este género sobresalen las composiciones de los goliardos o *cleri vagantes*.

Bajo el nombre de goliardos se incluye a todos los líricos profanos de la época. En realidad es muy poco lo que se sabe de ellos, e incluso la misma palabra *goliardo* es de origen oscuro. Sus composiciones, aunque anónimas en su mayor parte, poseen gran fuerza y movimiento. Unas veces son sátiras violentas como el *Propter Sion non tacebo* de Gauthier de Châtillon, otras veces parodias de himnos religiosos y con más frecuencia himnos báquicos y licenciosos [27]*.

Al lado de estas composiciones profanas merecen destacada mención los famosos himnos y secuencias religiosas de indiscutible belleza, y a veces rayanos en la grandiosidad, que han sido recogidos en los *Analecta Himnica* Las mejores de estas composiciones pertenecen al siglo XIII y algunas de ellas se cuentan entre las más escogidas producciones medievales. Sirvan de ejemplo el *Stabat Mater* de Jacopone da Todi, el *Lauda Sion* de Santo Tomás de Aquino, el *Veni Sancte Spiritus* atribuido al arzobispo de Cantorbery, Étienne Langton, el *Iesu dulcis memoria* anónimo, el *Veni Creator* de Rábano Mauro, el *Pange linguam Magdalene*

---

[27] Sobre los goliardos en general, puede verse la obra de O. Dobiache-Rojdestvensky, *Les poésies des Goliardes*, Paris, 1931. Una buena colección de poemas goliardescos es la intitulada *Carmina Burana*, editada por W. Meyer, *Fragmenta Burana*, Berlin, 1910, y por A. Hilka y O. Schumann, Heidelberg, 1930-1941 *

de Felipe de Grève, el *Dies irae* atribuido a Tomás de Celano, el *Vexila Regis* en versos yámbicos y el *Pange lingua gloriosi* en septenarios trocaicos, ambos de Fortunato, y tantos otros [28]*.

Otra característica del latín medieval es el restablecimiento del *cursus*, es decir, de aquella hermosa secuencia con la que muchos escritores antiguos terminaban sus períodos. Según Duchesne, fue restablecido en el siglo XI por el papa Gelasio II, y a partir de entonces se empleó en forma constante en las bulas de los papas y en los documentos imperiales. Pero aquel *cursus* no se apoyaba en la cantidad silábica, sino en el acento, es decir, había degenerado de la antigua prosa métrica, al estilo de Cicerón, en prosa rítmica; y, a tenor del acento, se dividió en cuatro tipos diferentes: *cursus planus, cursus tardus, cursus velox* y *cursus trispondaicus* [29]. El conocimiento de las leyes del *cursus* y sus formas de empleo puede resultar a veces útil para reconocer la autenticidad de ciertos documentos, pero

---

[28] En los *Analecta himnica medii aevi* publicados por G. M. Dreves, Cl. Blume y H. M. Bannister, en Leipzig, 1886-1922, se recogen treinta mil himnos medievales *.

[29] En el *cursus planus* se acentúan la segunda y quinta sílabas a partir del final, y, por lo general, la última palabra es trisílaba. Este tipo de *cursus* responde a la cláusula métrica crético más troqueo: –́ ⏑ –, –́ ⏓

diligámus afféctu; virtúte succúrrere.

En el *cursus tardus* o *ecclesiasticus* el acento recae sobre la tercera y la sexta sílaba. Corresponde al dicrético: –́ ⏑ –, –́ ⏑ ⏓

peccáta praepédiunt; quaésumus dómine; víncla perfrégerat.

En el *cursus velox* se acentúan la segunda y la séptima. Corresponde a la cláusula métrica crético más ditroqueo: –́ ⏑ –, – ⏑ –́ ⏓

líberam praebeámus; Dómine deus nóster; viscéribus amplexámur.

debe considerarse como un signo de decadencia escolástica de la lengua. A pesar de todo, se ha dicho, y no sin razón, que el gran número de trabajos que se han dedicado al problema del *cursus* no justifica su importancia. Un buen estudio con abundante bibliografía sobre el *cursus* se encuentra en la obra de Laurand, *Manuel des études grecques et latines*, tomo IV, *Pour mieux comprendre l'antiquité classique*.

En el *cursus trispondaicus* se acentúan la segunda y sexta sílabas y corresponde métricamente a la cláusula peón primero más troqueo: – ◡ ◡ ◡, ∠ ×

méntem capiámus; ésse videátur.

Para los problemas relacionados con el *cursus* ha pasado a ser clásica la obra de M. G. Nicolau, *L'origine du "cursus" rythmique et les débuts de l'accent d'intensité en latin*, Paris, 1930.

CAPÍTULO IX

LATÍN CRISTIANO Y LATÍN DE LA LITURGIA

SUMARIO: 1) Los estudios sobre el latín cristiano y diferentes denominaciones del mismo. — 2) Bilingüismo cristiano. — 3) El latín de los primeros cristianos. — 4) Evolución del latín cristiano y tendencias clasicistas de su segunda época. — 5) Factores determinantes del latín cristiano. — 6) El latín de la liturgia.

1. Los estudios sobre el latín cristiano y diferentes denominaciones del mismo

La moderna filología, empeñada en el estudio de lo rigurosamente clásico, mostró en principio poco interés por el latín de la Iglesia, al que asociaba con el latín de la decadencia, heredero directo de la baja latinidad.

El primero que se preocupó del latín eclesiástico fue Federico Ozanam en su artículo intitulado *Comment la langue latine devint chrétienne,* que figura en el tomo II de sus obras completas. Ozanam consideraba como un renacimiento del latín tardío la influencia del cristianismo, y,

aunque apunta ideas curiosas y atinadas, su estudio carece de una base filológica auténtica.

En 1879, G. Koffmane publicaba un libro titulado *Entstehung und Entwicklung des Kirchenlateins* (origen y desarrollo del latín de los cristianos), en el que sostenía la teoría de que, si la lengua refleja la vida de los pueblos, el cristianismo debe reflejarse en la lengua de los pueblos que han abrazado la fe cristiana, y hace un estudio de los neologismos cristianos [1].

Hace poco más de medio siglo que la filología clásica, al preocuparse del latín tardío, detuvo la vista en el latín de los cristianos. Comenzaron a aparecer estudios y trabajos aislados dedicados a escritores particulares, como, por ejemplo, el de Max Bonnet, sobre la lengua de Gregorio de Tours (1890); el de H. Goelzer, sobre el latín de San Jerónimo (1884) y de San Avit (1909); el de Regnier, sobre San Agustín (1886), y el de Bayard, sobre San Cipriano (1902).

Pero fue Löfstedt quien más estimuló e hizo avanzar estos estudios planteando el problema de la latinidad cristiana. En sus *Syntactica* consagra al latín cristiano un capítulo entero que intitula *Zur Entstehung der christlichen Latinität*, y en su famoso comentario sobre la *Peregrinatio Aetheriae* hace, aunque de manera ocasional, excelentes y atinadas observaciones sobre el origen y desarrollo del latín cristiano.

Magnífico impulso recibieron los estudios sobre el latín de los cristianos con las metódicas investigaciones de la llamada escuela de Nimega, inspirada hace casi medio siglo

---

1 Cfr. Christine Mohrmann, *Études sur le latin des chrétiens*, Roma, 1958, págs. 83 y sigs.

por Schrijnen[2], en torno al cual se agrupan como nombres más representativos los de Mohrmann, Janssen y Merkx. Parecidas directrices sigue M. A. Sainio, discípulo de Löfstedt, cuyas observaciones generales, a pesar de que su obra tiene más de analítica que de sintética, sirven de complemento a los trabajos de H. Janssen[3].

Los problemas planteados respecto a este latín cristiano pueden verse expuestos en la *Revue des Études Latines* en los números correspondientes a los años 1932, 1936, 1938 y 1940, y en los artículos publicados por J. de Ghellinck en la revista *Les Études Classiques* (1939 y 1944).

Abundante bibliografía sobre toda la problemática del latín cristiano puede encontrarse en las obras de Christine Mohrmann, *Études sur le latin des Chrétiens,* Roma 1958, que es una recopilación de artículos dispersos publicados por la autora en diversas revistas científicas, de la que posteriormente apareció un segundo volumen: *Études sur le latin des Chrétiens, II: Latin chrétien et médiéval,* Roma, 1961, y se nos anuncia en preparación un volumen III. También se encontrará una abundante bibliografía, orgánicamente recogida y por orden alfabético en el libro de Albert Blaise, *Manuel du Latin Chrétien,* Estrasburgo, 1955 *.

Magnífica contribución para el estudio de los Padres de la Iglesia son los *Patristic Studies* publicados por la "*Catholic University of America*", Washington (desde 1922), y muy importante es la serie *Latinitas Christianorum primae-*

---

2 Cfr. *Charakteristik des altchristlichen Latein,* en "*Latinitas Christianorum primaeva, I*", Nijmegen, 1932. Y una bibliografía completa de los trabajos de Schrijnen puede verse en la citada obra de Mohrmann, pág. 448.

3 Cfr. M. A. Sainio, *Semasiologische Untersuchungen über die Entstehung der christlicher Latinität,* Helsinki, 1940.

va, que desde 1932 dirigen Schrijnen y Chr. Mohrmann (Nimega).

Todavía sigue siendo útil la obra de M. Flad, *Le latin de l'Église, étudié d'après la grammaire et la Liturgie,* Paris, 1938.

Para denominar a este latín, que de una u otra forma guarda relación con la religión cristiana, se han venido empleando diferentes términos: "latín eclesiástico", "latín de la Iglesia", "lengua latina cristiana", "latín cristiano". Löfstedt distingue, por una parte, el latín eclesiástico propiamente dicho, o sea, el latín teológico y el latín artístico, y, por otra, el latín del culto o litúrgico. Sainio hace también una distinción entre el latín de uso corriente entre los cristianos, íntimamente relacionado con la lengua precristiana, y la lengua litúrgica y la administrativa de la Iglesia. J. Schrijnen distingue entre "Kirchlatein" (latín de la Iglesia) y "Christlatein" (latín cristiano), e incluso cree que sería preferible el término "latín de los cristianos" al de "latín cristiano", puesto que esta última denominación se parece más al de "latín de la Iglesia" [4].

Tal vez, pues, sería más exacto dejar el nombre de "latín eclesiástico" para el que se refiere de manera especial a términos y giros de la Teología o del Derecho canónico y aplicar el de "latín cristiano", con acepción más general, al latín de los autores cristianos. En nuestra exposición hablaremos del "latín cristiano" en esta última significación general, dedicando finalmente un apartado al latín de la Iglesia en sentido más restringido, es decir, al latín litúrgico, la lengua de la misa y de las oraciones oficiales.

---

[4] Cfr. Schrijnen, *ob. cit.*

2. Bilingüismo cristiano

El primitivo mensaje cristiano se formuló en la koiné griega [5], y ésta fue la lengua ecuménica del cristianismo en sus comienzos. Hay que tener en cuenta que la koiné era, por así decirlo, una lengua internacional, pues no sólo era la lengua corriente en la parte oriental del Imperio romano, sino también la de un proletariado oriental muy extendido por Occidente y representado por prisioneros de guerra, esclavos, libertos y pequeños comerciantes establecidos en las grandes ciudades. El griego era también la lengua usada en la diáspora por los judíos, y hay quien opina que el mismo Jesús debió usar el griego en alguna ocasión [6].

Los más antiguos textos cristianos salidos de Roma y de la Galia atestiguan el origen griego de las comunidades cristianas de Occidente. En griego están los escritos de San Pablo y San Ignacio de Antioquía, y también los salmos estaban escritos en griego. Es lógico suponer que la primera predicación cristiana en el África del Norte fue griega, ya que los más antiguos monumentos cristianos de esta

[5] Sobre la koiné puede verse el jugoso resumen de W. Brandenstein en su *Lingüística griega* (traducción española de V. García Yebra), Madrid, Gredos, 1964, págs. 84 y 85.

[6] Sin embargo, esto no pasa de ser una hipótesis, pues eruditos contemporáneos como el profesor Rorrey de Yale y el profesor Burney de Oxford han intentado una reconstrucción de la forma en que hablaba Jesús, y hacen hincapié en que usaba el idioma arameo. Burney volvió a traducir los proverbios y sentencias más famosas de Jesús al arameo y las encontró un molde rítmico, algo así como nuestros proverbios versificados. Para el sistema de predicación de Jesús, de donde tomamos esta noticia, cfr. G. Highet, *El arte de enseñar* (traducción española de J. Valderrama), Buenos Aires, 1959, págs. 217 y sigs.

región, como son las *Acta martyrum Scillitanorum* o la *Passio Felicitatis et Perpetuae,* aunque están redactados en latín, aparecen saturados de elementos griegos [7].

Por otra parte, la lengua oficial de la liturgia de Roma durante los primeros años del cristianismo será el griego, y sólo hacia mediados del siglo III se dará entrada al latín. Todavía el primer concilio de Nicea del año 325 es un concilio bilingüe con textos oficiales redactados en griego.

Pero, a pesar de ser el griego la lengua oficial y litúrgica de la Iglesia, coexistía con él la lengua latina usada por el pueblo, de manera que puede decirse que las comunidades cristianas de Occidente eran prácticamente bilingües. El cambio oficial de la lengua coincide con el momento de concederse la paz a la Iglesia; por tal motivo, no se encuentra literatura primitiva latina dedicada a polémicas con los gentiles o a discusiones con los herejes. Por otra parte, aunque en Roma se usara oficialmente el griego, no ocurría lo mismo en las provincias, que empleaban el latín; de ahí que sean provinciales casi todos los escritores latinos que componen la historia literaria cristiana y un tanto imperfecto el latín de sus escritos.

3. El latín de los primeros cristianos

En realidad no se puede hablar de una lengua cristiana uniforme, pues en esa lengua hay que englobar el latín de las inscripciones, el de las primeras actas de los mártires, *el de las primeras traducciones bíblicas*, el de las homilías,

---

7 Cfr. Ch. Mohrmann, *ob. cit.*, pág. 53.

el de la liturgia y otras manifestaciones religiosas de los cristianos.

Para Löfstedt y Harnack el creador de la lengua eclesiástica latina es Tertuliano, que dio a la lengua pagana un sentido cristiano e introdujo de manera definitiva ciertas palabras y giros en el latín de los cristianos, tales como *meritum, una substantia, tres personae, unitas in trinitatem,* etcétera, lo que ha hecho que se le considere también como el creador de la terminología teológica. Sin embargo, no es posible afirmar de manera rotunda el papel creador de Tertuliano, y esto por varias razones: una de ellas, porque su lengua es a veces demasiado peculiar; otra, porque muchas de sus expresiones no pasaron a la posteridad cristiana, y una tercera, porque sus obras fueron poco leídas en las generaciones siguientes. Quizá la mayor influencia ejercida por Tertuliano en el latín cristiano se deba al latín de San Cipriano, que, a pesar de la diferencia de temperamento y de tendencias que le separan de Tertuliano, como muy bien señaló Norden [8], le llamaba maestro; y las obras de San Cipriano sí que tuvieron un enorme éxito y difusión en la Edad Media a juzgar por la gran cantidad de manuscritos que de él se conservan y que pasan de cuatrocientos.*.

En cierto modo puede afirmarse con Meillet que "entre la lengua más clásica y la de la Vulgata o la de los Padres de la Iglesia no hay más que diferencias de detalle, y tales diferencias se han sentido tanto menos cuanto menor era el conocimiento que los lectores tenían de una gramática exacta, de un estilo puro y cuanto menor era su refina-

---

[8] Cfr. E. Norden, *Die antike Kunstprosa,* Leipzig, 1909, II, páginas 606, 615 y 618.

miento literario"[9]. Pero esto es solamente cierto en los límites estrictos de la gramática normativa, sin que, por otra parte, pueda negarse que en el vocabulario y en el estilo existen en el latín de los cristianos más que diferencias de detalle. Para la expresión de conceptos nuevos surge la necesidad de crear o de inventar nuevas palabras, y en los textos cristianos se notan características lingüísticas diferentes del resto de la literatura no cristiana. El estudio detenido de las inscripciones y escritos de los autores latinos cristianos demuestra, como opina Schrijnen, que no se trata simplemente de desviaciones curiosas de la lengua profana, sino de un perfecto y coherente sistema con diferenciaciones lexicológicas, semánticas, morfológicas, sintácticas y métricas. Con el tiempo el latín cristiano llegó incluso a convertirse en elemento necesario en la construcción y formación de las lenguas romances.

Al principio, los cristianos acogen en su lengua numerosos términos tomados de las profesiones o aspectos de la vida corriente y que después se han considerado como específicamente cristianos; así ocurre, por ejemplo, en los escritos de Tertuliano o en las *Didascalica apostolica.* Se aprovechan en el lenguaje cristiano expresiones y vocablos de ciertas especialidades u oficios, y así se dice, hablando de la acción de la gracia, que lleva consigo una *plantatio* (término de la agricultura); para lo que San Pablo llama hacer al hombre nuevo, se habla de una *aedificatio* (albañilería); la pila bautismal será para los cristianos *piscina* (jardinería); *spiritum,* que era el πνεῦμα de los griegos, significará el Espíritu Santo.

---

[9] Cfr. A. Meillet, *Esquisse d'une histoire de la langue latine,* Paris, 1928, pág. 280.

En sus comienzos, el latín hablado y escrito de los cristianos fue deliberadamente sencillo y coloquial, para acomodarse así a la lengua de la gente humilde que integraba las asociaciones cristianas, y la Biblia se tradujo a este latín sencillo con el objeto de que fuera comprendida por el pueblo [10].

4. Evolución del latín cristiano y tendencias clasicistas de su segunda época

Pero después del período de los primeros siglos, al que pudiéramos llamar revolucionario y de formación, durante el cual se estabiliza el latín de los cristianos, es fácil observar una progresiva y lenta marcha en su evolución, que al mismo tiempo es una consolidación.

Conviene no olvidar que hasta el final de la Antigüedad todos los cristianos iban a la escuela pagana y allí recibían la enseñanza profana de los autores clásicos, como ha demostrado Marrou [11]. Y si bien este contacto con la cultura pagana no pudo eliminar lo que había de peculiar en la lengua y en las ideas cristianas, ni afectar los sentimientos íntimos de los fieles, hizo que en los círculos cristianos más

---

10 A mediados del siglo II se tradujo la Biblia al latín en la versión llamada Ítala, que es la empleada por San Agustín. Posterior es la de San Jerónimo, que se conoce con el nombre de Vulgata y que, aunque en un principio no tuvo una total aceptación, quedó consagrada, gracias a San Gregorio Magno, como la biblia oficial de la Iglesia. Sobre la lengua de la Vulgata y el latín de las versiones Afra e Ítala, cfr. H. Roensch, *Itala und Vulgata,* Marburgo, 1875 (2.ª edición).

11 Cfr. H. J. Marrou, *Histoire de l'Éducation dans l'Antiquité,* Paris, 1948, págs. 616 y sigs.

cultivados se conservara la tradición clásica como un ropaje de distinción.

Por eso, pasado lo que pudiéramos llamar el primer período griego apologético, y ya a mediados del siglo IV y comienzos del V, se nota en los escritos de los cristianos una actividad creadora que se aparta del carácter popular de los primeros siglos y que trata de adaptar su estilo a las reglas de la escuela. Pero tampoco puede hablarse de una norma general, pues muchos Padres de la Iglesia, en esta misma época, afirman repetidas veces que no se preocupan en absoluto de la belleza clásica de la expresión, y, en ocasiones, ni siquiera de las normas gramaticales. El mismo Gregorio I, papa entre los años 590-604, se opuso terminantemente a la enseñanza de los clásicos, llegando a decir que el latín coloquial e incorrecto que él hablaba y escribía era la única lengua apta para la enseñanza de la doctrina cristiana. Y, por el contrario, no es difícil encontrar, aun en los siglos II y III, autores que escriben un elegante latín clásico, como Minucio Félix y Lactancio, el segundo de los cuales fue uno de los cristianos que con anterioridad a San Jerónimo recomendó el estudio de la antigua literatura profana. Otros defensores de la fe cristiana, incluso en el siglo III, aunque se apartaron deliberadamente del latín clásico, como Tertuliano y San Cipriano, no llegaron, sin embargo, a escribir un latín vulgar. El mismo Tertuliano, a pesar de que al contacto con el latín de la Biblia rompió con todas las finezas de la retórica pagana, era un gran estilista y un escritor elegante.

Pero la mayoría de los Padres de la Iglesia, en este segundo período, cuidan su expresión y exponen sus ideas con la misma forma y atractivo que los paganos, precisamente con la intención de contrarrestar los escritos de

aquéllos. Así es como en los textos del siglo v aparece un cierto humanismo cristiano que no es otra cosa que la combinación de elementos estilísticos y lingüísticos de la tradición romana con elementos específicamente cristianos que dan un especial carácter a los escritos de San Jerónimo, San Agustín y otros autores cristianos de aquel período.

También fueron muy grandes a lo largo del siglo v las tendencias para adaptar a la predicación cristiana la retórica pagana, porque muchos obispos y Padres cristianos pertenecían al mundo de los oradores letrados [12]. De San Hilario de Arlés se dice que elevaba el tono de la predicación cuando advertía que entraban en su iglesia gentes letradas. Era frecuente en esta época que los fieles, encantados por la belleza del discurso, aplaudieran al orador sagrado. Tan sujetos estaban los predicadores a las normas de la retórica, que Sidonio, en cierta ocasión, al enviar un Sermón al obispo de Tours, se disculpa por haberle compuesto demasiado de prisa y omitiendo casi todas las reglas clásicas[13]. Frente a esta tendencia, San Agustín, ejemplo de elocuencia cristiana, y que muchas veces fue también ruidosamente aplaudido por sus fieles [14], sostiene que la retórica es útil para alcanzar la elocuencia, pero no indispensable [15]. Para

---

12 Cfr. J. Leclercq, *Prédication et rhétorique au temps de Saint Augustin*, en "*Revue Bénédictine*", 1947, pág. 116.

13 Cfr. P. Riché, *Éducation et culture dans l'Occident Barbare*, Paris, 1962, pág. 123.

14 Cfr. J. Oroz Reta, *La retórica en los sermones de San Agustín*, Madrid, 1963, pág. 179.

15 "Agustín no despreciaba ninguno de los valores reales del clasicismo, y ahí radica uno de sus mayores triunfos. Enfrentado ante dos corrientes de signo aparentemente contrario, ha habido dar la mano a los tesoros clásicos al mismo tiempo que ha propugnado la supremacía de las verdades cristianas. En consecuencia, admite el *delectare*, el *placere*, pero tan sólo como un medio, a

San Agustín, la cualidad primordial de la predicación debe ser la claridad, base para conseguir los fines oratorios: *ut veritas pateat, veritas placeat, veritas moveat*[16]. En su tratado *De doctrina Christiana* pone de manifiesto las bellezas estilísticas y literarias de la Biblia, haciendo una sutil distinción entre la elocuencia cristiana y la pagana y asegurando que la elocuencia religiosa es sobrenatural[17]. También San Cesáreo de Arlés reacciona contra el abuso de la retórica pagana y recomienda a los obispos la frase de San Jerónimo: "El predicador debe suscitar más los gemidos que los aplausos."

Rigurosamente sujeta a las normas de la tradición clásico-pagana, aparece también, en los comienzos del siglo IV, la poesía cristiana[18]. Esta poesía conserva de lo religioso solamente el tema, pero sin que pueda decirse de ella que entraña la expresión propia de sentimientos religiosos. En su afán de perfección, esta poesía evita todo vocabulario que no parezca poético. En efecto, Juvenco, que florece a mediados del siglo IV, es un gran admirador de la poesía antigua y no hace más que ofrecer un equivalente cristiano de la épica pagana, rechazando únicamente su fundamento ideológico. Prudencio (348-410) y San Paulino de Nola (354-431) darán un paso hacia la creación de auténtica poesía cristiana, pero sin lograr independizarse total-

---

veces sumamente útil, pero no más que como instrumento para conseguir un fin superior" (Oroz Reta, *ob. cit.*, pág. 106).

16 *De doctrina Christiana*, IV, 28, 61.

17 Cfr. H. J. Marrou, *Saint Augustin et la fin de la culture antique*, Paris, 1937, págs. 515 y sigs.

18 Hasta el momento, el mejor trabajo de conjunto sobre la poesía cristiana es el de F. J. E. Raby, *History of christian Latin poetry from the beginnings to the close of the Middle Ages*, Oxford, 1953 (2.ª edición).

mente de la tradición romana y del estilo clásico. También Sedulio, a mediados del siglo V, frente al lenguaje claro y sencillo de Juvenco, escribía una poesía ampulosa y retórica, a pesar de que, al comienzo de su producción, *Carmen paschale* y *Opus paschale,* atacaba a la antigua poesía pagana [19]. En este mismo siglo, Draconcio, en África, y San Avit, obispo de Viena, parafrasean en verso, siguiendo las formas clásicas, los primeros libros del Antiguo Testamento. En pleno siglo VI, Arator, que después de abandonar los cargos públicos llegó a ser subdiácono en Roma, ofreció al Papa su famosa paráfrasis poética de los *Actos de los Apóstoles.*

Pero el cristianismo sólo encontrará la expresión poética propia en su misma lengua y en una forma natural de extraordinaria vitalidad: el himno, género poético del que hemos tratado en el capítulo anterior y al que haremos referencia más adelante.

Puede, pues, afirmarse en términos generales que, al llegar el siglo V, existían tres especies de dialectos cristianos: 1.ª, la lengua especial de los cristianos; 2.ª, el latín eclesiástico; 3.ª, el latín patrístico eminentemente literario.

---

19 De él dice Curtius: "El presuntuoso Sedulio habla con coquetería de la 'fuerza de su fogoso ingenio'; fue muy leído en toda la Edad Media, y todavía en 1500 se le consideraba *poeta christianissimus*" (E. Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina,* traducción de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre), México, 1955, pág. 170.

5. Factores determinantes del latín cristiano

El latín de los cristianos en sus comienzos aparece formado por una mezcla lingüística de muy diversos elementos: grecismos, neologismos, hebraísmos, vulgarismos. Y todo ello con una morfología y una sintaxis rudimentaria y simplificada. Intentaremos una breve exposición:

Del **griego**, como primitiva lengua, toman los cristianos numerosos préstamos que, por lo general, son términos indicadores de cosas más o menos concretas o referentes a la jerarquía cristiana. Éstas son las palabras que la escuela de Nimega llama "cristianismos directos", por ejemplo: *apostolus, apostata, baptisma, catechumenus, charisma, diaconus, ecclesia, eucharistia, episcopus, evangelium, martyr, presbyter, propheta,* etc. A este tipo de préstamos pertenecen también otros grecismos que penetran en el siglo IV en la lengua de los cristianos: *epiphania, monachus, monasterium, orthodoxus,* etc.

Sin embargo, la lengua de los cristianos rehúye tomar préstamos sintácticos del griego, si bien acude a ellos siempre que se encuentren justificados por una construcción latina anterior, aunque ésta sea inusitada o arcaica; así, por ejemplo, la interrogación indirecta con *si*, empleada ya por Plauto; el infinitivo final que se encuentra, aunque raras veces, en el mismo Cicerón; el giro *nescio quia,* en el que *quia* es una traducción del griego ὅτι.

Muy importante y numeroso es el grupo de **neologismos**, palabras que, en su mayoría, indican conceptos abstractos relacionados con las verdades de la fe, como la redención

y la salvación[20]. Algunas de ellas son vocablos latinos inspirados en términos griegos de los que pretenden ser adaptación o traducción, por ejemplo: *carnalis* (σαρκικός), *spiritalis* (πνευματικός), *dominica* (κυριακή), *iustificare* (δικαιοῦν), *benedictio* (εὐλογία), pero casi en su totalidad pertenecen al grupo que Schrijnen ha denominado "cristianismos indirectos", mucho más numerosos que los "cristianismos directos". En su mayoría son palabras derivadas y compuestas, formadas en el seno de la lengua latina, pero atrevidas o extravagantes: sustantivos en *-tor: fornicator, resuscitator, miserator,* o en *-tio: expoliatio, incorruptio, tribulatio;* adjetivos en *-bilis: incorruptibilis;* adverbios en *-biliter* (de creación tardía): *incommutabiliter;* verbos en *-ficare: glorificare, mortificare, beatificare.*

Mediante un desplazamiento de sentido, procedimiento muy frecuente en los primeros siglos del cristianismo, se da un valor nuevo y expresivo a palabras que ya existían en latín, por ejemplo: *gentes, paganus, pax, confiteri, confessor, fides, lavacrum, mundus, salus,* etc.

Aunque menos importante e intensa que la griega, se da también en el latín cristiano una influencia **hebraica**, que en la mayoría de los casos ha obrado por intermedio de las traducciones bíblicas y a través del griego, ya que los judíos de las antiguas comunidades cristianas influyeron muy poco en su lengua. Como hebraísmos más importantes pueden citarse: *satanas, levita, pascha, Christus, clerus, alleluia, amen, cherubim, seraphim, mammona, Beelzebub.* En el

---

20 Es digno de observación, en este punto, el hecho de que fue precisamente el cristianismo quien hizo triunfar la expresión abstracta en la lengua latina, que, por su origen y naturaleza, se prestaba mal para la abstracción (cfr. J. Marouzeau, *Quelques aspects de la formation du latin littéraire,* París, 1949, págs. 107 y sigs.).

campo de la sintaxis los hebraísmos son aún más raros y se limitan a estimular construcciones ya existentes, por ejemplo: el uso del comparativo con *ab: maior ab angelis;* de *in* más instrumental: *percutere in virga;* genitivo de intensidad: *canticum canticorum, vanitas vanitatum;* genitivo especificativo: *odor suavitatis, homo peccati, poculum mortis, calix suavitatis;* pleonasmos orientalizantes con verbos de decir: *respondit dicens, ante praedixit dicens,* etc.

Rasgo dominante en el latín cristiano es la tendencia al uso de la **lengua vulgar,** y esto no sólo porque, como ya hemos dicho, los primeros cristianos pertenecían en su mayoría a las clases bajas de la sociedad y al proletariado, sino también porque los cristianos rechazaban consciente y decididamente el exclusivismo y el normativismo del latín cultivado y literario por considerar a la lengua como mero instrumento de la expresión de la ideología cristiana, pero totalmente al margen del arte y del estilo; y esa libertad, que da amplia acogida al préstamo, al neologismo y a las construcciones raras o gramaticalmente incorrectas, solamente se encuentra en la lengua popular.

Por eso uno de los factores que más influyen en la formación del latín cristiano es la lectura de la Biblia, libro de lengua puramente vulgar y del que incluso a veces se avergozaban los cristianos instruidos de los primeros tiempos. Y es que las antiguas versiones de la Biblia eran exageradamente literales y traducían palabra por palabra el texto griego por miedo a alterar la palabra y la enseñanza divina, lo que les obligaba a despreciar las reglas gramaticales. Pero esas versiones incorrectas, sencillas y populares se leían en las iglesias, se cantaban los textos de los salmos, los predicadores hacían constantes citas de ellas,

y poco a poco las frases y giros populares iban penetrando en el ánimo y en la lengua de los fieles.

Así se explica que la sintaxis del latín cristiano, al menos en los primeros tiempos, no guarde sumisión alguna a lo que podría llamarse gramática del latín clásico y quebrante con pasmosa facilidad y frecuencia todas las reglas. De este tipo de construcción solamente se exceptúan los escritos de algunos Santos Padres que se esforzaron por mantenerse en la ortodoxia de un perfecto clasicismo que no siempre consiguieron alcanzar.

Como ejemplos de rasgos característicos del latín cristiano pueden citarse, por lo que a sintaxis se refiere, la predilección del adjetivo en lugar del genitivo adnominal: *divina gratia, passio dominica;* el uso de la frase nominal pura por influencia bíblica; el frecuente empleo del singular colectivo aplicado, sobre todo, a sectas heréticas; la abundancia de palabras compuestas de preposición por necesidades de expresividad y afectivas, el infinitivo con verbos de movimiento; el empleo de la preposición *ad* en lugar del simple dativo, etc.

6. El latín de la liturgia

Los caracteres fundamentales de la lengua litúrgica responden a las normas generales del latín cristiano anteriormente apuntadas. Pero la latinización definitiva y completa de la liturgia, sobre todo de la liturgia eucarística, se realizó, como ya dijimos al principio, muy tardíamente, hacia mediados del siglo IV, por eso en este latín puede observarse la fusión de elementos clásicos paganos con los auténticamente cristianos.

Esa evolución hacia el clasicismo se observa en el canon de la misa cuya forma más antigua nos ha sido conservada por el tratado *De Sacramentis* de San Ambrosio. Aunque el vocabulario queda libre de influencias paganas, sin embargo, por lo que se refiere al estilo y a la sintaxis se observa, de una parte la progresiva eliminación de la construcción paratáctica y su sustitución por frases relativas y ablativos absolutos, y de otra parte la abundancia de estilo, mediante la acumulación de términos equivalentes, procedimiento tomado quizá del lenguaje jurídico romano.

En cuanto a las oraciones sacadas de los sacramentarios *leoniano, gelasiano* y *gregoriano,* son obra de espíritus con un alto nivel de cultura literaria que cuidaban el estilo, como lo demuestra su preocupación por el empleo del *cursus,* la elegancia de las construcciones y lo selecto del vocabulario.

Estilo propio tienen también las homilías que se incluyen en el breviario romano[21] y que han sido sacadas de tratados exegéticos o de sermones de los Padres de la Iglesia. El latín de esas homilías puede considerarse intermedio entre el elegante de las oraciones y el popular de la Vulgata, aunque de unos a otros Padres, como hemos apuntado ya anteriormente, se aprecian diferencias a tenor con el espíritu y la época[22].

Por último haremos mención de los himnos. Al parecer, la poesía hímnica se desarrolló entre los cristianos por in-

---

[21] Para el breviario cfr. el libro de P. Battifol, *Histoire du Bréviaire romain* (8.ª edición), Paris, 1911.

[22] Al parecer, si se han conservado muchos de los sermones de los Padres de la Iglesia de los siglos IV-V, se debe a los estenógrafos que "étaient là, assis aux pieds de l'évêque, dans la basilique prêts à noter ses paroles au cours de l'homélie incluse dans la liturgie" (Marrou, *Histoire de l'éducation...*, pág. 415).

fluencia bíblica, y es precisamente en la hímnica donde la poesía cristiana alcanzó su forma más peculiar y fecunda. Según Tertuliano[23], los primitivos himnos eran improvisados y en prosa. El mejor espécimen de aquellos antiguos himnos en prosa de la Iglesia primitiva es el *Te Deum*[24], que, respecto a su contenido, se compone de tres partes: 1.ª, un canto a la gloria de Dios (1-13); 2.ª, un himno en honor de Jesucristo (14-21); 3.ª, una serie de textos tomados de los salmos y que probablemente fueran una plegaria matutina. Desde el punto de vista lingüístico se advierten en el *Te Deum* las siguientes particularidades: ausencia del elemento métrico; riguroso paralelismo; influencia bíblica; empleo de los elementos del idioma cristiano. Se admite generalmente que el redactor de este canto fue Nicetas de Remesiana, amigo de San Paulino de Nola.

Pero el verdadero creador de la hímnica, el que sabe enlazar los elementos del primitivo himno cristiano con la tradición poética romana, es San Ambrosio. Sus himnos, que comenzaron siendo improvisados[25], se propagaron muy pronto a todas las iglesias convirtiéndose en litúrgicos, y el

---

[23] Tert., *Apologético,* 39, 18.

[24] Cfr. Mohrmann, *ob. cit.,* págs. 160 y sigs.

[25] Debido a una exaltación de fervor producida por la persecución arriana. Se entonaron esta clase de cánticos por vez primera en la Basílica de Milán en la Semana Santa del año 386. He aquí el relato conmovedor de San Agustín: "La multitud de los piadosos fieles se pasaba las noches en la Iglesia dispuesta a morir con su obispo, tu siervo. Allí mi madre, tu sierva, ocupando un rango primordial por lo que a inquietud y vigilias se refiere, vivía de oraciones. Yo mismo, todavía frío y sin el calor de tu espíritu, me encontraba emocionado y participaba del estupor y de la consternación de la ciudad. Fue entonces cuando, para impedir que el pueblo se desmoralizara por la tristeza y la inquietud, se instituyó el canto de los himnos y de los salmos siguiendo la costumbre de los países orientales" (San Agustín, *Confesiones,* IX, 7, 15).

metro comúnmente elegido para ellos fue precisamente el único que desde los tiempos de Adriano continuaba siendo popular: el dímetro yámbico acataléctico. Por la misma época que San Ambrosio, componía sus himnos San Hilario, inspirándose también en los cánticos de ciertas comunidades orientales. El género hímnico será más tarde imitado por Prudencio, pero conservando la estructura rítmico-cuantitativa de San Ambrosio.

Con el himno entronca la *secuencia* medieval, que, si en sus manifestaciones más antiguas nos ofrece temas profanos, como afirma Curtius[26], debe considerarse de invención cristiana. La secuencia suprime en la poesía las pocas trabas tradicionales que la quedaban, liberándola de los escasos esquemas métricos y rítmicos que pudieran conservar los himnos. Las primitivas secuencias no son más que prosa ligeramente rimada, pero muy pronto se convirtieron también en poemas y cantos litúrgicos en los que se ponían a contribución todos los recursos de la armonía, la asonancia y la rima[27]. Las mejores composiciones dentro de la secuencia y el himno pertenecen al siglo XIII, y ya hemos hablado de ellos al tratar del latín medieval*.

---

26 E. Robert Curtius, *ob. cit.*, pág. 337.

27 Los orígenes de la secuencia no están aún suficientemente aclarados. Se atribuye su invención a Notker Bálbulo, monje de la abadía de San Galo, que, según confesión propia, recibió la idea de otro monje normando de la abadía de Jumiegues. Para el problema de las secuencias puede verse W. von den Steinen, *Notker der Dichter und seine geistige Welt*, Berna, 1948.

CAPÍTULO X

EL LATÍN DE LOS HUMANISTAS

SUMARIO: 1) Los humanistas y el concepto latino de la *humanitas.* — 2) El "ciceronianismo". — 3) El latín humanístico como lengua viva. — 4) El latín de los humanistas y las lenguas nacionales. — 5) Algunos géneros del latín humanístico. — 6) Prolongación del latín humanístico.

1. LOS HUMANISTAS Y EL CONCEPTO LATINO DE LA "HUMANITAS"

El humanismo no es una época determinada, sino un ideal cultural humano, algo semejante a lo que Cicerón entendía como *humanitas*[1]. Hay un discurso de Cicerón,

[1] Sobre la influencia que ejerció Cicerón en la formación del ideal del humanismo, cfr. E. Zielinski, *Cicero im Wandel der Jahrhunderte,* Leipzig, 1912 (3.ª edición), págs. 26 y 55; también W. Rüegg, *Cicero und der Humanismus,* Zurich, 1946. Por su parte, Meillet, refiriéndose al humanismo, dice: "Los griegos del mundo helenístico le habían preparado; los romanos, y más que ninguno otro Cicerón, le han dado su carácter y su valor haciendo a la vez una elegancia y un medio de dicción. Así entendido, el humanismo, cuyos

el *pro Archia*, que todo él no es más que un pretexto para entonar un canto de alabanza en honor de esa *humanitas*, palabra que emplea repetidas veces a lo largo de toda la obra. Para los romanos, la *humanitas* era, en líneas generales, la παιδεία de los griegos[2], o sea, el estudio de las letras, de la música y de la gimnasia, pero con un sentido aún más amplio que abarcaba incluso el conocimiento de todas las artes liberales. Cicerón es quien nos dice que vivir humanísticamente es vivir con las musas: *cum Musis id est, cum humanitate et doctrina*[3]. Y en su tratado de *Republica* (I, 17, 18) se lee: "si muchos otros llevan el nombre de hombres, solamente lo son los que por medio de las disciplinas liberales han adquirido una cultura conveniente". Con parecidas apostillas suele explicarnos Cicerón este concepto suyo de la *humanitas*[4], que en el sentido más lato era la atención y cultivo de todo lo referente al hombre como ser inteligente, pero descartando toda preocupación escatológica; es decir, era un puro ideal humano, encaminado a la formación del hombre adulto, sin preocuparse grandemente del desarrollo de los jóvenes.

Y ese ideal humano lo sentían los humanistas típicamente realizado por el hombre antiguo. Éste es el motivo por el

---

elementos son griegos, pero que se ha despojado de todo carácter puramente griego, es una creación de Roma. De ahí que Cicerón, que ha sido el representante más activo, es uno de los creadores de la civilización universal moderna."

[2] *Humanitatem appellaverunt id propemodum quod Graeci παιδείαν vocant, nos eruditionem institutionemque in bonas artes dicimus* (Aulo Gelio, *Noches Áticas*, XIII, 17).

[3] Cicerón, *Tusculanas*, V, 23, 66.

[4] Cicerón, *De oratore*, I, 60, 256; II, 17, 72; II, 37, 154. Es curioso observar que Cicerón solamente una vez *(Off.*, 36, 22) en todas las obras que han llegado hasta nosotros usa la palabra *humanitas* con el sentido de "género humano".

que nació en los hombres de estudio, que pretendían abandonar la Edad Media, el deseo de poseer los instrumentos para conocer al hombre antiguo y sus ideales humanos. El primer esfuerzo de aquellos hombres se encaminó a valorar y rendir tributo a la forma estética, a la correcta expresión del latín y a la hermosura del discurso.

Los humanistas, cuanto más convencidos están de que el Medioevo es una muralla interpuesta entre ellos y la época clásica [5], con tanto más ahínco hacen también incipiente labor filológica, es decir, refutan falsificaciones y someten a investigaciones críticas los documentos y crónicas; pero gran parte de ese estímulo de investigación y examen crítico procede de la necesidad de actualizar *antiquitates* con miras jurídicas o políticas y a veces tiene su fundamento en el deseo de realizar indagaciones arqueológicas para satisfacer la vanidad de aspirantes a títulos nobiliarios.

Pero resulta paradójico que esos humanistas, animados de espíritu renovador y que se colocaban frente a los principios y métodos medievales, e incluso muchos de ellos contra la Iglesia, escogieran como lengua para la expresión de sus ideas la misma de aquellos cuyos principios combatían, es decir, el latín, máxime cuando tenían ya a su disposición las flamantes lenguas nacionales.

A tal punto llegó la pasión de los humanistas por la antigüedad clásica y por el latín, que la mayoría de los hom-

---

[5] Valla es el primero que habla de tres edades en la historia: edad romana, edad gótica y edad *nostra*. Por otra parte, la palabra *Edad Media* data también del Renacimiento. Los humanistas son los primeros que la emplearon, de una manera esporádica en la segunda mitad del siglo XV, y más frecuentemente en los siglos XVI y XVII. Sobre este punto puede verse G. L. Burr, *How the Middle Ages got their name*, en "*American historical Review*", XVII, págs. 710-726, y XX, pág. 813.

bres cultos latinizaban sus nombres patronímicos (añadiéndoles la terminación *-us)*, e incluso los nombres de pila, para distinguirse de las demás gentes. Algunos intentaban restaurar la triple denominación de los romanos, por ejemplo: *Iulius Pomponius Letus*, y fue costumbre muy extendida la de imponer en la pila bautismal nombres antiguos, o bien usarlos como apellidos: *César, Lucrecia, Cicerón, Julio, Virgilio, Augusto*, etc.[6].

2. El ciceronianismo

Es cierto que la primera generación de humanistas escribía un latín bárbaro, casi medieval, y que habrá que esperar a finales del siglo XV y comienzos del XVI para encontrar un latín correcto y pulcro, un latín que cada día se hace más académico y que por lo mismo produce una literatura menos viva y espontánea, pero más elegante y noble. El progreso de este latín humanístico se deja sentir incluso a través de las obras de un mismo autor, y es fácil encontrar, a pesar de todo, hasta en los más refinados escritores, ciertas expresiones y giros inusitados en la época clásica. Pero, en general, puede decirse que el latín de los estudiosos occidentales del período humanístico se perfeccionó a tal grado que llegó a ser muy semejante al de Cicerón.

El influjo alcanzado por Cicerón como modelo del latín humanístico se debe, en gran parte, a Petrarca (1304-1374), que se interesa por los discursos del arpinata no como una escuela de derecho o de elocuencia, sino, por la lengua misma,

---

[6] Cfr. R. F. Arnold, *Cultura del Renacimiento* (traducción española de S. Minguijón y Adrián), Labor, Barcelona, 1936, pág. 43.

como medio subjetivo de expresión [7]. Y fueron los discursos y las cartas de Cicerón el modelo literario de Petrarca [8].

A partir de Petrarca se reconoce como un dogma de fe la fuerza y flexibilidad del estilo ciceroniano. Un moderno investigador llama la atención sobre la obra de otro famoso humanista, Coluccio Salutati, nombrado canciller de Florencia en 1375, que durante un cuarto de siglo escribió su correspondencia diplomática y sus libelos políticos en un latín tan puro y elegante que lo imitaron también los restantes estados italianos, incluso el Vaticano [9].

Pero, a finales del siglo XV y comienzos del XVI, surgió una controversia entre los ciceronianos y sus adversarios. El ciceronianismo era ya una corriente muy extendida que, partiendo de Petrarca, aceptaba como único estilo del latín la imitación formal y exclusiva de Cicerón. Representante y corifeo del ciceronianismo es, en la segunda mitad del siglo XV, el Aretino, y en el siglo XVI, Bembo, ciceroniano y purista por excelencia, al que pueden añadirse, como otros seguidores de aquella corriente, Sodoleto, Navagero y Longolio, discípulos y secuaces del también ciceroniano obispo de Urbino, Paolo Cortesi.

Entre los ciceronianos españoles merecen especial mención Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573), de quien dice

---

[7] Cuando Petrarca, a sus veintinueve años, visitó Lieja con afán de bibliófilo buscando libros antiguos, encontró e hizo copiar dos discursos de Cicerón.

[8] Cfr. Pierre Nolhac, *Pétrarque et l'Humanisme*, Paris, 1907, vol. I, pág. 41. Después de Cicerón, el escritor a quien más admira Petrarca es San Agustín, que aparece citado en sus obras cientos de veces. Por lo que se refiere a la forma poética, su modelo es Virgilio. El poema *África*, sobre todo, es una imitación de la *Eneida*.

[9] Sobre esto véase el libro de J. A. Symonds, *The Renaissance in Italy*.

Menéndez Pelayo que fue el primer español que mereció el título de ciceroniano, y el más grande orador sagrado de nuestro siglo XVI, fray Luis de Granada (1504-1588), que moldeó su estilo en el de Cicerón y lo enseñó a sus sucesores en la *Retórica eclesiástica,* tratado de predicación en seis libros que en 1770 el obispo de Barcelona, Climent, mandó traducir al castellano.

Frente a estos ciceronianos, o al margen de ellos, surge otra corriente de escritores con personalidad y estilo propios. Quizá el más famoso adversario del ciceronianismo sea el Poliziano (1454-1494), que aboga por un latín eclesiástico con palabras y giros tomados de otros autores distintos de Cicerón, incluso autores de la latinidad medieval. Otro gran defensor de la libertad en el estilo y forma del latín fue Erasmo (1466-1536), que escribió con tal motivo su célebre *Ciceronianus,* en el que satiriza el ciceronianismo extremado en la figura de Nosopono, dedicado durante siete años a la lectura de Cicerón. Sostenía Erasmo que, si se quería escribir en latín (y fue la única lengua en la que él escribió), era necesario adaptar el latín a las exigencias de la vida contemporánea. Erasmo sabe expresar, sin violentar la lengua y de la manera más fiel, las formas, el pensamiento y la vida de su tiempo, pero a la vez su latín es elegante sin afectación y correcto sin una excesiva rebusca de purismo; por eso su prosa no da la impresión de artística.

El más famoso humanista español, que, siguiendo las huellas de Erasmo, escribe en latín con espíritu independiente y estilo propio, sin rendirse a las afectaciones de la imitación, pero con claridad y elegancia, es Luis Vives. Sin embargo, estos ejemplos de independencia estilística fueron poco seguidos, y bajo los pedagogos jesuitas que

vinieron años después, el latín se escribió en un estilo más purista que nunca*.

3. El latín humanístico como lengua viva

El latín humanístico es una lengua en parte aprendida, pero sobre todo una lengua de imitación. Sin embargo, no puede decirse que aquel latín fuera una lengua muerta, pues era la lengua de la Iglesia y de las escuelas; de ella se servían los estudiantes y profesores, clérigos y diplomáticos, filósofos y médicos; en suma, toda clase de sabios y eruditos que leían, escribían y pensaban en latín. Y esa élite intelectual formaba una especie de mundo aparte en el mundo de su tiempo, pero estrechamente unido de un extremo a otro de Europa mediante cierta relación científico-cultural alimentada por un frecuente intercambio de cartas y visitas.

Fue, pues, el latín humanístico la lengua viva e internacional de una sociedad culta, algo así como el francés en el siglo XVIII. La tarea de los humanistas en punto al empleo del latín se limitó a ir sustituyendo el latín bárbaro e incorrecto de la Edad Media por un latín calcado en los modelos de la Roma clásica, al que se esforzaron por devolver su pureza, nobleza y belleza primitivas, mediante la imitación consciente de aquellos modelos. Y fue esta interacción de muchos grupos de hombres que hablaban no sólo su propia lengua, sino también el latín, uno de los principales factores que determinaron el Renacimiento. Dice Gilbert Highet que "si Rabelais, Shakespeare y fray Luis de León, si la reina Isabel de Inglaterra y Lorenzo de Médicis no hubieran sabido latín, si todos ellos, como muchos

otros, no hubiesen gozado en leerlo o hablarlo, si no se hubiesen sentido estimulados por él, bien podríamos tachar a la latinidad renacentista de afectación pedantesca"[10].

Hasta tal punto llegó a ser el latín la lengua de aquellos humanistas intelectuales, que, a pesar del auge que iban adquiriendo ya algunas de las lenguas modernas, ellos hablaban y escribían latín sin fe en el triunfo y posibilidades de aquellas lenguas. En pleno siglo XV, Ronsard opinaba que el francés estaba aún en su más tierna infancia. Macrino, en 1573, aseguraba que Francia había salido de la barbarie gracias a los escritores latinos, y el filólogo francés Turnèbe decía, por el año 1550, que era perder tiempo el redactar los conceptos en la lengua nacional, pues, por ser ésta pobre y necesitar de la latina, era un contrasentido abandonar la antigua por favorecer a la nueva. De Montaigne se sabe que tuvo el latín como lengua materna. Nos dice él mismo que, antes de que supiera hablar, le puso su padre un tutor alemán, excelente conocedor del latín, pero que no conocía ni una palabra de francés, e incluso ordenó a los criados que no hablaran con el niño más que latín[11].

Por lo que se refiere a la España del siglo XVI, es probable que en la primera mitad de dicho siglo los estudiantes de Salamanca hablaran el latín e incluso el griego, y es cosa cierta que a los niños se les enseñaba el latín en

---

[10] Cfr. G. Highet, *La tradición clásica* (traducción española de A. Alatorre), México, 1954, t. I, pág. 171.

[11] Cfr. Montaigne, *Essais*, I, 26, edición de Maurice Rat, Paris, 1958, págs. 187-188 del t. I. Nos parece que puede verse en este tutor el verdadero inventor y precursor del moderno método para el aprendizaje de las lenguas vivas actualizado por el también alemán Berlitz, método que, como es sabido, nació de la puesta en contacto de un alumno con un profesor nativo que desconocía completamente la lengua del discípulo.

latín. Luis Vives asegura que *hoc tempore renato sermone latino et vel pueris iam proprietatem linguae latinae intelligentibus*[12]. Y ya en 1553 decía García Matamoros que por aquella época se consideraba como una desgracia para un noble ignorar el latín, ya que *non tam praeclarum est scire latine quam turpe nescire*[13].

Sin embargo, no debe pensarse que aquellos escritores neolatinos fueran unos ridículos maníacos seguidores de un culto ya abandonado; muy al contrario, eran espíritus preocupados por todas las cuestiones de su actual momento, mentes bifrontes interesadas en los avances científicos y en los conflictos políticos de su época, pero que, al mismo tiempo, tendían una mirada para deleitarse y encantarse con la belleza formal de la antigüedad clásica.

4. El latín de los humanistas y las lenguas nacionales

En la mayoría de los países occidentales la floración neolatina de los humanistas coincide con las literaturas en lenguas nacionales, algunas de las cuales habían llegado incluso a una fase de brillante desarrollo. Así ocurrió, por ejemplo, en Francia, donde si por una parte los humanistas despreciaban más que en otros lugares el latín de la Edad Media y tomaban como modelos directos a los clásicos de la antigua Roma y a sus contemporáneos italianos, por otra parte la lengua nacional adquiría un desarrollo rápido y brillante.

---

12 *De Disciplinis,* edición de 1774, pág. 118.

13 *De asserenda Hispanorum eruditione,* folio 36, V (citado por A. F. G. Bell en *El Renacimiento en España,* Zaragoza, 1944, página 85).

Otro tanto y más puede decirse de España, donde se escribe muchísimo en latín, sobre todo trabajos teológicos, filosóficos e históricos, pero poca poesía y obras de imaginación, puesto que la lengua literaria acababa de fijarse a comienzos del período humanístico, y nuestro siglo de oro literario coincide con el apogeo de la literatura neolatina [14] *. Algo parecido sucede en Alemania, cuyos escritores neolatinos son casi todos profesores ligados a universidades como las de Friburgo, Tubingen, Colonia, Wittenberg y Erfurt [15].

Sin embargo, el latín no dejaba de tener una fuerza directamente operante en las lenguas nacionales, pues los mismos humanistas, cuando escribían en dichas lenguas, adaptaban a las mismas multitud de giros, frases y palabras latinas; y fue mediante esas adaptaciones como el francés, el español, e incluso el inglés, cobraron fuerza y flexibilidad durante el período humanístico; pero escuchemos el parecer de Menéndez Pelayo: "en mi sentir, ni Fr. Luis de León ni Arias Montano hubieran llegado adonde llegaron como poetas castellanos... si antes no hubieran descollado como

---

[14] Una detallada lista de los humanistas españoles y de sus obras escritas en latín se encontrará en Menéndez Pelayo, *La Ciencia Española* (Edición Nacional del C. S. I. C., Santander, 1954, t. III, página 132-141), donde se incluyen toda clase de trabajos humanísticos y filológicos en latín y sobre autores latinos. Por lo que se refiere al valor de nuestros humanistas del siglo XVI, dice A. F. G. Bell que todos ellos son campeones contra la pedantería: "Vives procuró humanizar la filosofía, Antonio Agustín la ley, Simón Abril el estudio de la medicina, el Brocense la gramática, Cano la teología. Simón Abril, como el Brocense, intentaron facilitar el estudio del latín", *ob. cit.*, pág. 41 *.

[15] Y era lógico que las obras doctrinales de filosofía, teología, filología o teoría literaria se escribieran siempre en latín porque era la lengua común a todos los sabios y continuó siéndolo hasta entrado el siglo XVIII, como más adelante decimos.

poetas latinos del modo que lo manifiesta el *Carmen ex voto* del primero... y los *Monumenta humanae salutis* y las demás innumerables poesías latinas del segundo. Ni a Mariana le llamaríamos hoy el Tito Livio español, si antes no hubiese ensayado en su propia lengua la imitación del egregio narrador paduano" [16].

Muy acertado consideramos este juicio de Menéndez Pelayo, y ese mismo es el sentir de Van Tieghem cuando, refiriéndose a humanistas que solamente escribieron en latín o usaron el latín como lengua de su producción artística y científica, dice lo mucho que habrían podido enriquecer sus respectivas lenguas nacionales de haberse dignado escribir en ellas: "Si Pontano y el Mantuano hubieran escrito en italiano, Vives en español, Budé en francés, Moro y Buchanan en inglés, Erasmo y Juan Segundo en holandés, Lotichio en alemán, Lobkovitz en checo, Janicio en polaco, Panonius en húngaro, es muy probable que hubieran realizado una obra menos artística, menos acabada exteriormente, pero habrían enriquecido de manera singular sus literaturas respectivas" [17].

Según el mismo Van Tieghem, que es quien más detenidamente se ha preocupado de la literatura neolatina, en Portugal se publica tanto en latín como en portugués, pero especialmente en lo relacionado con cuestiones marítimas y coloniales; en Polonia, toda la literatura digna de tal nombre se escribe en latín hasta finales del siglo XVI y en Hungría hasta finales del XVII, pues sólo al acabar

---

[16] Menéndez Pelayo, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, edición Nacional del C. S. I. C., Santander, 1941, t. II, pág. 22.

[17] Cfr. P. van Tieghem, *La littérature latine de la Renaissance*, Paris, 1944, pág. 37.

este período comienzan a formarse aquellas literaturas nacionales [18].

5. Algunos géneros del latín humanístico

La **poesía** puede decirse que se nutre de la imitación y de los préstamos de vocabulario tomados principalmente de Virgilio *(Bucólicas* y *Eneida)*, que, junto con Estacio, sirve de modelo para la epopeya. En la lírica los patrones son Ovidio, Horacio, Catulo y Tibulo y, en menor escala, Propercio. Para la dramática sirven de guías Plauto, Terencio y Séneca.

La poesía neolatina es pobre en variedad de géneros, pero superabundante en asuntos y formas. Desde sus comienzos adoleció de ciertos defectos, y los principales fueron:

1.° Carácter escolar y de gabinete. Téngase en cuenta que donde con más persistencia se mantuvo fue en los colegios de jesuitas.
2.° Excesiva importancia de la forma, considerando el fondo como cosa accidental y secundaria.
3.° Buscar los temas en el pasado y no mirar hacia adelante [19].

Esta poesía neolatina trata siempre de rivalizar con las formas y metros de los poetas clásicos, alcanzando a veces una perfección extraordinaria, como en el caso de los *poemas* y *odas* de inspiración cristiana del holandés Hugo

18 P. van Tieghem, *ob. cit.*, pág. 19.
19 Cfr. R. F. Arnold, *ob. cit.*, pág. 140.

Grocio (1583-1645), o, por citar sólo un ejemplo sobresaliente, en las apasionadas y famosísimas composiciones líricas del también holandés Juan II (Juan Everaerts, 1511-1535), el más eximio representante de la lírica amorosa neolatina.

Pero, a veces, esta poesía cae en extremos de artificio y de mal gusto, y se escriben versos acrósticos o versos llamados anaclíticos que lo mismo pueden leerse de izquierda a derecha que de derecha a izquierda, como: *Roma tibi subito motibus ibit amor* *.

El **Teatro** neolatino puede decirse que es únicamente escolar. En su mayoría eran obras compuestas por los mismos profesores de universidades y colegios para ser representadas por los alumnos en solemnidades escolares y con fines meramente pedagógicos. Este teatro neolatino es una consecuencia del mejoramiento de la educación clásica y de la difusión del latín aportada por el humanismo. Tuvo su nacimiento en Italia y se extendió después por toda Europa, alcanzando su mayor desarrollo en Alemania, Países Bajos e Inglaterra. En España estas obras escolares fueron muchas veces escritas en español, pero en su mayor parte eran hispano-latinas [20]. En este género de representaciones tuvieron particular desarrollo las tragedias latinas sobre temas bíblicos [21]. Montaigne, que, sin duda por su correcto y profundo dominio del latín, como decimos en otro lugar, desempeñó muchas veces con gran éxito papeles escolares en las obras neolatinas escritas por Buchanan y

---

[20] Cfr. J. García Soriano, *El teatro de colegio en España*, en el "*Boletín de la Real Academia Española*", 1927, pág. 265.

[21] Cfr. J. S. Kennard, *The Italian Theatre*, Nueva York, 1932, I, pág. 129.

Muret[22], habla muy favorablemente sobre el valor de aquellas diversiones.

En **Historia** se trata conscientemente de imitar a Tito Livio, Salustio y Tácito, pero esta imitación de los modelos clásicos, si bien da a la historia un tinte artístico, la aleja de la vida real y a veces incluso obliga al historiador a emplear perífrasis, en muchos casos de difícil comprensión, para denominar objetos, armas o instituciones que no tienen paralelo en la antigüedad clásica.

Por lo que se refiere a historia neolatina es, sin duda alguna, España quien puede ofrecer los mejores modelos de toda aquella enorme producción histórica. Como nombres famosos baste recordar a Pedro Mártir de Angleria (1459-1526), que en sus *Décadas de Orbe novo* hizo la historia del Nuevo Mundo desde Colón hasta 1525; al jesuita Padre Mariana (1535-1624), que a partir de 1592 escribió su monumental *Historia de rebus Hispaniae* en treinta libros[23], y al Padre José Acosta (1539-1588), que en 1588 dio a la imprenta en Salamanca otra historia del Nuevo Mundo, *De natura novi orbis*. Pero, ya que hemos citado a estos historiadores neolatinos, conviene recordar

---

22 Así nos lo dice el propio Montaigne en sus ensayos (libro I, cap. XXI, *De l'Institution des enfants)*. A Buchanan le coloca en el número de los mejores poetas latinos de su tiempo y a Muret entre los más eximios oradores. Para sus noticias sobre estos personajes, cfr. *Essais* en la ya citada edición de Maurice Rat, t. I, págs. 188 y 191, y t. II, pág. 382. Sobre la vida y obras de ambos humanistas, cfr. J. F. Sandys, *A History of classical scholarship*, vol. II, Cambridge, 1908, pág. 148-152 y 243-246, respectivamente.

23 En 1592 se editaron en Toledo los 25 primeros libros en latín que abarcaban hasta 1492, pero la obra entera no se publicó hasta 1605 en Maguncia. Entretanto, Mariana la tradujo al español y apareció en Toledo en el año 1601, de manera que los últimos cinco libros se imprimieron primero en castellano.

aquí que por aquella época, como dejamos dicho anteriormente, la lengua española había llegado a tal estado de fluidez y perfección que, "mientras el historiador portugués Osorio escribía en latín, y Juan Bodín había traducido su historia del francés al latín, y el historiador francés De Thou todavía escribía en latín a principios del siglo XVII, en España, Mariana y Acosta, antes de terminar el siglo XVI, creyeron conveniente traducir sus historias del latín al español" [24] *.

La **traducción al latín** de obras en griego y en lenguas modernas cuenta en el período humanístico con numerosas producciones, prueba evidente de lo convencidos que estaban los humanistas de la excelencia y universalidad del latín.

Se sabe que Juan Ramírez, el sucesor de Nebrija en la Cátedra de Alcalá, tradujo epigramas griegos al latín y Buchanan (1506-1582) escribió versiones latinas de dramas griegos. Pero las traducciones que hoy más nos llaman la atención son las versiones al latín de numerosas obras escritas en lenguas nacionales. Entre esas traducciones se cuentan, por citar algunas, del alemán, el *Till Eulenspiegel;* del flamenco, el *Renard;* del italiano, el *Orlando furioso* y el *Aminta;* del español, Gaspar Barth tradujo *La Celestina* y la *Diana enamorada* de Gil Polo; esta última, con el título *Erotodidascalus sive Nemoralium libri quinque,* se publicó "adornada de grabados en cobre" [25] en Hanau en 1625. Y el mismo Gaspar Barth parece que refundió en sus *Milesiarum narrationes* parte de las *Noches de invierno* de

[24] Cfr. A. F. G. Bell, *ob. cit.,* pág. 123.
[25] Ludwig Pfandl, *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro* (traducción española de Balaguer), Barcelona, 1952, págs. 83 y 109.

Antonio Eslava, publicadas en Pamplona en 1609. Todavía en el siglo XVIII el famoso escritor inglés Samuel Johnson (1709-1784), excelente latinista, tradujo en verso latino el *Mesías* de Pope *.

6. Prolongación del latín humanístico

El influjo de la prosa ciceroniana se dejó sentir en casi todas las cancillerías europeas, cuya diplomacia tuvo como vehículo no sólo la lengua, sino incluso el vocabulario, la colocación de las palabras y las cadencias de los discursos ciceronianos. Y todavía en el siglo XVII había tantos poetas latinos que con sus versos se pudo componer una historia de Luis XIV.

Prescindiendo de la pervivencia que alcanza hasta nuestros días el latín como lengua de la Iglesia, la lengua latina sobrevive en los escritores científicos hasta entrado el siglo XVIII. En latín escribieron algunas de sus mejores obras, sabios como Descartes (1596-1650), Spinoza (1632-1677), Newton (1642-1727), Leibniz (1646-1716) y otros muchos.

Fue también el latín la lengua oficial para los debates de las legislaturas de Hungría hasta 1840 y de Polonia hasta más tarde [26]. Hasta la primera guerra mundial de 1914 el conocimiento de los clásicos fue en continuo auge y eran cada vez más las personas que se interesaban por estos estudios y que incluso escribían un correcto latín. En Polonia son famosos los poetas Konarski, que en 1724 publicó tres magníficos libros de elegías latinas, y Knizianin,

26 A. J. Toynbee, *A Study of history,* t. V, Oxford, 1939, página 496, en nota.

que dio a la luz en 1781 sus *Poemas*. También Shelley (1792-1822), el célebre romántico inglés que, como Montaigne, tuvo desde su tierna infancia un preceptor de latín, nos dejó escritas excelentes poesías latinas.

Hasta finales del siglo XIX, e incluso en nuestros días, se encuentran en Inglaterra, Holanda, Italia, y más esporádicamente en nuestra patria, quienes son capaces de expresar sus ideas y emociones en robustos, a la vez que dúctiles, versos latinos. El último poeta inglés de cierta fama, que lo mismo componía sus versos en latín que en inglés, fue Walter Savage Landor, muerto en 1864; y en Italia el profesor U. E. Paoli, recientemente fallecido, manejaba con tanta inspiración y destreza la composición en verso latino que mereció ser llamado el Catulo moderno. En este punto creemos oportuno recordar que el "verso latino" fue en varias universidades europeas un género literario hasta finales del siglo XIX, y todavía en nuestros días pueden leerse en algunas revistas, aunque esporádicamente, buenas odas de un acabado estilo horaciano.

Desde el Renacimiento hasta hoy la cancillería pontificia cuenta con una brillante historia de secretarios latinos encargados de la redacción de los documentos papales. Como norma general, todos esos escritos pretenden la corrección del estilo ciceroniano. Sin embargo, la necesidad de nuevas palabras para nuevas cosas permite la introducción de numerosos neologismos, si bien depurados y tamizados con un riguroso criterio científico [27].

En Italia se celebran actualmente dos importantes concursos: el *Certamen Capitolinum* y el *Certamen Vaticanum,*

[27] Cfr. A. Bacci, *Varia latinitas scripta,* Roma, 1944.

a los que acuden latinistas eximios con magníficas composiciones, muchas de ellas de candente actualidad [28].

Existe también en nuestros días una corriente que defiende el renacimiento del latín como lengua viva. Tuvo origen este movimiento en un artículo del doctor Jean Capelle, profesor de la Universidad de Nancy y rector del "Institut National des Sciences Appliquées". En aquel artículo, intitulado *Latin ou Babel*, se ponía de manifiesto, dejando aparte el valor cultural del latín, la dificultad en que se encuentran hoy día para entenderse los hombres de ciencia del campo de la tecnología, y se abogaba por el empleo del latín hablado y la resurrección del mismo como lengua internacional de la ciencia [29]. El profesor Capelle, junto con Teodoro Aubanel, fueron los promotores del primer congreso para el latín vivo celebrado en Avignón en 1956, al que han seguido los congresos de Lyon (1959) y Estrasburgo (1963). Esta campaña en pro del latín vivo ha

[28] El jesuita español Félix Sánchez Vallejo fue el vencedor del *Certamen Vaticanum* en el año 1954 por su composición en prosa *De restitutis nostra aetate Olympiis;* y en el undécimo *Certamen Capitolinum* obtuvo una mención honorífica por su *Gallia iterum birota circuitur (de circuitu cyclistico Gallico, 1959)*, imitación de un artículo periodístico sobre la vuelta ciclista a Francia del año 1959 ganada por el español Federico Martín Bahamontes.

[29] Dice M. Pei, y con razón, que se necesita y es más importante para la humanidad un lenguaje universal que cualquier progreso mecánico, y en el capítulo que intitula "el problema de traducir" leemos lo siguiente: "Se ha calculado que la versión a las cinco lenguas oficiales de los veinte millones de palabras pronunciadas en el transcurso de una semana de debates (en la O. N. U.) ha exigido cien millones de hojas de papel. Un discurso inglés que duró una hora exigió cuatrocientas horas de trabajo a ciento veinticuatro personas distintas antes de que tomara su forma definitiva en inglés, francés, español, chino y ruso" (M. A. Pei, *La maravillosa historia del lenguaje*, traducción española de David Romano), Madrid, 1955, pág. 251.

encontrado magníficos defensores en el campo de la ciencia aplicada, entre los que pueden citarse los profesores del Instituto de Tecnología de Massachusetts y el gran matemático N. Wiener, inventor de la cibernética. A consecuencia de uno de los acuerdos del congreso de Lyon, la revista sobre cuestiones atómicas *Nucleus* publica en latín un resumen de todos sus artículos *.

Como órgano rector y encauzador de los acuerdos de estos congresos se creó la sociedad "Vita latina", que desde 1957 publica en latín la revista de su mismo nombre. Otras revistas de publicación actual, redactadas enteramente en latín, son la española *Palaestra Latina,* fundada en 1930 por el Padre Manuel Jové, y la italiana, o más propiamente vaticana, *Latinitas,* de la que es alma y actualmente director el hoy cardenal Bacci, que ha tomado también a su cargo la redacción de un vocabulario técnico en latín sobre cosas modernas.

Por último recordaremos que los estudios clásicos han encontrado en nuestros días su rinconcito en que albergarse y protegerse oficialmente en el concierto internacional de la ciencia: dentro de la UNESCO y dependientes de la CIPSH (Conseil international de la philosophie et des sciences humaines), funciona la FIEC (Fédération internationale des études classiques).

CAPÍTULO XI

BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA DE LA FILOLOGÍA LATINA

SUMARIO: 1) Alcance y valor de la bibliografía. — 2) Bibliografía general: a) *Repertorios bibliográficos;* b) *Diccionarios y enciclopedias de la Antigüedad clásica;* c) *Colecciones de textos latinos;* d) *Revistas de filología.* — 3) Bibliografía de la lengua latina: a) *Historia de la lengua;* b) *Gramática general;* c) *Fonética;* d) *Morfología;* e) *Sintaxis;* f) *Estilística;* g) *Léxicos*; h) *Gramática comparada y lingüística.* — 4) Bibliografía de la Literatura latina.

1. Alcance y valor de la bibliografía

La palabra bibliografía, del griego βιβλίον = "libro" y γράφω = "escribo", es posterior al objeto que designa, es decir, al repertorio de títulos impresos; pero, aplicada a los manuscritos, su origen es muy antiguo y puede decirse que hacen ya obra bibliográfica San Jerónimo († 420), el obispo de Marsella, Genadio († 495), San Isidoro de Sevilla (570-634) y otros muchos autores medievales. Sin embargo, los repertorios por ellos coleccionados no llevaban nunca el

nombre de bibliografía, sino los de *bibliotheca, catalogus, repertorium, inventarium, index.* La palabra bibliografía no se adoptó hasta 1633 en Francia por Gabriel Naudé, bibliotecario de Mazarino, para su *Bibliographia politica,* si bien ya había sido empleada en España por Francisco Araoz en su *Tratado de Bibliografía,* publicado en 1631.

A finales del siglo XVIII la bibliografía alcanza categoría de ciencia especial y se convierte en la "ciencia del libro". Hoy día puede decirse que la bibliografía es la ciencia que busca, trascribe, describe y clasifica los documentos impresos con miras a formar los instrumentos del trabajo intelectual llamados repertorios bibliográficos, o bibliografías. Pero, aunque se halla íntimamente ligada como instrumento a las demás ciencias, aparece como una disciplina independiente.

A veces, por los simples datos bibliográficos pueden llegarse a descubrir ciclos de creación intelectual y artística o movimientos culturales y científicos en determinadas épocas.

En nuestros días, el manejo de la bibliografía se ha hecho indispensable para todo hombre de ciencia. Es una patente realidad que el actual hombre de ciencia no es ya el hombre de prodigiosa memoria que se daba en la Antigüedad y en el Renacimiento [1], ni el que sabe por su orden

---

[1] "Como ejemplos que confirmen esta verdad podemos presentar a Temístocles, que sabía de memoria los nombres de todos los habitantes de Atenas; a Pirro, que retenía los nombres y apellidos de todos los soldados de su ejército; a Mitrídates, que hablaba veinte idiomas sin necesidad de intérpretes y ordenadamente repetía los nombres de mil soldados; a Séneca, que reproducía más de mil versos con sólo oírlos una vez a sus amigos; a Simplicio (amigo de San Agustín), que de memoria sabía todas las obras de Cicerón y recitaba *La Eneida* directa e inversamente; a José Escalígero, que en cuatro meses aprendió las obras de todos los poetas griegos; a Orígenes; que dictaba a la vez a siete amanuenses; al franciscano

riguroso la lista de los reyes godos y de los faraones o series interminables de irregularidades gramaticales, sino el que conoce en qué libros puede encontrar tales datos o dónde se almacena aquella casuística.

La intensa producción científica llevada a cabo durante el siglo XIX y en nuestro propio siglo en el campo de la lingüística indoeuropea y en el de la filología clásica, no permite que un investigador se aventure a tratar de cualquier tema sin informarse previamente de lo que otros han dicho sobre el mismo con anterioridad.

Ya ningún sabio o investigador puede trabajar aisladamente como si nada debiera a nadie. En nuestros días, la originalidad se hace casi imposible y prácticamente queda reducida a presentar al día las ideas antiguas, agrupando los hechos en forma personal, o a exponer métodos particulares de trabajo. En este sentido, nada más aleccionador ni más conforme a la realidad que el comentario de Mlle. Bertin, la modista de María Antonieta que, al remozar un viejo sombrero, exclamó: "No hay nada nuevo salvo lo que se ha olvidado" (citado por G. Highet).

Puesto que es de todo punto necesario al investigador documentarse respecto al asunto que va a tratar, y esa documentación solamente puede adquirirla mediante la bibliografía, resulta que la bibliografía adquiere también el ca-

---

doctor sutil Juan Duns Scoto, qué recitó setenta y cuátro proposiciones en el mismo orden en que le fueron expuestas una sola vez en una controversia en París; a Juan Pico de la Mirándola, a Melchor Cano, etc." (Pedro Díaz Muñoz, *Compendio de Antropología y Pedagogía,* Valladolid, 1914, 6.ª edición, pág. 362). Aun suprimiendo las evidentes exageraciones en que incurren los textos que nos han transmitido algunas de estas noticias, queda siempre el hecho cierto para aquellas épocas del deliberado cultivo de la memoria y la admiración por las memorias monstruosas.

rácter de fuente como dejamos apuntado en la introducción de este libro, y es por eso por lo que nosotros la hemos encuadrado en el grupo de fuentes instrumentales.

Nuestra bibliografía pretende ser crítico-analítica, en cuanto solamente recogemos las obras fundamentales, dejando aparte las de menor importancia, pero dando a la vez una noticia estimativa, aunque breve, del contenido, valor y alcance de las obras básicas.

Debido al carácter eminentemente literario del presente libro, esta bibliografía abarcará de manera especial la parte de la filología cuyo campo cubren la lengua y literatura latinas, disciplinas que en muchas obras van íntimamente ligadas con la lengua y literatura griegas.

2. Bibliografía general

Bajo este título englobaremos: a) *Repertorios bibliográficos;* b) *Diccionarios y enciclopedias de la Antigüedad clásica;* c) *Colecciones de textos latinos;* d) *Revistas de filología.*

a) **Repertorios bibliográficos.** En el campo de la filología clásica puede decirse que se suceden, encadenan y, a la vez, se completan los repertorios bibliográficos casi desde el período humanístico hasta nuestros días en que han encontrado su magnífico remate con la monumental e imprescindible obra de Marouzeau, *L'année philologique.* He aquí tales repertorios agrupados conforme a la fecha tope a que llega la bibliografía que recogen:

I. Hasta cerca de 1700:

J. A. Fabricius, *Bibliotheca Latina.* La primera edición completa y con índice es de Venecia, 1728; la segunda edición a cargo de J. A. Ernesti, de Leipzig, 1773-1774.

J. A. Fabricius, *Bibliotheca latina mediae et infimae aetatis.* Edición con suplemento de Chr. Schoettgen, Firenze, Barachi, 1858-1859.

II. De 1700 a 1878:

F. L. A. Schweiger, *Handbuch der klassischen Bibliographie,* Leipzig, Fleischer, 1830-1832.

W. Engelmann, *Bibliotheca scriptorum classicorum,* octava edición revisada por E Preuss, Leipzig, Engelmann, 1880-1882.

Estas obras son demasiado compendiosas, por ello deben completarse con las que citamos en el siguiente apartado:

III. De 1878 a 1896:

E. Hübner, *Bibliographie der klassischen Altertumswissenschaft,* segunda edición, Berlin, Hertz, 1889.

L. Valmaggi, *Manuale storico-bibliografico di filologia classica,* Torino, Clausen, 1894.

Para el período reciente contamos ya con un repertorio bibliográfico establecido con un método más científico, cuales son las obras del siguiente apartado:

IV. De 1896 a 1914:

R. Klussmann, *Bibliotheca scriptorum classicorum,* Leipzig, Reisland, 1909-1913. El segundo volumen de ésta (1911) contiene los escritores latinos. Está dispuesta por orden alfabético de autores, y al nombre de cada autor le sigue una cita bibliográfica de la mejor edición. Las ediciones y traducciones van en un tipo de letra mayor que las notas referentes a estudios o trabajos monográficos. En cuanto a extensión, abarca la bibliografía de un período muy produc-

tivo de la filología latina (1878-1896), pero, por ir referida solamente a los autores, es preciso completarla con bibliografías periódicas, de las cuales las más importantes son las siguientes:

Bibliotheca philologica classica, publicada trimestralmente en el *Jahresbericht über die Fortschritte der klassischen Altertumswissenschaft* de C. Bursian, Berlin, Calvary y luego en Leipzig, Reisland, que desde 1917 se publicó por fascículos anuales.

Los resúmenes de artículos y reseñas publicadas en la *Revue de philologie, d'histoire et de littérature anciennes,* bien sucesivamente o bien en colaboración por A. Krebs, P. Lejay y J. Marouzeau, Paris, Klincksieck, bajo el título común de *Revue des Revues* hasta 1909, y luego en dos series anuales: la *Revue des Revues* propiamente dicha y la *Revue des comptes rendus,* publicadas separadamente por J. Marouzeau. En estas publicaciones se daban, de una parte, resúmenes para los artículos y, de otra, la indicación de las reseñas de las obras independientes.

S. Lambrino, *Bibliographie de l'antiquité classique (1896-1914),* Paris, "Les Belles Lettres", 1951. Esta obra realiza la conjunción que se hacía necesaria entre la de Klussmann y la de Marouzeau que citamos a continuación.

V. De 1914 a 1924:

J. Marouzeau, *Dix années de bibliographie classique,* 2 vols., Paris, "Les Belles Lettres", 1927-1928. El primer volumen está ordenado alfabéticamente por autores con referencias de las ediciones, traducciones y estudios sobre los mismos. El segundo contiene la bibliografía de esos años ordenada por materias. Esta publicación se continúa con

L'année philologique I, del mismo autor, que comprende la bibliografía de los años 1924-1926, Paris, "Les Belles Lettres", 1928.

A partir de 1927 se publica anualmente *L'année philologique*, cuya distribución por autores y materias es aproximadamente como la de los *Dix années* anteriormente citado; pero constantemente se han ido introduciendo reformas en su presentación y ordenación. A partir de 1932 lo publica Mlle J. Ernst bajo la dirección del profesor J. Marouzeau y se ha convertido en el mejor y más completo repertorio de bibliografía clásica en el mundo. Desde 1964, pasó a dirigirlo M. Durry.

Entre los repertorios modernos dedicados a una materia determinada, merecen citarse, para la literatura latina, la obra de:

J. Herescu, *Bibliographie de la Littérature Latine*, Paris, 1943. Está ordenada cronológicamente por autores, pero dispone también de un índice alfabético que permite su fácil manejo. A veces los trabajos llevan una breve indicación explicativa o crítica.

Por lo que se refiere a la lengua, es interesante, por la atinada selección y la buena distribución de la materia, aunque solamente comprende la bibliografía entre los años 1880 a 1948, la obra de:

J. Cousin, *Bibliographie de la Langue Latine* (1680-1948), Paris, 1951 *.

Muy valiosos son también por su selección y crítica los capítulos que bajo los títulos:

Bibliografia generale:
Profilo storico-critico degli studi linguistici greci e latini, y
Bibliografia degli autori greci e latini, publican respectivamente G. Ghendini, G. Bolognesi y G. Semerano en la *Introduzione*

alla Filologia Classica editada por la editorial Marzorati, Milano, 1951.

b) **Diccionarios y enciclopedias de la Antigüedad clásica.**

Pauly-Wissowa, *Real Encyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft,* Stuttgart, J. B. Metzlersche, Buchandlung. Se la suele citar también bajo las siglas R. E. del comienzo de su título y P. W. K. = Pauly-Wissowa-Kroll. Cada volumen se compone de dos partes de unas 3.000 columnas cada uno. Kroll comenzó a colaborar con Wissowa en 1910. Las materias están expuestas por orden de léxico y abarcan todas las materias de la antigüedad clásica, que, a medida que avanza la redacción, se van tratando de manera magistral, encontrándose sobre algunos puntos auténticas monografías casi exhaustivas. En esta enciclopedia de carácter monumental, y que es imprescindible para el investigador, se codifica todo lo que sabemos de la antigüedad clásica. La comenzó Pauly en 1837. En 1961 se publicó ya una parte de la letra V con 1.280 columnas. En la actualidad la edita A. Druckenmuller.

Daremberg-Saglio, *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines,* Paris, Hachette. Está redactado por una sociedad de arqueólogos y profesores, bajo la dirección de los dos autores mencionados en el título. Se compone de nueve volúmenes en folio. La primera parte del primer volumen apareció en 1877 y quedó terminado en 1919. En casi todos los artículos, que suelen llevar al pie la firma del autor, se recogen las fuentes y bibliografía sobre el tema. Los artículos van acompañados de numerosas ilustraciones.

Lavedan, *Dictionnaire illustré de la mythologie et des antiquités grecques et romaines,* Paris, Hachette, 1931. Este

diccionario se comenzó en 1910 y fue interrumpido por la guerra. En principio pretendía ser una abreviación del Daremberg, pero después se modificó el plan, y la nomenclatura de las lenguas clásicas fue sustituida por la francesa. Es una obra de tipo medio destinada más bien a los estudiantes y público culto.

Martigny, *Dictionnaire des antiquités chrétiennes,* Paris, Hachette, 1865. Se trata de una obra que ya está un poco envejecida, pero tiene el mérito de haber iniciado estos estudios sobre el cristianismo primitivo. Consta de tres volúmenes y va acompañada de abundantes ilustraciones.

Sobre antigüedades cristianas, el más reciente es el

Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et de Liturgie, publicado bajo la dirección de dom R. P. Fernand Cabrol y dom Henri Leclercq, Paris, Letouzey et Ané editeurs, 1924 y sigs.

Ivan Müller, *Handbuch der Altertumswissenschaft (Beck'sche Verlagsbuchandlung),* München. Es la refundición del antiguo *Handbuch der klassischen Altertumswissenschaft* fundado por Müller en 1886, cuya dirección, a la muerte de éste, asumió el profesor Otto, que suprimió el título de *klassischen.* Se trata de un manual monumental cuya colección abarca todas las disciplinas de la Antigüedad y en el que han aparecido obras de extraordinario valor. Está dividido en 12 secciones que sobrepasan la Antigüedad y se adentran incluso en la Edad Media.

Gercke-Norden, *Einleitung in die Altertumswissenschaft,* 3 vols., 3.ª ed., Leipzig, Teubner, 1921-1927. Colaboran en la obra numerosos sabios y especialistas de primera fila, y están representadas todas las materias que se ocupan del estudio de la antigüedad clásica.

Laurand, *Manuel des études grecques et latines,* Paris, Picard. Se compone de tres volúmenes: Grecia, Roma y complementos. Se recoge en este manual la experiencia pedagógica de muchos años de dedicación a la enseñanza de los clásicos. Está destinado a los estudiantes. Lleva un suplemento, *Pour mieux comprendre l'antiquité classique,* en el que se reúnen numerosos artículos del autor referentes todos ellos a la antigüedad clásica. Este suplemento ha sido reeditado y añadido como tomo IV del *Manuel* en 1949 por A. Lauras. De los tres primeros volúmenes existe traducción española editada por Jorro, Madrid, 1925.

c) **Colecciones de textos latinos.**

Como más importantes merecen destacarse las siguientes:

Bibliotheca Teubneriana, Lipsiae. Esta biblioteca publicó una doble edición: *maior* y *minor.* La primera está dotada de un magnífico aparato crítico al pie de página; la segunda no lleva aparato crítico, pero a veces contiene un simple resumen de los *prolegomena.* Las introducciones, que van escritas en latín, son, por lo general, de gran valor. Esta misma biblioteca publica una serie de textos con un buen comentario filológico en alemán.

Fundamental es también la colección francesa que publican "Les Belles Lettres", del Patronato de la Asociación *Guillaume Budé,* Paris. Llevan por lo general estos libros magníficas introducciones, aparato crítico al pie de página y buena traducción francesa, aunque también publica otras series con las traducciones y ediciones del texto latino por separado. Como es lógico en esta clase de colecciones, las colaboraciones, aunque comúnmente son valiosas, tienen a veces un mérito desigual.

The Loeb classical library, London - New York. Como las dos anteriores, recoge autores griegos y latinos y, al igual que la segunda, publica también la traducción frente al texto latino. Las introducciones son breves y el aparato crítico muy elemental y reducido. Los textos suelen ser buenos y la presentación editorial magnífica.

I Classici greci e latini, Milano, Colección que dirigen Pisani y M. Untersteiner. Lleva también aparato crítico y, al lado, traducción italiana.

Corpus scriptorum Latinorum Paravianum, dirigida por Castiglioni. Comprende también los escritores cristianos.

Scriptores Graeci et Latini consilio Regiae Academiae Lynceorum, Roma *.

En España, la más amplia colección de clásicos latinos es la publicada por la fundación *Bernat Metge,* dirigida por J. Estelrich y de similares características a la *Budé* francesa, con aparato crítico al pie de página y traducciones en catalán frente a la página del texto latino.

Más reciente es la *Colección hispánica de autores griegos y latinos,* dirigida por el profesor Dr. Bassols. Los libros de esta colección llevan también el texto latino frente a la traducción, buenas introducciones y un discreto aparato crítico suficiente para la inteligencia del texto. También van dotados de notas filológicas. La presentación editorial es inmejorable y la colección crece a ritmo discreto.

Sin aparato crítico, son importantes las siguientes:

Classiques Garnier, Paris, sobre todo la serie reciente en la que las traducciones van siendo remozadas.

Romanorum Scriptorum Corpus Italicum, dirigida por Romagnoli, con traducción italiana.

Poeti di Roma, Bolonia, con traducciones italianas en verso.

La colección francesa *Fermin Didot,* dirigida por D. Nisard, para los autores latinos lleva traducción francesa debajo del texto latino. Esta colección, que tiene como mérito haber abierto el camino y ser una especie de pionera de nuestros estudios, deja bastante que desear por lo que se refiere a la corrección del texto latino, pero, sin embargo, cuenta entre sus traducciones algunas de inmejorable calidad.

Entre las colecciones de textos latinos con comentario solamente, son útiles, aunque de carácter más escolar, las siguientes:

Collezione di Classici Greci e Latini, con notas en italiano, publicada primero por Loescher y luego por Chiantore, Torino.

Biblioteca Scolastica di Scrittori Latini con note, Paravia.

Scrittori Latini commentati per le scuole, Torino.

En Francia merece citarse: *Classiques Latins,* Hachette, Paris, y en España la colección *Clásicos "Emerita",* que publica el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Ambas son ediciones de carácter intermedio entre la edición sabia y la escolar.

Para los escritores latino-cristianos, las dos colecciones más importantes son:

Migne, *Patrologia latina,* Paris, 1844-1875. Obra monumental que contiene todos los escritores antiguos latino-cristianos, desde Minucio Félix hasta San Isidoro. Algunos volúmenes llevan al final índices. Aunque de las obras de algunos autores existen ediciones más recientes, se hace imprescindible la consulta del Migne, porque muchas veces los textos van acompañados de notas y de comentarios históricos y teológicos.

La otra colección es el *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum,* que desde 1866 publica la Academia de

Letras de Viena. Son ediciones críticas con notas filológicas, pero con buenos índices *rerum et verborum.*

d) **Revistas de Filología Clásica.** No es posible citarlas todas. Sus títulos con las siglas de abreviatura, detalles especificativos de la publicación y lugar de la misma se encuentran en la introducción a los volúmenes del *Année Philologique* de Marouzeau. Aquí nos limitaremos a recoger algunas de las más importantes. No todas ellas están dedicadas concretamente a estudios latinos, pero dan entrada en sus páginas a trabajos y discusiones sobre temas de filología latina.

L'Antiquité Classique (A C), Bruxelles, desde 1932

Archivio Glottologico Italiano (A G I), Torino, desde 1873

The American Journal of Philology (A J Ph), Baltimore, desde 1880

Aevum: Rassegna di Scienze Filologiche, Linguistiche e Storiche, Milano, desde 1926

Atene e Roma: Bollettino della Società italiana per la diffusione e l'incoraggiamento degli studi classici, Firenze, desde 1898

Athenaeum: Studi Periodici di Letteratura e Storia dell'antichità, Pavia, desde 1913 (nueva serie desde 1923)

Bollettino di Filologia Classica (B F C), Torino, desde 1894

Classical Philology (C Ph), Chicago, desde 1906

Classical Quarterly (C Q), Oxford, desde 1907

The Classical Review (C R), London, desde 1887

Emerita: Boletín de Lingüística y Filología Clásica, Madrid, desde 1933

Eranos: Acta philologica suecana, Uppsala, desde 1896

Glotta: Zeitschrift für griechische und lateinische Sprache, Göttingen, desde 1909

Hermes: Zeitschrift für die klassische Philologie, Berlin, desde 1866

Les Études Classiques (L E C), Namur, desde 1932

Latomus: Revue d'études latines, Bruxelles, desde 1937

Mnemosyne: Bibliotheca Classica Batava (Mn), Leiden, desde 1873
Philologus: Zeitschrift für das klassische Altertum (Ph), Göttingen y luego en Leipzig, desde 1846
Revue des Études Anciennes (R E A), Paris, desde 1899
Revue des Études Latines (R E L), Paris, desde 1923
Rheinisches Museum für Philologie (Rh M), Bonn, desde 1842
Rivista di Filologia e d'Instruzione Classica (R F C), Torino, desde 1873 (nueva serie, desde 1923)
Revue de Philologie (R Ph), Paris, desde 1877 *.

3. Bibliografía de la lengua latina

La dividiremos en los siguientes apartados: a) *Historia de la lengua;* b) *Gramática general;* c) *Fonética;* d) *Morfología;* e) *Sintaxis;* f) *Estilística;* g) *Léxicos*; h) *Gramática comparada y lingüística.*

a) **Historia de la lengua.**

La primera descripción sobre los orígenes del latín y su evolución la vemos en Fr. Skutsch, en el capítulo *Die lateinische Sprache* de su *Die griechische und lateinische Literatur und Sprache,* 3.ª ed., Berlin-Leipzig, 1912.

Una exposición breve, pero enjundiosa y sistemática es la de F. Stolz, *Geschichte der lateinischen Sprache,* 2.ª ed., Berlin-Leipzig, 1922, de la que en este mismo año se hizo una traducción española por Américo Castro.

Piedra angular de esta clase de estudios es la obra de Meillet, *Esquisse d'une histoire de la langue latine,* Paris, 1948 (refundición de la 3.ª edición de 1933). Es una de las mejores síntesis para el estudio de la lengua latina y está escrita en estilo claro, fácil y agradable, pero con una

orientación puramente lingüística, en la que se ponen a contribución la toponimia, la onomástica, la geografía y cuantas fuentes tiene a su mano el autor.

Quizá sea de mayores alcances el trabajo de

G. Devoto, *Storia della lingua di Roma,* Bologna, 1940. En ella el autor confiesa que su obra quiere mantenerse "igualmente alejada de la gramática histórica que de la historia literaria". Sostiene aún la teoría de que el acento latino es musical, y no da excesiva importancia a la historia de la literatura. Posee una selecta bibliografía crítica.

Aunque sin llegar a la talla de las anteriores, es también útil J. Cousin, *Évolution et structure de la langue latine,* Paris, 1944. En realidad, tanto en la composición como en el método no está Cousin muy afortunado, limitándose a copiar las dos obras fundamentales de Meillet y Devoto que dejamos reseñadas anteriormente.

Muy reciente es el libro de Vittore Pisani, *Storia della lingua latina,* Torino, 1962, que su autor dedica a F. Sommer. Pisani hace un nuevo y personalísimo análisis de los materiales y nos presenta sus resultados en forma original, sin apoyarse apenas en monografías anteriores. Sus observaciones, casi siempre interesantes por lo que se refiere a la morfología y al léxico latino, las basa en lecturas y estudios de primera mano. Pero esta virtud le hace incurrir en el defecto de tratar poco homogéneamente los autores en lo que respecta a profundidad y extensión.

También puede verse una concisa pero clara exposición del tema en J. Marouzeau, *Introduction au latin,* Paris, 1954, 2.ª ed., págs. 74 a 100.

b) **Gramática general.**

Prescindimos en nuestra relación de las gramáticas de la Antigüedad y de las medievales, que sólo cuentan como fuentes históricas, pero no como auténticos instrumentos de estudio desde el punto de vista científico. En este sentido nuestra enumeración puede dar comienzo por:

Kühner-Stegmann, *Ausführliche Grammatik der lateinischen Sprache,* 2 vols. La segunda edición, que concluye con la sintaxis de Stegmann, es de 1912-14. Esta obra ha quedado ya anticuada, pero aún tiene valor por el material en ella recogido, sobre todo en materia de sintaxis.

Lindsay-Nohl, *The latin language.* Lindsay escribió la obra en inglés en 1894, pero Nohl la tradujo al alemán mejorando el texto y la bibliografía, con el título de *Die lateinische Sprache,* Leipzig, 1897. Solamente comprende fonética y morfología. Son valiosos los testimonios y textos recogidos de los antiguos gramáticos.

Leumann-Hofmann, *Lateinische Grammatik,* München, 1926-28, publicada como la 5.ª edición de la *Lateinische Grammatik* de Stolz y Schmalz, forma la 2.ª parte de la 1.ª sección del *Handbuch* de Müller. En esta obra Leumann renueva totalmente la fonética y morfología de Stolz, y Hofmann la sintaxis de Schmalz. Hofmann hace una sistemática reelaboración de la antigua sintaxis y una introducción metodológica a los problemas de la gramática. Con razón se le considera como el mejor conocedor de la sintaxis latina. En 1963 ha aparecido una nueva edición, ávidamente esperada, de esta obra excelente. El primer volumen, es decir, la fonética y morfología, presenta muy pocas novedades, pero el segundo volumen, *Syntax und Stilistik,* cuya segunda entrega acaba de aparecer en 1964, ha sido profun-

damente remozado en parte por el mismo Hofmann, pero fundamentalmente por un nuevo colaborador, A. Szantyr, que ha tratado con gran extensión lo relativo a la estilística poco estudiada en las anteriores ediciones.

Laurand, *Grammaire historique latine,* forma parte del segundo volumen de su *Manuel,* del que hemos hablado más atrás. Es de carácter escolar y aplica los métodos y resultados de la lingüística científica. La fonética está muy poco estudiada, y puede decirse que hoy día la obra en conjunto ha quedado bastante anticuada.

c) **Fonética.**

En ésta, como en las restantes divisiones de la gramática, no repetiremos los trabajos que forman parte de las gramáticas generales anteriormente citadas.

A. C. Juret dedica tres trabajos a estudiar la fonética:

Dominance et résistance dans la phonétique latine, Heidelberg, 1913, donde se estudian casos particulares de cambios fonéticos.

Manuel de phonétique latine, Paris, 1912, en el que se aplican de manera general a la fonética los principios básicos del trabajo anterior; y *La phonétique latine,* Paris, 1938, manual dedicado a los estudiantes.

D. Devoto, *Adattamento e distinzione nella fonetica latina,* Firenze, 1924. Estudia los fenómenos como una unidad semántica de la palabra.

M. Niedermann, *Précis de phonétique historique du latin,* Paris, 1945. La primera edición es de 1906. Es la obra que ha adquirido más fama y difusión y ha sido traducida a casi todas las lenguas modernas. Sigue un método histórico, renunciando, como dice el mismo autor, a "comparaciones

con el griego y en general con las demás lenguas indoeuropeas antiguas por razones científicas y pedagógicas".

R. G. Kent, *The sounds of Latin*, Baltimore, 1945. En oposición a la obra de Niedermann, parte para el estudio de la fonética, de las lenguas indoeuropeas.

C. Tagliavini, *La lingua latina. Fonetica storica*, Bologna, 1938.

A. Maniet, *L'évolution phonétique et les sons du latin ancien*, Louvain-Paris, 1957 (3.ª edición).

M. Bassols de Climent, *Fonética latina con un apéndice sobre fonemática latina*, por Sebastián Mariner Bigorra, Madrid, 1962. Obra clara, ordenada y altamente pedagógica.

La debatida cuestión del acento latino, sobre la que tanto se ha escrito, puede resumirse así:

Para la llamada "escuela francesa" el acento latino es de naturaleza musical; la "escuela alemana" sostiene que es de naturaleza intensiva, y un tercer grupo afirma que era de naturaleza mixta. Una magnífica bibliografía sobre el tema puede verse en el volumen IV del citado *Manuel* de Laurand. En este mismo libro volvemos a tocar el problema del acento en el último capítulo al hablar de la Fonética *.

Sobre la pronunciación del latín, los trabajos fundamentales son:

W. Corssen, *Ueber Aussprache Vokalismus und Betonung der lateinischen Sprache*, 2.ª ed., 2 vols., Leipzig, 1868-70, obra muy rica en materiales, pero que ha quedado anticuada y superada.

---

* El libro más reciente sobre el acento que ha llegado a nuestras manos es el de G. Bernardi Perini, *L'accento latino*, Bologna, 1964, en el que se abordan problemas teóricos y prácticos con extraordinaria sencillez y claridad. La obra lleva también un *Indice delle fonti antiche*.

E. Seelmann, *Die Aussprache des Latein nach physiologisch-historischen Grundsätzen*, Heilbronn, 1885. Obra en la que se han basado todos los trabajos posteriores sobre el asunto.

Buenos resúmenes con amplias bibliografías y originales aportaciones son:

J. Marouzeau, *La prononciation du latin*, Paris, 1943.

A. Traina, *L'Alfabeto e la pronunzia del latino*, Bologna, 1957.

Maria Bonioli, *La pronunzia del latino nelle scuole dall'antichità al rinascimiento*, parte I, Torino, 1962.

Aunque la métrica forma en realidad una disciplina aparte, por considerarse como auxiliar de la fonética, recogemos aquí los principales trabajos. Por ser casi toda la métrica latina copia y adaptación de la griega, la mayor parte de los tratados de esta disciplina abarcan las dos lenguas. He aquí los fundamentales:

H. Bornecque, *Précis de prosodie et métrique grecque et latine*, Paris, 1933 (2.ª ed.).

W. Christ, *Metrik der Griechen und Römer*, Leipzig, 1874.

F. Crusius, *Römische Metrik*, München, 1829.

L. Havet y L. Duvau, *Cours élémentaire de métrique grecque et latine*, Paris, 1896 (4.ª ed.).

A. C. Juret, *Principes de métrique grecque et latine*, Strasbourg, 1929.

A. Kolar, *De re metrica poetarum Graecorum et Romanorum*, Praga, 1947.

M. Lenchantin de Gubernatis, *Manuale di prosodia e metrica latina*, Milano, 1934.

L. Nougaret, *Traité de Métrique latine classique*, Paris, 1948.

E. Stampini, *La metrica di Orazio comparata con la greca,* Torino, 1913 *.

d) **Morfología.**

Neue-Wagener, *Formenlehre der lateinischen Sprache* (3.ª ed.), 4 vols., Leipzig, 1892-1905.

A. Ernout, *Morphologie historique du latin,* Paris, 1945. La primera edición es de 1914. Este manual, según dice su autor, "s'inspire des mêmes principes et procède de la même méthode" que la fonética de Niedermann, de la que ya hemos hablado. Rompe con las viejas exposiciones empíricas de los hechos para clasificarlos racionalmente con método histórico. A veces acude a la comparación con el osco, el umbro y el griego.

C. Juret, *Formation des noms et des verbes en latin et en grec,* Paris, 1937.

C. Tagliavini, *La lingua latina. Morfologia,* Bologna, 1939. Es un complemento a la fonética del mismo autor antes mencionada, expuesta conforme al método histórico comparativo.

R. G. Kent, *The forms of latin,* Baltimore, 1946. Es también complemento a su fonética, descriptiva e histórica, pero clara y sencilla.

e) **Sintaxis.**

A. Draeger, *Historische Syntax der lateinischen Sprache,* 2 vols., Leipzig, 1878 (2.ª ed.). A pesar del título, no es aún una verdadera sintaxis histórica, sino cronológica.

W. Kroll, *La sintaxis científica en la enseñanza del latín* (traducción española de A. Pariente, Madrid, 1935). No es una sintaxis completa, sino recopilación de un curso de con-

ferencias, pero expone puntos de vista particulares e interesantes.

J. Wackernagel, *Vorlesungen über Syntax mit besonderer Berücksichtigung von Griechisch, Lateinisch und Deutsch,* 2 vols., Basilea, 1920-1924. Recoge el autor sus enseñanzas universitarias, usando el método comparativo. Aunque no es obra muy sistemática, los hechos están expuestos con buen método, y sobre todo de manera muy clara.

O. Riemann, *Syntaxe latine d'après les principes de la grammaire historique.* La primera edición es de 1886, pero en 1920 fue revisada por Lejay, y luego por Ernout en 1927. Su defecto fundamental consiste en que el autor considera a la sintaxis latina como un calco de la griega. Es demasiado formalista en el estudio de las oraciones compuestas. Si hoy día conserva utilidad es por su gran cúmulo de materiales y por la sintaxis de los casos. Hace unos años ha quedado sustituida por la obra de

A. Ernout y Fr. Thomas, *Syntaxe Latine,* Paris, Klincksieck, 1951, obra clara, compendiosa, precisa e histórica, que abarca tanto el latín arcaico como las formas de la conversación y vulgares.

E. Löfstedt, *Syntactica,* 2 vols., Lund, 1928. En 1942 se publicó una edición ampliada del primero. No es un tratado sistemático de sintaxis, sino una colección de ensayos, pero escritos con un depurado método histórico que demuestra las dotes investigadoras de su autor. La documentación e interpretación de los hechos es magnífica, y además está escrito en forma clara, amena e interesante. En 1962 se publicó la cuarta edición.

En España poseemos la magnífica obra de

M. Bassols de Climent, *Sintaxis histórica de la lengua latina, I. Introducción, Género, Número, Casos,* Barcelona,

1945; *II. Las formas personales del verbo,* Barcelona, 1948. Esta obra ordena el ingente cúmulo de doctrinas de la sintaxis latina, pero ofreciendo a la vez hipótesis e ideas propias y haciendo referencia a fenómenos de las lenguas romances. A estos dos volúmenes, que forman parte de un monumental tratado proyectado en siete volúmenes, ha seguido una *Sintaxis latina,* Madrid, 1956, que abarca la totalidad de la materia y da más entrada a la comparación con las lenguas romances, sobre todo con el español.

A. Tovar, *Gramática histórica latina, Sintaxis,* Madrid, 1946. Es una obra clara, de agradable lectura, que estudia los materiales con certera crítica y con mucha frecuencia se exponen en ella puntos de vista propios e interesantes. Algunos temas están tratados quizá con demasiada extensión en relación con otros.

Ch. E. Bennet, *Syntax of early Latin,* 2 vols., Boston, 1910, 1914. Sólo alcanza la sintaxis del verbo y del nombre. La sintaxis del adjetivo, pronombres, participio y partículas quedó sin publicar por muerte del autor. En esta obra se da gran entrada al análisis estilístico. Como continuación de la misma puede considerarse la de R. Frobenius, *Syntax des Ennius,* Nördlingen, 1910.

f) **Estilística.**

Pueden verse tanto apreciaciones como profundos estudios estilísticos en muchos de los tratados de sintaxis que dejamos apuntados, sobre todo en los de Hofmann y Löfstedt. Obra importante en esta materia es la de E. Norden, *Die antike Kunstprosa,* 2 vols., Berlin-Leipzig, 1923, aunque la estilística latina está tratada junto con la griega. Pero el libro clásico en este dominio es el de

K. Fr. Nägelsbach, *Lateinische Stilistik,* Nuremberg, 1905, 8.ª ed., por I. Müller.

Quizá la obra más interesante y conocida sobre estilística sea la de J. Marouzeau, *Traité de Stylistique Latine,* Paris, 1962, 4.ª ed., en que el autor aplica a la lengua latina los procedimientos y resultados de la moderna estilística de la escuela de Ginebra que acaudilla Bally. Tales métodos es la primera vez que se aplican a una lengua muerta, rompiendo así con la estilística escolástica, descriptiva y normativa, que se limitaba a catalogar una serie de fenómenos acústicos fijando reglas para su empleo, como se hace todavía en la obra de

E. Berger, *Stylistique latine,* traducida del alemán, revisada y aumentada por Bonnet y Gache, Paris, 1942, 4.ª ed.

En la obra de Marouzeau se encuentra también una bibliografía selecta sobre los problemas estilísticos en general y sobre la estilística latina en particular. También merecen citarse:

A. Cima, *Principi della stilistica latina,* Milano, 1881, y

G. B. Gandino, *Lo stilo latino,* Torino, 1942.

g) **Léxicos.**

Prescindimos de enumerar y reseñar los trabajos lexicográficos que van del siglo I de nuestra Era *(De lingua latina* de Varrón) hasta el período humanístico *(Thesaurus linguae Latinae* de Stephanus). Todos ellos podrán verse en la reseña lexicográfica de F. Heerdegen, *Lateinische Lexicographie,* publicado como apéndice a la 4.ª edición de la *Lateinische Grammatik* de Stolz-Schmalz, München, 1910, páginas 687-718.

El período realmente interesante de la lexicografía latina comienza con la obra de Egidio Forcellini, alumno del semi-

nario de Padua, que, bajo la dirección de su maestro Giacomo Facciolati, dedicó toda su vida a compilar un monumental léxico latino que apareció tres años después de su muerte con el título *Totius Latinitatis Lexicon, consilio et cura J. Facciolati, opera et studio Aegidii Forcellini, alumni seminarii Patavini lucubratum,* 4 vols., Padua, 1771. Posteriormente fue revisado y mejorado por G. Furlanetto y, por último, en una cuarta edición, por Fr. Corradini y G. Perin. Esta cuarta edición es de Padua de 1864 para los dos primeros volúmenes, y de 1871 y 1887 para los otros dos.

Pero la verdadera obra monumental de la lexicografía, a pesar de que aún está incompleta, y a pesar de la lentitud con que van apareciendo sus fascículos, es el *Thesaurus linguae Latinae editus auctoritate et consilio Academiarum quinque Germanicarum Berolinensis, Gottingensis, Lipsiensis, Monacensis, Vindobonensis,* Lipsiae, 1900. Ésta fue la fecha de su comienzo, pero los proyectos de los iniciadores de esta magna obra no se han cumplido en los quince años que se pensaba hacerlo, en parte por la monumentalidad de la obra y en parte por las dos guerras europeas. Lo cierto es que aquellos quince años se han convertido ya en más de medio siglo, y aún es mucho lo que queda por hacer. Se recogen en el *Thesaurus* la morfología, significados y usos de todas las palabras latinas hasta el siglo VI. En 1956 apareció el fascículo primero de la segunda parte del volumen VII, que comprende *Inestabilis-invenustus,* con 160 columnas. Como preparación para allegar materiales a esta ingente obra se comenzó a publicar en Munich, en 1883, la revista *Archiv für lateinische Lexicographie und Grammatik,* que dirigía Wölfflin, al que sustituyó después su discípulo O. Hey.

Para el latín medieval, el gran léxico es el de

Ch. Du Fresne, Sieur Du Cange, *Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis,* 3 vols., Paris, 1678. Sirven de suplemento a esta obra dos glosarios germánicos de L. Diefenbach editados en Frankfurt, 1857 y 1867. En nuestros días, la Unión Académica Internacional tiene en proyecto la compilación de un monumental diccionario medieval a partir del año 1000. Y en casi todas las naciones van apareciendo léxicos parciales con materiales para tal fin.

Entre los léxicos onomásticos, los más importantes son V. de Vit, *Totius Latinitatis Onomasticon,* 4 vols., Prati, 1859-87, que sólo llega hasta la letra O, y

G. Perin, *Onomasticon,* 2 vols., Padua, 1913-20, que aparece como los volúmenes V y VI del *Thesaurus* ya citado de Forcellini.

No nos es posible enumerar aquí los léxicos especiales sobre autores. Pero tales léxicos pueden verse enumerados en

P. Faider, *Répertoire des index et lexiques d'auteurs latins,* Paris, 1926. Estos repertorios son de suma utilidad para la interpretación de los textos. De algunos autores que no tienen aún su léxico especial se encuentran buenos índices en las ediciones de la biblioteca teubneriana.

Como léxicos etimológicos pueden citarse:

M. Bréal-A. Bailly, *Dictionnaire étymologique latin,* Paris, 1885. Pero las dos obras fundamentales en este campo son:

Walde - Hofmann, *Lateinisches etymologisches Wörterbuch,* 3.ª ed., 1930, pero continúa en curso de publicación y es en su género el mejor instrumento de trabajo de que dispone la lingüística latina. Magnífico complemento de esta obra es la de

A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine,* Paris, 1932. La tercera edición corregida y

aumentada es de 1951, y entre 1959 y 1960 apareció una cuarta edición. Se trata de una obra magnífica que, por su orden, sistematización y método, ofrece numerosas sugerencias de trabajos al filólogo clásico *.

Respecto a estas dos últimas obras, debemos hacer notar que el diccionario de Walde-Hofmann es de uso normal e imprescindible para todos los latinistas. Hofmann remozó y rehízo la obra de Walde. Su plan es completamente diferente que el de Ernout-Meillet, que estudia sobre todo la historia de las palabras en el decurso del tiempo. El diccionario de Hofmann se ocupa en primer lugar de la comparación de las palabras latinas con otras lenguas indoeuropeas. Por otra parte, Ernout-Meillet apenas si tiene bibliografía y el Walde-Hofmann la posee muy completa. En realidad estas dos obras se complementan la una a la otra.

Los mejores diccionarios de uso corriente son:

F. Gaffiot, *Dictionnaire Latin-Français*, Paris, Hachette, 1934.

Ch. T. Lewis-Ch. Schort, *A Latin dictionary*, Oxford, Clarendon Pr., 1923.

K. E. Georges, *Ausführliches lateinisch-deutsches und deutsch-lateinisches Wörterbuch*, Hannover, Hahn, 1913. Este diccionario ha sido traducido y adaptado al italiano por F. Calonghi, Torino, Rosenburg, 1918.

En España, los más voluminosos, pero ya anticuados, son los de Comelerán y Raimundo de Miguel, a los que hace unos años se unió el de Blanco. Se hacía necesario acometer en nuestra patria la empresa de editar un diccionario latino a la altura de los diccionarios extranjeros, y, al parecer, esa empresa ha comenzado por iniciativa del profesor Mariner.

h) **Gramática comparada y lingüística.**

Nos limitaremos a citar las obras de mayor importancia:

F. Bopp, *Vergleichende Grammatik des Sanskrit, Zend, Griechischen, Lateinischen, Gotischen und Deutschen,* Berlin, 1833-1852, fue traducida al francés por M. Bréal con el título de *Grammaire comparée des langues indoeuropéennes,* 5 vols., Paris, 1866-74. Después de ésta, quizá la obra fundamental de lingüística indoeuropea es el

Brugmann-Delbrück, *Grundriss der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen,* Strassburg, 1897-1916, de la cual Delbrück hizo un resumen que, bajo la dirección de Meillet fue traducido al francés por un grupo de especialistas con el título de *Abrégé de grammaire comparée des langues indo-européennes,* Paris, 1905. Posteriormente apareció la obra de H. Hirt, *Indogermanische Grammatik,* 7 volúmenes, Heidelberg, 1921-37, que analiza los principales problemas de la lingüística bajo puntos muy originales, pero que no ha tenido demasiada aceptación. Importantes son también:

V. Pisani, *Glottologia indoeuropea. Manuale di grammatica comparata delle lingue i. e., con speciale riguardo del greco e del latino,* Torino, 1949.

V. Pisani, *Introduzione alla linguistica indoeuropea,* 3.ª ed., Torino, 1948.

O. Riemann y H. Goelzer, *Grammaire comparée du grec et du latin,* 2 vols., Paris, 1897-1901, obra ya envejecida, pero que, sobre todo en la parte sintáctica, es útil por el gran acopio de materiales. Mucho mejor y más científicamente actualizado es el conocido manual de

A. Meillet y J. Vendryes, *Traité de grammaire comparée des langues classiques,* Paris, 1958 (2.ª ed.). Se estudia el

desarrollo histórico de ambas lenguas por separado, excepto la flexión nominal. Todas las demás obras dedicadas a la comparación del griego y del latín son inferiores a ésta, lo que nos evita citarlas.

A. Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues indoeuropéennes,* Paris. La octava edición es de 1937 y la última de 1949. Como apéndice a esta obra incluye Meillet un *Aperçu du développement de la grammaire comparée,* al que siguen unas magníficas orientaciones bibliográficas.

J. Vendryes, *El Lenguaje,* traducción española de M. de Montoliu y J. M. Casas, Barcelona, 1943. La segunda edición española lleva como introducción un bien estructurado *Panorama de la lingüística moderna* de A. M. Badía Margarit y J. Roca Pons.

P. Kretschmer, *Introducción a la lingüística griega y latina,* traducción española de S. F. Ramírez y M. F. Galiano, Madrid, 1946.

La obra más reciente en el campo de los estudios indoeuropeos y notable, tanto por su extensión como por su importancia científica, es la de nuestro compatriota, el catedrático de la Universidad de Madrid.

Francisco Rodríguez Adrados, *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo,* Madrid, 1963.

A lo largo de sus 873 páginas hace Adrados un profundo y metódico estudio de los sistemas verbales indoeuropeos, conjugando para ello el viejo método histórico-comparativo con los modernos logros estructurales. Todo el andamiaje del libro se traba y ensambla en torno a un núcleo fundamental: la teoría de las laringales de la que el autor trató en otra obra anterior *(Estudios sobre las laringales indoeuropeas,* Madrid, 1961). Esta obra, de la que no podrá prescindir ningún futuro investigador, marca un hito en los estudios

indoeuropeos tanto por el método como por la personal aportación científica. No es uno de sus menores méritos el hecho de que, a pesar de tratar una materia tan especializada y abstrusa, se lea con relativa facilidad y sin excesiva tortura del cerebro *.

En un marco más completo, y dentro de la lingüística general, merecen mención los siguientes trabajos:

B. Terracini, *Guida allo studio della linguistica storica,* Roma, 1949.

C. Tagliavini, *Introduzione alla glottologia,* Bologna, 1950.

Mario A. Pei, *La maravillosa historia del lenguaje,* traducción española de David Romano, Madrid, 1955. Trata de las principales cuestiones del lenguaje en forma amena y para un público no especializado. Es obra de agradable lectura y fácil consulta gracias a los buenos índices de que dispone.

A. Meillet, *Linguistique historique et linguistique générale,* Paris, 1958. Es una compilación de varios artículos del autor aparecidos en diversas revistas desde 1905.

F. de Saussure, *Curso de lingüística general,* traducción española de Amado Alonso, Buenos Aires, 1959. La primera edición es obra póstuma publicada por sus discípulos. Se trata del mejor cuerpo de doctrinas lingüísticas con profundas ideas dentro de las tendencias positivistas.

M. Thomsen, *Historia de la lingüística,* traducción española de Echave Sustaeta, Barcelona, 1945. Como comple-

---

* En este aspecto se nos viene a la memoria cierta graciosa nota del profesor Bonfante que al final de una larga y enjundiosa reseña al libro de J. Kurylowicz, *Études indoeuropéennes,* suplicaba al autor que hiciera esfuerzos para ser un poco más claro, pues algunas páginas eran verdaderos acertijos (cfr. "*Emerita*", t. V, 1937, pág. 176).

mento de esta obra puede servir la de A. Tovar, *Lingüística y Filología clásica,* 1944.

W. Wartburg, *Problèmes et méthodes de la linguistique,* Paris, 1953 (2.ª ed.), que acaba de aparecer en traducción francesa cuando ya se hacía imposible encontrar ejemplares del original alemán, y

A. Martinet, *Éléments de linguistique générale,* Paris, 1963 (3.ª ed.), obra de la que, como decimos en otro lugar, ha publicado una edición española nuestro buen amigo don Julio Calonge *.

Revistas dedicadas especialmente a estudios lingüísticos son:

Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung (ZVS), Göttingen, desde 1852.

Indogermanische Forschungen (IF), Strassburg, fundada en 1892 por Brugmann y Streitberg y dirigida últimamente por Sommer y Debrunner.

Glotta, Zeitschrift für griechische und lateinische Sprache (Gl), fundada en 1907 por Kretschmer y Skutsch.

Bulletin de la Société de Linguistique de Paris (BSL), desde 1868.

Otras revistas, aunque dedicadas especialmente a trabajos filológicos, también dan cabida a artículos de lingüística relacionados con las lenguas clásicas.

En el terreno de nuestros estudios se acometió también la empresa de componer un diccionario indoeuropeo. El primero que lo intentó fue A. Fick en su *Vergleichendes Wörterbuch der indogermanischen Sprachen,* Göttingen, tres volúmenes, 1890-1909, pronto envejecido y superado por otro gran lexicógrafo.

A. Walde, *Vergleichendes Wörterbuch der indogermanischen Sprachen,* 3 vols., Berlin, 1927-32, obra que se pu-

blicó póstuma por Pokorny, que últimamente la modificó por completo, ordenando los radicales indoeuropeos no según la clasificación de los sonidos, sino por orden alfabético. La nueva obra de Pokorny lleva por título: *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, Berna, 1948.

4. Bibliografía de la literatura latina

El campo de la literatura es extensísimo. Nuestro deseo sería ofrecer una selección de los trabajos fundamentales sobre cada uno de los autores latinos o, al menos, de los autores más importantes; pero, aun así, este apartado ocuparía un espacio desproporcionado con relación al dedicado a otras materias. Por otra parte, pueden encontrarse tales noticias en los grandes repertorios bibliográficos que citamos en el apartado *a)* del número 2 de este capítulo.

Los trabajos básicos sobre la literatura latina de la Edad Media, Renacimiento y Humanismo, han sido citados en los capítulos dedicados a esos períodos. Nos limitaremos, pues, aquí a ofrecer, sin crítica, para no extendernos demasiado, las principales historias de la literatura latina y algunos trabajos dedicados a puntos particulares de la misma, pero eludiendo deliberadamente todo trabajo relativo a cualquier autor en particular.

a) **Historia general de la literatura latina.**

A. G. Amatucci, *La Letteratura di Roma Imperiale*, Bologna, 1947.

H. Bardon, *La Littérature latine inconnue*, Paris, 1952-1956 (2 tomos).

J. Bayet, *Littérature Latine. Histoire, pages choisies, traduites et commentées,* Paris, 1934.

E. Bignone, *Storia della Letteratura latina* (2 vols.), Firenze, 1945.

P. Boyancé, *Problèmes d'histoire littéraire de l'époque républicaine,* en el "*Mémorial des Études Latines*", 1943, págs. 171-196.

L. Castiglioni, *Il problema della originalità romana,* Torino, 1928.

T. Frank, *Life and Literature in the Roman Republic,* Berkeley, 1930.

C. Lamarre, *Histoire de la littérature latine depuis la fondation de Rome jusqu'à la fin du gouvernement républicain* (4 vols.), Paris, 1901.

C. Lamarre, *Histoire de la littérature latine au temps d'Auguste* (4 vols.), Paris, 1906.

P. Lejay, *Histoire de la littérature latine des origines à Plaute,* Paris, 1923.

Fr. Leo, *Die Originalität der römischen Literatur,* Göttingen, 1904.

Fr. Leo, *Geschichte der römischen Literatur, I,* Berlin, 1913.

C. Marchesi, *Storia della Letteratura latina* (2 vols.), Milano, 1946.

E. Martini, *Grundriss der Geschichte der römischen Literatur,* Münster, 1911.

R. Pichon, *Histoire de la Littérature Latine,* Paris, 1897.

A. Rostagni, *Storia della letteratura latina* (3 vols.), Torino, 1964.

M. Schanz-C. Hosius y G. Krüger, *Römische Literaturgeschichte,* en siete volúmenes, perteneciente al *Handbuch der Altertumswissenschaft* de Müller *.

b) **Teatro.**

W. Beare, *The Fabula Togata,* en "*Hermathena*", 1940, págs. 35-55.

F. Bernini, *Studi sul mimo,* Pisa, 1915.

G. Boissier, *Les "fabulae praetextae"*, en "*Revue de Philologie*", 1893, pág. 101.

P. Boyancé, *A propos de la satura dramatique,* en "*Revue des Études Anciennes*", 1932, págs. 11-25.

G. E. Duckworth, *The Nature of roman comedy,* Princeton, 1925.

P. Frassinetti, *Fabula Atellana, saggio sul teatro popolare latino,* Genova, 1951.

P. J. Miniconi, *Les termes d'injure dans le théâtre comique,* en "*Revue des Études Latines*", 1958, págs. 159-175.

E. Paratore, *Storia del teatro latino,* Milano, 1957.

B. A. Taladoire, *Commentaires sur la mimique et l'expression corporelle du comédien romain,* en "*Anales de la Fac. de Letras de Montpellier*", 1950.

B. A. Taladoire, *Essai sur le comique de Plaute,* Mónaco, 1956.

c) **Poesía.**

N. Corssen, *Origines poesis Romanae,* Berlin, 1846.

A. Dai, *The Origins of Latin Love-Elegy,* Oxford, 1938.

A. Guillemin, *L'élément humain dans l'élégie latine,* en "*Revue des Études latines*", 1940, págs. 95-111.

W. J. W. Koster, *Versus saturnius,* en "*Mnemosyne*", 1929, págs. 267 y sigs.

M. Lenchantin de Gubernatis, *Appunti sull'elenismo nella poesia arcaica latina,* en "*Memorie della R. Accademia delle Scienze*"; Torino, 1913, págs. 389 y sigs.

W. Lindsay, *Early Latin Verse*, Oxford, 1902.

F. Plessis, *La poésie latine*, Paris, 1909.

E. G. Sihler, *The Collegium Poetarum at Rome*, en "*American Journal of Philology*", 1905, págs. 1 y sigs.

H. de la Ville de Mirmot, *Études sur l'ancienne poésie latine*, Paris, 1903 *.

d) **Elocuencia.**

A. G. Amatucci, *L'eloquenza latina nei primi cinque secoli di Roma*, Torino, 1895.

G. Boissier, *Introduction de la rhétorique grecque à Rome*, Paris, 1903.

S. F. Bonner, *Roman Declamation in the late Republic and early Empire*, Liverpool, 1949.

A. Cima, *L'eloquenza latina prima di Cicerone*, Roma, 1903.

V. Cucheval, *Histoire de l'éloquence romaine*, Paris, 1893.

G. Kowalski, *De artis rhetoricae originibus*, Lopolis, 1933.

R. Kröhnert, *Die Anfänge der Rhetorik bei den Römern*, Memel, 1844.

H. de la Ville de Mirmont, *Les déclamateurs espagnols au temps d'Auguste et de Tibère*, en "*Bulletin Hispanique*", 1910, págs. 1-14; 1912, págs. 1, 239, 341; 1913, págs. 154, 237, 348.

e) **Filosofía.**

G. Bardy, "*Philosophe*" *et* "*philosophie*" *dans le vocabulaire chrétien des premiers siècles*, en "*Revue d'ascétique et de mystique*", t. XXV, 1949, págs. 97-108.

G. Gentile, *Studi sullo stoicismo romano del I sec. de C.*, Trani, 1904.

P. Giufrida, *L'epicureismo nella letteratura latina* (2 vols.), Torino, 1948.

G. Martha, *Les moralistes sous l'empire romain*, Paris, 1894.

M. Pohlenz, *Die Stoa*, Göttingen, 1948-49.

f) **Literatura cristiana.**

O. Bardenhewer, *Geschichte der Altkirchlichen Literatur* (4 vols.), Friburgo, 1913-1923.

G. Bardy, *Littérature latine chrétienne*, Paris, 1942.

P. Courcelle, *Vingt années d'histoire de la littérature latine chrétienne*, en el "*Mémorial des Études latines*", 1943, págs. 241-255.

A. Gudeman, *Historia de la antigua literatura latino-cristiana* (traducción española de Pascual Galindo en la colección Labor), Barcelona, 1940.

P. Labriolle, *Histoire de la littérature latine chrétienne* (3.ª ed.), 1947.

Manitius, *Geschichte der christlich-lateinischen Poesie*, Stuttgart, 1891 *.

LA FILOLOGÍA LATINA EN SU EVOLUCIÓN HISTÓRICA

CAPÍTULO XII

LA FILOLOGÍA LATINA EN LA ANTIGUA ROMA

SUMARIO: 1) La gramática. — 2) La retórica. — 3) Los filólogos y las tareas filológicas hasta Aulo Gelio. — 4) Los gramáticos y eruditos del siglo IV.

1. La gramática

La filología estuvo en sus principios confundida e involucrada con la gramática y la retórica, por eso vamos a ver cuáles eran los métodos empleados en el estudio de esas ciencias desde su aparición hasta llegar a los métodos filológicos de nuestros días.

Para Platón, la gramática se reducía a la ciencia de las letras y consistía sólo en leer y escribir. Para la baja Antigüedad, cuya tradición escolar pasó en herencia a la Edad Media, la gramática fue la primera de las siete artes liberales.

Fueron los gramáticos alejandrinos quienes elevaron tal enseñanza elemental o παιδική γραμματική a un nivel cien-

tífico en el que, además de leer y escribir, se practicaba la interpretación de la literatura clásica, especialmente de la poesía épica, pues las obras maestras de la literatura griega son de una época en que la enseñanza gramatical era prácticamente nula. Eurípides no hubiera podido hacer el análisis lógico de una frase de su *Medea.* Píndaro y Tucídides, como cualquiera de aquellos grandes escritores, desconocían lo que era un atributo o un complemento directo. Incluso Aristóteles no llegó todavía a distinguir con claridad las partes significativas y no significativas de la oración.

Por otra parte, la gramática griega, de la que proceden nuestros manuales, no se fundó para explicar la lengua que entonces se hablaba, sino la de los clásicos, que ya no se hablaba.

El prototipo de la gramática actual remonta a la τέχνη γραμματική del discípulo de Aristarco, Dionisio el Tracio, hacia el año 100 a. J. C., que la definió como ἐμπειρία τῶν παρά ποιηταῖς τε καί συγγραφεῦσιν ὡς ἐπί τό πολύ λεγομένον[1] y la dividió en seis partes: 1.ª Lectura y pronunciación. 2.ª Explicación de textos. 3.ª Explicación de palabras y cosas. 4.ª Etimología. 5.ª Paradigmas de la flexión. 6.ª Crítica de los poetas. Dionisio el Tracio tomó de la escuela estoica, y en especial de su maestro Aristarco, la teoría y las denominaciones de las categorías gramaticales, pero fue él quien por vez primera logró codificar y sistematizar todo el complejo de teorías anteriormente existentes, dando carta de naturaleza a una terminología que a través de la gramática latina pasó a la gramática de todos los pueblos.

1 Es decir: "Conocimiento práctico de aquello que se encuentra comúnmente en los poetas y en los prosistas".

Sin embargo, como puede apreciarse, toda la gramática de Dionisio el Tracio se reduce a pura filología con miras a la interpretación de textos, y ese carácter de filología lo conservará la gramática durante mucho tiempo [2], cosa lógica si se tiene en cuenta que la gramática no se creó con un fin pedagógico para facilitar a los niños la enseñanza de la lengua materna, sino como ciencia de alta cultura, puramente especulativa y teórica.

Este tipo de γραμματική científica es lo que tradujeron los romanos con la palabra *litteratura* (Quintiliano, II, 1, 4), derivándolo de *littera* como gramática derivaba de γράμμα. Para Quintiliano, la gramática constaba de dos partes fundamentales: *recte loquendi scientiam* y *poetarum enarrationem* [3].

En su estructura y desarrollo la gramática latina fue siempre un calco de la griega [4] y constaba de tres partes principales:

---

[2] En realidad, la gramática no se libera de su aditamento filológico hasta Donato, pero ni aún entonces se desliga de la terminología y clasificaciones de la gramática griega.

[3] Quintiliano, *De Instit. Orat.* I, 4, 2. Cicerón divide la gramática en cuatro partes: 1.ª, *Poetarum pertractatio;* 2.ª, *Historiarum cognitio;* 3.ª, *Verborum interpretatio;* 4.ª, *Pronuntiandi sonus (De Orat.* I, 42, 187).

[4] Si a los gramáticos griegos se debe la fundamentación y nomenclatura de las categorías gramaticales, la traducción y adaptación de las mismas, tal cual ha llegado hasta nosotros (no muy acertada a veces, por cierto), es obra de los gramáticos latinos. Recordemos por ejemplo las partes de la oración: 1.ª, ὄνομα = *nomen;* 2.ª, ῥῆμα = *Verbum;* 3.ª, μετοχή = *participium;* 4.ª, ἄρθρον = *articulus;* 5.ª, ἀντωνυμία = *pronomen;* 6.ª, πρόθεσις = *praepositio;* 7.ª, ἐπίρρημα = *adverbium;* 8.ª, σύνδεσμος = *coniunctio;* o los casos: ἡ ὀρθή πτῶσις = *casus rectus* o *nominativus,* γενική = *genitivus,* δοτική = *dativus,* αἰτιατική = *accusativus,* κλητική = *vocativus;* o las equivalencias de διάθεσις = *genus* y *vox,* χρόνοι = *tempora,* ἔγκλισις y διάθεσις ψυχική = *modus.*

1.ª Τεχνικήν. Enseñanza de los elementos fundamentales de la lengua. Este análisis era siempre el mismo: letras, sílabas, palabras y el nombre, conforme a seis accidentes (cualidad, grado de comparación, género, número, figura, caso). Y era tal la sujeción de la gramática latina a la griega, que incluso se hablaba de artículo, a pesar de que el latín carece de forma especial para él; y por idéntico servilismo gramatical se hablaba de un optativo latino. La sintaxis se reducía en principio al estudio de los idiotismos y a coleccionar barbarismos y faltas de pronunciación. Pero un estudio sistemático de la sintaxis no se hizo hasta Prisciano, a finales del siglo v.

2.ª Ἱστορικήν. Problemas referentes a las leyendas mitológicas y a las descripciones de historiadores y oradores. Equivalía aproximadamente a la explicación real de nuestra actual gramática.

3.ª Ἰδιαίτεραν. Especie de crítica textual en la que se discutía la autenticidad de los textos, se corregían las faltas y se asignaba a cada autor sus propias obras, distinguiéndolas de las que le eran atribuidas.

Por lo que respecta a los autores tomados como base de la enseñanza, había una diferencia entre los griegos y los romanos. Mientras en Grecia el estudio y comentario versaba sobre Homero y los grandes poetas de la Antigüedad, en Roma la poesía latina, que aparece en el siglo III a. J. C., se creará precisamente para ofrecer una especie de exégesis a la enseñanza, es decir, para servir de instrumento gramatical. Y es un hecho sintomático que el primer poeta latino y a la vez el primer profesor de literatura fuera Livio Andrónico de Tarento, que tradujo la *Odisea* al latín en versos saturnios, traducción que todavía se leía en las escuelas en tiempos de Horacio.

Pero ya en el siglo II a. J. C. fueron adoptados los cómicos latinos en las escuelas como materia de lectura. A pesar de todo, solamente en la época de Augusto la enseñanza latina pudo rivalizar con la griega, con la diferencia de que en Roma llegaron a estudiarse a veces las obras de poetas que aún vivían y seguían produciendo. Éste es el caso de Virgilio, que representa para los latinos lo que Homero para los griegos, de Ovidio, de Estacio y del mismo Lucano, que era leído en las escuelas muy poco después de su muerte.

Durante la época imperial, el autor más estudiado fue Terencio, pero también se leía a Horacio, y de los historiadores el preferido era Salustio, mientras que César y Tácito permanecían casi olvidados. De los oradores fue siempre Cicerón el preferido.

La explicación gramatical sobre los textos de autores latinos constaba, en resumen, de las siguientes fases:

1.ª *Lectura expresiva,* difícil, sin duda, por la falta de signos de puntuación en los manuscritos [5].

2.ª Explicación o *enarratio,* que constaba de dos fases: el comentario de la forma *(verborum interpretatio)* y el del fondo *(historiarum cognitio).*

3.ª *Explanatio* o explicación minuciosa, palabra por palabra y verso por verso.

---

[5] No hay que olvidar, como dice Marrou, que la puntuación de los manuscritos es un problema muy debatido y poco claro, pues la puntuación con que han llegado hasta nosotros es reciente (todo lo más de época carolingia) y no responde a un uso antiguo.

2. La retórica

Es la segunda de las siete artes liberales. La palabra *retórica* significa "ciencia del habla" y su objeto era enseñar a construir el discurso artísticamente. Nació también en Grecia, pero, a partir del siglo II, llegaron a Roma gran número de retóricos griegos que se dedicaron a la enseñanza. Hasta el siglo I a. J. C. no se desarrolló una retórica auténticamente latina. La primera escuela de retórica la abrió L. Plotius Gallus, pero se le obligó a abandonar sus explicaciones, y la escuela fue cerrada por un edicto de los censores aristocráticos, que temían que, al ser accesible el arte del discurso a todas las clases sociales, mermara su preeminencia política. No se conoce exactamente cómo era la doctrina retórica de Plotius, pero puede colegirse por el contenido de la *Rhetorica ad Herennium*, escrita hacia el año 85 por un discípulo de aquella escuela, aunque ha sido atribuida a Cicerón y a Cornificio.

Los mayores esfuerzos para adaptar la retórica al latín y hacerla accesible a sus conciudadanos se deben a Cicerón, no sólo con sus propios discursos, que pudieron servir de molde, sino incluso teóricamente con sus tratados retóricos: *De inventione*, *Partitiones oratoriae*, *De oratore*, *Brutus* y *Orator*. Pero la obra retórica latina más importante es el tratado *De institutione oratoria* de Quintiliano, dedicado principalmente a la formación del hombre, pues para Quintiliano el hombre ideal era el orador. La obra de Quintiliano ejerció una gran influencia sobre el estudio de los autores antiguos en las escuelas, en las que recomendaba la lectura de los poetas por su valor moral y formativo; moldeó las ideas de la Edad Media acerca de la ciencia

literaria y tuvo considerable influjo en los humanistas e incluso sobre la pedagogía de los siglos XV y XVI [6].

Las partes de la retórica eran cinco, ordenadas y divididas en la forma siguiente:

- 1.ª *Inventio*
  - argumentos extrínsecos
  - argumentos intrínsecos
  - entimema
- 2.ª *Dispositio*
  - proemium o exordium
  - narratio
  - demonstratio
  - peroratio
- 3.ª *Elocutio*
  - latine dicere
  - plane
  - decorum
  - ornate
- 4.ª *Memoria*
  - naturalis
  - artificiosa
- 5.ª *Actio*
  - gestus
  - vox

Por lo que se refiere a tipos de elocuencia, la retórica distinguía tres:

a) *Genus iudicialis* o discurso forense.

b) *Genus deliberativum,* que abarcaba las cuestiones políticas, de gobierno y administración pública.

c) *Genus demonstrativum o laudativum,* al que pertenecían los panegíricos.

[6] Cfr. C. Bione, *I più antichi trattati d'arte retorica in lingua latina,* Pisa, 1910.

Pero, en oposición a la retórica griega, todos los ejercicios oratorios o *declamationes* se tomaban de la vida real, puesto que la enseñanza retórica iba encaminada a prepararse para los discursos que habían de pronunciarse en la vida práctica. Sin embargo, era corriente que los maestros de retórica propusieran a sus discípulos temas exagerados y absurdos con la intención manifiesta de obligarles a aguzar el intelecto al tratarlos. A propósito de tales temas es frecuente encontrar en la literatura latina agudas censuras y sátiras [7].

Por el año 100 a. J. C. se introdujo en las escuelas de retórica un ejercicio que consistía en convertir la poesía en prosa, y que Quintiliano recomienda a los oradores *(Inst. Orat.* X, 5, 4).

La retórica influyó grandemente en la filología y fue de gran utilidad que en las escuelas el estudio de los poetas estuviera encomendado al gramático, dejando los prosistas para el dominio de los maestros de retórica, aunque sucedía con mucha frecuencia que en la misma persona se juntaba el gramático y el retórico [8].

---

[7] Tácito *(Diálogo de los Oradores,* 35), luego de hablar contra los retóricos y quejarse de los locales en que daban su enseñanza, se vuelve también contra los temas allí tratados y dice: "¡Qué temas, dioses inmortales, qué absurdas hipótesis! Añádase a esto que tales asuntos inverosímiles se desarrollan en un estilo declamatorio. Así ocurre que temas como 'los premios de los tiranicidas', 'la alternativa en que se encuentran las jóvenes violadas', 'los remedios de la peste', 'los incestos de las madres' y otros semejantes que se tratan a diario en la escuela, raras veces o nunca se discuten en el foro en tan altisonantes términos." También puede verse una aguda sátira de los maestros de retórica en Juvenal *(Sat.* VII, 150-180).

[8] Un buen estudio sobre la retórica antigua con magníficas enseñanzas y excelente bibliografía puede verse en Benedetto Riposati, *Problemi di retorica antica,* en la *Introduzione alla Filologia clas-*

Al final de la Edad Antigua, hacia el año 425, había en las "universidades" de Roma y Constantinopla treinta y una cátedras: veinte de gramática, ocho de retórica, dos de derecho y una de filosofía[9].

3. Los filólogos y las tareas filológicas hasta Aulo Gelio

La primitiva filología latina tenía un carácter nacional, aunque en su método de investigación y exégesis se basaba en los trabajos helenísticos. Se dedicaba frecuentemente a exaltar los valores de Roma y a la indagación e investigación de los más antiguos documentos.

En la época imperial algunos emperadores y altos magistrados se preocuparon de la enseñanza y de la cultura. Adriano (117-138) fundó el Ateneo de Roma, especie de escuela superior de letras, y fueron muchos los emperadores que nombraron profesores de retórica en diversas escuelas otorgándoles grandes privilegios.

Inicia las tareas filológicas en Roma **Lucius Accius** (170-85 a. J. C.) con sus *Didascalica,* historia de la poesía grecorromana, que era un estudio crítico y gramatical nacido de los contactos con el oriente helenístico y que llevaba la impronta de la escuela de Pérgamo.

Síguele en antigüedad **Aelius Stilo Preconinus** (154-74) de Lanuvio, gramático estoico y maestro de Varrón. Trató de cuestiones etimológicas y sobre la estructura de la lengua,

---

sica, publicada por la editorial Marzorati, Milano, 1951, págs. 657-789.

9 Cfr. M. Lecher, *Erziehung und Bildung in der griechischrömischen Antike,* München, 1933, pág. 222.

preocupándose también de la edición y comentario de textos. Investigó sobre la autenticidad de las comedias de Plauto, declarando auténticas solamente veinticinco comedias de las ciento treinta que se le atribuían. Hizo estudios críticos sobre las leyes de las doce tablas y el canto de los Salios.

M. Terentius Varro (116-27). Discípulo de Accius y de Aelius Stilo. Fue el mayor filólogo de esta época. Hizo investigaciones de carácter especulativo sobre el origen y formación del lenguaje, parentesco de las lenguas, etimología y ortografía. Dedicó a Accio su obra *De antiquitate litterarum,* de la que nos han llegado escasos fragmentos. Aunque influido en un principio por la escuela de Pérgamo, fue evolucionando hacia las teorías de la escuela alejandrina, y ya en su tratado *De lingua latina,* que dedicó a Cicerón [10], adopta una posición intermedia en el debatido problema entre "anomalía" y "analogía". La anomalía, o sea, el valor de los elementos irracionales y el derecho de la lengua a innovar, evolucionar y progresar sin sujeción a leyes fijas, era defendida por la escuela de Pérgamo; se basaba en la concepción aristotélica de la lengua como θέσις, o sea, como convención humana sin apoyo alguno en la naturaleza. El principal representante de esta dirección lingüística fue Crates de Malos (siglo II a. J. C.). Por el contrario, la escuela alejandrina sostenía la analogía o sujeción de la lengua a leyes y esquemas rigurosos y cons-

[10] Sólo han llegado hasta nosotros fragmentos de los libros V-X, y en uno de sus pasajes (VII, 110) el propio Varrón nos dice que estaba dividido en tres partes, que equivalían, como puede verse por el texto que sigue, a nuestra etimología, teoría de las declinaciones y sintaxis. He aquí el texto: *Quocirca quoniam omnis operis de lingua latina tris feci partis, primo quemadmodum vocabula imposita essent rebus, secundo quemadmodum ea in casus declinarentur. tertio quemadmodum coniungerentur.*

tantes (declinaciones, conjugaciones, etc.)[11]. Pero la filología alejandrina terminó atrayendo por completo a Varrón, y todas las obras que escribió en su última época son puramente filológicas y eruditas, así los tratados *De poetis, De scaenicis originibus, De personis, De comoediis Plautinis, De poematis,* etc.[12] *.

Volcacius Sedigitus, perteneciente al círculo literario de Q. Lutacio Cátulo, se dedicó a cuestiones de crítica literaria sobre Plauto, Terencio y, en general, sobre todos los poetas cómicos. Hizo una especie de clasificación de los cómicos latinos por orden de mérito, escalonándolos en la siguiente forma: Cecilio, Plauto, Nevio, Licinio, Atilio, Terencio, Turpilio, Trabea, Luscio y Ennio.

C. Asinius Polio (76-5). Ejerció también, aunque con bastante acritud, la crítica literaria. Fundó la Biblioteca del Templo de la Libertad e inauguró la moda de las declamaciones públicas. Fue él quien censuró la ampulosidad en Cicerón, el descuido en César, la pedantería en Salustio, y en Livio la *patavinitas.*

C. Iulius Hyginius, de la época de Augusto, comento las *Geórgicas* y la *Eneida* de Virgilio.

M. Verrius Flaccus, en su *De verborum significatu,* hizo una mezcla de léxico y enciclopedia donde recogía y expli-

---

11 Para las relaciones entre la filología latina y la escuela de Pérgamo es de gran interés F. Della Corte, *La filologia latina dalle origini a Varrone,* Torino, 1937.

12 En el *De comoediis Plautinis* distinguía Varrón tres grupos de obras: el primero, compuesto de 21 comedias, a las que se ha dado el nombre de *varronianas,* y cuya autenticidad todos los investigadores admiten actualmente; el segundo, compuesto de 19 títulos, a los que se atribuía la paternidad plautina por razones históricas y estilísticas, y un tercer grupo, en el que se englobaban las obras consideradas como espúreas.

caba palabras antiguas o raras a la vez que daba noticias gramaticales e históricas. Su obra abarcaba todas las antigüedades romanas, y, aunque no ha llegado hasta nosotros, poseemos de ella dos compendios: el de Festo (siglo III), que comprende las letras M-T, y el de Paulo Diácono, con las letras A-Z, que deriva del completo de Festo.

Q. Remmius Palaemon (época de Tiberio Claudio). Compuso el primer tratado de gramática latina, *Ars grammatica,* que era una adaptación de la gramática griega de Dionisio el Tracio y que no ha llegado hasta nosotros, pero en ella se basaron todas las gramáticas latinas del siglo IV [13].

M. Valerius Probus (época de Nerón). Preparó ediciones críticas de Terencio, Lucrecio, Virgilio, Horacio y Persio, siguiendo los métodos de Aristarco. Su trabajo abarcaba tres facetas: *emendare, distinguere, adnotare.* Por los fragmentos que nos han llegado parece que no sólo escribió comentarios, sino también algunas monografías y observaciones sobre la lengua antigua.

C. Suetonius Tranquillus (época de Adriano). Se dedicó a cuestiones gramaticales y arqueológicas. Escribió las biografías de los doce Césares y un trabajo literario-biográfico *(De viris illustribus)* en cinco series, pero del que sólo ha llegado a nosotros la parte dedicada a gramáticos y retóricos.

Q. Terentius Scaurus. Contemporáneo de Suetonio, escribió un tratado *De orthographia* y un *Ars grammatica* de la que se sirvieron los gramáticos posteriores.

---

[13] No queda ninguna gramática romana completa anterior al siglo III. La mayoría de ellas y las más importantes son del siglo IV, aunque sus autores no hacen más que compilar las fuentes antiguas. Para este problema es interesante el trabajo de K. Barwick, *Remmius Palaemon und die römische "Ars grammatica"*, Leipzig, 1922.

Aulus Gellius (época de Marco Aurelio). Fue gramático, crítico e historiador. Su obra *Noctes atticae,* en veinte libros, es un tratado de erudición compuesto con notas y extractos de muchas lecturas, pero sin un método riguroso. Se preocupa de crítica gramatical, etimologías, origen del lenguaje y de algunos puntos especiales, como, por ejemplo, sobre la cuarta declinación, la aspiración o los plurales en *-es* y en *-is.* Da también gran entrada a la historia de las instituciones, y gracias a él poseemos muchos fragmentos de obras perdidas.

4. Los gramáticos y eruditos del siglo iv

En este siglo los gramáticos son más bien compiladores de trabajos anteriores, y su valor fundamental es el de habernos conservado ideas y fragmentos de obras desaparecidas. Sin embargo, no puede negarse que en esta época hubo un movimiento de restauración que culminó bajo el gobierno del emperador Teodosio (378-395) y cuyas metas principales fueron la lectura y transcripción de textos, así como la interpretación e imitación de los mismos y la defensa de todas las tradiciones romanas [14].

Nonius Marcellus escribió una especie de léxico intitulado *De compendiosa doctrina.* Es una colección de glosas sin orden alguno, pero valiosa por la compilación de numerosos fragmentos de poetas. Consta de veinte capítulos, de los cuales en los doce primeros se recogen cuestiones filológicas referentes a las "palabras", y en los otros ocho, asuntos relativos a las cosas.

---

[14] Para los gramáticos del siglo iv las noticias y juicios más autorizados pueden verse en el tomo iv de la ya clásica *Geschichte der römischen Literatur* de Schanz-Hosius-Krüger.

Aelius Donatus, a quien San Jerónimo llama *praeceptor meus* y al que no hay que confundir con Tiberio Claudio Donato, del que se conservan unas *Interpretationes vergilianae,* escribió un *Ars grammatica* en dos partes: *Ars minor* y *Ars maior.* El *Ars minor* o curso elemental, dispuesto en preguntas y respuestas, estaba dedicado a las partes del discurso y sirvió de texto escolar hasta el siglo XV. Su fama hizo que por antonomasia se diera a la gramática el nombre de "El Donato", lo mismo que en tiempos de Cervantes los estudiantes llamaban "El Antonio" a la gramática de Nebrija. El *Ars maior* se extendía a los elementos de la palabra y vicios de dicción y se dividía en tres partes: 1.ª, sonidos y sílabas; 2.ª, partes de la oración; 3.ª, estilística (especie de retórica sobre lo perfecto del estilo). También escribió Donato unos comentarios a Terencio que nos han llegado muy retocados.

Gramáticos fueron también **Carisius,** que enseñaba en Roma en la época del emperador Juliano, y **Diomedes,** que escribió un *Ars grammatica* basándose en las de Donato y Carisio. Constaba de dos libros a los que más tarde añadió un tercero dedicado a la métrica. Su gramática, que es la que más abarca, es también la única que se nos ha conservado totalmente. Para Diomedes, los géneros poéticos se dividen en:

1.º *Genus activum,* que se caracteriza porque el poeta no interviene en el poema, solamente los personajes dramáticos.

2.º *Genus enarrativum,* en el que el único que habla es el poeta.

3.º *Genus commune.* Intervienen tanto el poeta como los personajes.

Servius, que todavía era joven, hacia el año 380 desarrolló la tradición gramatical de Donato con su *Commentarius in artem Donati;* pero su obra fundamental es el comentario a la *Eneida, Bucólicas* y *Geórgicas* de Virgilio, que nos ha llegado completo y es un modelo de interpretación gramatical y retórica de la poesía virgiliana, que sigue consultándose con provecho hasta el día de hoy.

Por indicación de Q. Aurelius Simmachus, **Tascio Vittoriano** tomó a su cargo la revisión crítica del texto de T. Livio que había quedado abandonado desde que se pusieron de moda los epítomes históricos.

Un lugar destacado entre los filólogos de esta época merece:

San Jerónimo (348-420), que, con una magnífica formación latina como base, aprendió el hebreo y el griego y, por encargo del papa Dámaso, revisó la traducción latina de la Biblia, renovando casi por completo el texto primitivo. Esto le suscitó críticas y ataques, hasta que el concilio de Trento, por un decreto del 8 de abril de 1546, declaró aquella traducción auténtica "antigua y ampliamente divulgada", de donde le viene el nombre de *vulgata.* Otros trabajos filológicos de San Jerónimo son la traducción al latín de 64 homilías de Orígenes; el libro *De viris illustribus*, primera historia de la literatura cristiana, y, de manera especial, la traducción de la *Crónica* de Eusebio, en la que hay que distinguir tres partes: una primera parte, que es traducción de Eusebio; una segunda parte, en la que al texto de Eusebio añade San Jerónimo noticias tomadas de otros autores (sobre todo de Suetonio y Eutropio), y la parte tercera, que es toda ella original de San Jerónimo.

Ambrosius Macrobius Teodosius (cónsul en el 410). Aunque no era gramático de profesión, compuso también una

obra gramatical, *De differentiis et societatibus graeci latinique verbi*, que es el único tratado de lingüística comparada que nos ha quedado, aunque incompleto, de toda la Edad Antigua. Su comentario al *Somnium Scipionis* de Cicerón le hizo figurar como autoridad científica y filosófica durante toda la Edad Media. Pero la obra principal de Macrobio son las *Saturnalia* en siete libros escritos en forma de diálogo a imitación del *Banquete de Platón*. En su mayor parte están dedicados a la interpretación de Virgilio, pero no verso por verso, sino en grandes temas: filosofía, derecho, arte, oratoria, artificios retóricos, imitaciones de griegos y romanos, pasajes oscuros. Las *Saturnalia* pueden considerarse como un compendio de la poética de la tardía Antigüedad.

Martianus Capella (410-427), de Cartago y contemporáneo de Macrobio. Escribió una curiosa enciclopedia de las siete artes liberales: *De nuptiis Philologiae et Mercurii*, expresada en un lenguaje complicado y artificioso en el que se mezclan la prosa y toda clase de versos. Consta de nueve libros divididos en dos partes: los libros I-II son una especie de introducción en que se relatan las bodas alegóricas de Mercurio con la Filología, bodas en las que forman el cortejo del esposo las siete artes liberales. La segunda parte abarca los libros III-IX, y está dedicada a dichas artes liberales.

Priscianus fue maestro de latín en Bizancio en tiempo del emperador Anastasio (491-518). Escribió una *Institutio de arte grammatica* en 18 libros, de los cuales los dos últimos, que dedica a la sintaxis, dependen directamente de los gramáticos griegos Apolonio Díscolo y Herodiano. Esta gramática excede en amplitud a todas las demás *Artes* romanas, y de su difusión durante la Edad Media da prueba

el hecho de haberse conservado en más de mil manuscritos. Faltan en ella la métrica y la estilística, pero el mismo Prisciano publicó después un tratadito intitulado *Praeexercitamina,* adaptación de los προγυμνάσματα que Hermógenes escribió en tiempo de Marco Aurelio y que eran una especie de ejercicios estilísticos. El valor principal de la obra de Prisciano es el de habernos conservado numerosas citas y frases de autores latinos y muchas opiniones de diferentes filólogos griegos [15] *.

---

[15] Las fuentes para la antigua producción gramatical latina se hallarán en H. Keil, *Corpus Grammaticorum Latinorum,* Leipzig, 1856-1879, en siete volúmenes y un suplemento, obra de la que recientemente acaba de hacerse una reimpresión; A. Graefenhan, *Geschichte der Klassischen Philologie im Altertum,* 3 vols., Bonn, 1843-1846; E. Egger, *Essai sur l'histoire des théories grammaticales dans l'antiquité,* Paris, 1854; H. Steinthal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern,* Berlin, 1890-91; O. Froehde, *Die Anfangsgründe der römischen Grammatik,* Leipzig, 1892; Fr. Muller, *De veterum imprimis Romanorum studiis etymologicis, Pars prior,* Utrecht, 1910; Fr. Della Corte, *La filologia latina dalle origini a Varrone,* Torino, 1937; G. Funaioli, *Storia della filologia attraverso i secoli,* en "*Studi di letteratura antica*", vol. I, Bologna, 1946.

CAPÍTULO XIII

LA FILOLOGÍA LATINA MEDIEVAL

SUMARIO: 1) Caracteres generales de la filología medieval. — 2) Los instrumentos gramaticales de la Edad Media. — 3) Escuelas y métodos medievales. — 4) Destacados representantes de la filología y del humanismo medieval.

1. Caracteres generales de la filología medieval

Algunos de los problemas y de las actividades filológicas de la Edad Media quedan ya tratados en los capítulos anteriores que hemos dedicado a la conservación y transmisión de manuscritos y al estudio del latín medieval. Prescindiremos, por tanto, aquí de las cuestiones directamente relacionadas con los manuscritos y con la lengua.

En realidad es muy poco lo que produce la Edad Media en materia puramente filológica, y sus líneas generales pueden reducirse a las siguientes características:

1.ª Conservación de los textos clásicos y copia de manuscritos.

2.ª Reagrupar en grandes enciclopedias y compendios todos los conocimientos hasta entonces transmitidos (Enciclopedias de Rábano Mauro y de Papías, *Etimologías* de San Isidoro, *Speculum* de Vicente de Beauvais) que demuestran cómo la Edad Media siguió viviendo de la autoridad y ciencia de los antiguos.

3.ª Tendencia al anonimato y al plagio. La mayoría de los comentarios y glosas medievales son anónimos y es muy corriente también que un autor presente falsamente como suyo lo que es de otro. Téngase en cuenta que la costumbre de citar correctamente y con precisión los pasajes de obras ajenas es relativamente reciente [1].

4.ª Interés por la cultura clásica tan sólo como instrumento para las necesidades pedagógicas.

Para la Edad Media los clásicos no eran valiosos por su contenido, sino como maestros de las artes liberales o modelos de forma para la instrucción literaria del clero, y porque consideraban que su estudio les podía servir para interpretar las Escrituras. De manera especial se interesaban por los épicos y satíricos como preliminares para el estudio de la retórica, que descansaba fundamentalmente en los escritos retóricos de Cicerón.

Ya en el siglo IV, San Agustín, siguiendo a Tertuliano, aseguraba que los estudios profanos "son indispensables para adquirir la ciencia de las cosas divinas" [2].

[1] Esto es cierto en líneas generales, pero véase, no obstante, el capítulo de E. R. Curtius *La mención de autor en la Edad Media* en su obra varias veces citada *Literatura europea y Edad Media Latina*, págs. 717 y sigs. de la traducción española.

[2] Tertuliano, *De idolatria,* 10.

Para San Isidoro, que es el principal transmisor de la Antigüedad clásica, los clásicos son autores que sirven para aprender la retórica, la gramática y la dialéctica [3], y él mismo dictó esta regla a los monjes: *Gentilium libros vel haereticorum volumina monachus legere caveat.* Alcuino, por otra parte gran admirador de Virgilio, daba estos consejos a sus discípulos: *sufficiunt divini poetae vobis, nec egetis luxuriosa Vergilii pollui facundia;* y Rábano Mauro explica cómo deben usarse los poetas en estos términos: *Quando poetas gentiles legimus, quando in manus nostras libri veniunt sapientiae secularis, si quid est in eis utile reperimus, ad nostra dogmata convertimus, si quid vero superfluum, de idolis, de amore, de cura saecularium rerum, haec radamus.*

Una rápida ojeada a la producción humanístico-filológica del Medioevo nos permite verlo así:

Entre los siglos VI y VIII se produce una profunda decadencia en los estudios latinos y se pierde gran parte de la literatura antigua. San Avit († 518) reconoce que muy pocas gentes eran capaces de comprender versos, y hasta el papa Gregorio el Grande (590-604), en una carta a Didier, obispo de Viena, le reprocha el dar a la gramática una importancia exagerada. En Francia, a comienzos del siglo VII, desaparecida la enseñanza tradicional, quedan solamente pobres escuelas clericales donde se aprendía lo indispensable para el ejercicio eclesiástico.

---

[3] Por el *Catálogo de catálogos* de Manitius puede apreciarse que en los catálogos de bibliotecas medievales que se nos han conservado predominan las referencias a obras de retórica y de gramática. Cfr. M. Manitius, *Handschriften Antiker Autoren in Mittelalterlichen Bibliothekskatalogen,* Leipzig, 1935.

En el período carolingio se cultivan los estudios de gramática y métrica, se comentan algunos autores clásicos y se recogen antologías de escritores paganos y cristianos.

El siglo X es una época de pobreza intelectual al que Lorenzo Valla y Varonio llaman siglo de tinieblas y siglo de plomo.

Los siglos XI y XII registran un renacimiento de las letras latinas tan brillante o más que el llamado renacimiento carolingio [4] *.

Los siglos XIII y XIV son los de menor aportación e interés para la filología latina, porque todo el saber está dominado por la escolástica y hasta la misma gramática pasa a los dominios de la filosofía [5].

Traube, el gran investigador de la cultura medieval, afirma que en el Medioevo se leían mal los clásicos por la influencia que ejercía sobre los espíritus el alegorismo, lo que hacía que se alteraran los textos para soslayar obscenidades o expresiones paganas.

Durante toda la Edad Media el conocimiento del griego fue escaso y limitado a muy pocos estudiosos. El propio San Agustín, según nos confiesa él mismo, manejaba mal el griego [6], y el papa San Gregorio Magno lo desconoce por

---

[4] Dice Gebhart que "en el siglo XII un soplo tibio de renacimiento completamente pagano vivifica las poesías en lengua latina de los *clerici vagantes* que, partiendo de Italia y Lombardía, llevan a toda la Europa su buen humor, su gusto por el placer y la belleza" (citado por E. Faral en *La littérature latine du Moyen Âge*, Paris, 1925). El mejor estudio sobre el siglo XII creemos que sigue siendo el de H. Haskins, *The Renaissance of the twelfth century*, Cambridge, 1928.

[5] A esto, más que nada, se debe la decadencia de los estudios clásicos en el siglo XIII. Cfr. E. R. Curtius, *ob. cit.*, pág. 90.

[6] Hay que exceptuar de este desconocimiento a la cultura musulmana, que tuvo relación profunda y directa con el helenismo.

completo, si hemos de creer su rotunda afirmación: *Nam nos nec graece novimus nec aliquod opus aliquando grece conscripsimus* (Epist. XI, 55). Courcelle ha mostrado cómo en el siglo V la cultura griega había desaparecido de la Galia [7].

2. Los instrumentos gramaticales de la Edad Media

Se reducen a las gramáticas, los glosarios y las grandes compilaciones enciclopédicas. La temprana Edad Media no hizo más que reproducir las teorías gramaticales de los siglos III y IV. Hasta el siglo XI predominan como textos gramaticales el *Ars Maior* y el *Ars Minor* de Donato, y la *Institutio de arte grammatica* de Prisciano a través de Casiodoro y de Beda. Hay, sin embargo, que hacer una excepción y citar entre los gramáticos de este período al enigmático Virgilio Marón, del siglo VII, adepto de la cábala, que se permitía la libertad de alterar las formas verbales, crear palabras nuevas e inventar nombres de gramáticos para justificar sus extravagantes teorías.

La prueba de esta relación la tenemos en España, en la escuela de traductores de Toledo, alentada por el arzobispo Raimundo, que vertió al latín muchas obras de árabes y judíos (Avicena, Algacel, Ibn Gabirol, etc.), que eran en su mayoría comentarios aristotélicos. Cfr. R. Walzer, *Arabic transmision of greek thought to mediaeval Europe*, en "*The Bulletin of the John Rylands Library*", 1945, páginas 160-183. Para los traductores en general comprendidos entre los siglos XI al XIII, cfr. Renucci, *L'aventure de l'Humanisme européen du Moyen Âge* (siglos IV-XIV), Clermont-Ferrand, 1953, pág. 63.

7 Cfr. Pierre Courcelle, *Les Lettres grecques en Occident de Macrobe à Cassiodore*, Paris, 1943.

Un segundo período de los trabajos gramaticales abarca hasta el Renacimiento. En esta fase la aspiración gramatical es sintetizar la materia, y entre los trabajos fundamentales hay que incluir la gramática latina con prefacio en latín e inglés y con un vocabulario latino-inglés que escribió el pedagogo Aelfric (955-1020) y la de Petrus Helias.

A principios del siglo XIII comienzan a aparecer gramáticas que tratan de sistematizar la materia en forma lógica y especulativa. Son unas gramáticas filosóficas que, prescindiendo de las reglas y de los ejemplos ilustrativos, tan abundantes en las de Donato y Prisciano, intentan crear un sistema lógico. La más famosa de esas gramáticas, junto con el *Graecismus* de Eberardo de Béthune, es el *Doctrinale puerorum* de Alejandro de Villa Dei. Divide éste la gramática en cuatro partes: 1.ª *Orthographia,* 2.ª *Etymologia,* 3.ª *Dyasintastica,* 4.ª *Prosodia.* La etimología abarca la morfología, formación de las palabras y teoría de los accidentes gramaticales. Este término, que alternaba a veces con el de *analogía,* se venía entendiendo así desde Dionisio el Tracio y Varrón, pues el moderno sentido de ciencia que investiga los étimos de las palabras y determina las causas de su proceso evolutivo sólo aparece en el siglo XIX. La *dyasintastica* es el equivalente de la sintaxis, y la ortografía y la prosodia comprenden la fonética y el acento *.

Algunos gramáticos medievales consideraban la métrica como parte de la gramática, cosa hasta cierto punto lógica, puesto que tradicionalmente la exposición y explicación de los poetas corría a cargo del gramático, pero otros la separan de la gramática, como hace, por ejemplo, Marciano Capella, que decide por boca de Minerva que la métrica no pertenece a la gramática, sino a la música. Por lo que se refiere a la poesía, se la incorpora unas veces a la gramá-

tica y otras a la retórica. También se incluían en las gramáticas medievales los conceptos de barbarismo, solecismo, metaplasmo, figuras retóricas y sinónimos (bajo el nombre de *differentiis).*

Instrumento típico de la enseñanza medieval y consecuencia de ella fueron los glosarios, que influían grandemente en la composición y estilo. No se sabe ciertamente dónde tuvieron su origen los glosarios, si en la España visigoda, en Aquitania o en las islas Británicas. Se conservan una veintena de glosarios medievales, la mayoría de ellos de autor desconocido, y a los que se designa con las primeras palabras de su contenido: Abba, Abavus, Abstrusa, Abolita. Pero ya en el siglo XI comienzan a aparecer glosarios de autores identificados. De mediados del siglo XI es el del lombardo Papias y de finales del XII el del pisano Hugucio. Juan de Génova († 1298) compuso el popular *Catholicon,* basado en los de Papias y Hugucio. En España hay que llegar al siglo XV para encontrar el *Comprehensorium* y el *Universal vocabulario* de Alonso de Palencia.

Los glosarios compuestos a partir del siglo XI son muy parecidos a nuestros léxicos alfabéticos y representan los antecesores de los actuales diccionarios. Los primitivos glosarios no eran más que colecciones de palabras poco frecuentes o poco conocidas y notas destinadas a aclarar los textos de los autores antiguos [8].

Junto con las gramáticas y glosarios servían también como instrumento de trabajo en la Edad Media, sobre todo en el dominio clerical, las *Artes praedicandi* y *sermocinandi,* así como las enciclopedias y recolecciones de sermones.

[8] Para un conocimiento de los glosarios es interesante la obra de G. Goetz y G. Löwe, *Corpus glossariorum latinorum* (I-7), 1888-1923, Leipzig.

3. Escuelas y métodos medievales

En la Edad Media se dio la enseñanza en escuelas monásticas y catedrales [9], escuelas municipales y universidades. Estas últimas, como institución docente, llevaban el nombre de *Studium generale,* y sólo a partir del siglo XIV aparece el nombre de *Universitas* [10].

La educación escolar en las escuelas monásticas duraba ocho años y la mayor parte del tiempo se dedicaba a las disciplinas lingüísticas, es decir, al *trivium* (gramática, retórica y dialéctica), como preparación para la teología [11].

El primer lugar era para la gramática, cuya base seguía tomándose de las ya mencionadas de Donato y Prisciano [12].

---

[9] Desde un principio el monasterio es considerado como una escuela. San Benito en el prefacio de su regla asegura que desea fundar una *scola: Constituenda est ergo nobis scola dominici servitii* (edición de Schmitz).

[10] La más famosa de nuestras Universidades fue la de Salamanca, fundada en el año 1215 por Alfonso IX, rey de León. Más tarde Fernando III el Santo trasladó a Salamanca los estudios que Alfonso VIII había establecido en Palencia y que fueron el primer centro docente que funcionó en España bajo la tutela del Estado. Libro interesante para conocer la participación de España en la historia mundial de la Universidad es el de C. M. Ajo y Sainz de Zúñiga, *Historia de las Universidades Hispánicas, I. Medievo y Renacimiento Universitario,* Ávila, 1957.

[11] Sobre las escuelas monásticas es fundamental el artículo de G. Bardy *Les origines des écoles monastiques en Occident,* en "*Sacris Erudiri*", 1953, págs. 86-104.

[12] Sobre la enseñanza en los monasterios es interesante el diario de "Walafrido Strabón", que puede verse reproducido en la *Historia de la pedagogía* de A. Messer (traducción española de Sánchez Sarto, Labor, 3.ª edición, pág. 109), y para la historia de la gramática en la Edad Media son fundamentales la obra monumental de Manitius, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters,* de la que dimos noticia en un capítulo anterior, así como los trabajos de Ch.

Como libros de primeras letras tenían la mayor aceptación las fábulas esópicas de Aviano y las sentencias de Catón. Las lecturas quedaban a gusto del profesor, pero al lado de Virgilio, que ocupaba el primer lugar, se leía también a Prudencio, Tito Livio, Suetonio, Orosio, San Agustín y Séneca en indiscriminada mezcla de épocas, estilos y autores paganos o cristianos.

Por lo general, la enseñanza era lenta, pues la falta de textos obligaba a tomarlos al dictado, y sólo después de copiados se comentaban y, por fin, se aprendían de memoria [13]. Para explicar ciertos pasajes, el maestro hacía alusiones históricas, arqueológicas y mitológicas, tomándolas casi siempre de antiguos comentaristas. Pero todo esto no se puede considerar, en realidad, como una iniciación al estudio de la Antigüedad, pues la Edad Media careció del sentido histórico y no llegó nunca a percibir el carácter y el valor de la Edad Antigua.

No faltaban los ejercicios escritos en prosa y en verso, y como prueba de control se hacía al final un *dictamen metricum*, ejercicio para el que Ekkehard I de San Galo compuso el *Waltharius*, canto épico basado en las leyendas alemanas.

Thurot, *Notices et extraits de divers mss. pour servir à l'Histoire des doctrines grammaticales au moyen âge*, en "*Notices et extraits des mss.*", XXII, 2, Paris, 1868, y G. Wallerand, *Les œuvres de Siger de Courtrai*, Louvain, 1913, págs. 34 y sigs.

[13] En la Edad Media los escolares, lo mismo que en la antigua Roma, escribían en tablillas de madera recubiertas con cera, mediante un punzón o estilo que podía ser de hierro o de hueso. Para ejercicios de escritura, y especialmente para borradores, se utilizaba también el papiro. Cfr. H. Pirenne, *Le commerce du papyrus dans la Gaule mérovingienne*, en "*Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*", 1928, págs. 178-191.

Tras la gramática venía la segunda disciplina del *trivium*, la retórica, pero no orientada como en la época romana hacia la expresión adornada y el discurso bello, sino hacia la utilitaria función de la redacción de cartas y documentos, pues no debe olvidarse que, por lo general, los clérigos eran notarios y secretarios de curias y de magnates, la mayoría de los cuales no sabían escribir. Para esta clase de estudios se tomaba como modelos, más que a Cicerón y a Quintiliano, a Marciano Capella y a Frontón.

La base de la educación moral de los jóvenes lo formaba el comentario de las sentencias de los filósofos y Padres de la Iglesia [14].

La enseñanza de las Universidades en la Facultad de "Artes" fue semejante a la de las escuelas monásticas, pero constaba de dos cursos y se daba con una mayor perfección. La lectura de los clásicos no era frecuente, pues el objetivo principal de la enseñanza del latín era el perfeccionamiento de la lengua como instrumento de relación internacional entre los círculos intelectuales y las personas cultas.

En España funcionaron también aquellas escuelas monásticas y catedrales según se desprende, entre otros varios, de este testimonio de Alfonso el Sabio: "por eso manda el derecho que en cada una eglesia obispal haya maestro de gramática" [15]; y para el Rey Sabio la gramática era preferentemente el arte que enseñaba a escribir el latín, puesto que "ensenna facer las letras e ayunta dellas las palabras cada una como conviene, e face dellas razón; e por eso le dixieron gramática, que quiere dezir tanto como saber de letras ca ésta es el arte que ensenna acabar razón por letras

---

[14] Cfr. M. Roger, *L'enseignement des lettres classiques d'Ausone à Alcuin,* Paris, 1950, págs. 16-7.

[15] *Partida* I, t. V, Ley 37 (edición de la Acad. I, 221).

e por sillabas e por las palabras ayuntadas que se compone la razón" [16].

Es muy poco lo que se conoce del funcionamiento de las escuelas en la Edad Media española. No se sabe nada de la enseñanza en Salamanca, y, como afirma Américo Castro, ni siquiera podemos hacernos una idea de lo que fue su biblioteca universitaria que debió de ser muy grande. Sin embargo, en los estudios de Palencia, en Salamanca y en las escuelas eclesiásticas y monacales debieron de usarse las gramáticas y léxicos empleados en los demás países de Europa, porque, en realidad, fuera de las obras de San Isidoro, no hubo ni diccionarios ni gramáticas originales hasta finales del siglo XV [17] *.

El manual usado como base didáctica de la metrificación en la escuela poética de Ripoll durante los siglos X al XIII era el *Ars metrica* de Beda, que no era obra de consulta, sino de texto; ofrecía diferentes reglas de prosodia y de métrica, tal cual las enseñaban los antiguos gramáticos, y había en él una larga tirada de versos que, partidos según la medición por pies, tenían que aprender cantando los alumnos de Ripoll. Los versos son de Virgilio, Lucano, Juvenco, San Ambrosio, Prudencio, Paulino, Sedulio, San Próspero de Aquitania, Arator, etc. [18]. También el tratado

---

[16] *General Estoria,* I (edición de Solalinde).

[17] Américo Castro, *Glosarios latino-españoles de la Edad Media,* Madrid, 1953. Hace un magnífico estudio fonético-morfológico y lexicográfico de los glosarios españoles a los que considera de procedencia aragonesa: el de Toledo (T), el de Palacio (P) y el del Escorial (E). Sobre los manuales escolares en la época de San Isidoro pueden verse noticias en J. Fontaine, *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne Wisigothique,* Paris, 1959, págs. 750 y sigs.

[18] Cfr. Nicolau d'Olwer, *L'escola poetica de Ripoll en els segles*

De metris de Aldhelmo ofrece una larga lista de palabras con su correcta acentuación.

4. DESTACADOS REPRESENTANTES DE LA FILOLOGÍA Y DEL HUMANISMO MEDIEVAL

Reconocemos, en verdad, que es muy poco lo que de importancia produjo esta época y admitimos con Christopher Dawson que "de los cien volúmenes aproximadamente en que Migne ha compendiado lo que se conserva de la literatura de la época, sólo existen tres o cuatro que conservan aún cierta vitalidad literaria o cierto interés humano" [19]. He aquí los autores y obras principales:

Casiodoro (490-583). Fue consejero de Teodorico. Sus *Institutiones divinarum et saecularium litterarum* son orientaciones dirigidas a los mojes para los estudios intelectuales y mundanos; en el libro II estudia la gramática y la retórica y hace un parangón interesante entre Cicerón y Quintiliano, mientras que en el capítulo intitulado *De dialectica* expone todos sus conocimientos filosóficos. Son también trabajos filológicos la *Expositio in Psalterium,* donde encontró más de 120 figuras retóricas, y un tratado *De ortographia,* destinado al uso de sus monjes para la correcta transmisión de los manuscritos.

Venancio Fortunato (530-610), a quien se ha llamado el último de los poetas romanos, floreció en la corte merovingia. Fue un gran retórico y cultivador del género pane-

---

X-XIII, en "*Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*", 1915-1920, VI, págs. 3-84.

[19] C. Dawson, *Ensayos acerca de la Edad Media* (traducción del inglés por Fernández Buján), Madrid, Aguilar, 1956, pág. 211.

gírico en alabanza de príncipes y grandes señores. La Edad Media le consideró como un modelo de estilo. Fue también un gran admirador de la poesía antigua y ya en sus versos comienzan a aparecer las asonancias métricas [20] *.

San Isidoro de Sevilla (570-636). Fue el principal modelador de la cultura medieval. Sus *Etimologías* en 20 libros son una enciclopedia de todo el saber antiguo y la obra más leída y consultada durante la Edad Media. El interés de las *Etimologías* se ve acrecentado porque algunas de sus fuentes como los *Prata* de Suetonio son obras que no han llegado hasta nosotros. Trabajos filológicos pueden considerarse también el tratado *De differentiis verborum* o diccionario de sinónimos y dos libros, también sobre sinónimos, que después se llamaron *Liber lamentationum*, porque son una mezcla de gramática y de tratado de piedad [21].

Aldhelmo (639-709). Es el primer representante y fundador de la cultura latina anglosajona. Mantiene la idea de que las artes son necesarias para comprender la Biblia y que sólo como instrumentos deben estudiarse la gramática y la métrica.

Beda (673-735). Continuador de la labor cultural de Aldhelmo, pero profundamente influido por los clásicos profanos a quienes debe su estilo claro y mesurado. Alcanzó

---

20 Sobre Fortunato es interesante el libro de D. Tardi *Fortunat, Étude sur un dernier représentant de la poésie latine dans la Gaule mérovingienne,* Paris, 1928.

21 La bibliografía sobre Isidoro de Sevilla es copiosísima; ante la imposibilidad de hacer aquí ni siquiera un resumen de la misma, remitimos a la traducción de las *Etimologías* hechas por Luis Cortés y Góngora (Madrid, 1951), donde se encontrará una magnífica "introducción general" sobre San Isidoro con una exhaustiva bibliografía isidoriana, redactadas ambas por nuestro gran amigo y maestro el profesor Montero Díaz.

fama con la *Història ecclesiastica gentis Anglorum.* Como filólogo aplicó la antigua retórica al texto de la Biblia y escribió un tratado *De schematibus et tropis,* y para los jóvenes alumnos de la abadía de Yarrow compuso un tratado *De orthographia,* en el que explica ciertas palabras por orden alfabético, así como el género de los nombres, etimología y variantes ortográficas. Pero tanto Beda como Aldhelmo consideran la retórica y la dialéctica como instrumentos diabólicos usados por los heréticos y por los filósofos.

Paulo Diácono (720-797). Escribió en seis libros la *Historia Lángobardorum,* y como lexicógrafo abrevió el compendio que Festo había hecho de Verrio Flaco. Fue uno de los gramáticos italianos que Carlomagno hizo pasar a su corte para la reforma de la enseñanza.

Alcuino (735-804) fue discípulo de Beda y maestro del propio Carlomagno en la escuela palatina. Escribió más de 300 cartas sobre literatura y educación dirigidas al emperador y a varios papas.

Rábano Mauro (784-853). De Maguncia; enseñó en Fulda y se le consideraba como el hombre más culto de su época. Hizo comentarios a casi todos los libros del Antiguo Testamento. Su principal obra pedagógica, *De universo,* es una enciclopedia en 22 libros basada en las *Etimologías* de San Isidoro. Compuso también una *Excerptio de arte grammatica.*

Servato Lupo, abad de Ferrières (805-862). Hace importante obra filológica en relación con su tiempo. Su epistolario, compuesto de 133 cartas dirigidas a 52 destinatarios, lo hacen un verdadero predecesor del humanismo renacentista. Realizó también labor crítica sobre el texto de Valerio Máximo.

El personaje más famoso del siglo x es, sin duda, **Gerberto de Aurillac**, papa con el nombre de Silvestre II (999-1003) que se preocupó de recoger y transcribir manuscritos y al que se debe la conservación de los discursos de Cicerón *.

En España, además de la figura cumbre de San Isidoro, que llena con su obra toda la Edad Media, son dignos de mención los nombres de:

Martín de Braga († 580), que publicó extractos del tratado *De ira* de Séneca; **San Leandro**, obispo de Sevilla en 579; **San Julián**, obispo de Toledo (646-657), autor de epigramas satírico-didácticos y editor de Draconcio; **Braulio**, obispo de Zaragoza († hacia 646), que ordenó las *Etimologías* en veinte libros[22]; **Tajón**, obispo también de Zaragoza (651), que, tomando por modelo las *Sentencias* de San Isidoro y los *Diálogos* y las *Morales* de San Gregorio, compuso en tiempo de Recesvinto cinco libros de *Sentencias;* **San Valerio** († 695), que se preocupó de recoger y extender antiguos escritos y a quien debemos la conservación de la *Peregrinatio Egeriae.*

Recordaremos, por último, a manera de colofón, que los escritores de la España visigoda fueron literaria y lingüísticamente superiores a todos los restantes escritores de la Europa de su época.

---

22 Sobre San Braulio, cfr. el libro de Monseñor Pascual Galindo *San Braulio, obispo de Zaragoza (631-651), su vida y sus obras,* Madrid, 1950.

CAPÍTULO XIV

HUMANISMO Y FILOLOGÍA LATINA

SUMARIO: 1) Características y períodos del humanismo. — 2) Algunos rasgos de la gramática latina de los humanistas. — 3) La filología de los humanistas italianos y el genio universal de Erasmo. — 4) El período francés de la filología. — 5) El humanismo filológico anglo-holandés. — 6) La aportación filológica alemana hasta el siglo XVIII. — 7) Atisbos filológicos en los humanistas españoles.

1. Características y períodos del humanismo

Sobre el descubrimiento de los manuscritos, la fiebre bibliofílica y las características y géneros del latín de los humanistas, hemos hablado en un capítulo anterior. Expondremos, pues, aquí los problemas más estrictamente relacionados con el método de la filología humanística:

Como reacción al carácter un tanto informe de la literatura latina medieval [1], el humanismo propugna el culto a la

[1] "El concepto de la barbarie medieval, que será largamente desarrollado por la historiografía del siglo XIX, trae su origen de esta precisa idea de los humanistas, que, basándose en un problema

forma. Los primeros humanistas no leían a los autores clásicos para comprender históricamente la Antigüedad, sino para aprender el latín elegante de los clásicos. Y la misma lectura que hacían de los poetas no iba encaminada a captar la belleza de su pensamiento, sino a estudiar y extraer de ellos las formas y los preceptos a los que se ajustaba el *ars dicendi*. Por eso, y como modelos de bien decir, seguían las normas de Virgilio, de Horacio y de Cicerón.

Éste es el motivo de que los primeros humanistas fueran siempre poetas, escritores y maestros de elocuencia ante todo. Algunos de aquellos profesores humanistas llevaban una vida errante dedicados a la enseñanza de retórica y elocuencia en universidades o particularmente.

Y aquel placer estético que animaba en sus estudios clásicos a los humanistas y que, con la lectura de historiadores, oradores y poetas, les hacía adquirir la práctica de escribir y la riqueza del saber, los convertía al mismo tiempo en hombres más adecuados para la administración de la vida pública.

Rasgo característico de los primeros humanistas fue la admiración por los antiguos escritores cristianos a quienes ellos asimilaban, para los fines de estudio, a los escritores clásicos. También se debe al humanismo el resurgir del griego. Ya Petrarca y Boccaccio se preocuparon de aprenderlo; y, gracias al empeño de algunos humanistas y a su influencia sobre los gobiernos, se restauró el estudio del griego en muchas escuelas, faceta que preludiaba una de las

---

lingüístico, consideraron bárbaro a todo el que no hablara un perfecto latín, y bárbaros los siglos en que tal perfección no fue alcanzada" (F. Simone, *La coscienza della rinascita negli umanisti francesi*, Roma, 1949, pág. 32).

características fundamentales que habrían de adornar al neohumanismo de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Paso a paso el humanismo, por la multiplicidad de los conocimientos adquiridos sobre la Antigüedad y por la necesidad de interpretar, enmendar y criticar los textos, se fue convirtiendo en filología en el sentido que actualmente damos a esta palabra. "Ellos (los humanistas) proclaman como cultura lo que es objeto de sus preferencias. En primer lugar, por tanto, la Filología" [2].

Cronológicamente se pueden establecer tres grandes períodos para el humanismo:

1.° Un período de casi dos siglos, desde Petrarca hasta el saco de Roma (1527). Es el período de la búsqueda de manuscritos clásicos, de fiebre bibliofílica e imitación servil de los modelos clásicos. Esta primera etapa es de total predominio italiano. Durante ella se crean en Italia varios centros de cultura entre los que destacan la "Academia Platónica" de Florencia, presidida por Masilio Ficino; la Academia de Nápoles, fundada durante el reinado de Alfonso V de Aragón [3]; la de Roma, inaugurada por Pomponio Leto. Y el humanismo alcanza también a la curia papal desde el momento en que es proclamado pontífice Nicolás V.

2.° El período inaugurado por Erasmo (1466-1536) y por Guillermo Budé (1467-1510). Es la época de las ediciones críticas, de la erudición, de la fundación del Colegio de Francia (1530). En este período la primacía de la cul-

---

[2] R. F. Arnold, *Cultura del Renacimiento,* traducción española de S. Minguijón, Barcelona (Labor), 1936, pág. 36.

[3] Alfonso V de Aragón, llamado también el Magnánimo, fue humanista y protector de humanistas. Fundó la Universidad de Barcelona; y de él se cuenta que curó de una enfermedad con la lectura de Quinto Curcio y que suspendió una batalla porque Cosme de Médicis, su enemigo, le regaló un códice de Tito Livio.

tura humanística y de la ciencia filológica pasa de Italia a Francia.

3.º Este período puede encuadrarse entre la fundación de la Universidad de Leiden (1575) y el desarrollo de la actividad de Wolf (1759-1824). Es el período de supremacía científica anglo-holandés.

2. Algunos rasgos de la gramática latina de los humanistas

Todavía a comienzos del Renacimiento eran bastante imperfectos los métodos gramaticales. La obra que alcanzó más difusión en esta época fue la de Lorenzo Valla (1407-1457), *Elegantiae latini sermonis,* recapitulación de apreciaciones estilísticas y gramaticales en seis libros dedicados a rebatir el latín bárbaro de la Edad Media y que ya en 1563 había alcanzado 59 ediciones. Los métodos gramaticales de Valla fueron importados a España y perfeccionados por Nebrija[4]. Y fue precisamente en esta época cuando, debido a la perfección y desarrollo a que habían llegado las lenguas romances, apareció en el estudio gramatical una nueva clase de ejercicio: el de la "composición latina", que ha llegado hasta nuestros días.

Para la formación de latinistas muchos gobiernos pusieron en las Universidades profesores de poesía y de elocuencia, y a comienzos del siglo XVI se prescribió el uso de libros de texto perfeccionados y de nuevas traducciones en latín. Los estudiantes de las facultades de "Artes" habían

[4] Buenas y concretas noticias sobre la enseñanza gramatical de las lenguas clásicas desde la Edad Media se leerán en la obra de R. Sabbadini *Il metodo degli umanisti,* Firenze, 1927.

de cursar obligatoriamente asignaturas sobre los clásicos. En las escuelas catedrales y municipales el humanismo se impuso con mayor facilidad aún.

Los humanistas impugnaban la forma en que hasta entonces se venía estudiando el latín, diciendo que el solo estudio gramatical no proporciona un dominio de la lengua. Desaparecieron, pues, de la enseñanza los antiguos tratados medievales e incluso el *Doctrinale* de Alejandro de Villa-Dei y fueron sustituidos por gramáticas más breves; de esa forma, sin detenerse mucho en la gramática, se iniciaba pronto a los alumnos en la lectura de los clásicos, y este punto de vista fue defendido por Erasmo.

Sin embargo, a pesar de la aparición de la imprenta, era corriente que los maestros humanistas dictaran a la clase los párrafos de los autores clásicos que habían de leer y explicar, porque no se daba como cosa segura que todos ellos estuvieran en posesión de textos impresos.

Fundamental en el método gramatical de los humanistas era el comentario detallado sobre el texto y su ambientación, cosa que previamente había de hacer el maestro para ayudar a la perfecta comprensión de los pasajes, es decir, una prelección.

El gran pedagogo Comenio (nacido en 1592) publicó en 1631 su *Ianua linguarum reserata,* cuya idea directriz era que las palabras deben aprenderse paralelamente al conocimiento de las cosas. Y en cien capítulos, en los que reunió todos los valores científicos ordenados por materias, designó más de ochocientos objetos con sus palabras latinas, y con las ochocientas palabras formó mil oraciones.

Era opinión de Comenio que el latín debía mantenerse como lengua de relación entre todos los hombres cultos, pero que su aprendizaje convenía abreviarlo todo lo posible.

Su *Ianua* puede considerarse como el primer vocabulario básico, pues ofrecía condensado el léxico latino imprescindible. Como complemento a la *Ianua* publicó Comenio en 1633 su *Vestibulum* con las mil expresiones latinas más corrientes acompañadas de una gramática elemental. A pesar del deficiente latín en que está escrita la *Ianua,* su autor aconseja muchos ejercicios estilísticos y una imitación fiel del latín ciceroniano [5].

Base importantísima en la organización escolar de los jesuitas fue siempre la enseñanza del latín y el cultivo de la gramática latina y de la elocuencia en verso y en prosa; sin embargo, daban mucha menos importancia a la enseñanza del griego [6].

3. La filología de los humanistas italianos y el genio universal de Erasmo

Haremos un breve recorrido por las principales naciones europeas siguiendo el orden de aparición del humanismo en cada una de ellas y deteniéndonos solamente en las figuras más destacadas.

Italia es la cuna del humanismo, que puede considerarse iniciado por **Petrarca** (1304-1374). Todavía en él no hay más que un culto a la forma. Petrarca no es ni erudito ni investigador, sino poeta y aficionado a la investigación. En las

---

5 Para el ciceronianismo, véase el capítulo que en este mismo libro dedicamos al latín de los humanistas y la obra de R. Sabbadini *Storia del Ciceronianismo,* Torino, 1886.

6 Fundamental para la enseñanza del latín en la época humanística es la traducción de la *Ratio studiorum* que, con una introducción y notas, publicó M. Barberá en Padua, 1942.

cartas ficticias que dirige a los personajes de la Antigüedad clásica, cual si fuese íntimo suyo, llama a Cicerón padre y a Virgilio hermano.

Boccaccio (1313-1375). Fue el primer humanista que estudió griego y se inició en los trabajos eruditos. Extractó y tomó notas de los autores antiguos para la formación de obras históricas, geográficas y mitológicas e intentó dar una interpretación alegórica a la mitología.

Coluccio Salutati (1331-1406). No se contentó con la búsqueda de códices, sino que los colacionó, y en una de sus largas cartas de 1398, a propósito de un pasaje de Séneca, propugna la necesidad de la crítica textual. Sus observaciones en punto a conjeturas y crítica del texto revelan en él un gran instinto filológico.

Lorenzo Valla (1407-1457). Fue ya un verdadero erudito y poseía un buen conocimiento del griego. Sus *Elegantiae latini sermonis,* a las que anteriormente hemos aludido, son en realidad el programa y normas del ciceronianismo. En el año 1450 enseñaba retórica en Roma. Fue el verdadero fundador de la crítica histórica al impugnar la llamada "Donación constantiniana", o sea, la pretendida donación del estado pontificio por el emperador Constantino. Tuvo también la intención de corregir la traducción de la Biblia de San Jerónimo confrontándola con el original griego.

Ángel Poliziano (1454-1494). Es un verdadero filólogo y hermeneuta. Hace una distinción de la filología en metódica, histórica y mixta. Gran maestro de estilo y de versificación latina, italiana y griega, ocupó en 1480 la cátedra de elocuencia griega y latina en Florencia. Hizo labor crítica sobre textos antiguos corrigiendo muchos de ellos. Fue el primero que enmendó el texto de las *Pandectas,* basándose en el códice florentino, considerado por entonces como ma-

nuscrito original de Treboniano, y dispuso en orden cronológico las epístolas *Ad familiares* de Cicerón.

El papa Nicolás V (1447-1455), gran corifeo del humanismo cristiano, mandó coleccionar toda clase de manuscritos y fundó la Biblioteca Vaticana, creando, aneja a la misma, una escuela de traductores que vertieron al latín los principales autores griegos. Entre aquella pléyade de traductores destacan humanistas tan famosos como Teodoro Gaza, Jorge de Trebisonda, el cardenal Bessarion, Lorenzo Valla, Poggio y otros muchos.

Onofrio Panvinio (1529-1568). Escribió sobre antigüedades romanas; recogió cerca de tres mil inscripciones y tuvo la intención de hacer un *corpus* con todas las inscripciones del Imperio romano.

El aristotélico **Robortelli** (1516-1576), después de publicar una edición crítica de la *Poética* con erudito comentario y versión latina (1548), escribió en 1557 su *Disputatio de arte critica corrigendi antiquorum libros*, donde intentaba establecer un método para corregir los escritos de los antiguos, afirmando con ello las exigencias renacentistas de la *emendatio* y la *interpretatio*.

En este primer período humanístico se logra la recuperación e impresión de casi todos los autores antiguos con un gran número de comentarios y escolios y hasta se hacen incursiones aisladas en el campo de la arqueología, lexicografía e historia de las instituciones.

Aunque el predominio filológico pasó en el siglo XVI a Francia, como veremos más adelante, no cesó Italia de producir obras de importancia. Bastará recordar en el siglo XVIII la magnífica publicación del *Totius latinitatis lexicon* de Egidio Forcellini (1688-1768), que reemplazó al vocabulario de Calepino y al *Thesaurus* de Robert Estienne, y que pos-

teriormente fue ampliado por Furlanetto (1827-1831) y más tarde por De-Vit (1858-1879) y Corradini (1864-1890).

Distinguidos filólogos de este período son **Gaetano Marini** (1742-1815), epigrafista y arqueólogo que comentó el *Canto de los Arvales*, y **Ennio Quirino Visconti** (1751-1818), también arqueólogo que escribió sobre los monumentos de los Escipiones y una *Iconografía romana* que apareció como obra póstuma.

Eje central de todo el período humanístico, difusor del humanismo por toda Europa y caudillo de humanistas debe considerarse a la gran figura de **Erasmo de Rotterdam** (1465-1536), a quien culturalmente no cabe asignar patria definida, aunque naciera en Holanda, porque viajó constantemente de una parte a otra de Europa, siendo muchas veces protegido de magnates, príncipes y reyes [7].

Fue enemigo de la escolástica y de los monjes, a quienes satirizó acremente en su *Elogio de la locura*.

Publicó ediciones de griegos y latinos, destacando entre estas últimas la de Tito Livio, en que por vez primera aparecieron los libros XL-XLV, y las de Séneca, sobre todo la segunda edición. También sometió a examen filológico, siguiendo los pasos de Valla, el Nuevo Testamento, y otro tanto hizo después con algunos Padres eclesiásticos, entre los cuales se cuentan San Cipriano y San Agustín. Obra filológica hizo también con su tratado *De recta latini graecique sermonis pronuntiatione dialogus*, en el que intentaba corregir la defectuosa pronunciación de muchas palabras. El

---

7 Para la influencia de Erasmo en nuestra patria, la obra más completa es la ya clásica de M. Bataillon *Érasme et l'Espagne*, Paris, 1937 (hay traducción española en dos tomos de A. Alatorre, México, 1950).

De duplici copia rerum ac verborum es un tratado de estilística.

4. El período francés de la filología

En el siglo XVI pasó a Francia la primacía de los estudios filológicos. Comenzó entonces un estudio ya casi científico y con perspectivas históricas de la Antigüedad. Pasaremos revista a algunas de las figuras representativas:

Guillaume Budé (1467-1540), con sus *Annotationes in Pandectarum libros,* inauguró una nueva época en los estudios de Derecho romano. Es el primer humanista francés que abandona el criterio de la imitación artística de los antiguos por el examen crítico, y para dar al amplio campo de los estudios humanísticos el valor de ciencia, lo llama *Filología*[8], aunque todavía en su tratado *De Philologia* (1532) la concibe como elocuencia.

Dionisio Lambino (1520-1572) publicó comentarios sobre varios autores latinos. Son importantes los de Plauto, Lucrecio, Cicerón y Horacio.

Los **Stephani** constituyen una famosa dinastía de editores fundada por Henri Estienne, de París (1465-1520), de la cual **Robert Estienne** fue destacado lexicógrafo, y en 1531 publicó en tres volúmenes el *Thesaurus linguae latinae,* que representaba un progreso frente al Calepinus de 1502 y que fue editado por segunda vez en 1543. Esta obra[9] sólo fue reemplazada en 1771 por el *Lexicon* de Forcellini.

---

[8] *Liberales disciplinas nostra complectitur uno hodie nomine Philologia* (citado por Bernardino e Righi en *Il concetto di filologia e di cultura classica,* Bari, 1853, pág. 38).

[9] Era un vocabulario latino publicado por el italiano Ambrosius Calepinus, que, a su vez, representaba un considerable avance sobre

José Justo Scalígero (1540-1609). Fue el descubridor del latín arcaico con sus conjeturas al tratado *De lingua latina* de Varrón. Hizo avanzar la crítica textual con la edición de Festo, que realizó a partir de un manuscrito incompleto supliendo muchas lagunas. Editó también a Tibulo, Propercio y Manilio. Se le considera como el descubridor científico de los glosarios y fundador de la cronología como ciencia histórica. En esta rama filológica comprendió que no podía existir ninguna fundamentación histórica sin un seguro sistema cronológico, y él lo estableció con su *De emendatione temporum* (1583) y el *Thesaurus temporum* (1606), que englobaba todas las cronologías hasta entonces conocidas, comenzando por la crónica de Eusebio. Por último, fue también fundador de la epigrafía, pues en sus viajes recogió numerosas inscripciones antiguas y compuso los índices para las inscripciones de Gruter, que sirvieron después como modelo para el *Corpus inscriptionum latinarum.*

Isaac Casaubon (1559-1614). Hizo comentarios a Suetonio y a Persio y publicó el tratado *De satirica Graecorum poesi et Romanorum satira* (1605).

Carlos du Fresne, señor Du Cange (1610-1688). Adquirió relevante fama con su *Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis* (1678).

5. El humanismo filológico anglo-holandés

Durante todo el siglo XVII domina en el campo filológico Holanda, si no por la calidad, al menos por la cantidad de sus producciones:

---

los glosarios de la Edad Media y los léxicos que sustituyeron a aquéllos.

Justo Lipsio (1547-1606). Es el más destacado representante de la filología holandesa. Hizo buenas críticas de textos latinos y trabajó sobre todo en Tácito y Séneca, aunque también publicó ediciones de Valerio Máximo, Plinio y Veleyo Patérculo. Sobre antigüedades trató en *Variae lectiones* (1569), y escribió algunos otros tratados de instituciones romanas.

Hugo Grocio (1583-1645). Publicó una traducción de Marciano Capella y editó a Lucano y a Silio Itálico.

Juan Gronovio (1611-1671). Es famoso por sus ediciones de Tito Livio y de Séneca.

Nicolás Heinsio (1620-1681). Buen poeta latino. En sus viajes por Francia, Inglaterra e Italia colacionó numerosos códices e hizo varias restauraciones y enmiendas, a veces un tanto arriesgadas, a varios poetas latinos. Su mejor trabajo es la edición de Ovidio, pero también se preocupó de Virgilio, Prudencio y Valerio Flaco.

Juan Grevio publicó en 12 tomos un *Tesoro de las antigüedades romanas* (1699), y otro *Tesoro de las antigüedades itálicas* en 15 tomos.

A pesar de todo, se reconoce unánimemente que el nivel de la filología en el siglo XVII es bajo y falta la fuerza mental para una reorganización rigurosa del saber, quizá porque la filosofía de este siglo es racionalista y desprecia las disciplinas que no son reducibles a número, peso y medida.

A finales del siglo XVII y principios del XVIII se traslada a Inglaterra el centro de la actividad filológica europea, representada de manera especial en **Ricardo Bentley** (1662-1742), que se dedica a la crítica de textos, pero con un método lógico y objetivo; para él, estas cualidades valen más que un centenar de códices. Aunque se dedicó con preferencia al griego, editó también autores latinos, entre

ellos a Terencio, junto con Publilio Siro y Fedro, pero su edición más famosa fue la de Horacio (1711), en la que alardeaba de haber enmendado el texto tradicional en más de 700 pasajes. Su influencia sobre los filólogos posteriores fue muy grande.

Otro gran representante de la filología inglesa es **Eduardo Gibbon** (1737-1794), que escribió una magnífica *History of the Roman Empire*, que en sus líneas fundamentales continúa siendo de actualidad.

6. La aportación filológica alemana hasta el siglo XVIII

Aunque el período de florecimiento de la filología alemana es el siglo XIX, y de él hablaremos en el próximo capítulo, no faltaron destacados humanistas en los siglos anteriores.

Juan Reuchlin (1455-1522). Trabajó y enseñó en varias universidades de Alemania meridional y redactó, para facilitar la lectura de los autores latinos, un *Vocabularius breviloquus*, que se imprimió veinticinco veces entre los años 1478 y 1502. Conocía también el griego y el hebreo, lenguas que enseñó en varias ciudades.

Felipe Melanchton (1497-1560). Escribió una gramática latina que alcanzó 84 ediciones desde 1525 a 1757 y publicó también varios manuales, ediciones y comentarios para uso escolar.

Joaquín Camerarius (1500-1574), considerado como el mayor filólogo del siglo XVI. Enseñó en la Universidad de

Leipzig durante más de treinta años. Conocía perfectamente el griego y publicó numerosas ediciones de autores latinos, la más famosa de las cuales es la de Plauto.

En el siglo XVII el mayor filólogo alemán es **Gruter**, profesor de la Universidad de Heidelberg, que recogió inscripciones y publicó varios autores latinos (Tácito, Livio, Cicerón). A él se debe la división actual de los libros de Tito Livio en capítulos. En sus *Suspiciones* explicó y enmendó varios pasajes de Plauto, Séneca y Apuleyo.

En el siglo XVIII florecen en Alemania insignes filólogos que presagian y preludian la gran actividad y los avances de la filología en el siglo XIX.

Juan Alberto Fabricio (1668-1736) es el autor de la famosa *Bibliotheca latina,* repertorio biográfico y bibliográfico de todos los escritores latinos clásicos, que más tarde completó con la *Bibliotheca latina mediae et infimae aetatis.* Compuso también una *Bibliotheca Graeca* más importante aún que las anteriores.

Juan Joaquín Winckelmann (1717-1768), eminente arqueólogo cuya obra fundamental *Die Geschichte der Kunst des Altertums* llevó por primera vez luz a la historia del arte elevándola a la categoría de verdadera ciencia histórica y dividiéndola en cuatro períodos (arcaico, severo, bello y de imitación).

Christian Gottlob Heyne (1729-1812), catedrático de Göttingen y maestro de Goethe. Puso en viva relación la historia antigua con la moderna y advirtió la gran importancia que tenía el derecho para la comprensión de la historia romana: *antiquitas romana imprimis iuris romani.* Su actividad se extendió a todos los campos de la filología clásica: historia, arqueología numismática, mitología, etc. Entre sus

ediciones de textos, la más importante es la de Virgilio[10]. Ejerció gran influencia sobre los filólogos posteriores, la mayoría de ellos discípulos suyos, tales como Voss (el traductor de Homero), Wolf, Humboldt y los hermanos Schlegel *.

7. Atisbos filológicos en los humanistas españoles

Tampoco faltaron en España humanistas con inquietudes filológicas. Recordaremos solamente los más salientes:

Hernán Núñez de Guzmán (1463-1553). Llamado el comendador griego por sus grandes conocimientos de la lengua griega. Fue uno de los precursores de la filología y crítica verbal. Conocía también el hebreo y fue catedrático de Retórica en la Universidad de Alcalá. Más tarde explicó griego en Salamanca. Hizo ediciones críticas de Séneca, Plinio y Pomponio Mela.

Luis Vives (1492-1540). Fue el pedagogo más importante del siglo XVI. Consideraba como materia fundamental en la enseñanza el conocimiento del latín clásico y, al mismo tiempo, propugnaba la necesidad del griego como medio para comprender perfectamente el latín. En su tratado *De tradendis disciplinis* mantiene que los antiguos son la fuente principal para el conocimiento de las cosas. Revisó y comentó *La Ciudad de Dios* de San Agustín, y en sus *Diálogos* demostró la utilidad de la gramática y de la retórica. Hizo también un comentario alegórico a las *Bucólicas* de Virgilio.

---

[10] Todavía hoy tienen valor y son dignos de leerse el prefacio y las dos disquisiciones que sirven de introducción a su comentario, *De carmine epico virgiliano* y *De rerum in Aeneide tractarum inventione*.

Antonio de Nebrija (1444-1532). Profesor de elocuencia latina en Salamanca y Alcalá. Sus *Introductiones latinae* (1481), con las que difundió el método racional de Lorenzo Valla, han estado vigentes durante siglos, y su *Gramática castellana* aún la consultan los filólogos. Por encargo del cardenal Cisneros revisó los textos latinos y griegos de la *Políglota complutense.*

Jerónimo de Zurita (1512-1580). Imitador de Tácito, aunque sin gran fortuna, notable estilista latino y comentador de César, Claudiano y Terencio.

Antonio Agustín (1517-1586). Notable jurisconsulto, canonista, arqueólogo, humanista y filólogo. Fue el primer editor de los fragmentos de Festo y del *Epitome* de Paulo. Entre sus muchas obras, son de importancia para los estudios filológicos el tratado *De legibus et senatus consultis.* Nadie antes que él publicó en España ediciones correctas del código de Justiniano. Estableció para la epigrafía, heráldica y numismática una clasificación razonada, metódica y de carácter científico. Fue uno de los que mayor impulso dieron a la imprenta en España, y como bibliógrafo introdujo el sistema de catalogación por materias.

Francisco Sánchez de las Brozas (el Brocense) (1523-1601) escribió unas *Verae brevesque grammaticae latinae institutiones* (1562), parte de las cuales redactó en español. También publicó en verso un *Arte para saber latín.* Editó y comentó las *Bucólicas* de Virgilio y el *Ibis* de Ovidio, pero la edición más importante que hizo de autores clásicos fue la de Pomponio Mela. Tanto en sus estudios gramaticales como en sus comentarios, el Brocense apunta ya un sentido moderno de la filología latina. Para él, el latín era una lengua muerta y se mostraba enemigo de los neologismos por muy lógicos y fundados que ellos pudieran ser.

Menéndez Pelayo le considera como el padre de la gramática general y de la filosofía del lenguaje.

Pedro Simón Abril (1530-¿1590?). Escribió el tratado *Latini idiomatis docendi et discendi methodus,* sin fecha ni lugar de impresión. Poseía grandes conocimientos filológicos. Tradujo las comedias de Teréncio y varias cartas y discursos de Cicerón.

Juan Luis de la Cerda (1560-1643). Jesuita, profesor de elocuencia y poesía. Publicó una magnífica edición crítica de Virgilio en tres tomos (1619) que hasta el momento sigue siendo consultada con provecho por los comentaristas.

CAPÍTULO XV

LA FILOLOGÍA CLÁSICA Y LA LINGÜÍSTICA DESDE EL SIGLO XIX HASTA NUESTROS DÍAS

SUMARIO: 1) El neohumanismo. — 2) Aplicación de los métodos científicos a la filología. — 3) El campo de la filología clásica y sus cultivadores más representativos. — 4) La lingüística comparada. — 5) Lingüística psicológica. — 6) El entronque de la filología clásica con la lingüística. — 7) Las modernas tendencias en la lingüística.

1. EL NEOHUMANISMO

A finales del siglo XVIII y principios del XIX se produjo en Alemania un amplio movimiento en el campo de los estudios clásicos que preconizaba la armonía entre el interior y el exterior de los hombres, que repudiaba tanto el concepto formal del viejo humanismo como la mera erudición, y se esforzaba por enlazar la espiritualidad de los modernos con la belleza antigua. Esta nueva corriente intelectual está unida a la Antigüedad por una relación más libre. No se siente una dependencia tan inmediata de aqué-

lla como en los siglos anteriores, y ya no constituye preocupación fundamental la adquisición de la elocuencia o de las elegancias retóricas. El neohumanismo, que corre paralelo al romanticismo y que, en cierto modo, está relacionado con él, se distingue, entre otras, por las siguientes características:

1.ª Reconoce la importancia de la instrucción en la lengua materna y valora en toda su amplitud la propia literatura nacional.
2.ª Mantiene el latín como lengua erudita, pero coloca en primer término la lectura, a la que da gran importancia como elemento de formación estética, intelectual y moral.
3.ª Defiende y preconiza el estudio del griego con gran entusiasmo; y el latín, que en el primitivo humanismo ocupaba lugar preferente, comienza a ser desbordado por la cultura helénica considerada como estructura modelo de la humanidad.

Precursores del movimiento neohumanista fueron:

Charles Rollin (1661-1741), con su *Traité des études classiques*, y **J. M. Gesner** (1691-1761), reformadores de la instrucción clásica en Alemania.

Pero dentro ya del movimiento neohumanista descuellan las figuras de:

J. Winckelmann (1717-1768), al que nos hemos referido en el capítulo anterior. Fue el verdadero descubridor del arte griego, y con un depurado gusto, en el que había más intuición que conocimiento científico, dio a conocer las cualidades esenciales de dicho arte en sus *Pensamientos sobre la imitación de las obras griegas en la pintura y la escultura* (1755).

Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781). Magnífico crítico y apreciador de la literatura antigua en su aspecto estético. Escribió atinados paralelos entre autores antiguos y modernos, preocupándose, entre los latinos, de Plauto, Terencio y Séneca. Su obra la continuó:

Juan Godofredo Herder (1744-1803), que, aunque estudió principalmente la literatura griega, también prestó atención a la latina, sobre todo en la figura de Horacio. Discurrió con profundidad acerca del lenguaje, distinguiendo las lenguas en tres clases: monosilábicas, flexivas y aglutinantes. En el campo histórico puso los cimientos del nuevo concepto de la historia con sus *Ideas sobre la historia de la humanidad* (1784-1787).

2. Aplicación de los métodos científicos a la filología

Es cierto que dentro del campo de las disciplinas literarias la filología desempeña el mismo papel que las matemáticas respecto a las ciencias físicas, y que las verdades, de hecho, solamente pueden obtenerse mediante la filología, pues lo mismo que la geometría basa sus demostraciones en las figuras, la filología las basa en los textos[1].

Ya desde la época humanística la filología clásica venía depurando y perfeccionando sus métodos hasta el punto de llegar a una sorprendente exactitud en la restauración e interpretación de los textos.

Durante mucho tiempo la tarea del filólogo se redujo a juzgar a los autores y a los textos mediante normas pre-

[1] E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina* (traducción española de Alatorre), México, 1955, pág. 12.

establecidas, preocupándose únicamente de saber en qué medida sus obras y su lengua se acomodaban al canon ideal establecido para los géneros y estilos y considerando la obra literaria tan sólo desde el punto de vista artístico y estético.

Poco a poco, como hemos visto, la filología cambió su finalidad y, abandonando los comentarios ditirámbicos y admirativos, dedicó su atención a hacer comprender los textos buscando en ellos la revelación del pensamiento y la vida.

Pero, al llegar el siglo XIX, el gran desarrollo de las llamadas ciencias positivas y sus métodos alcanzaron también a la filología, y desde entonces hasta nuestros días lo que ha ganado en precisión y en rigor científico lo ha perdido en sensibilidad y apreciación estética. Es decir, se ha roto ese equilibrio de fuerzas que eran el credo del neohumanismo. Y, como consecuencia, la moderna filología cultiva más la investigación que la interpretación. Antes de pasar adelante, veamos lo que el siglo XIX aportó a la filología clásica por lo que se refiere a métodos y perfección instrumental [2].

1.° **La aplicación de métodos experimentales**, que dieron como consecuencia la aparición de nuevas ramas del conocimiento filológico. La arqueología, por ejemplo, adquirió perspectivas nuevas con la obra de Schliemann, que hace historia aplicando las prácticas del explorador. Se descubren los papiros, y mediante la aplicación de procedimientos físico-químicos se logra su desciframiento y la incorporación de la papirología como una nueva rama de la filología clásica. En ciertos aspectos se favorecen también de las nuevas

---

[2] Los puntos aquí expuestos están tomados fundamentalmente de la obra de G. Highet *La tradición clásica* (traducción española de Alatorre), México, 1954, t. II, págs. 261 y sigs.

técnicas la antropología, la lingüística y otras ramas del saber.

2.° **Aplicación del método científico** para revisión y reelaboración de ramas del saber clásico ya anteriormente establecidas. Así se analizó críticamente la historia del mundo clásico, se hicieron calas en el campo de la literatura medieval, sometiendo a un detallado y riguroso examen tanto aquellas obras como las de la literatura clásica.

3.° **Centralización,** que dio como resultado la aparición de los grandes repertorios, diccionarios y *corpus*. Así nacieron las grandes enciclopedias de Daremberg-Saglio y de Pauly-Wissowa, el *Corpus inscriptionum latinarum,* el *Thesaurus Linguae Latinae,* los *Monumenta Germaniae Historica,* etc.

4.° **Producción en masa.** Otro sistema tomado también de las técnicas científicas, que vino a resolver el problema de la escasez de textos y la incomodidad de las copias que todavía existía en la época humanística, como más atrás dejamos apuntado. Aparecieron, pues, las grandes colecciones de textos (Teubner, Oxford, Didot) y las ediciones anotadas, así como las series de traducciones, instrumentos todos que permitieron la difusión de la cultura clásica entre un público más numeroso y ahorraron tiempo a los escolares.

5.° **Especialización.** Comenzaron a aparecer libros, artículos y monografías sobre puntos concretos y autores determinados a la vez que se iniciaba la publicación de revistas especializadas en que recoger las investigaciones y datos orientados en un determinado sentido, como veremos más adelante, y que iban surgiendo a medida que se perfilaban nuevas tendencias científicas u orientaciones progresivas en el campo de la filología clásica.

6.º **Fundación de sociedades sabias** que permitieron las reuniones de eruditos, el intercambio de correspondencia y la mutua crítica de sus trabajos e investigaciones en orden al interés común de la ciencia y al desarrollo de los estudios clásicos.

3. El campo de la filología clásica y sus cultivadores más representativos

A partir del siglo XIX es Alemania quien domina en el campo de la filología clásica, y alemanes son también la mayoría de los más eximios representantes de nuestra ciencia, sin que por ello las otras naciones europeas dejen de aportar sabios y teorías de innegable valor e interés. Se produce un gran avance en la crítica textual y se aplica una rigurosa técnica filológica a la investigación histórica. Florece la papirología en Inglaterra, y en Italia y Francia aparecen destacados epigrafistas, historiadores y arqueólogos. Dando siempre preferencia a la producción en el terreno de lo latino, vamos a echar una rápida ojeada a los principales representantes de la filología y a sus producciones.

Los historiadores de la filología consideran que este último período de nuestra ciencia tiene su punto de partida en la gran figura de:

Augusto Wolf (1759-1824), estimado como el padre de la moderna filología clásica. Fue catedrático en Halle y en Berlín y supo interpretar históricamente los hechos de cultura del mundo antiguo. Aunque se dedicó principalmente a estudios griegos y adquirió la máxima celebridad con sus *Prolegomena ad Homerum*, donde replantea, en forma mu-

cho más erudita de lo que hasta entonces se había hecho, la llamada Cuestión homérica, publicó también en 1787 una *Historia de la literatura romana* y preparó ediciones de autores latinos. Estas ediciones no siempre están hechas con buen acierto, y no nos parece fuera de propósito recordar aquí que Wolf, siguiendo el criterio del jesuita español Padre Juan Andrés, fue quien con más ahínco negó la autenticidad del *Pro Marcelo* de Cicerón, sin tener en cuenta la fuerza probatoria de los numerosos testimonios y citas de autores antiguos.

Godofredo Hermann (1772-1848). Elegante escritor en lengua latina como casi todos los filólogos de su época. Jefe de la escuela auténticamente filológica que se preocupaba fundamentalmente de gramática, métrica, estilística y crítica textual. Defendió el estudio de la gramática como ciencia independiente y trató de organizarla con arreglo a la lógica kantiana. Su actividad se dirigió, sobre todo, al campo griego, pero también hizo buenas ediciones de textos latinos, como fueron las del *Trinummus* y las *Bacchides* de Plauto. Discípulos suyos fueron **Haupt** (1808-1874), editor de la *Germania* de Tácito, y **Meineke** (1790-1870), famoso por la conocida ley métrica que lleva su nombre, y según la cual todas las odas de Horacio tienen un número de versos divisible por cuatro y se deben descomponer en estrofas de cuatro versos.

Bartoldo Jorge Niebuhr (1776-1831). Profesor en Berlín, aunque había nacido en Copenhague. Historiador de elevada talla que insistió en la información de primera mano y que, mediante paralelos con otras fuentes y hechos contemporáneos, desarrolló nuevos métodos para llenar científicamente las lagunas de los historiadores clásicos. Según su teoría, conviene desconfiar de los historiadores que escriben a mu-

cha distancia de los hechos y buscar las fuentes de que ellos se sirvieron. En los tres volúmenes de su *Historia de Roma*, comenzada en 1811, estudió críticamente y con penetrante agudeza las tradiciones sobre la antigua historia de Roma, tal como las narra Tito Livio, relegándolas a la categoría de leyendas.

Federico Ritschl (1806-1876). Excelente pedagogo y organizador. Profesor de las Universidades de Bonn y de Leipzig. Fue el verdadero iniciador de los estudios sobre el latín arcaico con una magnífica recensión del texto de Plauto, largo tiempo abandonado. Intentó resolver todas las cuestiones relativas a la métrica, prosodia e historia literaria de la época arcaica, por cuyas inscripciones mostró también gran interés. Por iniciativa suya, la Academia de Viena comenzó la famosa edición de los *Padres latinos de la Iglesia.* Su sucesor en la Universidad de Leipzig, **Otto Ribbek** (1827-1898), publicó los fragmentos de los poetas dramáticos latinos y trató de reconstruir las tragedias latinas de época republicana.

Manuel Bekker (1785-1871). Viajó por toda Europa adquiriendo, por encargo de la Academia de Berlín, centenares de manuscritos y publicó buenas ediciones de Tito Livio y de Tácito.

Carlos Lachmann (1793-1851). Amplió grandemente el campo filológico y le enriqueció con los nuevos métodos que aplicó a la crítica textual. A él se deben los procedimientos de la *recensio* y la *emendatio*, que comenzó aplicando al estudio y edición crítica del Nuevo Testamento (1842) y que continuó después en la edición de Lucrecio, que hasta el día de hoy conserva valor. Demostró que la base para la crítica textual consistía en la comparación de manuscritos, pero con miras a determinar su filiación y relaciones. Trató

por vez primera de reconstruir los testimonios perdidos y probó que la abundancia de las variantes en un aparato crítico no bastaba para dar carácter crítico a una edición, sino que se necesitaba una clasificación comparada de las variantes. Hizo también ediciones de Catulo, Propercio y Tibulo.

Francisco Buccheler (1837-1908). Dotado de un excelente sentido crítico para la estilística y de una maravillosa intuición filológica, fue uno de los que con más acierto editaron textos latinos, entre los que merecen citarse los de Petronio, Frontino y los *Carmina epigrafica*.

Teodoro Mommsen (1817-1903). Se sintió atraído principalmente por la historia, el derecho y la epigrafía. Partiendo del derecho, penetró hasta los menores detalles de la Antigüedad romana. Tras estudiar concienzudamente los dialectos itálicos, las monedas, la cronología y las inscripciones, escribió su monumental *Historia Romana* (1854-56), que sólo abarca el período republicano. El cuarto volumen no llegó a publicarse, y el quinto lo publicó treinta años después. Fue el organizador y realizador del plan de la Academia de Berlín para editar el *Corpus Inscriptionum latinarum*. Editó también las *Digesta* y algunos libros de Tito Livio y comentó el *Monumentum ancyranum*.

Eduardo Wölfflin (1831-1908) publicó importantes estudios sobre el estilo y la sintaxis de Plauto y editó los libros XXI-XXIII de T. Livio. Se le considera como el fundador de la sintaxis histórica latina.

Ludwig Traube (1861-1907). Elevó la paleografía latina a la categoría de ciencia y fue el mejor conocedor de la literatura y de la filología latina medieval, de la que nos ofrece una clara visión en su *Einleitung in die lateinische Philologie des Mittelalters*.

Eduard Norden (1868-1941). Se hizo famoso con su obra *Die antike Kunstprosa,* que ha pasado a ser imprescindible en nuestros estudios y que es una especie de historia del estilo en la literatura clásica. Escribió también una *Römische Literatur* (1933, 3.ª ed.).

Entre los daneses brilla como primera figura de la filología clásica **Juan Nicolás Madvig** (1804-1886), que llegó a ser rector de la Universidad de Copenhague y destacó grandemente en la crítica textual. Sus trabajos más famosos son las *Emendationes Livianae* y la edición comentada del tratado *De finibus* de Cicerón.

En Inglaterra sobresalen, entre otras figuras:

Walace Martin Lindsay (1858-1937), editor afortunado de muchas obras latinas (Nonio Marcelo, Marcial, Plauto, San Isidoro, Terencio) y autor de *The Latin Language* (1894) y *An introduction to latin textual emendation* (1896).

Alfred Edward Housman (1859-1936). Buen poeta y crítico literario. Fue profesor de la Universidad de Londres y su fama en el mundo de la filología clásica se debe a las magníficas ediciones críticas que hizo de los autores latinos Propercio, Juvenal, Lucano y Manilio.

A estos nombres habría que añadir otros muchos como los de **Sellar,** excelente crítico literario, y **Nettleship,** destacado lexicógrafo, así como los de los corifeos de la papirología **Grenfell** y **Hunt.**

Francia ha dado también eminentes filólogos en los últimos años. Recordaremos a:

Luis M. Quicherat (1799-1884), que publicó el *Thesaurus poeticus linguae latinae;* **Fustel de Coulanges** (1830-1889), que, de acuerdo con las ideas de Niebuhr, exigía siempre un texto escrito o pruebas concretas para dar por cierto cualquier dato de la historia antigua, pero cuyo defecto

consistió en no criticar demasiado a fondo los documentos mismos que exigía. En su obra capital, *La Ciudad antigua* (1864), mantiene la teoría de que la religión es el factor determinante en la historia de las instituciones.

Gaston Boissier (1823-1908). Excelente historiador que a la claridad, amenidad y elegancia en la exposición unía la profundidad y la erudición. Universalmente conocidos son muchos de sus trabajos sobre la Antigüedad romana: *Cicerón y sus amigos, La oposición bajo los Césares, El fin del paganismo, Paseos arqueológicos, La religión romana de Augusto a los Antoninos,* por citar sólo algunos.

Otros nombres famosos de la filología francesa son los de **Alfredo Croiset, Luis Havet, Fermín Didot,** en los que no podemos detenernos.

Los italianos cuentan con figuras tan salientes como las del cardenal **Angelo Mai** (1782-1854), descubridor de palimpsestos y editor de varias obras latinas; **Domenico Comparetti** (1835-1925), cuya fama va unida a su magnífica obra *Virgilio nel Medio Evo* (1872); **Remigio Sabbadini** (1850-1934), gran investigador de la historia humanística en su ya clásica obra *Le scoperte dei codici latini e greci nei secoli XIV e XV* (1905).

Ettore Pais (1856-1939). Profesor de historia antigua, al que han hecho célebre sus numerosos trabajos sobre historia romana.

Para dar una idea más completa de lo realizado en el campo filológico durante el siglo XIX y los años transcurridos del XX serían necesarias muchas páginas que convertirían esta exposición en una voluminosa historia de la filología latina, cosa que no pretendemos. Sólo añadiremos, como colofón a este apartado, lo que con gran acierto y con no menos convencimiento dice E. R. Curtius: "Los filólogos,

como los músicos, pueden clasificarse en buenos y malos, pero hasta de los malos podemos aprender las más de las veces alguna cosa útil" [3].

4. La lingüística comparada

Aunque la filología y la lingüística se ocupan ambas del lenguaje, la primera lo hace desde el punto de vista literario e histórico, mientras que la lingüística [4] se preocupa del lenguaje en sí mismo e investiga sus orígenes y evolución. Por tanto, al filólogo solamente le interesan las lenguas que tienen atestiguada una literatura cuyos textos son el motivo de sus estudios para descubrir, a través de ellos, la vida y la cultura de la época en que fueron escritos. El lingüista dirige su atención a toda clase de lenguas y a las posibles relaciones entre las mismas, aunque su influencia cultural y literaria sobre las lenguas clásicas sea nula. Pero la Antigüedad y la Edad Media tomaron solamente en consideración el lenguaje escrito y desestimaron el lenguaje hablado. Por otra parte, desde los primeros trabajos filológicos de los alejandrinos, pasando por los humanistas, hasta llegar a las postrimerías del siglo XVIII, la filología sólo había prestado atención preferente a los textos y hechos gramaticales de una sola lengua. Apenas unos tímidos ensayos comparativos se

[3] E. R. Curtius, *ob. cit.*, pág. 548.

[4] Sobre la palabra *lingüística* puede verse el siguiente eruditísimo artículo con un enorme acopio de datos que agota la materia: Moldenhauer, *Notas sobre el origen y la propagación de la palabra "lingüística" y términos equivalentes,* en "*Anales del Instituto de lingüística*", Universidad de Cuyo, Mendoza, 1957, t. VI, págs. 430-444.

intentaron en el tratado *De lingua latina* de Varrón y en el vocabulario de Festo.

La aparición del método comparativo es una conquista del siglo XIX y constituye el primer período de la lingüística indoeuropea. Su creación se debe exclusivamente a sabios alemanes y daneses, y esta lingüística comparada que también se llama, y no es otra cosa que gramática comparada, fue el primer eslabón de la cadena de investigaciones metódicas sobre el desarrollo histórico de los hechos naturales y sociales.

Nació la lingüística comparada a consecuencia del conocimiento del sánscrito, y fue **Bopp** (1791-1867) quien vio las claras relaciones existentes entre el sánscrito y otras lenguas de Europa y sacó de esas relaciones un conjunto de doctrinas. Sin embargo, hacía ya muchos años que **Felipe Sassetti** (1585) había notado varias analogías (como, por ejemplo, la de los numerales) entre el sánscrito, el griego y el latín, pero sin concebir la idea de que todas esas lenguas tuvieran entre ellas un estrecho parentesco y mucho menos que procedieran de un mismo tronco.

En 1816, Francisco Bopp publicó su primera obra: *Ueber das Conjugationssystem der Sanskritsprache in Vergleichung mit jenem der griechischen, lateinischen, persischen und germanischen Sprache.* Este primer intento lo coronó Bopp con la publicación de su *Vergleichende Grammatik* (1833-1852), en la que incluyó además el lituano, el zendo y el antiguo eslavo; y en su segunda edición, también el armenio (1857-1861).

Pero Bopp se limitó solamente a poner en relación unas con otras las formas gramaticales de las lenguas y no vio en los cambios de aquellas formas más que una degeneración progresiva. Por otra parte, la finalidad de su método

comparativo no fue establecer la identidad inicial de todas aquellas lenguas en un tronco común. Por eso dice muy acertadamente Meillet que "Bopp ha encontrado la gramática comparada tratando de explicar el Indoeuropeo como Cristóbal Colón descubrió América buscando la ruta de las Indias" [5].

No atisbó Bopp la importancia del método histórico y además se ocupó casi exclusivamente de la morfología, sobre todo de la flexión, pero la fonética y la sintaxis tuvieron en su obra una representación casi nula.

El camino abierto por Bopp dentro del campo comparatista fue seguido por Rask, Grimm, Diez, Zeuss, Pott, Kuhn, Schleicher y otra pléyade de investigadores.

Kristian Rask (1787-1832) reconoció, por la misma época que Bopp, el parentesco entre las lenguas germánicas con el griego, latín y balto-eslavo. Su obra principal se intitula *Investigaciones sobre el origen de la antigua lengua nórdica o islandesa.* Hizo atinadas observaciones sobre la etimología y mantuvo el principio de que lo más importante en el método comparativo no son las coincidencias de léxico, sino la conformidad de los elementos gramaticales. Sin embargo, no dio importancia al conocimiento del sánscrito, y en sus exposiciones científicas se limitó a las ideas generales, sin descender, como Bopp, al detalle menudo. Por estar escritos en danés la mayor parte de los trabajos de Rask, permanecieron casi desconocidos para un amplio campo de lectores.

Pero el método comparativo, para el cual las lenguas escritas solamente son accesibles mediante la tradición escrita, puso de manifiesto que un conocimiento más profundo

---

[5] A. Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes,* Paris, 1937, pág. 458.

de la naturaleza de los fenómenos lingüísticos sólo podía venir del estudio de las hablas dialectales y de las lenguas vivas. Los germanistas y los romanistas, como ya hemos dicho en otra ocasión, se aprovecharon del descubrimiento para impulsar el desarrollo de sus respectivas filologías con método histórico. Y así surgieron las figuras de:

Jacobo Grimm (1785-1863), fundador de la Gramática histórica a partir de la lingüística germánica con su *Gramática alemana,* en la que, tomando ideas de Rask, hace un estudio histórico de todas las lenguas góticas y revaloriza la totalidad de las formas lingüísticas, lo mismo las bajas y usadas por el pueblo que las cultas, y tanto las de épocas áureas como las de períodos decadentes. Otras veces desarrolla teorías ya apuntadas por el mismo Rask, como, por ejemplo, el problema de la rotación consonántica, llamada también "ley de Grimm"[6]; y en la parte cuarta de su *Gramática alemana* hace un ensayo magistral de descripción histórica de hechos sintácticos.

Federico Diez (1794-1876). Profesor de Bonn. Funda la filología románica con su *Grammatik der romanischen Sprachen* (1836-1844), seguida de obras tan importantes como *Etymologisches Wörterbuch der romanischen Sprachen* (1853) y *Altromanische Glossard* (1865). Demuestra Diez que las lenguas romances surgen por evolución del latín vulgar, no del literario; que el latín clásico y el vulgar no son dos lenguas que se hayan desarrollado independientemente, y que el latín escrito se apoya mucho más en el latín vulgar que en el pasado literario. La labor de Diez fue continuada por

[6] Según esta ley, las consonantes explosivas labiales o velares indoeuropeas precedidas inmediatamente del acento se transforman en germánico en sus correspondientes fricativas.

romanistas tan famosos como **Schuchardt, Seelmann, Gastón Paris, Meyer-Lübke** y **Ascoli**.

Siguiendo estas mismas directrices, **Gaspar Zeuss** (1806-1856) inaugura la lingüística céltica con su *Gramática céltica* (1853); y gran interés prestan al léxico indoeuropeo **Augusto Pott** (1802-1887) con sus *Etymologische Forschungen* (1833-36), considerado como el creador de la etimología y de la fonética comparada de las lenguas indoeuropeas, y **Alberto Kuhn** (1812-1881), "principal fundador y segundo mantenedor de la lingüística comparada", como le llama Thomsen[7]. Fue él quien fundó en 1852 la primera revista que habría de canalizar aquellos estudios: la *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung*.

Por su parte, **Augusto Schleicher** (1821-1868), contagiado por los métodos de las ciencias naturales, trata de sistematizar los hechos. Se dedica principalmente a la fonética, y en sus *Sprachvergleichende Untersuchungen* (1848) intenta establecer leyes de valor general para todas las lenguas, a la vez que inaugura la lingüística eslava con su magnífica *Gramática lituana* (Praga, 1856-1857). La labor fundamental de Schleicher consistió en dar una perspectiva histórica al método comparativo y reunir las aportaciones y resultados conseguidos hasta entonces en la lingüística indoeuropea en su *Compendium der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen* (1861). Más tarde, basándose en principios darwinianos, elaboró su teoría de la vida del lenguaje y publicó en 1863 *Die Darwinische Theorie und die Sprachwissenschaft*, donde claramente reconoce para la lengua el mismo método que para las ciencias naturales. Fue

---

[7] G. Thomsen, *Historia de la lingüística* (traducción española de J. de Echave-Sustaeta), Labor, Barcelona, 1945, pág. 89.

Schleicher el primer lingüista que emitió la teoría del árbol genealógico o *Stammbaumtheorie,* según la cual de un tronco indoeuropeo, o lengua madre, salieron por sucesivas ramificaciones las lenguas hijas, que, a su vez, tuvieron otras ramificaciones. Esta teoría, que mostraba varios puntos débiles, fue más tarde modificada por otras como la teoría de las ondas de Schmidt, de la que ya hemos hablado en otro capítulo, y la de las lenguas mixtas.

La nueva ciencia comparatista fue introducida en Francia por **Miguel Bréal** (1832-1916), que tradujo en cuatro tomos la monumental obra de Bopp con el título de *Grammaire comparée des langues indoeuropéennes* (1866-1874), dotándola además de una valiosísima introducción *.

Al concluir, pues, lo que se ha llamado primer período de la lingüística o época comparatista, se habían obtenido como resultados:

1.° El reconocimiento del indoeuropeo como tronco común de un extenso grupo de lenguas cuyo crecimiento y estudio fue aumentando desde los trabajos de Bopp.
2.° El desarrollo del método histórico como estadio de superación sobre el simple método comparativo.

5. Lingüística psicológica

El desarrollo del método psicológico en lingüística marca el segundo período de esta ciencia. Es la época de los neogramáticos y de la escuela de Leipzig, cuyos representantes más destacados son **Brugmann** (1849-1919) y **Streitberg** (1863-1925). Se tiende a construir lingüística pura,

dando por adquiridos los hechos filológicos, es decir, se hace todavía una lingüística sin filología. Brugmann publica con **Delbrük** su *Compendio de gramática comparada de las lenguas indoeuropeas* (1897-1900), monumental codificación de los logros científicos alcanzados en la investigación del indoeuropeo. Aparecen entonces la mayoría de los manuales, diccionarios y gramáticas históricas de las lenguas indoeuropeas, y la lingüística comparada comienza a tomar el nombre de lingüística indoeuropea.

Para evitar en la gramática el influjo de la lógica, sobre la que se había venido construyendo desde antiguo, se aplica el punto de vista psicológico, basándose en el cual **Brugmann** y **Osthoff** establecen el principio de la constancia de las leyes fonéticas y afirman que todos los cambios fonéticos se producen siempre según leyes sin excepciones. Con el apoyo de este principio se renovó la concepción del sistema fónico indoeuropeo y se explicaron las alternancias, fenómeno que domina toda la morfología indoeuropea, pero a la vez sirvió para que los lingüistas repararan en la importancia de la analogía y de los préstamos cuando se producía alguna contradicción con las leyes fonéticas.

Siguiendo la dirección psicológica de la lingüística, **H. Paul** publica sus *Prinzipien der Sprachgeschichte* (1880), donde mantiene que la teoría del lenguaje se funda en una psicología concebida como una mecánica del espíritu. Para codificar y encauzar estas teorías, **Brugmann** y **Streitberg** fundan en 1892, como lo hiciera Kuhn en el período anterior, una nueva revista con el título de *Indogermanische Forschungen*.

Estudios más avanzados en la lingüística psicológica representaron posteriormente **J. van Ginneken** con sus *Principes de Linguistique psychologique* (Paris, 1907) y **Hans Sper-**

ber, germanista de la Universidad de Colonia; que desempeña el papel de psicológico freudiano en la lingüística moderna, y que publicó en 1912 un ensayo sobre la acción de los motivos sexuales en los orígenes y desarrollo del lenguaje humano. Una nueva fundamentación de la psicología lingüística ofrece F. Kainz con su *Psychologie der Sprache*, Stuttgart, 1942.

6. El entronque de la filología clásica con la lingüística

Esta feliz conjunción es la que caracteriza al tercer período de la lingüística por la introducción en la misma del método filológico.

La lingüística comparada se había ido separando poco a poco de la filología clásica, porque la gramática de ésta era fundamentalmente descriptiva y se aferraba a los métodos antiguos. Por su parte, los filólogos clásicos se mostraban reacios, cuando no hostiles, a los procedimientos de la lingüística comparada y miraban con recelo a los comparatistas, porque sus conocimientos de filología clásica eran escasos e imprecisos y porque despreciaban la sintaxis y habían perdido casi totalmente el contacto con los textos. Esta postura antilingüística la mantuvieron filólogos de tan alto bordo como Wolf, Hermann y Boeckh.

Pero ambas disciplinas, filología clásica y lingüística, hubieron de hacerse mutuas concesiones e iniciar el acercamiento. La filología clásica se dio cuenta de la necesidad de la lingüística cuando, a consecuencia del gran número de inscripciones dialectales griegas, Ahrens publicó su obra *De graecae linguae dialectis* (1839-1843) y se vio que las dife-

rentes formas dialectales no podían explicarse las unas por las otras y que era necesario remontarse a la fase del griego común y del indoeuropeo.

A su vez, la lingüística reconoció que las lenguas latina y griega, dotadas de una magnífica tradición literaria, pero que habían dejado de hablarse, solamente podían ser abordadas mediante el método filológico y al contacto con los textos [8]. Y el gran Saussure afirma con mucha clarividencia que el valor de una forma se encuentra todo entero en el texto donde se la toma, es decir, en el conjunto de circunstancias morfológicas, fonéticas y ortográficas que le rodean y esclarecen [9].

Le cupo a **Curtius** (1820-1885) hacer por vez primera el papel de intermediario entre ambas ciencias, dando a conocer la gramática comparada a los filólogos e introduciendo en la lingüística los resultados de la filología. Con sus *Grundzüge der griechischen Etymologie* (1858-1862) construyó el primer diccionario etimológico de una lengua clásica.

La labor que llevó a cabo Curtius respecto al griego fue realizada en latín por **G. Corssen** (1820-1875), aunque "con menos talento", según frase de Meillet [10]. En efecto, su tratado *Sobre la pronunciación, vocalismo y acentuación del latín*, aunque reúne copiosos materiales, carece de un método riguroso.

Pronto comenzó un estudio más profundo del vocabulario, cuya finalidad no era la mera etimología, sino el des-

---

[8] No cabe duda, sin embargo, que el estudio de una lengua desprovista de literatura y de la que no se poseen textos escritos pertenece a los lingüistas (cfr. J. Vendryes, *Lingüística y Filología*, en "*Revue des études slaves*", 1951, págs. 9-18).

[9] *Indogermanische Forschungen*, IV, 457.

[10] *Introduction...*, pág. 467.

arrollo histórico de los vocablos desde su aparición en los primeros textos hasta los empleos más tardíos y las derivaciones dialectales. Para ello se acudió a todas las disciplinas que abarcaban el conocimiento de la Antigüedad: arqueología, historia, mitología, numismática, etc., y, como en los períodos anteriores, también aparecieron revistas especializadas. Ésta fue la tarea del llamado círculo de Berlín, acaudillado por Kretschmer y Skutsch, que en 1907 fundaron la revista *Glotta,* cuya finalidad era reunir los esfuerzos de lingüistas y filólogos clásicos y en la que se recogían investigaciones y trabajos referentes al latín y al griego.

Ya **Wölfflin** (1831-1908) había allanado el terreno del campo latino con los quince volúmenes de su *Archiv für lateinische Lexicographie* (1884-1908), reuniendo en él los materiales básicos para el *Thesaurus linguae latinae,* y en 1909 **R. Meringer** fundaba, con **Meyer-Lübke,** una nueva revista: *Wörter und Sachen* (palabras y cosas), cuyo título ya es de por sí suficientemente expresivo y cuya intención y programa termina de aclararse con el elocuente subtítulo de *Kulturhistorische Zeitschrift für Sprach- und Sachforschung.*

7. Las modernas tendencias en la lingüística

El gran salto de la primitiva lingüística como gramática histórica comparada a la lingüística moderna lo da **Ferdinand de Saussure** (1857-1913), que durante más de veinte años explicó en Ginebra gramática comparada y que ya en su *Memoria sobre el sistema primitivo de las vocales en las lenguas indoeuropeas* (1878) dio un gran avance a los estudios comparativos de dichas lenguas. Él fue quien estableció que las vocales *i, u* debían considerarse como formas

vocálicas de *Y, W,* lo mismo que las otras formas vocálicas *l, r, m, n,* y dio un gran paso en el estudio de las alternancias y de la analogía. Pero la importancia y fama de Saussure va unida a su original doctrina lingüística contenida en el *Cours de Linguistique générale,* que, recopilando las teorías expuestas en forma oral, publicaron después de su muerte sus discípulos Bally y Sechehaye en 1916[11] *.

Basado en la idea de que el estudio descriptivo de la lengua es tan accesible a los métodos científicos como el estudio histórico, proponía distinguir el lenguaje para su estudio en sincrónico, o referido a su aspecto estático, y diacrónico, que se ocupa de las evoluciones *.

De capital importancia para la lingüística fue la distinción que estableció entre lengua y palabra. La *lengua* es el conjunto de signos que sirven como medio de comprensión entre los miembros de una misma comunidad lingüística. Considerada así la lengua, es un beneficio social, y representa una estructura o sistema que existe fuera de los individuos. La *palabra* es el uso real que cada miembro de esa comunidad lingüística hace de aquel sistema para lograr que le comprendan.

Saussure ve en el lenguaje un sistema de signos y entiende por *signo lingüístico* la asociación de *significante* y *significado.*

El *significante* se corresponde con la imagen acústica, o sea, con la traducción fónica del concepto, mientras que el *significado* corresponde al concepto y es la contrapartida mental del significante.

---

[11] Esta obra ha sido traducida al español con un prólogo y notas por Amado Alonso en la editorial Losada de Buenos Aires, 1959.

Pero característica fundamental del signo lingüístico es la de ser arbitrario o convencional, puesto que no hay conexión natural entre los sonidos articulados y las ideas (salvo en las onomatopeyas y palabras imitativas), lo que daría lugar a una lengua universal. No existe más que un convenio arbitrario por el cual una palabra se convierte en el signo de una idea.

Continuadores de la obra del maestro fueron sus discípulos **Carlos Bally** y **Alberto Sechehaye**, que estudiaron, el primero, el elemento afectivo, y el segundo, el elemento intelectual del lenguaje *; y desarrollaron, en parte, la idea de Saussure, que consideraba la lengua como un hecho social, orientación ésta de la lingüística que expondremos brevemente y en la que insiste **Meillet**, que muy pronto se adhirió a la escuela sociológica de Durkheim y que ya en 1906 trazaba el siguiente programa: "Será necesario determinar a qué estructura social responde una estructura lingüística dada y cómo, de una manera general, los cambios de estructura social se traducen en cambios de estructura lingüística" [12].

El misionero etnólogo **Wilhelm Schmidt** contribuyó a formar una doctrina de las "áreas de civilización", mostrando las relaciones que existen entre una serie de hechos característicos, de manera especial mediante detalles de la formación de las lenguas, con otros relativos a la formación de las sociedades [13], pero su teoría tuvo poca aceptación.

Se estaba de acuerdo en que los préstamos aparecen, sobre todo, en el vocabulario; pero recientes estudios, y so-

---

[12] Cfr. A. Meillet, *Linguistique historique et linguistique générale,* Paris, 1958, págs. 17-18.

[13] *Die Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde,* Heidelberg, 1926.

bre todo el gran avance de la geografía lingüística, fundada por el alemán **Wenker** y cuyos métodos modernos se deben al suizo **J. Gilliéron** (1854-1926), han demostrado que son más importantes de lo que parecía los fenómenos de contacto [14], a la vez que han echado por tierra la teoría darwiniana, que consideraba a las lenguas como entidades perfectamente delimitadas que se desarrollaban a la manera de las plantas y animales.

Alf Sommerfeld, gran corifeo de la lingüística sociológica, publicó en 1938 un ensayo sobre la lengua de los australianos aranta en el que trataba de poner en evidencia cierta correlación entre el tipo lingüístico de la sociedad aranta y la civilización de aquella sociedad [15].

Lilias Homburger intentó esta misma clase de estudios en las lenguas africanas, y **N. Marr** propuso considerar la lengua como una superestructura determinada totalmente por la infraestructura económica y social. Su tesis fue sometida a fuertes discusiones en la Unión Soviética y rechazada por varios lingüistas a los que se unió Stalin *.

Recientemente, **E. Benveniste** ha escrito que, "a medida que se trataba de comparar sistemáticamente la lengua y

---

14 J. Gilliéron, que negaba por otra parte las leyes fonéticas, fue el iniciador de la geografía lingüística románica con su *Atlas Lingüístico de Francia* (1902-1910). Posteriormente se han desarrollado mucho los estudios sobre geografía lingüística o dialectología. Importantes son los trabajos de M. Bartoli y G. Vidossi, *Lineamenti di linguistica spaziale,* Milano, 1943; E. Coseriu, *La geografía lingüística,* Montevideo, 1956. Y, dentro del campo estrictamente clásico, E. Risch, *Altgriechische Dialektgeographie?*, en "*Museum Helveticum*", 1949, págs. 19-28, y W. Porzig, *Sprachgeographische Untersuchungen zu den altgriechischen Dialekten,* en "*Indogermanische Forschungen*", 1952-1954, págs. 147-169.

15 A. Sommerfeld, *La langue et la société, caractères sociaux d'une langue de type archaïque,* Oslo, 1938.

la sociedad, iban surgiendo discordancias". Podemos, pues, afirmar que la confrontación entre las estructuras lingüísticas y sociales lleva a una conclusión negativa. Sin embargo, se han demostrado como hechos reales:

1.° Que, en circunstancias favorables, las hablas incultas pueden convertirse en hablas de cultura sin cambiar considerablemente de carácter.
2.° Que, investigando con detenimiento los detalles, puede procurarse el lingüista muchos hallazgos parciales, y el sociólogo puede ver cómo se concretan algunos hechos sociales al considerar hechos lingüísticos.

Desde el punto de vista estructural, el camino abierto por Saussure hacia la lingüística moderna lo prosiguió notablemente la fonología impulsada por el llamado *círculo lingüístico de Praga* (fundado en 1926) y cuyos jefes más destacados son el príncipe ruso **N. S. Trubetzkoy** (1890-1938) y su discípulo, colaborador y compatriota **Roman Jakobson.**

El nombre de "fonologistas" les fue dado en el primer congreso de lingüística que se celebró en la Haya en 1928.

Esta llamada escuela de Praga distingue entre *fonología* o ciencia de las formas, que pertenece a la lengua (Sprache), y *fonética* o ciencia de las articulaciones del habla (Rede), e incluso llega a sustituir el nombre y el contenido de la morfología tradicional por una disciplina nueva: la morfonología o morfofonología, cuyo objeto es el estudio de la estructura fonológica de los morfemas.

La fonética, cuyo método es experimental, estudia los *sonidos* (Laute), que constituyen el sistema fonético desde el punto de vista fisiológico, es decir, los hechos de la

palabra, puesto que la fonética es una ciencia natural que se relaciona con otras ciencias naturales como la física, fisiología, anatomía, etc. Según la propia expresión de Trubetzkoy, la fonética estudia "lo que se pronuncia en realidad" y que varía de un individuo a otro e incluso en el mismo individuo.

La *fonología* estudia los hechos de lengua, es decir, las representaciones sonoras (Lautvorstellungen) o *fonemas* que constituyen el sistema fonológico y que son esencialmente idénticos en todos los miembros de una comunidad lingüística. Se define el fonema como la menor unidad de sonido utilizada para diferenciar significados. La *fonología* es, ante todo, la ciencia de las oposiciones fundamentales y no considera los sonidos en ellos mismos, sino en sus valores semántico y psicológico, como elementos de un sistema y en oposición los unos a los otros. Así es cómo el elemento estético de los sonidos y su aplicación en poesía (rima, aliteración, homoioteleuton, etc.) pertenecen a la fonología y no a la fonética *.

El círculo de Praga ha creado, pues, nuevos conceptos y ha aclarado otros ya existentes. Su distinción entre *fonema* y *sonido* ha sido uno de los más fecundos hallazgos de la moderna lingüística [16].

---

[16] Los trabajos más importantes en los que se vierten las doctrinas de esta escuela son los *Travaux du Cercle linguistique de Prague,* los *Études phonologiques dédiées à la mémoire de N. S. Troubetzkoy* (Praga, 1939) y la obra del mismo Trubetzkoy *Grundzüge der Phonologie,* Praga, 1939 (traducida al francés por J. Cantineau, Paris, 1949), donde se encuentra abundante bibliografía y discusiones sobre los puntos de vista de la fonética y la fonología. Recientemente Josef Vachek, en colaboración con Josef Dubsky, publicaron un *Dictionnaire de Linguistique de l'École de Prague,* Utrecht-Anvers, 1960.

El mayor representante actual de las teorías funcionalistas de Praga es el lingüista francés **A. Martinet**, que ha revitalizado la fonología afirmando, y demostrando prácticamente, que no deben "romperse los puentes entre fonética y fonología" [17].

La fonología ha sido la base para la elaboración de toda una nueva doctrina lingüística a la que se ha dado el nombre de funcional o estructural, porque considera la lengua como un sistema coherente caracterizado por una estructura determinada [18]. Ésta fue la tarea emprendida por el Círculo lingüístico de Copenhague, cuyas figuras más representativas son V. Bröndal († 1942), L. Hjelmslev y H. J. Uldal.

Para **Bröndal**, "una lengua cualquiera está constituida por conjuntos en los que todo se sujeta: sistema de sonidos

---

[17] Martinet, en su obra *Economie des changements phonétiques. Traité de phonologie diachronique*, Berna, 1956, intenta establecer un método para aclarar y poner, dentro de lo posible, cierto orden en la exposición de la fonética histórica. Y en el capítulo IV, dedicado al consonantismo latino (págs. 332-348), sin perder de vista el método histórico, trata de examinar los hechos a la luz de la fonología diacrónica.

[18] El término *estructura* es uno de los fundamentales en la lingüística contemporánea, pero sus límites y alcances no están aún perfectamente aclarados. En líneas generales puede decirse que con el término estructura se designan dos cosas diferentes: 1.ª, para la lingüística europea es el ordenamiento de un todo en partes que se condicionan mutuamente; 2.ª, para la lingüística americana es más bien la repartición de los elementos tal como se la comprueba y su capacidad de asociación y sustitución. Tampoco existe un perfecto acuerdo para los términos *función* y *sistema* (cfr. E. Benveniste, *Tendances récentes en linguistique générale*, en "*Journal de Psychologie normale et pathologique*", 1954, núms. 1 y 2, págs. 130-145). Interesantes son también los trabajos de E. Cassirer, *Structuralism in modern linguistics*, Word, I, 1945, y Z. S. Harris, *Methods in structural linguistics*, 1951, libro este último que ofrece importantes sugerencias y puntos de vista.

(o *fonemas),* sistema de formas y de palabras *(morfemas* y *semantemas).* Quien dice sistema, dice conjunto coherente. Si todo se sujeta, cada término debe depender de otro".

Bröndal explicaba los hechos de estructura morfológica partiendo del principio de la binaridad funcional y distinguía un *negativo* y un *positivo* (designado con estos términos polares dos contrarios cualesquiera: singular / plural, pretérito / presente, etc., al que añadía un tercer término: *neutro).* Reunió Bröndal varios de sus estudios orientados en esta dirección lógica del lenguaje en sus *Essais de linguistique générale,* libro completado y publicado después de su muerte en Copenhague (1943) *.

Hjelmslev, partiendo de la idea de que el lenguaje es forma y no sustancia, ha desarrollado su famosa teoría estructuralista a la que denomina *Glosemática* [19]

La *Glosemática* convierte la lingüística en una especie de lógica, dotándola de un cuerpo de definiciones capaces de identificar y clasificar cualquier clase de unidades lingüísticas conforme a sus relaciones mutuas. Esta teoría Glosemática considera la lengua como una totalidad o estructura que se basta a sí misma, y, según Hjelmslev, es como "un álgebra del lenguaje que opera con elementos sin nombre". Su método se compone de dos partes fundamentales:

1.ª *Sintagmática,* que divide el enunciado en unidades cada vez más pequeñas, pretendiendo llegar a elementos irreductibles.

---

[19] Sobre la teoría de Hjelmslev pueden verse: *Cahiers Ferdinand de Saussure,* II, 1942, págs. 29-44. Muy buena exposición es también la de Martinet en el *Bulletin de la Société de linguistique de Paris,* XLII, 1946, págs. 19-42, y el trabajo de S. Bucca *Consideraciones sobre la glosemática,* en "*Anales del Instituto de Lingüística*", Universidad de Cuyo, Mendoza, 1952, págs. 17-21.

2.ª *Sistemática,* que clasifica los elementos irreductibles hallados por la sintagmática, de acuerdo con sus funciones mutuas, en clases cada vez más pequeñas hasta lograr definirlos a todos.

En consecuencia, la glosemática considera al lenguaje como un conjunto de relaciones sin que importe la forma en que ese lenguaje se manifiesta, que, bien sea hablado, escrito, por signos o gestos, no afecta para nada ni altera los valores lingüísticos.

La glosemática construida con un rigor lógico-matemático, al considerar a la lengua como una cosa en sí, desligada del elemento humano, ha vuelto a identificar la lingüística con las ciencias naturales o exactas. Por otra parte, lo excesivamente abstracto de su forma, plagada muchas veces de fórmulas algebraicas, la hace difícilmente inteligible, toda vez que para su comprensión es necesario asimilarse un vocabulario esotérico en el que, junto a términos de nuevo cuño (cenemas, pleremas, etc.), se emplean otros ya conocidos, pero usados en un sentido nuevo (constelaciones, figuras, norma, uso, etc.)[20].

En esta situación lingüística no fuera malo volver un poco a las realidades concretas de la lengua y humanizar un tanto los estudios lingüísticos[21].

---

20 Para un conocimiento directo de lo que venimos diciendo es imprescindible consultar los *Travaux du Cercle linguistique de Copenhague,* sobre todo el tomo V (1949) intitulado *Recherches structurales* y el tomo XII, 1959, *Essais linguistiques.*

21 Interesante es el discurso de L. Orr en favor de una humanización de las investigaciones lingüísticas. Puede leerse en las *Actes du sixième Congrès international de linguistes,* Paris, 1949, páginas LXIII-LXV.

Otro círculo lingüístico que de día en día va conquistando mayor prestigio es el *Círculo lingüístico de Nueva-York,* que ha elaborado una teoría general de la estructura lingüística muy cercana, al menos en los puntos fundamentales, a la de los lingüistas europeos. Las figuras más destacadas de dicha escuela son las de Bloomfield (1887-1949) y Sapir (1848-1937).

La lingüística de **Bloomfield** está basada en la psicología behaviorista y, para él, la significación de una forma lingüística es "la situación en la que pronuncia dicha forma el hablante y la respuesta que provoca en el oyente". Esta teoría behaviorista de Bloomfield es mecanicista y mantiene que no es preciso acudir al espíritu para explicar las conductas humanas, entre las que se encuentra el lenguaje, cuyas variaciones pueden explicarse por la complejidad del sistema que constituye el cuerpo humano. La obra fundamental de Bloomfield es *Language,* pero publicó también descripciones estructurales de algunos lenguajes indios y del tagalog indonesio.

El otro caudillo de este círculo lingüístico, **Edward Sapir,** por el contrario, no es behaviorista, y demostró, mediante sus experiencias con los indios, que es preciso reconocer la existencia de algo que puede llamarse "conciencia lingüística" y que lo real para el hablante son los fonemas y el sistema que constituyen, pero no las diferencias de pronunciación de los fonemas. Buena aportación lingüística de Sapir fue la de proponer una clasificación de carácter estructural de los sistemas lingüísticos. Al igual que Bloomfield, publicó descripciones estructurales de lenguas indias e insistió en el carácter social del lenguaje considerándolo como la mayor fuerza de socialización, pero se mostró excéptico

respecto a la interdependencia entre los troqueles sociales y el lenguaje *.

Este círculo lingüístico de Nueva-York se ha mostrado últimamente muy productivo y en torno a él se agrupan lingüistas tan eminentes como R. Jakobson, G. Herzog, H. L. Smith, M. A. Pei, L. H. Gray, H. F. Müller, P. Taylor, G. Bonfante, E. A. Cassirer, colaboradores todos de la revista *Word*, que desde 1945 publica este círculo. No nos es posible hacer aquí enumeración de sus trabajos ni descripción de sus teorías, muchas de ellas de sobra conocidas para cuantos se dedican a esta clase de estudios.

Puede decirse, sin embargo, de manera general, que el estructuralismo acapara por el momento y por un futuro inmediato las tendencias y las convicciones de muchos lingüistas.

En esta exposición puramente objetiva del panorama lingüístico no pretendemos tomar partido en pro ni en contra de ninguna teoría. Estamos completamente de acuerdo con la afirmación de Ruipérez de que el estructuralismo "no es una nueva ciencia, sino más bien un nuevo método para abordar el mismo objeto" [22], pero quizá sea conveniente no olvidar por completo el enfoque "histórico" que, quiérase o no, ofrece la ventaja de estar siempre en contacto directo con la misma vida.

Por lo que respecta a España, no se puede hablar de un círculo determinado ni de una posición lingüística dominante, pero existen destacados lingüistas que en su mayoría son a la vez filólogos y cuyos trabajos y aportaciones, o han sido bien recibidos en el mundo de la ciencia, o han mere-

[22] M. S. Ruipérez, *Panorama actual de la lingüística griega y latina*, en "*Actas del II Congreso español de Estudios Clásicos*", Madrid, 1964, pág. 85.

cido la gran honra de ser discutidos. En todo caso, y gracias al entusiasmo, el esfuerzo y la inteligencia de un grupo de profesores, en su mayoría jóvenes, se ha conseguido que España ocupe un puesto honroso y digno en el concierto internacional [23].

---

[23] Dejando aparte los importantes libros de Francisco R. Adrados, sobre el verbo indoeuropeo y la teoría de las laringales, a los que hemos hecho referencia en otras ocasiones, y por limitarnos concretamente al latín, y al reciente movimiento estructuralista, citaremos, a título de ejemplo, algunos trabajos del profesor Mariner, de alcance más general: *Estructura de la categoría verbal "modo" en latín clásico*, en "*Emerita*", XXV, 1957, págs. 449-486; *La oposición infectum/perfectum* ante un análisis estructural, en "*Actas del Primer Congreso español de Estudios Clásicos*", Madrid, 1958, páginas 529-533; *Valor fonemático de los diptongos en latín clásico,* en "*Helmantica*", XXV, 1957, págs. 17-30; *Caracterización funcional de los fonemas en latín clásico,* en "*Emerita*", XXVI, 1958, págs. 227-232 *.

ÁMBITO Y ORIENTACIONES DE LA GRAMÁTICA LATINA

CAPÍTULO XVI

LAS PARTES DE LA GRAMÁTICA LATINA. CONCEPTO Y MÉTODO DE LAS MISMAS

SUMARIO: 1) Las partes de la gramática, sus relaciones mutuas y estructuración de las mismas: a) *Relación entre fonética y fonología;* b) *Relación de la lexicología con la fonética y fonología;* c) *Relación de la lexicología con la morfología;* d) *Relación de la lexicología con la sintaxis;* e) *Relación entre fonética y morfología;* f) *Relación entre morfología y sintaxis;* g) *Relación entre fonología y sintaxis.* — 2) La fonética y sus problemas. — 3) La morfología. 4) La sintaxis. — 5) La lexicología; su campo y sus funciones.

1. Las partes de la gramática, sus relaciones mutuas y estructuración de las mismas

Se denomina gramática a la ciencia que estudia el sistema de una lengua y comprende la exposición teórico-abstracta de los principios fundamentales que rigen esa lengua.

En líneas generales, la división medieval de las partes de la gramática se mantuvo hasta el siglo XVIII, y la mo-

derna gramática científica no alteró aquella disposición más que para sustituir las notas de carácter ortográfico, ortoépico y prosódico por una primera parte: la *fonética,* tras de la cual se colocó, como segunda parte, la *morfología,* y luego la *sintaxis.*

Al desarrollarse la lingüística indoeuropea, pasó a primer término la fonética, y la sintaxis quedó relegada, y a veces excluida, de los tratados gramaticales, como ocurre, por ejemplo, en la *Griechische Grammatik,* de G. Meyer, Leipzig, 1886; en *The latin language* de W. M. Lindsay, Oxford, 1894, y en el *Handbuch* de F. Sommer, Heidelberg, 1914, que sólo se ocupan de fonética y morfología. A su vez, se dividió la morfología en dos partes: tratado de la flexión y tratado de la formación de las palabras, aunque a esta última parte, por lo general, se le da escaso desarrollo, y hasta el momento no ha sido estudiada con la extensión y detenimiento que su importancia reclama.

La moderna distribución de las partes de la gramática fue sometida a una severa crítica por J. Ries en su libro *Was ist Syntax?,* Marburgo, 1894, en el que hace protagonistas de cada una de las partes de la gramática: fonética, morfología y sintaxis, al sonido, la palabra y la oración, que forman una serie ascendente cuya relación es $\frac{\text{palabra}}{\text{sonido}} = \frac{\text{oración}}{\text{palabra}}$ y propone unir estrechamente fonética y morfología en oposición a sintaxis, viendo en el análisis tradicional lo que él llama una "Mischsyntax", porque confunde el procedimiento sintáctico con la parte correspondiente al influjo del espíritu.

Pero, para hacer una división racional de las partes de la gramática, hay que tener en cuenta los avances de la

moderna lingüística y determinar qué materias deben pasar a integrar las partes de la gramática, cómo deben agruparse y qué relaciones tienen entre sí.

En primer lugar ha de pasar a formar parte de la gramática, junto con la fonética, que estudia los sonidos desde el punto de vista fisiológico o de la palabra, la fonología, que estudia los sonidos como hechos de lengua, o sea, como representaciones sonoras y los considera no en sí mismos, sino en su valor semántico y psicológico. La tarea de la fonética consiste en enseñar cómo se pronuncia algo. A la fonología incumbe investigar qué diferencias fónicas están ligadas en una lengua determinada a diferencias de significación.

Tampoco puede silenciar la gramática, como se viene haciendo en muchos manuales que llevan ese título, la historia de la palabra y los problemas de composición y derivación, todo lo cual pertenece a la antigua investigación etimológica. No creemos, sin embargo, que deba considerarse este estudio como una subdivisión de la morfología, sino como una parte más de la gramática que abarque todo lo concerniente al léxico. Ahora bien, como para el lexicólogo toda palabra tiene derivados, historia y significados propios, la lexicología debe englobar la semántica, la formación de las palabras y la etimología.

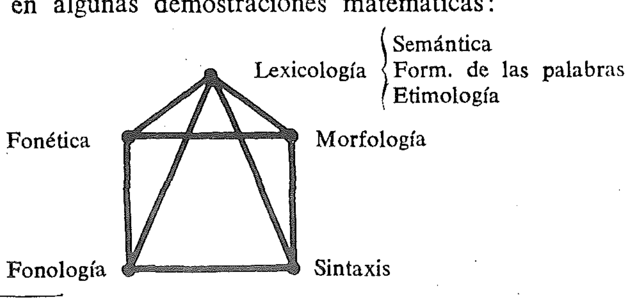
Para comprender que la lexicología debe formar parte de la gramática, basta darse cuenta de que muchas relaciones existentes entre formas y unidades lingüísticas pueden expresarse tanto por medio de palabras como gramaticalmente. Por ejemplo: *fio* y *facio* se oponen lo mismo que *dicor* y *dico,* pero los primeros verbos lo hacen léxicamente y los segundos gramaticalmente. Lo mismo puede decirse de las formas griegas πείθω = "persuado" y πείθομαι =

"obedezco" y su traducción española; la oposición se expresa gramaticalmente en griego, pero léxicamente en español[1]. Otro tanto ocurre con los verbos latinos *uideo* = "ver" y *uideor* = "mostrar, parecer".

Por tanto, el conjunto de las disciplinas gramaticales, o partes de la gramática, puede resumirse en el siguiente cuadro:

GRAMÁTICA
- Fonética y fonología
- Morfología
  - Flexión
  - Determinación de las categorías gramaticales
- Sintaxis
- Lexicología
  - Semántica
  - Formación de las palabras
  - Etimología

Vamos a ver ahora, apoyándonos siempre en ejemplos, cómo las partes de la gramática se relacionan entre sí, para intentar la representación de la gramática mediante un gráfico que, englobando a todas las disciplinas gramaticales, exprese sus mutuos contactos y entrecruzamientos a la vez que el carácter sincrónico o diacrónico de las mismas. Para poder llegar a dicho gráfico, partiremos del esquema siguiente que adelantamos, dando el problema por resuelto como se hace en algunas demostraciones matemáticas:



[1] Cfr. F. de Saussure, *Curso de lingüística general* (traducción castellana de A. Alonso), Buenos Aires, 1959, págs. 224-225.

a) **Relación entre fonética y fonología.** Las orientaciones estructuralistas y funcionalistas separan, por lo general, fonética y fonología; y quien más insistió en esta separación fue Trubetzkoy y su escuela fonológica. Pero en este problema puede decirse que existen tres posiciones que se resumen así:

1.ª La de la escuela fonológica de Praga con Trubetzkoy a la cabeza y apoyada por algunos estructuralistas americanos, que separa la fonética de la fonología, pero no la fonología de la fonética, porque parten del hablar, y para ellos las bases de la fonología son fonéticas.

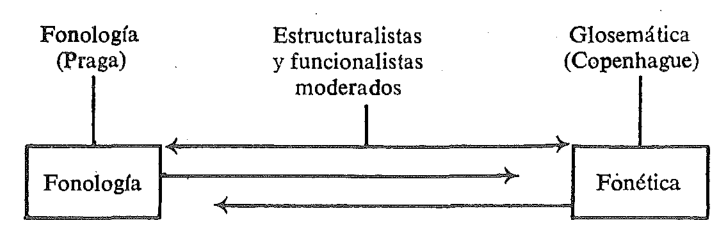
2.ª La de los glosemáticos, que separan la fonología de la fonética, pero no la fonética de la fonología, porque parten de la lengua, y opinan que los fundamentos de la ciencia de los sonidos son los fonemas.

3.ª Los funcionalistas y estructuralistas moderados que mantienen una vinculación entre ambas, como J. Lazinczius y B. Malmberg; pero de manera especial los que llegan al plano sistemático de la lengua partiendo de bases estrictamente fonéticas y experimentales, como E. Zwirner y, sobre todo, J. Jones, que demuestra prácticamente que se puede llegar a la teoría fonemática partiendo de la fonética y considera la fonología como una parte de la fonética.

En general, la moderna lingüística une estrechamente ambas disciplinas. El mismo Martinet, que, junto a R. Jakobson es el mayor representante de la dirección funcionalista de la escuela de Praga, observa que no deben romperse los puentes

entre fonética y fonología. Coseriu ha escrito un extenso y profundo trabajo dedicado a demostrar la estrecha relación entre fonética y fonología [2]. En los modernos textos escolares, ya la fonología va tomando lugar junto a la fonética; así en las obras de W. Brandenstein y E. Dieth en el extranjero, y entre nosotros en la reciente Fonética del doctor Bassols, que lleva un apéndice fonemático del profesor de la Universidad de Madrid señor Mariner [3].

Resumiendo gráficamente este problema, creemos que podría representarse así:



b) **Relación de la lexicología con la fonética y fonología.** Entre las disciplinas más importantes de las que el etimólogo ha de sacar los principios generales para cumplir su tarea se cuenta la fonética. Supongamos que se trata de averiguar la etimología de la palabra española *sofocar*. A primera vista puede parecer derivada de "fuego" y procedente de *sub + focus* por relación con la expresión corriente de "sofocar un incendio"; pero el etimólogo debe saber que es un cultismo que continúa el verbo *suffocare* latino, com-

---

[2] E. Coseriu, *Forma y sustancia en los sonidos del lenguaje*, recogido en *Teoría del Lenguaje y Lingüística General*, Madrid, Gredos, 1962, págs. 114-260.

[3] M. Bassols de Climent, *Fonética latina con un apéndice sobre fonemática* por S. Mariner Bigorra, Madrid, 1962.

puesto de *sub* + un denominativo de *fauces* = "garganta", porque en latín ya *au* alternó con *o*, y cuyo significado era el de "apretar por debajo la garganta" para impedir la respiración, o sea, "ahogar".

Considérese la palabra *lacrima*. El etimólogo tendrá que acudir a la fonética para saber que procede de *dacruma*, atestiguado ya en latín arcaico, mediante fenómenos de disimilación y analogía, no muy bien explicados aún; pero, a su vez, tendrá que acudir a la morfología para saber que no puede proceder de un *dacru* indoeuropeo, porque la ampliación de un tema en *-u-* mediante *-ma-* no se produce jamás en latín. Todo lo cual le llevará a concluir que se trata de un préstamo griego δάκρυμα.

Si se trata de la formación de palabras y hay que explicar la forma del verbo *desilio*, compuesto de *de* + *salio*, es preciso justificar por qué la *-s-* intervocálica no se rotatizó, según la conocida ley fonética, dando *derilio*, y saber que se debió a la analogía con otros compuestos de *salio*, en que la *-s-* no era intervocálica: *insilio, dissilio, adsilio*, etc.

Nuevos métodos de formación de palabras representan los procedimientos acrofónico, que acumula letras iniciales de palabras: TALGO = Tren articulado ligero Goicochea Oriol, y el acrosilábico, que combina sílabas: GESTAPO = Geheime Staatspolizei (policía secreta del Estado), TETI = Telefónica Tirrena, FLOMAR = Florentino Martínez.

c) **Relación de la lexicología con la morfología.** Cuando la etimología tiene que dar razón de por qué una palabra tan conocida y usada como *bellum* no pasó a las lenguas romances, nos dice que fue por evitar la confusión que originaba la coincidencia con la forma de acusativo de otra

palabra *bellum* = "hermoso". Y esta razón no es sólo de orden morfológico, sino también fónico.

La pluralidad de los elementos que entran en la formación de una palabra originó las llamadas formaciones contrarias o ilógicas, sobre las que por primera vez llamó la atención Sommer. Así, sobre *pro-avus* = "el que precede al abuelo", "el bisabuelo", se creó por analogía *pro-nepos*, que no es "el que precede al nieto", sino el "bisnieto". Lo mismo puede decirse de las palabras *confarreatio* (una de las formas del matrimonio romano, así llamada porque los novios, sacerdote y acompañantes tomaban juntos una torta de *far)* y *diffarreatio* o "disolución del matrimonio". En el mismo terreno de la formación de palabras, siguiendo el modelo de *sortire* < *sors, is* y de *tussire* < *tussis, is* (temas en *-i),* se crearon por analogía *lippire, insanire, vesanire* a partir de *lippus, vesanus, insanus* (que no son temas en *-i).* Por acumulación de sufijos se crearon muchos frecuentativos para reforzar otros frecuentativos cuyo sentido estaba debilitado: *iactitare* < *iacto* < *iacio; cantitare* < *canto* < *cano; dictitare* < *dicto* < *dico.*

d) **Relación de la lexicología con la sintaxis.** Desde el punto de vista de la semántica, el valor de las palabras depende muchas veces del contexto en que se encuentran encuadradas o de la relación que tienen con otras palabras de la frase. Por ejemplo, la palabra "cálculo" sugiere una idea y un sentido diferentes según se encuentre en la frase "Hicimos un cálculo mental" o en "Le extirparon un cálculo renal", aunque etimológicamente la palabra "cálculo" es la misma. Lo mismo puede decirse de la palabra "operación", de significado diferente según se trate de una "operación

quirúrgica", una "operación militar" o una "operación algebraica". El verbo *deico* > *dico* significaba en principio "indicar" "señalar", como lo prueba la forma griega δείκνυμι, pero, por su frecuentísimo empleo en oraciones en las que se trataba de indicar con palabras, pasó a significar "decir". Hay incluso palabras que no admiten traducción literal a otra lengua sí no es mediante una frase entera, por ejemplo: el latín *memor* = "el que se acuerda", "el que tiene buena memoria". A veces la sintaxis tiene que acudir a la etimología para explicar ciertas construcciones. Es el caso, por ejemplo, de *vitare* con dativo, que se encuentra ya en latín arcaico; la etimología lo explica como derivado de un adjetivo *vitos* "doblado", de un verbo *viere* "doblar", "atar", "entrelazar". Significaría en principio "doblar el cuerpo" para esquivar un golpe; y así se justifica la construcción con dativo, mientras que la construcción más corriente, que es con acusativo, sería analógica de *fugere.*

e) **Relación entre fonética y morfología.** Nos limitaremos a pocos ejemplos. Un elemento de formación o morfema que contiene una *r* o una *l* se evitaba cuando la raíz de las palabras contenía ya ese morfema. Así los sufijos *-alis* y *-aris,* que tenían el mismo sentido, se emplearon según los casos; y así nos encontramos con las formaciones *militaris, familiaris, puellaris,* frente a *aequalis, natalis, venalis.* Otro tanto puede decirse de los sufijos *-clum* y *-crum* y de las formas *flagrum, scalpum, fulcrum,* frente a *poclum.* Es también un hecho comprobado que ningún verbo que tenga *r-* inicial forma compuestos con el prefijo *re-.*

f) **Relación entre morfología y sintaxis.** La razón fundamental que se ha dado para separar la morfología de la sin-

taxis es que la sintaxis se ocupa de las funciones propias de las unidades lingüísticas, mientras que la morfología se ocupa de su forma. Pero esto es sólo en apariencia, porque la serie de formas de un sustantivo, por ejemplo *dux*, sólo se convierte en paradigma de flexión por la comparación de las funciones asociadas a las diferentes formas; y viceversa, esas funciones sólo se justifican en la morfología, si a cada una de ellas corresponde un signo fónico determinado. Por tanto, formas y funciones son solidarias y es imposible separarlas [4]. Lingüísticamente la morfología no sólo está relacionada con la sintaxis, sino que ni siquiera puede constituir una disciplina distinta; por eso, con mucha razón, Brugmann, ya en la segunda edición del *Grundriss*, trató conjuntamente la enseñanza de la morfología y de la sintaxis [5]. Por otra parte, es fácil advertir que en todos los compuestos se ha realizado el paso de un complejo sintáctico a palabra y que los límites entre simple y compuesto se muestran muy vacilantes, así como son también flotantes las fronteras entre palabras y oraciones, pues muchas veces un complejo sintáctico se ha convertido en una palabra. Recuérdese, por ejemplo, el español *correveidile*,

---

[4] Cfr. F. de Saussure, *ob. cit.*, pág. 224.

[5] La distinción entre morfología y sintaxis es puramente convencional y práctica. Así ha sido señalado por Pisani en *Actes du sixième congrès international de linguistes, Rapports*, Paris, 1948, pág. 19, Incluso Meillet no considera a la sintaxis como autónoma. Para él, una lengua está definida por "un sistema fonético, un sistema morfológico y un vocabulario, es decir, por una manera de pronunciar, por una gramática y por ciertas maneras de designar las nociones" *(Lingüística histórica y Lingüística general*, Paris, 1958, pág. 83). Quien primero trata de independizar el estudio interno de la lengua frente a la morfología es Ch. Bally en sus trabajos de estilística y, tras él, F. Brunot, A. Juret y V. Bröndal.

en que de una frase con tres oraciones se ha hecho una sola palabra, o *amaré* = *amare habeo*. Así se formaron en latín numerosos nombres, verbos y adverbios: *Iuppiter* = Ζεῦ πάτερ y *scilicet, uidelicet, forsam* = *forsitam* = *fors fuat an*, que aparece en Plauto. Aunque el estudio de la flexión se suele incluir en la morfología, en gran parte es objeto de la sintaxis, porque, como hemos dicho anteriormente, ese sentido no tiene validez fuera de la oración, e incluso un mismo caso no admite siempre los mismos significados ni las mismas construcciones.

g) **Relación entre fonología y sintaxis.** La fonología, en cuanto investiga las diferencias fónicas que van ligadas a diferencias de significación, está encadenada a la sintaxis, puesto que ayuda a dar a la frase el valor y sentido que se desea expresar, añadiendo a la forma que pudiéramos llamar intelectiva una especie de forma gráfica, es decir, añadiendo a la frase elementos propios para elevar la expresividad, pues el sonido y los diferentes matices de los fonemas pueden despertar ciertos sentimientos en el ánimo del que habla, del que escucha y aun del que lee. Éste es el caso de las onomatopeyas, de la armonía imitativa, rima, homoioteleuton, aliteración, entonación, acento y efectos análogos. Sin salir del castellano, nuestro Herrera reprodujo maravillosamente, mediante la acumulación de la labial oclusiva sorda *(p)* y de la vibrante alveolar *(r)* el sonido imitativo del trueno en aquellos conocidos versos:

Rompa el cielo en mil rayos encendido
y con pavor horrísono cayendo
despedácese en hórrido estampido.

Y esta aplicación de relevancias fónicas para el aumento de la expresividad la encontramos magníficamente representada en un moderno poema de Dámaso Alonso *Mujer con alcuza,* donde los recursos fónicos unidos a la estudiada longitud de las palabras y al acento expresan claramente el traquetreo y marcha de un tren:

noches y días
días y noches
noches y días
días y noches
y muchos, muchos días
y muchas, muchas noches [6].

En Virgilio, por ejemplo, la mayoría de las aliteraciones son, a la vez, sonidos imitativos:

Fit sonitus spumante salo (E. II, 209)

Incluso la cantidad de las vocales y de las sílabas sirve muchas veces en latín para aumentar la expresividad de la frase:

Trīgīntā̆ mā̆gnōs ū̆ōlū̆ēndīs mēnsĭbŭ̆s ōrbēs
Hīc īam tēr cēntūm tōtōs rēgnā̆bĭtŭ̆r ānnōs

(E. I, 269-272)

En este tipo de relación fónico-sintáctica puede incluirse la interjección, que no tiene nada que ver con la morfología y representa una forma especial de lenguaje. Incluso una misma interjección con diferente entonación expresa sentimientos y, por tanto, oraciones, también diferentes. Lo pro-

---

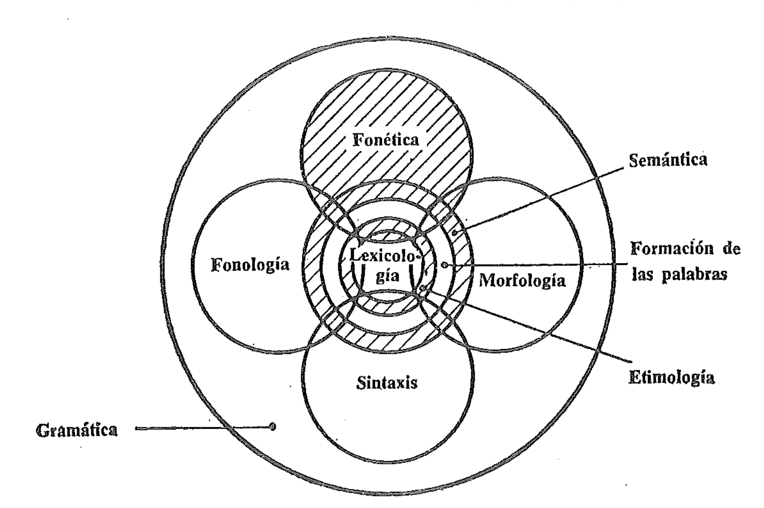
[6] Dámaso Alonso, *Hijos de la ira,* Madrid, 1958 (2.ª ed.), página 62.

pio ocurre también con los vocativos cuyo sentido depende de la entonación.

Sin embargo, no vemos una relación demasiado directa entre la fonética y la sintaxis, puesto que la llamada fonética sintáctica por algunos fonetistas (así la llama todavía Maniet en la última edición de su fonética-1963), no es otra cosa que el fenómeno conocido con el término indio de "sandhi", que significa "combinación" y consiste en un cambio fonético que se origina al final o al principio de una palabra; pero, en realidad, el fonema no está condicionado por la frase o por la significación de la frase, sino por otro fonema vecino, y viceversa, tampoco el fonema modifica la significación de la frase. Éste es, por ejemplo, el caso de la pérdida de la *-d* final latina después de vocal larga: *magistratu* < *magistratud,* que se ve en inscripciones, frente a las formas *ad, sed, quid, quod,* detrás de vocal breve. Lo mismo puede decirse de la caída de la *-s* precedida de vocal breve y seguida de consonante en latín arcaico y vulgar: *tribunos militare = (militaris)* (CIL, I^2 48), *corpu(s) meum* (Ennio, *Ann.* 38), e incluso del acusativo llamado absoluto, giro vulgar y tardío, que Wölfflin trató de explicar por coincidencia fonética de los acusativos y ablativos de singular como resultado de la desaparición de la *-m* final.

Por todo lo dicho hasta aquí creemos que las llamadas partes de la gramática y sus relaciones mutuas pueden representarse mediante el gráfico que proponemos a continuación, en el que los círculos indican cuáles son las disciplinas gramaticales que tienen partes comunes y sus entrecruzamientos. Las superficies rayadas indican las disciplinas de carácter diacrónico o evolutivo. Entendemos que la fonética, la semántica y la etimología son diacrónicas por naturaleza. En el caso de la fonética seguimos conscientemente la opi-

nión de Saussure, aunque algunos lingüistas ingleses y americanos no coinciden exactamente con la opinión saussuriana y no dan el mismo alcance a la fonética. Creemos, sin embargo, que, exceptuada la pura descripción de sonidos, el estudio fonético es fundamentalmente diacrónico.



2. La fonética y sus problemas

Como ya hemos dicho, la fonética tiene por objeto el estudio de los sonidos del lenguaje y puede ser:

1.° *Fonética descriptiva,* llamada también *estática* o *sincrónica,* que se preocupa de la trascripción, comprobación y definición de los sonidos de una lengua en una época determinada. Esta fonética recibe el nom-

bre de *comparada* si se preocupa de varias lenguas o estados diferentes de una misma lengua. Se llama *experimental* o *instrumental* si recurre a la utilización de instrumentos para el mejor estudio de los sonidos [7].

2.° *Fonética histórica, evolutiva* o *diacrónica,* llamada también *dinámica.* Es la que estudia las transformaciones de los sonidos y de los sistemas fónicos de una lengua.

3.° *Fonética general.* Su finalidad es determinar las características de los sonidos en cuanto fenómenos humanos desde el punto de vista físico y fisiológico, sin tener en cuenta la lengua o lenguas en que se encuentran o se han encontrado en uso.

En la Antigüedad las investigaciones fisiológicas de los sonidos no eran tarea de quienes se ocupaban de la lengua, sino de los tratadistas de retórica y de poética. Modernamente tales investigaciones han sido ocupación de médicos a quienes interesaban los sonidos desde el punto de vista genético, y de físicos preocupados por el aspecto acústico. Solamente se introdujeron en la lingüística cuando se comprendió la importancia y alcance que podían tener para el conocimiento y estudio de las lenguas vivas.

En el estudio de la fonética conviene no confundir los sonidos con las letras del alfabeto, que no pasan de ser signos convencionales para representar los sonidos, y ello un tanto imperfectamente. Así ocurre que una misma letra puede tener varios sonidos diferentes, no sólo en lenguas diver-

[7] Cfr. S. Gili Gaya, *Elementos de fonética general,* Madrid, Gredos (4.ª ed.), 1961; y B. Malmberg, *La Phonétique,* Paris, 1962 (4.ª ed.).

sas, sino dentro de una misma lengua. La *e*, por ejemplo, representa una serie de vocales situadas entre los sonidos de *a* y de *i*. Por otra parte, letras diferentes pueden representar un mismo sonido.

Por eso es de gran importancia en latín, del que sólo poseemos textos, o sea, letras, precisar en el terreno fonético lo que representan en realidad esos signos para quienes los pronuncian, ya que la pronunciación no es más que la relación existente entre el sonido y el signo escrito.

No es posible, por tanto, construir una fonética histórica, sin determinar la pronunciación de los sonidos en las diferentes épocas, es decir, los diferentes cambios de articulación que se producen con el tiempo. Por lo que se refiere al latín, las fuentes que poseemos para el conocimiento de su pronunciación son las siguientes:

1.ª **El testimonio de los antiguos gramáticos**, cuando corregían errores de sus contemporáneos. Así, Festo nos dice que los campesinos usaban el rusticismo *orum* por el urbanismo *aurum* y *oricula* por *auricula*. Según cuenta Suetonio (*Vesp*. 23, 3), el consular Mestrio Floro reprendió al emperador Vespasiano por pronunciar *plostrum* en vez de *plaustrum*, y el emperador, graciosamente, le saludó al día siguiente llamándole *Flaurus*. Varrón da como rústicas las pronunciaciones *hedus* por *haedus*, *mesium* por *maesium* y *Cecilius* por *Caecilius*. Terencio Escauro, gramático del siglo II, afirma que en el diptongo *ae* se oye distintamente después de la *a* una *e*. Respecto a la pronunciación de *u* e *i* semivocales es terminante el testimonio de Quintiliano, que nos dice que

iam se escribe como *etiam* y *uos* como *tuos (Inst. Orat.* I, 4, 10).

2.ª **Las trascripciones de palabras griegas al latín y viceversa.** Los griegos trascribían con *k* las palabras latinas que tienen *c*, así encontramos Κικέρων en Plutarco, πατρίκιος en Dionisio de Halicarnaso. Por trascripciones griegas se prueba también que el grupo *ti* seguido de vocal sonaba como *ti*, no como *ci* de la pronunciación española: *Terentius* = Τερέντιος, *Martius* = Μάρτιος.

3.ª **Los testimonios indirectos de los antiguos escritores,** sobre todo de los poetas, cuando, mediante juegos de palabras, onomatopeyas, aliteraciones y otros recursos fónicos de valor expresivo, reproducen sonidos conocidos. Horacio, por ejemplo, da al gladiador Mesio el apodo de *cicirrus*, voz onomatopéyica que alude al "quiquiriqui" del gallo (en griego κίκιρρος equivale a ἀλεκτρυών según Hesiquio). Lucrecio *(De Rer. Nat.* V, 1.071) reproduce con el verbo *baubari* el ladrido de los perros, lo que sería imposible si *au* se hubiera pronunciado como *o*. Cicerón cuenta *(De div.* II, 84) que, al partir Craso para la expedición contra los partos, oyó un grito que le hizo aguzar el oído: *caue ne eas* = "guárdate de ir", que, sin embargo, no era un funesto presagio. Se trataba sencillamente de un vendedor de higos que pregonaba su mercancía voceando: *Cauneas* (se sobreent. la palabra *ficus)* = "Higos de Caunia"; y esta confusión no podría originarse si la *u* semivocal se hubiera pronunciado como nuestra *V*.

4.ª **La comparación con las lenguas romances, derivadas del latín.** Ya en latín vulgar el diptongo *au* pasó a

o, pero ese cambio no llegó a realizarse completamente ni en la época más avanzada del latín vulgar, porque se conserva el diptongo en albanés, retorromano y provenzal. La palabra española *oro* es *aun* en rumano y provenzal.

5.ª **La escritura fonética de muchas inscripciones latinas.** En algunas, por ejemplo, aparece la grafía *k* por *c*: *pake*, *Markelino*, etc.

Problemas básicos en el estudio de la fonética latina son el acento, los cambios fonéticos y la intensidad inicial.

En fonética se distinguen dos clases de acento: 1.º, el *acento de altura* o musical, llamado también tono, que consiste en una elevación de la voz, por la cual la vocal de la sílaba tónica se pronuncia en una nota más elevada que las restantes; 2.º, el *acento de intensidad o dinámico*, por el cual se pronuncia con mayor esfuerzo espiratorio el fonema en que recae el acento. Acústicamente la intensidad depende de la amplitud de las vibraciones. En realidad, el tono y la intensidad van íntimamente unidos y no se puede dar ninguno de los acentos en forma pura, sino con un matiz predominante, pues, como ya demostró el abate Rousselot, un acento musical puro sin ninguna intensidad es antifisiológico. Hay lenguas en las que ambos acentos se dan en una misma palabra sin que exista coincidencia o superposición.

Por lo que se refiere al acento latino, hay quien opina que fue un acento de altura durante la época clásica y casi todo el período imperial. Pero algunos lingüistas (Vendryes, Niedermann) admiten que en un período preliterario el acento latino fue de intensidad y que afectó a la sílaba inicial de las palabras (Lindsay, Skutsch, Seelmann, Goelzer). Al final de la época imperial, quizá por la pérdida de la cantidad

de las vocales y por el influjo de la pronunciación popular en que prevalecía el esfuerzo espiratorio sobre el elemento musical, nuevamente el acento volvió a ser de intensidad; y hacia el año 400, Servio escribía: *accentus in ea syllaba est quae plus sonat* *.

Se dice que existen cambios fonéticos cuando en la pronunciación de un mismo grupo social ciertos fonemas se transforman o desaparecen. Tales cambios en los fonemas ya los admitían los gramáticos desde antiguo, pero en forma acientífica y puramente arbitraria. Sin embargo, desde la aparición de la gramática comparada y el desarrollo de los estudios histórico-lingüísticos impulsados por Bopp, Pott y Grimm, y perfeccionados por Schleicher y Verner, fue tomando consistencia la idea, remachada por Brugmann y Osthoff, de que los cambios fonéticos obedecían a leyes fijas e inmutables que recibieron el nombre de "leyes fonéticas". Estas leyes han sido muy debatidas, pero se han convertido, como dice Kretschmer, en el dogma de la lingüística moderna. Algunos lingüistas, como Curtius, Ascoli, Schuchardt, Gilliéron, Rousselot, Juret y otros se han pronunciado abiertamente contra el principio de la inexcepción de las leyes fonéticas. Por su parte, otro grupo de lingüistas, entre los que se cuentan Meillet, Grammont, Vendryes, Kretschmer, Adrados, aceptan las leyes fonéticas en el sentido de "tendencias" lingüísticas y siempre que no se apliquen con un riguroso esquematismo.

Las causas que rigen los cambios fonéticos son muy diversas, pero como fundamentales se admiten:

1.ª **La tendencia al menor esfuerzo** que va relajando y gastando los sonidos y en ella se basan los fenó-

menos de asimilación, síncopa, debilitamiento y otros análogos.

2.ª **La acción del sustrato,** o sea, la mezcla de poblaciones de habla diferente.

3.ª **Los cambios político-sociales.** Si pueblos que formaban unidos un imperio se separan y llevan una vida política distinta y sin comunicación, cada uno experimentará cambios particulares en la lengua, que pueden originar idiomas distintos.

4.ª **La imitación de los individuos o grupos** que en un determinado momento se consideran como modelos.

5.ª **La analogía** o influencia asimiladora que pueden ejercer unos sobre otros los fonemas que normalmente se encuentran asociados o relacionados. La analogía, precisamente por ser de naturaleza extrafonética y caer en la esfera de lo psicológico, se convirtió en el auxiliar más poderoso de la regularidad de tales principios.

En cuanto a las características y modalidades de los cambios fonéticos puede decirse que son [8]:

a) **Inconscientes.** Tendencia a la que se oponen los círculos puristas y la escuela, donde los gramáticos velan por la pureza de la lengua y anatematizan las excentricidades de los ultracorrectos.

b) **Graduales.** Porque se operan lentamente y sólo se hacen sensibles al cabo del tiempo. Por ejemplo, el

---

[8] Cfr. A. Maniet, *L'évolution phonétique et les sons du latin ancien dans le cadre des langues indo-européennes* (3.ª ed.), Paris, 1957, págs. 33-35.

diptongo *ei* pasó a *i* tras una lenta aproximación a la *e* cerrada.

c) **Constantes.** Pero en esta modalidad no están de acuerdo todos los lingüistas.

d) **Correlativos.** Tendencia por la cual, si una particularidad articulatoria se ve afectada en un tipo de fonemas, todos los tipos de fonemas que presentan la misma particularidad serán lógicamente afectadas en las mismas condiciones.

Respecto a las clases de cambios fonéticos, suelen dividirse en *espontáneos* o *incondicionados* y *combinados* o *condicionados.*

Espontáneos son los cambios que se producen sin influjos de sonidos vecinos, y **combinados**, los que dependen de contactos con fonemas vecinos. Los cambios espontáneos son muy raros y, propiamente hablando, puede decirse que no se dan en latín. De los combinados o condicionados, los más importantes son: la **asimilación** *(somnus < sopnos),* **diferenciación** *(uerro < uorro, funebris < funesris),* **disimilación** *(pelegrinus < peregrinus),* **metátesis** *(displicina* por *disciplina,* sólo en latín popular y tardío).

La doctrina de la intensidad inicial de las palabras latinas, que mantienen especialmente los lingüistas franceses Meillet, Juret y Niedermann[9], ha sido muy útil para la explicación de los cambios por apofonía o alternancia vocálica, y no cabe duda alguna que en las alteraciones que sufren

[9] Fue, sin embargo, duramente debatida y negada por otros lingüistas como Weil, Benloew, Havet, Curtius y Lenchantin de Gubernatis, que sólo admiten para la primera sílaba una mayor claridad en la pronunciación, pero no aceptan que los debilitamientos en el interior de las palabras (ley de Corssen) se deban a la intensidad inicial.

las vocales internas latinas juega un papel importante el lugar que la vocal ocupa en la palabra. Como normas generales se ha comprobado que hay una mayor persistencia del sonido al principio de palabra que al final, mientras que se nota una mayor debilidad y se producen más cambios al final de palabra.

3. La morfología

Es la parte de la gramática que se ocupa de las palabras desde el punto de vista asociativo y de los elementos de relación gramatical o morfemas, como denominan los lingüistas a los elementos que, desprovistos de significación, sirven, no obstante, para relacionar a los semantemas en la oración.

La morfología trata, pues, de las diversas categorías de palabras (verbos, nombres, adjetivos, adverbios, preposiciones, etc.) y de las diferentes formas de flexión (conjugación y declinación), o sea, de las variaciones que pueden sufrir las palabras para expresar sus funciones y relaciones en la frase, cometido que realizan mediante desinencias o mediante sufijos.

Al parecer, el primitivo indoeuropeo no poseía flexión, como lo indica el hecho de que el primer elemento de las palabras compuestas careciera de desinencia. Esto prueba, a su vez, que tal tipo de palabras se creó en época en que aún no existían las terminaciones casuales. También son vestigios de una época indoeuropea sin flexión los casos en que la función de las desinencias viene desempeñada por un cambio de tema; así, el acusativo de *ego*, por ejemplo, está representado por una tema nuevo: *me*.

A pesar de todo, la flexión pertenece a una época prehistórica, pero con el paso del tiempo se fue desgastando y perdiendo hasta llegar a las lenguas actuales en que casi ha desaparecido por completo.

Problema hasta el momento imposible de resolver, al menos de manera definitiva, es averiguar el origen etimológico de las desinencias. Dos son las teorías que se han emitido: 1.ª, la de la **aglutinación,** sostenida por Bopp, según la cual serían pronombres independientes adosados al tema; 2.ª, la de la **adaptación,** de la que volveremos a tratar más adelante, que las considera como sufijos de formación temática que alcanzaron su valor flexivo por adaptación.

Sin duda que hasta la completa regularización y formación de los paradigmas el desarrollo histórico de la flexión debió de ser lento y prolongado y hubo de jugar un papel nivelador la analogía, que sirvió para eliminar las anomalías del lenguaje [10].

Pero ya en época histórica se fue produciendo lentamente también la desintegración de la flexión por debilitación del valor semántico de los sufijos casuales a medida que los casos no eran suficientes ni bastaban para traducir las múltiples y variadas relaciones, lo que originó que se fueran acumulando al nombre adverbios con significación más precisa.

En la mayoría de las lenguas indoeuropeas se perdieron muy pronto tres casos (instrumental, locativo y ablativo), aunque este último se conserva en latín, si bien su forma

---

[10] Los antiguos llamaron a la flexión nominal *declinación,* porque desconociendo, como era natural, nuestros modernos conceptos de tema y desinencia, partían de un πρωτότυπον (el nominativo de singular), respecto al cual las otras formas eran derivaciones, es decir, estaban *declinata.*

coincide frecuentemente con la de otros casos, sobre todo con el dativo. Y es de advertir que el proceso continuado de desintegración de la flexión nominal en las lenguas derivadas del latín y su sustitución por las preposiciones constituye un avance y un paso adelante hacia la regularidad y la lógica.

En la flexión nominal latina las desinencias tenían papeles muy diversos. Las que indicaban nociones generales, como el género y el número, persisten tanto tiempo como esas nociones, pero las desinencias que expresaban relaciones de las palabras entre sí sufrieron mucho y acabaron por desaparecer, excepto en los pronombres. Por otra parte, las cinco declinaciones en que se agrupaban los sustantivos latinos, según su terminación, se redujeron a tres, al fundirse con las primeras las dos últimas que numéricamente eran muy débiles. Ya en la época clásica, junto a *materies* y *luxuries* había *materia* y *luxuria.* Otros nombres de la quinta siguieron el uso vulgar y se dijo *facia* y *glacia,* mientras algunos, como *res* y *fides,* se asimilaban a la tercera. Los nombres de la cuarta se fundieron con los la segunda; *fructus* se declinó como *lupus,* y ya en Plauto, Terencio y Catón se ven genitivos como *fructi, gemiti, tumulti;* sin embargo, a consecuencia de su género, *socrus* y *nurus* se asimilaron a la primera declinación.

Por lo que respecta a los casos, influyó mucho en la desaparición de la flexión latina el hecho material de que las características se encontraban al final de la palabra, y ese final, por pronunciarse débilmente, tendía a abreviarse e incluso a desaparecer.

Pero, además de las razones fonéticas (que no podemos exponer en este lugar con más detalle), influyeron mucho en la pérdida de la declinación latina las causas de orden psi-

cológico y sintáctico. Poco a poco se fue fijando el orden de las palabras, y en una frase como *Paulum amat Petrus* se hizo costumbre colocar siempre el sujeto en primer término: *Petrus amat Paulum*, por lo que llegó a ser innecesaria la distinción entre *-us* y *-um*. Cuando para la atribución se generalizó el empleo de la preposición *ad* y para la posesión se usó *de*, el genitivo y el dativo no tuvieron razón de existir *.

También la descomposición del sistema verbal indoeuropeo comenzó en época muy remota. Ya en griego antiguo las formas del perfecto en la voz pasiva (3.ª del plural del indicativo y todo el subjuntivo y optativo) se sustituyeron por participios combinados con εἶναι. Pero el latín ofrece en su sistema verbal un cuadro mucho más incompleto aún de lo que debió ser el verbo indoeuropeo. Recordemos algunas anomalías:

Desapareció casi totalmente la conjugación medio-pasiva, que se conserva en sánscrito y en griego, y se creó por analogía una pasiva en *-r*, pero que carece de perfectos y los sustituye por el participio de la pasiva unido al verbo *esse*.

Desaparecieron los imperfectos y se crearon otras formas mediante aglutinación: *amabam, legebam*.

Se perdieron los futuros indoeuropeos en *-s* y se creó un nuevo futuro en *-bo: amabo*.

Se fusionó el subjuntivo presente con el futuro: *audiam*.

Asimismo se fusionó el aoristo en *-s-* con el perfecto, que solía expresarse por un cambio en la vocal radical *(facio, feci)* o por reduplicación *(fallo, fefeli)*, como consecuencia de lo cual estos perfectos tomaron el valor de aoristos pretéritos, y los aoristos pretéritos *(dixi, scripsi)* el de perfectos.

Se fusionaron también los valores de subjuntivo y optativo y desapareció el dual lo mismo en la conjugación que en la declinación.

4. La sintaxis

Se considera que esta parte de la gramática fue creada por Apolonio Díscolo, gramático griego del siglo II de nuestra Era, para estudiar las relaciones que las palabras tienen en la frase, aunque, propiamente hablando, la sintaxis de Apolonio Díscolo no estaba todavía concebida como materia de estudio por sí misma (lo que sólo ocurrirá en el siglo XIX), sino como medio auxiliar para la explicación de los poetas. Solamente distingue partes del discurso, es decir, nombre y verbo, por ejemplo, pero no partes de la oración, o sea, sujeto, predicado y objeto. La palabra *sintaxis* (σύνταξις) con que Apolonio da nombre a su tratado gramatical pertenecía al lenguaje militar y designaba una determinada agrupación de soldados.

La sintaxis es la parte de la gramática que menos se ha beneficiado de los avances de la lingüística, sin duda porque no ofrecía un campo de acción al método comparativo tan vasto como la fonética, cosa, por otra parte, perfectamente lógica, ya que, por depender más estrechamente del contexto, los métodos e instrumentos para su estudio habrían de ser más filológicos que lingüísticos.

Mas, a pesar de todo, también para la sintaxis, que permaneció durante mucho tiempo como un estudio descriptivo, resultó beneficioso el método comparativo, incluso cuando traspasa los límites de las lenguas indoeuropeas. Gracias a dicho método han comenzado a desentrañarse al-

gunos problemas como, por ejemplo, el del sincretismo de los casos. Y al construirse, bajo el impulso de la lingüística comparada, las gramáticas de muchas lenguas vivas, como hemos visto en un capítulo anterior, se cayó en la cuenta de que era preciso hacer entrar en el campo de la sintaxis las construcciones de la lengua hablada. Precisamente la preocupación por el latín arcaico y por el lenguaje conversacional representó un paso para la renovación de los estudios sintácticos; y la aplicación del principio de la evolución histórica hizo que se estudiaran los fenómenos de la lengua desde sus comienzos hasta el latín vulgar y decadente, pues para el que investiga en el campo de la sintaxis han de merecer atención todas las formas y todos los estilos del lenguaje, incluso el de las inscripciones.

El estudio histórico de las sintaxis se hace indispensable para suministrar la masa de los hechos sintácticos; y la sintaxis histórica, que se apoya, como decimos, en la gramática comparada, es inseparable de la morfología, pues muchas veces la historia de los giros encuentra su explicación y se esclarece por la historia de las formas, como dejábamos apuntado al tratar de la relación entre ambas disciplinas.

Por otra parte, los hechos sintácticos se presentan a menudo como la resultante de fuerzas divergentes. La concordancia gramatical se ve frenada por la concordancia *ad sensum;* la *consecutio temporum* y la atracción modal son un juego de equilibrio entre diversas influencias de sentido y de forma.

Se ha dicho de la sintaxis histórica que se limita a la simple sucesión de los hechos sin preocuparse mucho de su interpretación; que declara equivalentes giros que no lo son, y que invoca la prehistoria admitiendo que la complejidad

de los hechos está en razón inversa de su antigüedad. Pero la verdad es que, gracias al método positivo de la sintaxis histórica, que frena tanto los excesos de la lógica, como los de la psicología, esta ciencia "ha sido liberada de distinciones arbitrarias y facticias" [11].

Un gran avance representó para la sintaxis la aplicación a la misma del método psicológico, en lugar de la pura lógica, que dominó la gramática durante la Antigüedad y toda la Edad Media.

Inició el método psicológico Koch en 1809, sin que por entonces se le prestara atención alguna. Años después (en 1852) insistía Lange en que en el desarrollo de toda lengua toma parte la gran masa del pueblo, motivo por el cual no predomina en las lenguas una lógica científica, sino una lógica popular que muchas veces es, en realidad, ilógica y absurda. Pero quien hizo triunfar en sintaxis la orientación psicológica fue H. Ziemer, en 1882, con su *Junggrammatische Streifzüge,* que trasplantó a la sintaxis conceptos procedentes de la morfología, tales como los de contaminación, analogía, asimilación y disimilación. Desde entonces se explican giros como *audacior quam paratior* por *audacior quam paratus;* el segundo dativo de *mihi nomen est Petro;* la atracción del relativo; fórmulas como *haec me ut confidam faciunt,* que se considera como una contaminación de *haec ut confidam faciunt* y *haec me confidentem faciunt.* Estas y otras muchas construcciones no se pueden explicar de manera racional, sino únicamente por desviaciones casuales que terminaron siendo autorizadas por el uso y de las que ninguna lógica puede dar razón, pues en una lengua como

[11] Cfr. F. Thomas, *Sur quelques études et tendances en syntaxe latine,* en "*Revue des Études Anciennes*", 1956, LVIII, págs. 317-332.

el latín, que pasa por estar perfectamente codificada, "una misma forma vacila entre las categorías nominal y verbal, entre las funciones de adjetivo y de sustantivo, de participio, de gerundio y de infinitivo, entre las construcciones apositiva y oracional, se dedica a empleos en que adopta los sentidos comitativo, causal, instrumental, o se adapta a la expresión del pasado, del presente y del futuro..., caos de empleos y de nociones que jamás ninguna lógica llegará a desenredar" [12].

En este sentido creemos también que muchas de las particularidades estilísticas que aparecen en los diferentes autores clásicos y que se apartan de una gramática codificada, no pasan de ser meras arbitrariedades que no se puede pretender reducir a sistema. Por eso es un vano esfuerzo el que gramáticos y comentaristas se rompan la cabeza tratando de averiguar la significación de un determinado subjuntivo. No ha ocurrido más que el escritor, influido por diversas teorías y modelos, se apartó del lenguaje vivo.

También el método estructural ha comenzado a abordar el estudio de la sintaxis. Los estructuralistas consideran los hechos sintácticos no como una masa inorgánica, sino como un sistema cuyas partes son solidarias y que dicta sus funciones respectivas a los diversos elementos. Esta postura científica permite comprender y reunir los valores divergentes de un mismo elemento oponiéndolos a otro. De ahí que se hayan renovado definiciones como las del verbo y voces y que se haya visto apoyada la idea de referir los casos a una noción. Sin embargo, en muchas ocasiones la sintaxis estructural nos da la impresión de ampararse en un mala-

---

[12] J. Marouzeau, *Quelques aspects de la formation du latin littéraire*, Paris, 1949, págs. 150-151.

barismo verbal que trasmuta la vieja terminología de las categorías gramaticales en vocablos más pomposos, aunque quizá también más expresivos y lógicos. Sirvan de ejemplo: *monema autónomo* = adverbio; *monema funcional* = preposición; *sintagma autónomo* = complemento circunstancial, etcétera [13], o aquellos otros términos más rimbombantes que propone Tesnière: *actantes* para los subordinados del verbo que a título cualquiera participan en la acción, *circunstantes* para los adverbios, *diátesis* para las voces, *autontivo, antiontivo, anontivo* para las primera, segunda y tercera personas verbales respectivamente, por citar sólo algunos [14].

El estructuralismo, después de una fase "sincrónica", evoluciona hacia el estudio "diacrónico, y Benveniste cree posible considerar la sucesión de los sistemas en el interior de una misma lengua. Pero es obvio que en el caso del latín la reconstrucción de tales sistemas, sin tener en cuenta el sentimiento y la acción directa de los sujetos que lo hablan corre el riesgo de ser imperfecta, falsa y casi imposible.

---

[13] Cfr. A. Martinet, *Éléments de linguistique générale,* Paris, 1963, obra clarísima y de agradable lectura incluso para los no iniciados en lingüística, y de la que ha dicho Adrados, con mucha razón, que "hará pensar al ya iniciado" *(Emerita,* XXX, 2, 1962, pág. 320). A nuestro gran amigo D. Julio Calonge se debe la traducción española: *Elementos de lingüística general,* Madrid, Gredos, 1965.

[14] L. Tesnière, *Éléments de syntaxe structurale,* Paris, 1959. En Inglaterra, Noam Chomsky ha publicado unas *Syntactic Structures,* pero aplicadas solamente a la lengua inglesa. En el círculo lingüístico de Copenhague, Holger Sten se ha preocupado estructuralmente del número gramatical *(Travaux du cercle linguistique de Copenhague,* IV, 1949, págs. 47-59), y Benveniste ha estudiado *Le système sublogique des prépositions en latin (ídem,* V, 1949, págs. 177-184). Orientación estructural tiene también la obra de M. Guillaume, *L'architectonique du temps dans les langues classiques,* Copenhague, 1945.

5. La lexicología. Su campo y sus funciones

La lexicología no puede excluirse de las partes de la gramática, pues su verdadera misión es estudiar el significado y uso de los vocablos; por eso, como anteriormente dejamos apuntado, esta parte de la gramática se preocupará de semántica, formación de las palabras y etimología.

Semántica. El término semántica procede del verbo griego σημαίνω "significar". La semántica es la ciencia que estudia la significación de las palabras, y puede afirmarse que sin semántica no existe verdadero lenguaje. En realidad el aspecto fonético del lenguaje es secundario con relación al semántico, puesto que la característica principal del lenguaje consiste en ser significativo, y la transmisión de sentido puede realizarse tanto mediante el sonido como por gestos o por señales *.

La semántica, a partir de Bréal con su *Essai de sémantique,* se convierte en una disciplina independiente y con fines propios que trata de explicar los cambios de significación de las palabras. No pretende, pues, la semántica establecer el valor de una derivación respecto a la palabra que le sirve de base, sino la transformación que ha tenido lugar en la significación de la misma. Por ejemplo, *pugnare,* derivado de *pugnus,* que de su primitivo significado, "luchar a puñetazos", pasó al valor de "luchar" o "combatir" en sentido general.

Este tipo de transformaciones no puede explicarse como una simple metáfora, porque precisamente la conciencia de la nueva creación surge especialmente cuando el nuevo concepto ha sufrido tales modificaciones que le privan de los caracteres sobre los que se basa la metáfora.

Según K. O. Erdmann, en el contenido semántico de toda palabra hay que distinguir tres elementos:

1.° El concepto o significado principal.
2.° El sentido secundario o complementario.
3.° El valor afectivo.

Y como norma fundamental en el cambio semántico dice Pisani [15], que "el nuevo significado tomado por una palabra estaba ya presente como secundario en el uso antiguo de la palabra misma". Así, *casa* era en latín originariamente una "choza" o "cabaña", pero, como tal, incluía también el valor de "habitación", y con este valor sobrevivió en nuestro vocablo "casa".

Por lo que se refiere al cambio de significado, los factores principales que influyen en dichos cambios son, entre otros, los siguientes [16]:

a) *La naturaleza de la significación,* o sea, la falta de límites precisos en la representación ligada a la palabra.
b) *El sentido accesorio* condicionado por el contexto. *Deico* significaba "indicar", "señalar", del griego δείκνυμι, pero cuando significaba indicar con palabras, que era lo más frecuente, pasó a la significación de "decir".
c) *La necesidad de una expresión nueva.* La palabra *sacramentum,* que en latín clásico significaba "jura-

[15] V. Pisani, *L'etimologia,* Milano, 1947, pág. 158.

[16] P. Kretschmer, *Introducción a la lingüística griega y latina* (traducción castellana de S. F. Ramírez y M. F. Galiano), Madrid, 1946, págs. 92-95.

mento militar", la adoptó el cristianismo para indicar las "consagraciones religiosas".

d) *Sustitución de la palabra por otra más adecuada.* Es el caso de los eufemismos, ampulosidades y exageraciones: *obitus = mors; amica = meretrix.*

e) *Contaminación de una palabra por la acepción de otra.* Dos palabras de forma diversa, pero de significado afín, y a veces sin afinidad ninguna, dan origen a otra palabra que resulta de la combinación entre ambas. El verbo *aterrar* sinigficaba "derribar a tierra", pero llegó a usarse con el sentido de "aterrorizar", y al considerarle emparentado con *terror* y no con *tierra,* se dice actualmente *aterra* en vez de *atierra* *.

Formación de las palabras. La formación de las palabras es un hecho lingüístico muy complejo del que nos falta todavía una buena exposición, al menos por lo que al latín se refiere. Los procedimientos más usados en la formación de las palabras son la *derivación* y la *composición.*

La *derivación* consiste en formar de una palabra antigua otra nueva mediante ciertas terminaciones añadidas a la "raíz" que se denominan "desinencias" y "sufijos".

Las palabras "raíz" y "sufijo" proceden de la gramática hebrea, y fueron trasplantadas a la lingüística europea en el siglo XVII, aunque no coinciden plenamente en ambas gramáticas. En la gramática hebrea la raíz designa la forma temática de un grupo de palabras, o sea, una palabra real, no un elemento separado del total de la palabra, como se consideró en las gramáticas europeas y de donde surgió la idea de que las raíces eran palabras desnudas. El "sufijo" era en la gramática hebrea el nombre que se daba al pro-

nombre agregado; y en nuestras gramáticas también se dio en principio al sufijo existencia independiente. Pero, según la llamada teoría de la adaptación, a la que ya hemos hecho referencia, desarrollada por el sanscritista de Praga, Ludwig, los sufijos no debieron poseer de por sí y desde el principio su función, sino que la adquirieron al unirse a otras palabras; por eso, frecuentemente el empleo de los sufijos y su sentido está influido por la significación total de la palabra a la que pertenecen. Incluso se ha visto que, en muchos casos, la forma de los sufijos no es originaria y que las fronteras entre sufijo y raíz son flotantes.

Las desinencias indican la función sintáctica de la palabra en la frase, expresando la persona, número, voz, tiempo, modo, etc., si bien en las lenguas modernas la función sintáctica va siendo reemplazada por las preposiciones y la colocación de las palabras en la frase, como decíamos al hablar de la pérdida de la flexión latina.

Las desinencias se diferencian de los sufijos en que éstos indican la categoría general a que pertenece la palabra (agente, acción, instrumento, aumentativo, etc.). Al igual que los sufijos, las desinencias no existen en nuestra conciencia como elementos en sí, prontos para ser unidos a una raíz o a un tema, sino que adquieren un sentido en el conjunto de la palabra. En resumen, *raíz, sufijo* y *desinencia* no son en las lenguas indoeuropeas elementos independientes unos de otros.

A veces, en lugar del sufijo aparece un infijo. En latín no se conserva más que el infijo nasal, que aparece entre la vocal y la consonante siguiente de la raíz. Así *pingo* respecto a *pictus; fingo* frente a *fidi; tundo* frente a *tutudi.* Algunas veces falta la desinencia, y entonces aparece el tema solo o

tema raíz, por ejemplo *sol-*, que es igual al tema de los casos oblicuos *sol-is*, *sol-em*, etc.

Los sufijos pueden propagarse en forma analógica en el proceso de formación de las palabras. El significado incoativo del sufijo verbal *-sco* en latín, según Brugmann, no es primitivo, sino que se formó por analogía con ciertos verbos, como *cresco, adolesco*, etc., cuyas raíces tienen ese sentido; y es precisamente en la conjugación donde con más fuerza actúa la analogía.

También es frecuente la acumulación de sufijos, sobre todo en los cómicos, para formar nuevas palabras; así *minimissimus, extremissimus*. Sobre este tipo de formación de palabras y las formaciones llamadas contrarias o ilógicas pueden verse los ejemplos que aducíamos al tratar de la relación entre lexicología y morfología.

La *composición* es otro proceso frecuente en la formación de las palabras. En las lenguas indoeuropeas, normalmente el compuesto está formado por dos miembros que, a su vez, pueden ser compuestos. Una excepción a este tipo son los compuestos copulativos que pueden constar de un número indefinido de miembros como la palabra latina *suovetaurilia*, adjetivo compuesto de tres sustantivos (puerco-oveja-toro) *.

El compuesto pierde antes o después el contacto con las palabras de las que ha salido y se convierte en una palabra independiente, tanto en la forma como en la significación. A veces sucede que uno de los dos componentes, o los dos, han desaparecido de la lengua, mientras el compuesto permanece; por ejemplo, *Nundina* es la diosa que preside la purificación del recién nacido al noveno día de su nacimiento, y la palabra proviene de *nouem* y de un **dino* =

"día", desaparecido en latín, pero que se ve en el sánscrito *dinam*.

En latín arcaico la composición se hacía comúnmente mediante dos radicales, el segundo de los cuales contenía una idea verbal y se soldaba al primero mediante la vocal *-i-*: *sign-i-fer; agr-i-cola; tr-i-pes*. Pero esta composición propiamente dicha o combinación de dos temas de los que sólo se declina el segundo (por lo que se la llamó composición temática) era extraña al genio de la lengua latina, y fuera de algunos compuestos que llegaron a considerarse como simples *(pauper, uestigium,* etc.), o como derivados *(benignus)*, era poco usada. Procedimiento más tardío, y no muy extendido tampoco, fue la aposición, que reunía dos sustantivos, determinante el uno del otro: *arcubalista*. Procedimiento más usado, sobre todo en la época clásica, era el de unir el sustantivo con su epíteto desligado de la frase, fijándose así por el efecto de la unidad semántica que constituyen: *respublica, iusiurandum, ususfructus, exconsule, senatusconsultus*. Esto, más que composición propiamente dicha, era yuxtaposición.

Los compuestos verbales solían formarse añadiendo a la cabeza de la palabra simple un prefijo. Los prefijos más corrientes eran *ad, in, de, ex: adiungo, aduenio, extendo;* pero en el latín arcaico, debido al débil timbre de la vocal inicial, se produjo un fenómeno de apofonía, convirtiéndose, por ejemplo, la *a* del radical simple en *i* en sílaba abierta: *accipio* = *ad* + *capio*, y en *e* en sílaba cerrada: *commendo* = *cum* + *mando*.

Por ser los compuestos palabras de gran amplitud, que encerraban una gran riqueza de sentido en un mínimo de mecanismo gramatical, se emplearon como uno de los elementos de la alta poesía, sobre todo en la épica: *omnipo-*

tens, altitonans, caelicola, aunque ya en la época arcaica los había adaptado al teatro, para obtener de tales formaciones magníficos recursos cómicos, Plauto. Recuérdese los nombres de *Thensaurochrysonicohrysides* y de *Polymachaeroplagides.* La palabra compuesta, por tener siempre algo de artificial, conviene a las lenguas especiales y técnicas de la filosofía, la ciencia, la administración y la religión *.

Etimología. El término ἐτυμολογία fue usado por vez primera por los estoicos. Pero los principios de la ciencia etimológica arrancan del *Cratilo* de Platón, diálogo en el que Cratilo mantiene la teoría de que todas las cosas tienen su verdadero nombre que les es connatural, puesto que quien les puso nombre lo hizo con pleno conocimiento.

Observaciones etimológicas se encuentran también en los escritores latinos de la Antigüedad: Virgilio, Ennio, Pacuvio, Accio, Ovidio, Tito Livio, y sobre todo en los gramáticos y filólogos como Varrón.

Pero tanto en la Antigüedad como en la Edad Media el quehacer etimológico no era una verdadera ciencia, sino una especie de juego erudito, por lo que con toda razón pudo afirmar Voltaire: "La etimología es una ciencia en la cual las vocales no cuentan nada y las consonantes poco más."

La etimología, como ciencia, sólo comienza a constituirse a partir de la lingüística y se apoya de manera especial en los avances de la fonética, aunque a veces la fonética no lo aclara todo, e incluso la aplicación de sus reglas permite establecer etimologías diferentes para una misma palabra, por lo que se hace imprescindible acudir a la semántica y a la formación de las palabras (composición, derivación, analogía, etc.), procesos de los que hemos hablado anteriormente.

Para Diez, el fundador de la lingüística romance, el fin de la etimología es "llevar una palabra hasta su origen" [17]. Vittore Pisani precisa más y define así la tarea del moderno etimólogo: "determinar los materiales formales utilizados por quien por vez primera ha creado una palabra y, a la vez, el concepto que con ella ha querido expresar" [18].

En la moderna etimología se incluye todo aquello que puede aclarar la prehistoria de una palabra partiendo de ella misma; y la investigación etimológica ha de estar íntimamente ligada a las disciplinas más diversas: zoología, química, botánica, derecho, historia, técnica militar, etc. Por eso, refiriéndose a las tareas lexicográficas, decía con acertada y poética expresión don José María Pemán en su discurso de contestación al de don Julio Rey Pastor cuando fue elegido académico: "Porque la tarea de una Academia de la Lengua está a medio camino entre la pureza de la ciencia y el temblor de la vida, necesita reunir en su seno a los cultivadores de una máxima variedad de disciplinas que compongan en torno a su mesa de trabajo como una miniatura de la vida toda, de la que la lengua es expresión" *.

---

[17] Cfr. su *Etymologisches Wörterbuch der romanischen Sprachen*, 1878.

[18] Cfr. V. Pisani, *ob. cit.*, pág. 79.

APÉNDICE

AL CAPÍTULO II

Epígrafe 1.º, págs. 30-31. Apenas un autor había publicado una obra, encontraba ya correcciones y modificaciones que hacer. Conocido es el caso de Cicerón que escribe a su querido Atico para que se ocupe de ciertas correcciones, por ejemplo cambiar *Eupolis* por *Aristófanes* (*Ad Att.*, 12, 6, 3), suprimir en el *Pro Ligario* el nombre de *Corfidius* (*Ad Att.*, 13, 44, 3), cambiar la palabra *inhibere,* que no estaba empleada correctamente (*Ad Att.*, 13, 21, 3). Pero como muchas veces la venta había sido rápida, era imposible modificar los ejemplares que ya estaban en circulación. Sobre este problema de las variantes de autor, son interesantes los trabajos de L. Laurand: *Les manuscrits de Cicéron*, en *R. E. L.*, 1933, págs. 92 y sigs., y N. I. Herescu, *La tradition manuscrite des poètes latins et les variantes d'auteur*, en *R. E. L.*, 1962, páginas 135-157.

Epígrafe 1.º, pág. 33. En la pérdida de manuscritos influyeron diversas circunstancias. A veces, incluso buenos escritores, quedaron eclipsados por un genio mayor; es el caso

de Marcial, que perjudicó al resto de los epigramáticos, Juvenal, que eclipsó a los satíricos, o Catulo, que dejó reducidos a simples nombres al resto de los *neoteroi*. También influyeron en la conservación o pérdida de manuscritos las simpatías o antipatías del público. La antipatía que suscitó Catón en las generaciones que le siguieron, explica que su obra, a pesar de su importancia, sea poco conocida para nosotros.

Los analistas y los oradores, cuyas obras eran de carácter pragmático, no ponían mucho interés en la conservación de las mismas, por eso la mayor parte de las obras de este tipo, de época republicana, no han llegado hasta nosotros. Como hecho fundamental y curioso en la conservación de las obras de Tácito, se cuenta el interés del emperador Tácito, que tenía a gran honor ser descendiente del historiador latino, y ordenaba todos los años hacer copia de sus obras.

Los desastres políticos y los saqueos de las guerras civiles y extranjeras ocasionaron en códices y librerías pérdidas semejantes a las ocurridas con las obras de arte. Asimismo, las rivalidades políticas hicieron desaparecer muchas obras. Augusto excluyó de las bibliotecas al elegíaco *Gallus*, ocasionando la pérdida de sus poesías, y otro tanto hicieron Tiberio y Domiciano con varios autores. También, la anarquía militar del siglo III y las invasiones bárbaras acarrearon graves pérdidas de manuscritos (cfr. el libro citado de H. Bardon, II, págs. 317-321).

Epígrafe 5.º, pág. 40. Las primeras ediciones aparecidas de autores clásicos fueron *De officiis*, *Paradoxa* y *De oratore*, de Cicerón en 1465; la primera parte de los anales de Tácito en 1515; las epístolas de Plinio a Trajano entre 1465 y 1508; las cartas de Cicerón a Bruto en 1528.

Pero en un principio la reproducción mecánica de un manuscrito era más bien tarea de impresor que de editor, y a ello se debe que muchas ediciones príncipes lleven solamente el sello de una imprenta, sin mención de editor. Por lo general, se atendía a la lección de la tradición, y si se hacían enmiendas era en notas que se colocaban al final del volumen, por eso se ven tantas *castigationes* y *emendationes* al final de las ediciones del siglo XVI.

AL CAPÍTULO III

Epígrafe 4.º, pág. 45. Madvig, en el prefacio de su edición *De finibus* de Cicerón, comparaba al crítico textual con un juez, que, teniendo que descubrir lo que se decía de una persona a través de las muchas referencias de muy diversas gentes, debía considerar no sólo la fe que había de otorgar a cada testimonio, sino también distinguir entre los que lo han oído decir y los que lo han escuchado directamente, para, de esta manera, reducir un cúmulo de testimonios a unos pocos.

Epígrafe 4.º, págs. 45-46. Clasificarlos. La edad del manuscrito sólo debe tenerse en cuenta para saber en qué condiciones se escribió, pero no debe utilizarse como criterio para la elección de las lecciones. Tampoco es preciso el empleo de todos los manuscritos conocidos de un autor. Al editor le bastarán unos doce o quince manuscritos que pueden considerarse como prototipos.

Epígrafe 4.º, pág. 46. Colacionarlos. Entre las reglas del profesor Griesbach, pueden considerarse como fundamentales las siguientes: *a*) La lección más breve, si tiene en su favor

antiguos testimonios, debe ser preferida a la más larga. *b*) La lección más difícil y oscura es mejor que la clara. *c*) La más rara es mejor que la más corriente. *d*) Las lecciones enfáticas son sospechosas. *e*) Si una lección, a primera vista, da un sentido errado, pero examinándola con cuidado ofrece un sentido correcto, debe preferirse a otra. *f*) La lección que repite una palabra o idea vecina, no tiene valor. *g*) Las lecciones que poseen glosas deben descartarse.

Epígrafe 4.º, pág. 47. La emendatio. En este aspecto, el Mureto comparaba al crítico textual con un médico que cura mejor al enfermo cuando sabe qué vicios, defectos y enfermedades suele tener. Así el crítico textual puede corregir mejor las faltas de los antiguos códices, si conoce qué errores acostumbra a cometer el copista. A veces los errores consisten en mala división de las palabras: *nobis conqueri* / *nobiscum queri*; influjo de las palabras vecinas; arcaísmos mal comprendidos por los copistas: *tu autem* / *tuatim*; transcripción defectuosa de palabras griegas: χαῖρε / *care.* Al lado de estas faltas pueden existir también variantes de autor, cuando éste hizo varias ediciones de su propia obra y retocó algún pasaje del texto. Tal es el caso de los epigramas de Marcial (cfr. para este problema lo que acabamos de decir en el primer apéndice del capítulo II).

Epígrafe 4.º, pág. 48. El método de Enrico Quentin. Dom Quentin, monje benedictino de la abadía de Solesmes, propuso un nuevo método de clasificación de los manuscritos y reconstrucción del texto del arquetipo, que en resumen es como sigue: Se anotan las variantes de toda la obra o de pasajes escogidos. Las variantes se distinguen en *únicas, raras* y *múltiples*, según las presente un solo códice, pocos o mu-

chos. Las *únicas* son inútiles para una clasificación general, pero demuestran el carácter particular de un códice. Las *raras* sirven para agrupar los códices en familias; las *múltiples* permiten clasificar los códices en el interior de las familias y las familias entre sí. Deben anotarse todas las variantes y luego relacionar unas con otras para seleccionar únicamente las más características. Según la extensión de los textos, 20, 25, 50, 80 variantes pueden bastar para una clasificación. Variantes y códices se disponen en una especie de tabla pitagórica, de manera que con un solo golpe de vista puedan descubrirse los códices que guarden mayor afinidad entre sí. Cuando se ha descubierto cuáles son los códices que más se relacionan entre sí, se los compara por grupos de tres para ver cuál es el intermediario. Pero, al parangonar entre sí tres códices, son posibles cinco casos: acuerdo total; desacuerdo total; acuerdo de 1.º y 2.º con 3.º; acuerdo de 1.º y 3.º con 2.º; acuerdo de 2.º y 3.º con 1.º. Dom Quentin no admite faltas, sino formas diversas del texto y solamente se pregunta si los manuscritos están de acuerdo entre sí.

La polémica suscitada por los trabajos de Dom Quentin ha servido para precisar nociones que se consideraban como claras y que realmente no lo eran, pero su método basado en una lógica rigurosa y plagada de fórmulas y de signos matemáticos ha pasado un poco de moda y hoy día se considera como uno de tantos métodos filológicos que aportaron su grano de arena a la crítica textual.

Recientemente, Dom J. Froger publicó también un estudio interesante: *La critique des textes et son automatisation* (Préface de R. Marichal), París, Dunod, 1968. En esta obra se someten a crítica detallada las teorías tradicionales y se ofrecen nuevas y valiosas instrucciones para la clasificación de manuscritos. Dom Froger trata de aplicar la teoría de conjuntos

a la crítica textual, y, según su método, un ordenador podría perfectamente reconstruir un stemma.

Más reciente todavía es el trabajo de J. Willis, *Latin textual criticism*, University of Illinois Press, 1972, manual ameno y preciso que se mantiene en la línea tradicional.

Epígrafe 5.º, pág. 48. Los prolegómenos. A la tradición indirecta pertenecen también las citas con malas lecciones debidas a errores de memoria. Por ejemplo, Quintiliano, en varios pasajes, había citado mal a Virgilio y otro tanto hacen en diversos pasajes Lucano y Séneca el filósofo, que atribuye a Virgilio versos de Ovidio y de Tibulo. Se considera también tradición indirecta las versiones a otras lenguas de los clásicos latinos y griegos.

Epígrafe 5.º, pág. 49. El aparato crítico. Es un error llenar los aparatos con minucias sin importancia. P. Mazón sostenía que no debía retenerse de la tradición más que las lecciones ante las que el editor pudiera dudar, siempre que presentaran una probabilidad de haber sido escritas por el mismo autor. Por otra parte, cuando existe ya una buena edición crítica, no hay que perder el tiempo recomenzando el examen de cada manuscrito. Tiene mucha razón Dain cuando dice que en casos de colecciones de textos cuyo valor reside fundamentalmente en la traducción y el comentario, debería admitirse que se reprodujera simplemente el texto y el aparato de una edición anterior, pues hay editores que están en un grave error cuando creen hacer algo nuevo por añadir al aparato crítico lecciones de un manuscrito del Renacimiento que no es más que una copia de los que ya utilizaron otros editores. Sin embargo, el editor deberá recoger de las ediciones precedentes y de las revistas, actas académicas, monografías,

etcétera, todas las conjeturas propuestas por los doctos, pero las usará con mucha cautela. Los títulos de las revistas no se deben traducir al latín.

AL CAPÍTULO V

Epígrafe 3.º, pág. 68. Dato curioso en las inscripciones funerarias de época imperial es que, para indicar la edad del difunto, los años se ponían en ablativo, mientras que los meses y los días iban en acusativo: *vixit annis XXX, menses III, dies XIX.*

Epígrafe 4.º, pág. 72. Desde el punto de vista bibliográfico, merecen mención los siguientes trabajos: R. Marichal, "Paleographie et épigraphie latine", *Actes II.ᵉ congrès inter. épigr.*, 1953, págs. 180-192; R. G. Collingwood et R. P. Wright, *The Roman Inscriptions of Britain*, vol. I: *Inscription of Stone*, Oxford University Press, 1965; Ida Calabi Limentani, *Epigrafía latina*, Milano, Varese, 1968; G. C. Susini, *The Roman Stone cutter. An Introduction to latin Epigraphy*, Oxford, Blackwell, 1973.

Por lo que se refiere a trabajos sobre epigrafía española o escritos por españoles, mencionaremos: D. Julia, *Étude épigraphique et iconographique des stèles funeraires de Vigo*, Deutsches Archäologisches Institut, Abteilung, Madrid, Heidelberg, F. H. Kerle Verlag, 1971; Álvaro d'Ors, "Miscelánea epigráfica", *Emerita*, 40, 1972, págs. 59-67; A. Abásolo, *Epigrafía romana de la región de Lara de los Infantes*, Burgos, 1974; D. Julia, *Étude epigraphique et iconographique des stèles funeraires de Vigo*, Heidelberg, 1971; F. Lara, *Epigrafía romana de Lérida*, Lérida, 1973. Y, aunque no traten de epigrafía puramente latina, merecen citarse, por

su constante relación con la misma, los interesantes trabajos de M. Palomar Lapesa, *La onomástica personal prelatina de la antigua Lusitania*, Salamanca, 1957, y M.ª Lourdes Albertos Firmat, *La onomástica personal primitiva de Hispania* (*Tarraconense* y *Bética*), Salamanca, 1966; y "Nuevos antropónimos hispánicos", *Emerita*, 32, 1964, págs. 209-252; 33, 1965, págs. 109-143; 40, 1972, págs. 1-20 y 287-318, y M. Bobes, "La toponimia romana de Asturias", *Emerita*, 1961, págs. 1 y sigs.

AL CAPÍTULO VI

Epígrafe 1.º, pág. 79. El léxico del albanés es en su mayoría latino, debido a los numerosos préstamos que ha ido recibiendo desde la antigüedad, pero, por su morfología y su gramática en general, puede verse que es una lengua indoeuropea independiente. Por lo que respecta al armenio, es de interés la obra de F. Feydit, *Manuel de langue arménienne. Arménien occidental moderne,* París, 1948.

Epígrafe 1.º, pág. 81. Afinidad. En el interior de una misma familia pueden constituirse familias nuevas. Así ocurre cuando una lengua que es forma evolucionada de otra anterior, se diferencia a su vez en formas diversas. El latín, por ejemplo, se diferenció en italiano, español, portugués, etc. Hay también una hipótesis nada inverosímil, según la cual existe un parentesco lejano entre el indoeuropeo y las antiguas lenguas asiáticas (cario, licio, etc.), el caucásico, el finoungrio y el camito-semítico. Todas ellas serían transformaciones de una lengua común. Aunque esta hipótesis sea verosímil, resulta imposible por el momento establecer nada positivo.

Epígrafe 1.º, pág. 88. El micénico. Como trabajo más importante dentro de los últimos estudios del micénico cabe señalar L. Lejeune, *Phonétique historique du Mycénien, et du grec ancien.* París, Klincksieck, 1972.

Epígrafe 3.º, pág. 91. A las características generales del indoeuropeo puede añadirse la ausencia de voz pasiva. Sólo existía una especie de voz media con la que se indicaba que el sujeto actuaba sobre sí mismo o sobre algo suyo. Por lo que se refiere al aumento, Brugmann dice que tenía el valor de un adverbio y equivalía al latín *olim.*

Epígrafe 4.º, pág. 97. Sobre algunos de los temas de lingüística indoeuropea esbozados en este epígrafe, merecen mención los siguientes trabajos: F. Otto Lindeman, *Einführung in die Laryngaltheorie,* Berlín, de Gruyter, 1970, que es un resumen histórico, exposición y crítica de la teoría de las laringales desde el schwa indogermánico hasta el momento actual; J. Gil, "La apofonía en indoeuropeo", *Estudios Clásicos,* núm. 59, 1970, págs. 1-111, extenso y documentado trabajo que estudia el tema con visión histórica; A. López Eire, "La teoría de Benveniste acerca de la raíz en indoeuropeo: precedentes y repercusiones", *Estudios Clásicos,* número 64, 1971, págs. 269-296; F. Villar, "El problema de las sordas aspiradas indoeuropeas", *Revista española de Lingüística,* 1971, págs. 129-160; F. R. Adrados, "Ensayo sobre la estructura del indoeuropeo preflexional", *Revista española de Lingüística,* 1972, págs. 45-81; y "El sistema del nombre del indoeuropeo preflexional al flexional", en las misma revista española de Lingüística, 1973, págs. 117-142.

A los trabajos de conjunto sobre el indoeuropeo deben añadirse: "Ancient indoeuropean Dialects", *Procedings of the*

Conference on Indo-European Linguistics held at the University of California, 1963. Edited by H. Birnbaum and J. Puhvel, Berkeley and los Angeles, University of California Press, 1966. Se trata de una recopilación sobre los problemas dialectales de los diferentes grupos lingüísticos indoeuropeos hecha por destacados especialistas (una buena reseña del libro puede verse en *Emerita*, 34, 1966, págs. 335 y sigs.); V. Georgiev, *Introduzione alla storia delle lingue indoeuropee*, Roma, ed. dell'Ateneo, 1966. Es una exposición unificada de sus propias teorías desparramadas en artículos publicados en diferentes revistas durante varios años. A la vez que pone al día el estado de las cuestiones, aventura puntos de vista personales y muy interesantes; F. Villar, *Lenguas y pueblos indoeuropeos*, Madrid, Ediciones Istmo, 1972.

Epígrafe 5.º, pág. 99. El latín se relaciona: con el **eslavo, báltico** y **germánico** por carecer de la negación prohibitiva **mē*, que en griego está representada por μή.

Epígrafe 6.º. Parentesco y diferencias..., pág. 100. Hace diez años R. Thibau (*Les rapports entre le latin et le grec. Essai de réhabilitation de l'hypothese italo-grecque*, Leiden, 1964), siguiendo la antigua idea de Plutarco y de Varrón, recogida en el siglo XIX por Mommsen y defendida por G. Curtius, A. Schleicher, G. Ascoli y G. Bonfante, volvía a rehabilitar la hipótesis de la unidad italo-griega y hacía a la vez un resumen de la cuestión que en líneas generales puede exponerse así:

Los gramáticos griegos y romanos no dudaron nunca del parentesco entre las dos lenguas, y algunos lo creyeron tan estrecho que hicieron del latín, siguiendo a Plutarco, un simple dialecto griego, como el dórico o el jónico. Según Varrón,

derivaba directamente del eólico. Esta visión se apoyaba en la mitología y en ciertas leyendas.

En el siglo XIX historiadores tan valiosos como Mommsen, ofuscados por la profunda semejanza entre la mentalidad de los griegos y la de los romanos, llegaron también a la conclusión de un origen común. Diferente es la posición de ciertos lingüistas en el mismo siglo XIX. La gramática comparada de las lenguas indoeuropeas poseía una base más sólida para evaluar más justamente el parentesco de estas dos lenguas. G. Curtius, A. Schleicher y G. Ascoli, los tres grandes defensores de la unidad italo-griega, son ya dignos de crédito.

Hacia finales del siglo XIX se manifiesta otra tendencia diametralmente opuesta a la precedente. Un mejor conocimiento del osco, del umbro y de las lenguas célticas obligó a los lingüistas a revisar la teoría italo-griega. En efecto, la existencia de un elemento *-r* en las desinencias mediopasivas, de un subjuntivo en *-a*, de un genitivo en *-i* para los sustantivos en *-o* y, eventualmente, de un superlativo en *-samo*, era incompatible con la unidad italo-griega. Era preciso, pues, unir más estrechamente el latín, el osco-umbro y el céltico, de una parte; el griego y el indo-iranio, de otra. Entonces las semejanzas entre el latín y el griego cedieron el paso, y Kretsmer fue uno de los primeros en rechazar categóricamente toda aproximación entre ambas lenguas clásicas. Después de él, ya no hubo defensores de la unidad italo-griega, excepto Devoto.

J. Schrijnen, en una comunicación presentada al cuarto congreso de lingüistas de Copenhague, mantiene una fórmula de compromiso entre las dos tesis enfrentadas y demuestra que no deben excluirse mutuamente y que en la diacronía la unidad italo-céltica precede a la unidad italo-griega. Pone a la vez de relieve las semejanzas que existen indiscutiblemente

entre el latín y el griego y que no son efecto de la casualidad; tal puede decirse de las innovaciones realizadas en común. Las desemejanzas, por el contrario, son supervivencias prehistóricas y descansan sobre todo en innovaciones de la parte del griego.

La teoría de la unidad italocéltica ha venido a quedar estéril y ha perdido mucha de su fuerza primitiva. Modernamente se piensa que el sistema verbal latino y el griego se dejan explicar sin embarazo a partir de una fase italo-griega. En cuanto al léxico, se puede enriquecer el diccionario etimológico de Ernout-Meillet con un centenar de nuevas etimologías mediante una mejor comprensión de la semántica. La estructura de la oración comporta correspondencias curiosas que se comprenderían mejor a partir de una unidad italo-griega, porque de lo contrario algunos hechos sintácticos griegos quedan sin explicación, mientras que para el latín es preciso acudir a una influencia griega procedente de la Magna Grecia.

Epígrafe 6.º, pág. 103. También es griego el vocabulario del lujo, del juego y del placer: *paenula, stola, schola, stadium, scaena, symposium, termopollium, cyathus, crapula, palaestra, theatrum, mimus, eunuchus, moechus, psaltria*; incluso palabras de cuño auténticamente romano como *carmen, vates, orator,* fueron suplantadas por los términos griegos *poesis, poeta, rhetor.*

Los helenismos en el campo de la sintaxis fueron estudiados por Brenous, y las conclusiones a que llegó en su magnífico trabajo pueden resumirse en estos puntos:

1.º Las semejanzas exteriores no son pretexto para admitir su origen griego, pues las dos lenguas pueden llegar a la misma construcción independientemente.

2.° Es un error imponer al latín las construcciones griegas invocando un período prehistórico común.

3.° Una construcción frecuente en griego y rara en latín no es por ello un helenismo.

4.° El desarrollo literario del latín no ha estado nunca completamente sustraído a la influencia griega.

5.° Los helenismos más claros son los que reúnen las siguientes condiciones: *a*) faltar en la antigua lengua, *b*) estar calcados sobre modelo griego, *c*) aparecer por primera vez en un escritor que ha imitado a los griegos.

6.° Tienen importancia particular los pasajes traducidos del griego o relacionados con el pensamiento de un autor griego.

7.° Los prosistas que emplean más helenismos son Salustio, Tito Livio y Tácito y los poetas, descartados los cómicos, naturalmente, Catulo, Propercio, Tibulo, Horacio, Virgilio y Ovidio, y más tarde Estacio, Valerio Flaco y Silio Itálico.

Pueden considerarse como helenismos sintácticos el nominativo por vocativo, el genitivo exclamativo (*O mercis malae*), el genitivo absoluto, el empleo de *quod* con verbos de lengua y entendimiento, el empleo de *si* como partícula interrogativa, el uso de *ille* como artículo, por citar solamente algunos.

Epígrafe 8.°, pág. 105 a, nota 36. R. Thibau ha propuesto una estrecha relación etimológica entre Αἰτωλία, Αἰθαλία e *Italia* considerando el Nor-Oeste de Grecia como cuna de la civilización italo-griega (cfr. *Revue Belge de Philologie et d'Histoire,* núm. 42, 1964, págs. 98-103).

Epígrafe 9.°, pág. 116. Es opinión de Devoto que en los nombres sabinos se podría hacer una clasificación cronológica recordando que una primera afluencia de elementos

sabinos viene a coincidir con la fundación misma de Roma; otros, después de la interrupción de la monarquía etrusca, cuando la influencia de tierra adentro se deja sentir durante algún tiempo a principios del siglo v.

Desde el punto de vista histórico, conviene recordar que los indoeuropeos del Lacio se asentaron en comunidades rurales (*populi*) que formaban confederaciones abiertas. Roma es el resultado de un sinecismo de latinos cremadores y sabinos inhumadores. Políticamente, estos pueblos estaban unidos en plano de igualdad, pero Roma se fue imponiendo y en el año 338 esos pueblos pasan a quedar como aliados sometidos a Roma. Esta supremacía fue la que provocó el reemplazamiento de los dialectos del Lacio por el latín de Roma, pero las inscripciones prueban que el latín romano sólo era un "patois" más entre los restantes.

AL CAPÍTULO VII

Epígrafe 1.º, pág. 127. Veikko Väänänen en su *Introducción al latín vulgar* (versión española de Manuel Carrión), Madrid, Gredos, 1968, pág. 25, dice: "El término *latín vulgar*, consagrado por un uso centenario para designar los diversos fenómenos latinos que no están de acuerdo con las normas clásicas, tiene las ventajas y los inconvenientes de todo término consagrado".

Epígrafe 1.º, pág. 129. Por lo que respecta a la diversidad de opiniones sobre lo que ha de entenderse por latín vulgar, Bloomfield (*Language*, New York, 1948, pág. 302), considera al primitivo romance como el equivalente del latín vulgar.

A los trabajos sobre el latín vulgar, citados en las notas de estas páginas, puede añadirse J. Sofer, *Zur Problematik*

des Vulgärlateins. Ergebnisse und Anregungen, Vienne, 1963, y el manualito de J. Hermann, *Le Latin Vulgaire*, Collection "Que sais-je?", núm. 1247, París, P. U. F., 1970, 2.ª ed.

Epígrafe 2.º, pág. 136, nota 20. Es digno de mención el interesante trabajo que sobre las *defixionum tabellae* publicó mi compañero y amigo Emilio García Ruiz, "Estudio lingüístico de las defixiones latinas no incluidas en el Corpus de Audollent, *Emerita*, 35, 1967, págs. 55-89 y 219-243.

Epígrafe 2.º, pág. 138, apartado c). Y no sólo sobre las lenguas romances, sino también en algunas lenguas germánicas. Estas reconstrucciones han servido a la vez para informarnos de las transformaciones que sufrió el latín hablado y para reconocer como formas populares o vulgares ciertas palabras, construcciones y giros que aparecen en textos escritos, sobre todo de época tardía, y que a veces editores y filólogos etiquetaban como incorrecciones y trataban de corregir.

Epígrafe 3.º, pág. 139. Entre los casos de sinónimos en que uno de ellos suplantó al otro, pueden añadirse a los ya citados: *grandis* suplantó a *magnus, plorare* a *flere, occidere* a *interficere, bucca* a *os, minutus* a *parvus, formosus* a *pulcher*. Entre los diminutivos con valor simple, pueden contarse *articulus, cepulla, geniculum, vulpecula, vetulus*. Además el latín vulgar forja numerosos compuestos ajenos a la lengua clásica, tales como *caldicerebrius, fulcipedia, pilicrepus, piscicapi*, y abusa de los sufijos *-ficus* y *-ficare*: *munificus, beatificare*.

Entre los fenómenos de tipo morfológico, se puede recordar que muchos nombres de la 5.ª declinación pasaron a la primera: *effigies / effigia*; *materies / materia*; *luxuries / luxuria*. Algunos de la 4.ª pasaron a la 2.ª: *gelum* por *gelu, cornum*

por *cornu*; *fluctus* se declinó como *lupus*. El nominativo plural en *ae* se suplantaba por la forma en *-as*, vulgarismo que aparece ya en el siglo II a. J. C. y se hace común en los diplomas merovingios. El vocativo se confudió frecuentemente con el nominativo.

Epígrafe 3.º, pág. 142. En sintaxis las oraciones completivas con *quod* y *quia* sustituyen de manera general a las oraciones de infinitivo, incluso dependiendo de verbos de entendimiento, lengua y sentido. Se generaliza también el empleo del indicativo sustituyendo al subjuntivo en las interrogativas indirectas; se hace de uso corriente la conjunción *si* con valor interrogativo, y el verbo *fio* se construye como activo con complemento directo: *fit orationem.*

AL CAPÍTULO VIII

Epígrafe 3.º, pág. 150, nota 11. Sobre la palabra *Romania,* cfr. también J. Zeiller, "L'apparition du mot romania chez les écrivains latins", *Revue des Études latines,* 1929, págs. 194-198, y R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media Latina,* págs. 54 y sigs.

Epígrafe 3.º, pág. 154, nota 18. Añádanse los siguientes trabajos: Eulalia Rodón, "Notas sobre formas latino-romances en documentos de los siglos IX-XI, *Emerita,* 37, 1969, págs. 411-414, y C. Codoñer, "Léxico de las fórmulas de donación en documentos del siglo X, *Emerita,* 40, 1972, páginas 141-150.

Epígrafe 5.º, pág. 157, nota 25. Añadir a la obra de Strecker los siguientes trabajos: W. D. Lange, *Philologische*

Studien zur Latinität westispanischer Privaturkunden des 9-12 Jahrhunderts, Leiden und Köln, 1966, y E. Auerbach, *Lenguaje literario y público en la baja latinidad de la Edad Media,* Barcelona, Seix Barral, 1969, libro en el que se analizan los valores literarios de una literatura latina a la que se ha dado en llamar decadente. El análisis abarca no sólo las características de la lengua latina medieval, sino también las relaciones que guarda el estudio sociológico de la literatura con la psicología de la creación literaria.

Epígrafe 5.º, pág. 159. Respecto a las composiciones de los goliardos dice Ch. Mohrmann (*Études sur le latin des chrétiens,* t. II, Roma, 1961, pág. 232): "Las poesías goliardescas nos muestran hasta qué grado este latín medieval que había comenzado como lengua sabia de una enseñanza destinada esencialmente a los clérigos, se había convertido en un elemento vivo de la vida palpitante de esta unidad internacional que era la *respublica litterarum*".

Epígrafe 5.º, pág. 159, nota 27. A los trabajos sobre los goliardos y sus composiciones puede añadirse: Ricardo Arias y Arias, *La poesía de los goliardos,* Madrid, Editorial Gredos, 1970.

Epígrafe 5.º, pág. 160. Es famoso el *Himnarium* que Pedro Abelardo escribió para Eloísa cuando ésta se convirtió en abadesa de Troyes. Consta de ochenta y tres himnos, con gran variedad de formas, destinados al breviario de la abadesa.

Epígrafe 5.º, pág. 160, nota 28. Son también importantes por lo que a himnología se refiere: J. Szoverffy, *Hiberian Hymnody. Survey and Problems,* New York, Classical Folia Editions, 1971, en donde se recogen más de 1.200 himnos

latinos recolectados en las bibliotecas de España y Portugal y *Poésie latine Chrétienne du Moyen Âge, III-XV^e siècles,* textes recueillis, traduits et commentés par Henry Spitmuller, Descée de Brouwer, 1971; magnífica antología en que se recogen poemas de más de cien autores y más de cien himnos con abundante bibliografía.

AL CAPÍTULO IX

Epígrafe 1.º, pág. 164. En 1965 apareció el volumen III de Ch. Mohrmann, *Études sur le latin des Chrétiens: Latin chrétien et liturgique,* Roma, Edizioni di storia e letteratura.

Magnífico trabajo lexicográfico constituye la obra de Albert Blaise, *Le vocabulaire latin des pricipaux thermes liturgiques revu, par Dom Antoine Dumas, O. S. B.*, Brepols, que, aunque no lleva fecha de edición, debe ser de 1966. Interesante es también J. Fontaine, *Aspects et problèmes de la prose d'art latine au III^e siècle. La genèse des styles chrétiens,* Turín, 1968.

Epígrafe 3.º, pág. 168. Para lo relacionado con Tertuliano y su aportación al latín de los cristianos, es interesante el trabajo de Ch. Mohrmann, *Observations sur la langue et le style de Tertulien,* recogido en su libro *Études sur le latin des Chrétiens,* II, Roma, 1961, págs. 235-246; H. Hoppe, *Syntax und Stil des Tertullian,* Leipzig, 1903; J. H. Waszink, *Commentaire au "De Anima" de Tertullien,* Amsterdam, 1947.

Epígrafe 6.º, pág. 181. Para detalles prosódicos sobre las secuencias y los himnos, véase mi libro *La lengua latina en su aspecto prosódico,* Madrid, Gredos, 1971, págs. 91-119.

AL CAPÍTULO X

Epígrafe 1.º, pág. 185. Aquella *humanitas* clásica, precursora del humanismo moderno, nos envía a través de las edades, como dice Herescu, una triple lección: "Primero una lección de *humildad,* pariente inseparable del *humus, humilis, humilitas.* La *humanitas* nos enseña que el hombre no es más que un humilde puñado de tierra..., luego una lección de solidaridad, porque el sentimiento de humanidad quiere decir, ante todo, amor para con todos los semejantes sin distinción. Y, por fin, una lección de libertad. En efecto, es por la cultura, por el comercio de las ciencias y de las artes (artes liberales), como el hombre puede alcanzar ese grado de civilización en que la libertad se convierte en el clima normal del género humano". Y de aquí se pasa insensiblemente a la definición del moderno humanismo. Entre las numerosas que se han propuesto, nos quedamos con la casi lapidaria del mismo Herescu: "El arte de formar el alma humana por la cultura del espíritu" (N. I. Herescu, en *Bulletin de l'Association Guillaume Budé,* nueva serie, núm. 5, junio 1948.

Epígrafe 2.º, pág. 188. Entusiastas y convencidos ciceronianos fueron también otros españoles como Jerónimo Osorio; Melchor Cano, de quien se dice que junto con el jesuita Maldonado fue el teólogo escolástico que escribió con más elegancia el latín; Sebastián Fox Morcillo, que intentó conciliar la filosofía platónica con la aristotélica; Juan de Vergara, Benito Perera, el Brocense, Matamoros y bastantes más.

En sus escritos latinos, Luis Vives creó muchos neologismos porque consideraba que el latín, como instrumento universal de comunicación, debía adaptarse a las necesidades de los tiempos. Y su práctica latina la refrendó en unos famosos

coloquios intitulados *exercitatio linguae latinae,* que fueron más tarde completados con otros siete diálogos por Cervantes de Salazar.

Epígrafe 4.º, pág. 191. En los primeros tiempos del Renacimiento los latinistas españoles eran pocos y mediocres. Su latín, casi medieval, era bastante incorrecto y desaliñado. Éste es el caso de Alfonso de Madrigal, Juan de Segovia, el cardenal Torquemada, Alonso de Cartagena y el famoso moralista Rodrigo Sánchez Arévalo, autor del *Speculum vitae humanae,* que dice de sí mismo, con ejemplar modestia, que escribe *inculto rudique eloquio* (lo que no impidió que su obra alcanzara doce ediciones y fuera traducida a varias lenguas). Aunque casi todos los intelectuales españoles preferían escribir en la flamante y floreciente lengua castellana, no podían sustraerse a las exigencias del humanismo que adoptaba el latín como idioma internacional, oficial y vivo de la intelectualidad europea. Profesores, médicos, clérigos, diplomáticos, filósofos, todos hablaban y escribían latín, y el humanismo español tuvo como foco principal la corte de Nápoles desde su conquista por Alfonso V en 1443. A partir de entonces, ni los príncipes podrán prescindir del latín, pues les será necesario contestar la correspondencia epistolar y corresponder a cotidianos discursos. La reina Isabel la Católica estudió Humanidades con doña Beatriz Galindo, y, dentro de la familia real, se sabe que la infanta doña Juana contestaba en fácil latín a los discursos gratulatorios que le dirigían las ciudades de Flandes. También las cartas del príncipe don Juan, conservadas junto con las de Marineo Sículo, nos le muestran como buen latinista. En la mente de toda persona culta estaba presente aquella afirmación de Juan de Lucena: "El que latín no sabe asno se debe llamar de los dos pies".

Epígrafe 4.º, pág. 191, nota 14. Sobre el humanismo español merecen mención los dos trabajos siguientes: L. Gil, "El Humanismo español del siglo XVI", *Estudios Clásicos,* núm. 51, 1967, págs. 209-297, y A. Fontán, "El latín de los humanistas", *Estudios Clásicos,* núms. 66-67, 1972, págs. 183-203.

Epígrafe 5.º, pág. 194. La poesía latina en el Renacimiento español no es ni rica ni brillante. Las grandes producciones poéticas aparecen en lengua nacional, pero no faltan humanistas que componen con arte poesías latinas. A Juan Sobrarias se debe un panegírico de los Reyes Católicos; el barcelonés Benito Gariteo escribe poemitas latinos imitando a Propercio, Alvar Gómez de Ciudad Real, además de su *Musa Paulina,* escrita en dísticos elegíacos a imitación de Ovidio, publicó el poema *Thalichristia* compuesto de 16.400 hexámetros con un prólogo de Nebrija que le llamaba "El Virgilio cristiano". El catedrático de Salamanca Juan Pérez (Petreius) escribió poemas religiosos, epigramas y cuatro comedias latinas; Antonio Serón, admirador de Tibulo, compuso delicadas elegías a Cintia; Luisa Sigea de Velasco, famosa por su belleza y cultura, cuenta entre sus muchas producciones latinas con el poemita *Cintra,* que mereció ser traducido al castellano por Menéndez Pelayo; Fray Luis de León manejaba con soltura los metros horacianos, de los que nos ha dejado muestras en sus poemitas a la Virgen; Benito Arias Montano, el famoso teólogo y filósofo, que fue también excelente filólogo y políglota, mereció ser coronado en Alcalá como inspirado poeta latino; Juan de Mal-Lara intercaló en sus comedias muchas odas y versos elegíacos latinos; Garcilaso de la Vega escribió también odas en un latín elegante: Juan de Verzosa, secretario del cardenal Mendoza, manejaba

con facilidad el hexámetro, como se ve en sus panegíricos a grandes personajes de la época, pero a su vez nos dejó excelentes versos ligeros en su *Charina sive amores*; Jaime Juan Falcó, a quien se llamó el Marcial de Valencia, fue buen satírico en lengua latina (*Epigrammata, Operum poeticorum libri V*); extraordinaria fama alcanzó el venerable José Anchieta, natural de Tenerife y apóstol del Brasil, que, cautivo de los tupies, compuso su poema *De Beata Virgine Dei Matre Maria* en 5.286 versos, escribiendo con una varita sobre la arena de la playa y grabando los dísticos en su memoria antes de que las olas pudieran borrarlos para seguir escribiendo; y buen poeta latino fue también el etíope Juan Latino, catedrático de Granada.

Epígrafe 5.º, pág. 196. Durante el Renacimiento se extendió por toda Europa entre los historiadores la costumbre de escribir en latín la historia de su país. Alfonso de Palencia, consumado latinista y filólogo, a quien se llamó el Tácito español, relató la historia de su tiempo (1440-1477) en unas décadas latinas que intituló *Gesta Hispanica*; Francisco López de Gómara, capellán de Cortés y buen latinista, escribió una *Hispania Victrix*; Gerónimo de Zúñiga y Castro, gran humanista y políglota, redactó un compendio latino a sus *Anales de la Corona de Aragón*; Álvar Gómez de Castro, profesor de Alcalá, escribió en un latín elegante y sobrio la historia del cardenal Cisneros; Gerónimo de Blancas nos dejó su *Aragonensium rerum commentarii*; a Juan Calvete de Estrella debemos una historia en latín de la ciudad tunecina de Mehedia y su conquista; a finales del siglo XVI, Pedro de Ribadeneira escribe su *Flos sanctorum*, colección de biografías de santos que alcanzó extraordinaria popularidad en España.

Epígrafe 5.º, pág. 197. El italiano Guido delle Colonne tradujo al latín una novela troyana del francés para aquellos *qui grammaticam legunt,* Francón de Meschede hizo hacia 1330 una refundición latina de la *Fragua dorada* (*Goldene Schmiede*) de Konrad von Würzburg (*Aurea fabrica*). La *Historia septem sapientum* es una versión en prosa del *Roman des sept sages.* También se tradujeron al latín los *Contes moralisés* de Nicole Bouzon (siglo XVI) y lo mismo se hizo a mediados del siglo XVI con las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre; también la obra de D. Fadrique Furio Ceriol, *De la institución del príncipe,* de la que sólo poseemos una parte intitulada *Del consejo y consejos del príncipe* (Amberes, 1559), se tradujo al latín en 1568.

Epígrafe 6.º, pág. 200. Ya muchos años antes del artículo del doctor Capelle hubo un intento de restaurar el latín. El iniciador de aquel movimiento fue el doctor italiano Carlos Colombo, que publicó en 1904 un interesante *Manual de latín comercial.*

AL CAPÍTULO XI

Epígrafe 2.º, apartado a), pág. 207. A las bibliografías citadas deben añadirse: J. van Ooteghem, *Bibliotheca Graeca et Latina.* Apareció separadamente y se publicó primero en la revista *Les Études Classiques,* la latina en abril de 1936 y la griega desde octubre del mismo año. En 1949, y recogiendo como fecha inicial la bibliografía de 1939-1947, comenzó a publicarse una *Bibliographie Linguistique* subvencionada por la UNESCO.

Epígrafe 2.º, pág. 211. En la primera edición de este manual se nos pasó por alto inexplicablemente la famosa *Scriptorum classicorum bibliotheca Oxoniensis,* Oxford, Clarendon, que publicó ediciones *maiores* y *minores,* y por lo que respecta a escritores latino-cristianos, merece destacarse el *Corpus Christianorum Scriptorum,* Turnhout, Brepols (desde 1953).

Epígrafe 2.º, apartado d), pág. 214. Entre las nuevas revistas de Filología clásica en España merecen citarse: *Revista española de Lingüística,* Madrid (desde 1971), que publica también artículos sobre filología clásica, y *Cuadernos de Filología Clásica,* Madrid (desde 1971).

Epígrafe 3.º, apartado c), pág. 220. Un intento de aplicar las teorías estructuralistas a la fonética y morfología lo constituye el libro de J. Molina Yébenes, *Estudios latinos I: Iniciación a la fonética, fonología y morfología,* Barcelona, 1966. Para los problemas de pronunciación, acento y prosodia, cfr. Víctor J. Herrero, *La lengua latina en su aspecto prosódico,* Madrid, Gredos, 1971.

Apartado g), pág. 226. El diccionario de Ernout-Meillet está dispuesto por familias de palabras y cada artículo se compone de dos partes: la primera, redactada por Ernout, estudia la evolución semántica de la palabra a través de toda la latinidad; la segunda está destinada al desarrollo propiamente etimológico y se debe a Meillet.

Apartado h), pág. 230. Entre los trabajos de lingüística más recientes, merecen citarse: W. Porzig, *El Mundo Maravilloso del lenguaje* (traducido del alemán por Abelardo Mora-

lejo, que le puso abundantes y muy valiosas notas en castellano), Madrid, Gredos, 1964; R. H. Robins, *General Linguistics. A introductory Survey,* Londres, Longmans Linguistics Library, 1965, 2.ª ed., traducido al castellano por Pilar Gómez Bedate, Madrid, Gredos, 1964, que es una estimable introducción a la lingüística; E. Sapir, *Linguistique*, París, Éditions de Minuit, 1968, que es una colección de artículos sobre temas de lingüística general, fonología, fonética, semántica y antropología; G. Tagliavini, *Storia della Linguistica,* Bologna, Ricardo Patron, 1968; A. Ronconi, *Filologia e Linguistica,* Roma, Edizioni dell'Ateneo, Roma, 1968; M. Alvar, *Estructuralismo, Geografía lingüística y dialectología actual,* Madrid, Gredos, 1969; B. Malberg, *Lingüística estructural y comunicación humana* (traducción de Eulalia Rodón, Madrid, Gredos, 1969); N. Chomsky, *Lingüística Cartesiana* (versión española de E. Wulff), Madrid, Gredos, 1969; F. Rodríguez Adrados, *Lingüística estructural* (2 vols.), Madrid, Gredos, 1969, con abundante bibliografía; J. Lyons, *Introducción en la lingüística teórica* (versión española de Ramón Cerdá), Barcelona, Teide, 1971, con abundante bibliografía sobre el tema.

De gran utilidad para los estudios lingüísticos son los siguientes diccionarios de terminología filológico-lingüística: J. Marouzeau, *Léxique de la terminologie linguistique,* París, 1951, 3.ª ed.; A. Springhetti, S. I., *Lexicon Linguisticae et Philologiae,* Romae, Apud Pontificiam Universitatem Gregorianam, 1962; F. Lázaro Carreter, *Diccionario de términos filológicos,* Madrid, Gredos, 1968, 3.ª ed.

La Editorial Gredos, en un empeño cultural que sólo elogios merece, está editando en magníficas traducciones las obras de lingüística más sobresalientes que van apareciendo en el mundo entero. Sentimos no poder reproducir aquí la lista completa de todas ellas.

Resulta difícil encontrar un trabajo en el que aparezca expuesto de manera clara, pero a la vez sistematizada y coherente, el cúmulo de las modernas teorías lingüísticas en las que proliferan las tendencias, las opiniones y los círculos o escuelas. A partir de Saussure, la mayor parte de los estudiosos de la lingüística quieren imponer sus ingeniosas teorías y su genial terminología que cada vez resulta más difícil de unificar.

Posiblemente la obra que más se acerca a ese trabajo de síntesis deseable es *La Lingüística, guía alfabética bajo la dirección de André Martinet* que en traducción de Carlos Manzano ha publicado la editorial Anagrama de Barcelona (1972). Se trata de una obra colectiva en cincuenta y un capítulos y en la que, mediante un complicado pero ingenioso sistema que combina la letra negrita con los asteriscos, las notas de pie de página y las siglas para una economía en las referencias bibliográficas, el lector puede llegar de la forma menos incómada a tener un visión de conjunto del campo lingüístico y, en gran medida, a familiarizarse con las equivalencias de su poco unificada terminología.

Epígrafe 4.º, apartado a), pág. 232. Entre las obras de carácter general, pueden añadirse: J. Bayet, *Littérature latine. Nouvelle édition, revue et mise a jour avec la collaboration de Louis Nougaret*, París, Colín, 1965 (hay traducción española de la editorial Ariel hecha por Andrés Espinosa Alarcón, con un prólogo de José Alsina); L. Bieler, *Historia de la literatura romana* (versión española de M. Sánchez Gil), Madrid, Gredos, 1968; R. Chevalier, *Dictionnaire de la litterature latine*, París, 1968; G. Viansino, *Introduzione allo studio critico della letteratura latina*, Salerno, Librería Internazionale Editrice, 1970; T. González Rolán, "Ordenamiento

de la historia de la literatura latina", *Estudios Clásicos,* números 69-70, 1973, págs. 241-260; L. Perelli, *Storia della Letteratura Latina,* Torino, Paravia, 1969; E. Paratore, *La Letteratura latina dell'età imperiale,* Florencia, Sansoni, 1970.

Apartado c), pág. 234. Dentro de la poesía pueden añadirse los trabajos siguientes: E. Fraenkel, *Caratere della poesia augustea,* Kleine Beiträge zur klassischen Philologie, II, Roma, 1964, págs. 209-229; O. Seel, *Weltdichtung Roms,* Berlín, Argón, 1965, que es un intento de presentar la poesía latina desde un nuevo punto de vista; C. A. van Rooy, *Studies in Classical Satire and related literary Theorie,* Leiden, E. J. Brill, 1965; F. Cupaiuolo, *Tra poesia e poetica. Su alcuni aspetti culturali della poesia latina nell'età augustea,* Napoli, Librería Scientifica Editrice, 1966; G. Williams, *Tradition and originality in Roman Poetry,* Oxford, Clarendon Press, 1968; E. Castorina, *Questioni neoteriche,* Florenze, La Nuova Italia, 1968; J. Hubaux, *Les themes bucoliques dans la poesie latine,* Bruselles, 1930; L. Alfonsi, *Poetae noui,* Côme, 1945; S. Mariner, "La comedia latina a la luz de los redescubrimientos de Menandro, *Estudios Clásicos,* núm. 62, 1971, págs. 1-26; M. Dolç, en su libro *Retorno a la Roma clásica,* Madrid, Prensa Española, 1972, ha recogido siete trabajos suyos relacionados no solamente con la poesía, sino también con temas y autores de retórica e historia.

Aparatdo f), pág. 235. A los temas generales de literatura cristiana pueden añadirse: M. Simonetti, *La letteratura cristiana antica, greca e latina,* Florence-Milano, 1969; J. Fontaine, *La litterature latine chrétienne,* Coll. "Que sais-je?" París, 1970, resumen muy claro y bien estructurado.

AL CAPÍTULO XII

Epígrafe 3.º, pág. 249. Una interesante y original semblanza de Varrón puede leerse en A. Grenier, *El genio romano* (traducción española de J. Deleito y Piñuela), Barcelona, 1927, págs. 256-262. Y muy interesante es la obra más reciente de J. Collard, *Varron grammairien latin*, Strasbourg, 1954.

Epígrafe 4.º, pág. 255. Merece también mención entre los filólogos de la antigua Roma. *C. Marius Victorinus* (mediados del siglo IV), neoplatónico, que, además de filósofo y profesor de retórica, fue eminente gramático. En su ancianidad se convirtió al cristianismo y compuso un comentario sobre San Pablo; comentó también los libros de retórica de Cicerón y tradujo y comentó obras de Platón. Escribió un *Ars Grammatica*; después de estudiar los metros, pasa a estudiar el origen de la música y de la poesía que explica por una disposición que la naturaleza dio al hombre junto con la vida y la conciencia. Cuando habla de Platón, menciona la doctrina de la locura divina de los poetas y, a propósito de Horacio, se refiere al efecto inspirador del vino.

AL CAPÍTULO XIII

Epígrafe 1.º, pág. 259. Durante los siglos XI y XII el latín no es como en el período carolingio el instrumento de una cultura superior que se aprende con dificultad y esfuerzo, sino un vehículo normal de comunicación en el campo de la cultura intelectual y espiritual, como muy bien dice Ch. Mohrmann.

Epígrafe 2.º, pág. 261. Innovaciones fundamentales de la gramática de Alejandro de Villa Dei fueron, entre otras, la de comenzar la enseñanza elemental en lengua vulgar y adaptar dicha enseñanza al estado presente del latín medieval, aceptando los elementos cristianos y medievales junto a la gramática tradicional.

Epígrafe 3.º, pág. 266. En la época de la reconquista las principales escuelas monacales españolas fueron las de las abadías de Sahagún, San Millán de la Cogolla, Silos, Ripoll, Samos, Covadonga, Albelda, San Salvador de Leire, San Cugat del Vallés y las radicadas en los monasterios cistercienses de Poblet, Santas Creus, Veruela y Las Huelgas.

Epígrafe 4.º, pág. 268. Venancio Fortunato fue consejero de la reina Radegunda, que le hizo obispo de Poitiers y a la que él llamó "lirio angélico". "Sus talentos de elogiador de mujeres se ejercieron también en favor de otras heroínas diferentes de Radegunda... Fue también el antepasado lejano de esos prelados letrados y sociables que encantaron las pequeñas cortes de los bordes del Loira en el siglo XI e ilustraron la escuela poética angevina" (Guy de Valous, "La poésie amoreuse en langue latine au Moyen Âge", *Classica et mediaevalia,* XIII, 1952, págs. 285-345).

Epígrafe 4.º, pág. 270. En el siglo XI la figura más distinguida es *San Pedro Damián* (1007-1072), de una ferviente inclinación hacia los clásicos; en el XII florecen en Chartres grandes humanistas: Bernardo Thierry, Gilberto de la Porrée, Bernardo Silvestre (cfr. P. Renucc, *L'aventure de l'Humanisme européen au Moyen-Âge (Sec. IV-XIV),* Clermont-Ferrand, 1953, pág. 63.

AL CAPÍTULO XIV

Epígrafe 6.º, pág. 285. Fr. Schlegel fue el primero que en 1808 en su libro *Ueber die Sprache und die Weisheit der Indier* indicó el parentesco del sánscrito y del persa con el griego, el latín y el germánico. G. Humboldt, después de estudiar las lenguas de América, de Malasia y el sánscrito, puso de relieve que el lenguaje no era una cosa o un objeto creado de una vez por todas, sino una acción que se desarrolla.

AL CAPÍTULO XV

Epígrafe 4.º, pág. 304. A M. Breal se le puede considerar como el precursor de la lingüística sociológica y de la discutida teoría del sustrato lingüístico.

Epígrafe 7.º, pág. 309. Una clara y detallada exposición sobre la obra y la vocación lingüística de Saussure puede leerse en A. Meillet, *Linguistique Historique et Linguistique Genérale,* París, 1952, págs. 174-184.

Epígrafe 7.º, pág. 309. Sin embargo, como han venido a demostrar recientes investigaciones del lenguaje, el estudio sincrónico y diacrónico no son independientes entre sí, sino que, por el contrario, existe una estrecha relación entre el estado de una lengua en determinado momento y la evolución de esa lengua antes y después de aquel momento.

Epígrafe 7.º, pág. 310. Sechehaye llama categorías de la imaginación a las tradicionales partes de la oración. Bally se

dedicó más a la estilística, pero ambos fueron defensores de la lingüística estática o sincrónica y se les considera como los fundadores de la llamada escuela de Ginebra.

Epígrafe 7.º, pág. 311. La polémica sobre la teoría de Marr, a la que él denominó teoría de la "estadialidad", se debatió, mediante artículos, en el periódico *Pravda.* Estos artículos fueron posteriormente recogidos y traducidos al inglés por V. J. Murra, R. M. Hankin y F. Holling en New York, 1951. La opinión de Stalin se publicó en ruso y en alemán: *Der Marxismus un die Fragen der Sprachwissenschaft,* Berlín, 1952.

Epígrafe 7.º, pág. 313. La fonología. Según Jakobson (*Actes du VI.e Congrès International des Linguistes,* París, 1949, pág. 8), "el fonema participa de la significación, pero sin tener ningún significado propio". En realidad, los fonemas son ideales, pertenecen a la lengua y vienen a coicidir, aunque no exactamente, con las letras del alfabeto de nuestras lenguas. Puede decirse que todo fonema se opone a los demás. Los rasgos que separan a los fonemas entre sí se llaman *pertinentes,* por ejemplo la sonoridad respecto a *b* y *p,* para que la diferencia sea relevante es preciso que varíe la significación de la palabra: *paso / vaso.*

Epígrafe 7.º, págs. 314-315. Bröndal contra la moderna tendencia funcional a no distinguir las antiguas partes de la gramática: morfología y sintaxis, defiende su absoluta independencia. Las partes de la oración quedan definidas, sin recurrir para nada a la sintaxis, conforme a cuatro categorías fundamentales: *relación, objeto, cantidad* y *cualidad,* que tienen su correspondiente expresión en *preposición, nombre propio, numerales* y *adverbio.*

Epígrafe 7.º, pág. 318. Bloomfield distingue entre *taxemas* = unidad mínima gramatical sin significación, y *tagmemas* = unidad mínima gramatical con significación. Por su parte, Sapir coincide con Meillet y Vendryes en no considerar más que al nombre y al verbo como partes de la oración indispensables en toda lengua, y por lo que se refiere al lenguaje, afirma que es "Un inventario complejo de todas las ideas, intereses y ocupaciones que acaparan la atención de la comunidad".

Epígrafe 7.º, pág. 319 (nota). A los trabajos apuntados en la nota 23 pueden añadirse los siguientes: S. Mariner Bigorra, "Noción básica de los modos en el estilo indirecto latino, *Emerita,* 33, 1965, págs. 47 y sigs.; J. Gil, "El genitivo en *-i* y los orígenes de la declinación temática, *Emerita,* 36, 1968, págs. 25-43, y "Los temas nominales en laringal", *Emerita,* 37, 1969, págs. 371-409; L. Rubio, "Los modos verbales latinos", *Emerita,* 36, 1968, págs. 77-96, trabajo de enfoque estructural que completa otros trabajos de Mariner y García Calvo; T. González Rolan, "Estudio sobre la primera declinación latina, *Emerita,* 39, 1971, págs. 293-304; "El problema de los casos latinos", *Emerita,* 39, 1971, págs. 109-119, y "Nueva interpretación de algunos perfectos latinos, *Emerita,* 40, 1972, págs. 407-414.

AL CAPÍTULO XVI

Epígrafe 2.º, pág. 341. A. Schmit propuso, dentro de una teoría general del acento, el concepto de "centralización", atendiendo al cual solamente la intensidad (pero no el tono) puede asumir la función de *centralizar* una palabra, o sea, de poner en claro relieve una sílaba respecto a otra. En este sentido,

podía hablarse de lenguas más o menos centralizadas, y así cabría asignar una débil centralización al griego, mientras que el latín sería más centralizado o, lo que es lo mismo, de naturaleza más intensiva (para esto, cfr. mi libro *La lengua latina en su aspecto prosódico*, Madrid, Gredos, 1971, pág. 41).

Epígrafe 3.º, págs. 34-47. Conviene advertir que una lengua en la que las palabras tienen forma fija y cuyas relaciones gramaticales se marcan solamente por medio de partículas y mediante el orden de las palabras, está más sujeta a influencias extrañas que una lengua con flexión complicada.

Epígrafe 5.º, pág. 353. Semántica. La mayoría de los temas de la moderna semántica se hallan ya en germen y esbozados en pasajes dispersos de los autores griegos y latinos. Homero, Demócrito, Aristóteles, Cicerón, Horacio, Séneca, nos ilustran sobre varios puntos de los que hoy trata la semántica. Para problemas sobre la semántica, pueden leerse con aprovechamiento los siguientes trabajos: R. H. Robins, *Ancient and Mediaeval Grammatical Theory in Europe*, Londres, 1951; J. Lyons, *Structural Semantics*, Oxford, 1963; P. Guiraud, *La semántica* (traducción española de J. A. Hasler, 2.ª ed., México, E. C. E., 1965; S. Ullmann, *Semántica. Introducción a la ciencia del significado* (traducción del inglés por Juan Martín Ruiz-Werner), Madrid, Aguilar, 1965, libro interesantísimo, aunque dentro de la línea tradicional de los estudios lingüísticos; K. Baldinger, *Teoría Semántica*, Madrid, Ediciones Alcalá, 1970; A. J. Greimas, *Semántica estructural* (versión española de A. de la Fuente), Madrid, Gredos, 1973).

Epígrafe 5.º, pág. 355. Semántica. Caracterizan a la nueva semántica, como rasgos fundamentales, los siguientes:

1.º Estrecha conexión con la estilística. 2.º Un desbordamiento de los principios generales hacia el estudio de lenguas y dialectos particulares. 3.º Estudio sistemático de las relaciones entre lenguaje y pensamiento. 4.º Introducción en el estudio semántico de los métodos matemáticos. 5.º Creciente conexión entre la semántica lingüística y la filosofía, cristalizada fundamentalmente en la "Teoría de los signos". Para las relaciones de la semántica con la sintaxis puede verse el artículo de F. Lázaro Carreter, "Sintaxis y Semántica", *Revista Española de Lingüística,* 1974, págs. 61-85.

Epígrafe 5.º, pág. 357. Para los compuestos nominales en latín es importante F. Bader, *La formation des composés nominaux du latin,* París, Les Belles Lettres, 1962.

Epígrafe 5.º, pág. 359. Formación de las palabras. Fenómeno corriente en la derivación y a veces también en la composición es el de la haplología por el cual se pronuncian de una vez dos sílabas que poseen un fonema común y que se encuentran próximas. Se debe este fenómeno a una ilusión del sujeto hablante que cree pronunciar dos sílabas similares cuando en realidad sólo pronuncia una: la que más atrae su atención y que, por lo general, suele ser la segunda. El fenómeno se produce, naturalmente, en palabras muy largas, por ejemplo: *fastidium* de *fasti* + *tīdium* (de *taedium*); *antestari* de *ante* + *testari*; *sēmodius* de *sēmi* + *modius, accēstis* de *accesistis*; *quindecim* de *quinquedecim.*

Epígrafe 5.º, pág. 360. La etimología. En W. von Wartburg (*Problèmes et métodes de la Linguistique* (traducción del alemán por P. Maillard), París. 1963, 129) leemos: "La investigación etimológica no debe cesar antes de haber com-

probado por qué una palabra se introduce en una determinada posición semántica, cuándo y de dónde parte el movimiento y qué consecuencias acarrea". Muy interesantes para ciertas tendencias y conceptos de la etimología son los trabajos de K. Baldinger, "L'étimologie hier et aujourd'hui", en *Cahiers de l'Association internationale des Études françaises*, II, 1959, págs. 233-264; A. S. Ross, *Etymology with especial Reference to English*, Londres, 1958.

ÍNDICES

ÍNDICE ANALÍTICO

ÍNDICE GENERAL

Págs.

LA FILOLOGÍA LATINA EN SU EVOLUCIÓN HISTÓRICA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GREDOS

MANUALES

1. Víctor José Herrero: *Introducción al estudio de la filología latina.* Segunda edición corregida y aumentada. 424 págs.
2. Hugh Lloyd-Jones (ed.): *Los griegos.* Reimpresión. 334 págs. 2 mapas.
3. J. P. V. D. Balsdon (ed.): *Los romanos.* Reimpresión. 382 págs. 2 mapas.
4. Veikko Väänänen: *Introducción al latín vulgar.* Reimpresión. 414 págs.
5. Ludwig Bieler: *Historia de la literatura romana.* Reimpresión. 334 págs.
6. Jean Descola: *Historia literaria de España (De Séneca a García Lorca).* 406 págs.
7. Martin P. Nilsson: *Historia de la religiosidad griega.* Segunda edición. 220 págs.
8. Régis Jolivet: *Las doctrinas existencialistas (Desde Kierkegaard a J.-P. Sartre).* Cuarta edición. Reimpresión. 410 págs.
9. Víctor José Herrero: *La lengua latina en su aspecto prosódico.* 270 págs.
10. Manuel Fernández-Galiano: *Manual práctico de morfología verbal griega.* Segunda edición. 404 págs.
11. Marina Mayoral: *Análisis de textos* (*Poesía y prosa españolas*). (Segunda edición ampliada de la obra *Poesía española contemporánea*). 294 págs.
12. Antonio Medrano Morales: *Lingüística inglesa.* 408 págs.
13. O. Hoffmann-A. Debrunner-A. Scherer: *Historia de la lengua griega.* 380 págs.
14. Irmengard Rauch y Charles T. Scott (eds.): *Estudios de metodología lingüística.* 252 págs.
15. *Temas de COU: Latín y Griego.* Coordinados por Luis Gil. 442 páginas. 16 × 24 cms.
16. Rudolf Pfeiffer: *Historia de la filología clásica.* I. *Desde los comienzos hasta el final de la época helenística.* 548 págs.
17. Rudolf Pfeiffer: *Historia de la filología clásica.* II. *De 1300 a 1850.* 364 págs.
18. Robert Scholes: *Introducción al estructuralismo en la literatura.* 308 págs.

ENSAYOS

1. T. B. Bottomore: *Minorías selectas y sociedad.* 204 págs.
2. Geoffrey Barraclough: *Introducción a la historia contemporánea.* Reimpresión. 352 págs.
3. Marcelino C. Peñuelas: *Mito, literatura y realidad.* 232 págs.
4. Richard Dietrich (ed.): *Teoría e investigación históricas en la actualidad.* 208 págs.
5. Hermann J. Meyer: *La tecnificación del mundo (Origen, esencia y peligros).* 410 págs.
6. Peter von der Osten-Sacken: *A través del espacio y del tiempo.* 392 págs. 28 láminas.
7. Arturo Fernández-Cruz: *Hombre, sociedad y naturaleza (Ambiente, civilización y patología).* 340 págs.
8. R. W. Pethybridge: *Historia de Rusia en la postguerra.* 366 páginas.
9. Richard Konetzke: *Descubridores y conquistadores de América (De Cristóbal Colón a Hernán Cortés).* 262 págs.
10. Horst B. Hiller: *Espacio. Tiempo. Materia. Infinito (Contribución a una historia del pensamiento científico-natural).* 370 págs.
11. Emilio Sosa López: *La novela y el hombre.* 142 pás.
12. Manuel Lora-Tamayo: *Un clima para la ciencia.* 150 págs.
13. Pierre Auger: *El hombre microscópico.* 338 págs.
14. Miguel Ángel Ladero Quesada: *Granada. Historia de un país islámico (1232-1571).* 198 págs.
15. Javier Rubio: *La enseñanza superior en España.* 246 págs.
16. Pierre Bertraux: *Matación de la humanidad (Futuro y sentido de la vida).* 230 págs.
17. Olof Gigon: *La cultura antigua y el cristianismo.* 260 págs.
18. Philip. K. Hitti: *El Islam, modo de vida.* 292 págs.
19. Luis Díez del Corral: *La función del mito clásico en la literatura contemporánea.* Segunda edición. 268 págs.
20. Miguel J. Flys: *Tres poemas de Dámaso Alonso (Comentario estilístico).* 154 págs.
21. Ángel González Alvarez: *Política educativa y escolaridad obligatoria.* 276 págs.
22. Ángel González Alvarez: *La universidad de nuestro tiempo.* 224 págs.

El Prof. Herrero Llorente presenta en este libro una auténtica *introducción* al estudio de la Filología Latina.

Después de precisar los límites de la ciencia filológica y, dentro de ella, los de la filología clásica, y, más en particular aún, los de la filología latina, entra el autor en el objeto de su estudio, que divide en tres apartados: 1.º *Las fuentes para el estudio del latín.* 2.º *La filología latina en su evolución histórica,* y 3.º *Ámbito y orientaciones de la gramática latina.*

En el primero estudia la transmisión de los textos, los problemas de la edición crítica, las aportaciones de la papirología, las inscripciones, la comunidad de lenguas indoeuropeas y la situación del latín dentro de este marco lingüístico, pasando luego al latín medieval, el latín cristiano y el de la liturgia, y el latín de los humanistas; concluye con un capítulo dedicado a la bibliografía.

La *evolución histórica de la filología latina* es considerada desde sus primeros pasos en la antigua Roma, en su lento avance durante la Edad Media, en la actitud de los humanistas, admiradores e imitadores de los autores latinos, y, finalmente, en su trayectoria moderna.

El último apartado consta de un solo capítulo, titulado «Las partes de la gramática latina. Concepto y método de las mismas». En él se estudian las relaciones entre fonética y fonología, etc.

Los estudiosos de la filología clásica, y en general las personas interesadas por la lengua y literatura latinas, hallarán en esta obra orientaciones seguras, y agradecerán al Prof. Herrero Llorente el esfuerzo realizado para recoger, ordenar y estructurar los abundantes materiales con que ha edificado este libro.

Nótense los valiosos apéndices añadidos en la presente edición.

